



Regento

Un Duque Codiciado

EL CÍRCULO
DE LOS
SOLTEROS

V

LAURA A.
LÓPEZ



Un Duque Codiciado

EL CÍRCULO
DE LOS
SOLTEROS
V

LAURA A.
LÓPEZ

Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros](#)

[Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte...](#)

[Si te gustó Un duque codiciado, podría gustarte...](#)

[Biografía](#)

Un duque codiciado

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2409129393662**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Regla N°5

«Para un aristócrata soltero es más conveniente pedir perdón que pedir permiso».

Capítulo 1

Nunca podría olvidar el día en que conoció a la mujer más hermosa de Londres. Lady Eloísa James atravesaba su primera temporada, una un poco atrasada, por lo que contaba con la ayuda de una conocida matrona, la detestable, lady Kirby. Sin embargo, a él le tenía mucho cariño y paciencia.

Como duque, era codiciado por las damas. Todos esperaban que Herbert Wolf, duque de Durmont, escogiera una esposa adecuada y muchos no creían que lady Eloísa lo fuera, pues provenía del campo.

Las personas creían que su educación quizá no fuera suficiente para una duquesa. La mayoría creía que terminaría casado con alguien de la familia Fane, pero Eloísa era bella, inteligente, rica y culta. No tenía nada que envidiar a ninguna dama londinense.

Después de varios bailes insistentes por parte de lady Kirby, se acostumbró a la presencia de Eloísa, tanto, que, a los pocos días, bajó la rodilla al suelo, estaba seguro de que era su duquesa. Ese mismo año, George, marqués de Blister, Wilburg, duque de Westwood y él, se casaron. Tres solteros que dejaron asombrados a todos. El círculo de los solteros casi estaba disuelto con esos números, ya que la mitad de los miembros habían caído en el matrimonio.

La vida de Herbert y su esposa era perfecta, al menos lo fue el poco tiempo que duró gracias a la gran felicidad que habían tenido en un primer momento: la llegada de un esperado hijo, pero todo eso se vio afectado cuando ella murió la misma noche tormentosa en la que nació la pequeña Jane.

Sus amigos estaban ahí, acompañándolo aquella noche, incluso John, que había recibido la noticia de que su hermana había fallecido. Llamaba así a Hope, una niña que la marquesa y el marqués acogieron desde niña, mas ella siempre tenía problemas de salud y vivía al borde de la muerte, por lo que a su amigo no le había tomado por sorpresa, de hecho, estaba aliviado de que ella por fin descansara, pues nunca podría ser una joven normal.

—Herbert... —lo llamó Eloísa desde la cama. Tenía a su hija en brazos—. Tómala, me siento muy débil y con frío...

Él obedeció y cogió a Jane, mas no la conservó en sus brazos, se la entregó a John que enseguida fue rodeado por los demás curiosos para ver a la niña que parecía no tener cabello.

—Descansa, la partera ha dicho que todo ha salido bien. Buscaré a la persona que amamantará a la niña.

—¿Estás enfadado porque no fue un varón?

—No lo estoy. Tendremos más oportunidades. Nuestra hija es hermosa.

—Se llama Jane. Sé que no pensabas en una niña, pero yo escogí ese nombre.

—Me gusta su nombre...

—Tengo sed...

El duque se apresuró para entregarle un vaso de agua que su esposa apenas bebió.

—Si no despierto mañana...

—Todo estará bien. Mañana le darás órdenes a la nodriza y podrás estar con Jane, Eloísa.

—Me siento tan débil que apenas puedo respirar. No quisiera morir.

—Cariño, no morirás. —Él la besó en la frente.

Ella asintió y cerró los ojos. Después de unos minutos, Herbert escuchó un suspiro profundo de Eloísa y desde ese momento no volvió a despertar, cerró los ojos para siempre.

Al percatarse de que no respiraba, se acercó a ella y la zarandeó con fuerza ante la mirada horrorizada de sus amistades, en especial de John, que cargaba a la pequeña.

—¡Eloísa! ¡Eloísa! —exclamó—. ¡Busquen a un médico! ¡Eloísa!

Herbert despertó en la madrugada a causa de su sueño. Se limpió las lágrimas que corrían

por sus mejillas. Había llorado mientras soñaba. Todavía se sentía desorientado después de cinco años de enviudar. Era difícil levantarse cada día y enfrentar al mundo porque debía respirar, ya que Eloísa se había llevado todo y solo había dejado una cáscara. Herbert Wolf, ya no existía como tal, era un fantasma.

Cada vez que revivía los acontecimientos no podía seguir durmiendo, por lo que siempre tenía un libro a mano, tabaco y alcohol. Sabía que era temprano para beber, pero para él, el día sería largo.

Una vez que el sol estuvo arriba, el sirviente de Herbert entró a la habitación y lo encontró dormido en un sillón, con una copa de whisky en el suelo y una vela que quemó un poco el suelo. El libro alcanzó a dejarlo en la mesita, por eso todo lo demás estaba tirado.

Rupert intentaba recoger aquello en silencio para no despertar al duque, ya que sabía los problemas de sueño por el que atravesaba el hombre; sin embargo, Jane entró a la habitación gritando y riendo, ya que estaba huyendo de la niñera.

—Milady, guarde silencio, su excelencia no ha podido dormir bien —pronunció el sirviente.

—¿Qué le pasa a su excelencia? —preguntó la niña.

—Él está triste, porque no tiene a su esposa.

—¿Por qué no tiene?

—Ella se ha ido al cielo y lo dejó solo...

—Su excelencia siempre se ve triste y es malvado.

—¡Milady, no debe entrar aquí! —La niñera la alcanzó, pero era tarde, el duque había despertado.

—¿Por qué tanto alboroto? —increpó a sus sirvientes. Después vio a Jane que estaba cerca, mirándolo—. Ah, eres tú. ¿Se te ha perdido algo?

—No se le perdió nada, excelencia. Ella solo estaba jugando cerca... Vio la puerta abierta...

—Rupert quería justificar la presencia de la niña en el lugar, pero sabía que, de todas maneras, no la querría ver ahí—. Lo siento, la he dejado entreabierta.

—Que no vuelva a ocurrir, que se vaya —mandó Herbert, molesto.

—Sí, por supuesto. Venga, milady. Podemos jugar en la cocina —dijo la niñera.

—¡Sí! ¿Es cierto que él necesita una esposa?

—¿Qué has dicho? —interpeló Herbert al oírla decir aquello.

—No dijo nada, excelencia. Vamos, milady.

—¿Qué es una esposa?

La niñera tomó en brazos a la niña que solo se reía, mientras su cuidadora estaba desesperada a causa de la mirada del duque.

—Lady Jane cada vez es más traviesa, excelencia.

—Lo sé. Quiero enviarla a un internado lo más pronto posible.

—¿No ha pensado en una institutriz para ella?

—Sí, también lo he pensado, pero no la quiero en esta casa.

—Pero, excelencia.

—Por su culpa, Eloísa está muerta. La detesto.

—Milady no tiene la culpa, ella merece un poco de su afecto. Siempre ha vivido con nosotros y la única persona que la visita con frecuencia es lady Charlotte para enterarse de cómo está la niña. De hecho, ella ha venido a verla. ¿No recibirá a su prima esta vez?

—Está bien. Iré a verla.

El sirviente ayudó a Herbert para que estuviera listo para recibir a la condesa de Blanford, ella adoraba a Jane, tanto que la quería como a una hija. Sus hijos estaban grandes y la pequeña niña era un pasatiempo para Charlotte.

—¡Tía Charlotte! —expresó Jane al ver a la mujer que siempre la visitaba.

—Oh, mi pequeña damita. Cada día estás más grande —dijo la condesa, sonriente al abrazarla.

—¿Viene a verme o a ver a su excelencia?

Charlotte miró a la niñera y la otra simplemente hizo un movimiento de hombros. A ella no le agradaba que Jane no llamara a su padre como debía.

—A los dos. Primero hablaré con él y después seré enteramente tuya, Jane.

—¿Oíste, Diana? Vamos al jardín antes de que venga el ogro.

Las dos salieron por la puerta principal y Charlotte cruzó los brazos, molesta con Herbert por tratar mal a su hija. ¿Cuándo maduraría?

—Charlotte... —pronunció Herbert que se acercó a besar sus mejillas—. ¿Cómo estás?

—Mejor que tú. ¿Por qué Jane no te llama padre? He oído dos cosas y ambas me han desagradado. ¿Cuánto tiempo durará esto? Sabes que ella necesita alguien que la eduque, ya es tiempo de que empiece. Ahora mismo es una liebre en la pradera, lo único que conseguirás es que se pierda. Te sugiero que aceptes la propuesta de lord Carpenter de llevarse a su nieta.

—Jane pertenece aquí, es mi hija.

—¿Te acuerdas de que es tu hija cada vez que alguien quiere hacer el bien por ella? Llevas años en esta situación. ¿Por qué no aceptas lo que ocurre? Odias a Jane por algo que no ha hecho.

—No discutiré este asunto. Necesito una institutriz que se ocupe de su formación o será un estorbo.

—Espero que ella no te oiga decir esto. Tengo a una persona idónea para el puesto de institutriz.

—No quiero a tu cocinera ni a tu doncella. Quiero a alguien preparada para que la atienda. Jane necesita mucho trabajo.

—Por culpa tuya. Si hubieras sido un buen padre, cualquiera podría educarla.

—Alguien con experiencia...

—Tengo a alguien con experiencia y que ahora está desempleada. Las niñas crecen, se casan y se van. Las institutrices quedan sin una función en la casa.

—Tráeme a la mujer para que la conozca. Si me agrada puede empezar.

—¿Le digo que aquí vive un ogro?

—No soy un ogro. No puedo estar sonriendo todos los días. No siento suficiente felicidad para hacerlo.

—Sí, tus criados lo saben mejor que nadie. Solo eres bueno frente a tus amigos, pero con quien debes, eres el demonio.

—¿Te ofrezco un té?

—A mi edad bebo oporto cada vez que me siento agotada. Que me sirvan dos copas para poder sobrevivir al espíritu de Jane. Le he prometido jugar con ella.

—Espero que se canse para dormir temprano.

—¿Con cuatro años? Sueñas despierto, querido. A esta edad solo le faltan alas para volar.

Una doncella se acercó con la botella de oporto para que lady Blanford pudiera servirse a voluntad las veces que quisiera.

—Te falta una nueva esposa. Quizá alguien que no sea debutante, una viuda o alguna solterona. Jane necesita un modelo a seguir.

—No me emociona esa idea. No quiero volver a saber del matrimonio. Si hubiera sabido que podría destruirme y dejarme en la miseria, jamás lo hubiera hecho. Es más, ni siquiera hubiera hablado con Eloísa alguna vez. Debí seguir mi instinto de no hacerle caso a lady Kirby. ¡Debí ser más inteligente! Sin embargo, no pude... fui débil y he pagado las consecuencias.

—Recuerda que necesitas un heredero. Los buitres volarán sobre ti esperando que mueras y los aprovechados acecharán a Jane para llevarse su dote. Si mueres mañana, ¿quién crees que será su tutor?

—Lord Devington está en la otra rama de la familia.

—Tú y yo sabemos que no es una excelente persona. Debes hacer algo pronto.

—¿Has venido a exaltarme? Te ha resultado muy bien, Charlotte.

—No era mi objetivo, pero lo importante es que te ha llegado el mensaje.

En verdad, su prima había ido para alarmarlo y comenzaba a preocuparle el destino de esa casa, en especial de Jane, ya que no era alguien que a él le agradara, aunque sí la quería, pero prefería tenerla lejos porque así se sentía mejor. Verla era algo doloroso, era el recuerdo de lo que perdió y que jamás regresaría.

Llegada la noche, el duque dejó su residencia y fue a *White's*, en donde encontró a James, sonriente.

—Es bueno verlo, excelencia. Hoy vinieron lord Tyne y lord Northland.

—¿Charles oficialmente es un miembro del círculo de los solteros?

—Al parecer. Lord Northland lo invita a jugar a las cartas todas las noches.

—Me uniré a ellos...

Steven vio entrar al duque y le sonrió.

—Llegas justo a tiempo para darle su merecido a Tyne, debes vengarme... —habló Steven con tono de voz dramático.

—Está bien... ¿Cuántos juegos te ha ganado?

—Cuatro —respondieron los dos al unísono.

—Es mucho. No sé si podré vengarte —bromeó.

—Eran batallas, pero no la guerra.

James se acercó a dejar una botella de whisky para ellos.

—¿Tú nos mirarás mientras le gano a Herbert?

—No, yo les serviré el trago.

—Trato hecho —declaró Charles.

Jugaron a las cartas un par de veces más hasta que estaban demasiado ebrios para continuar.

A Herbert todo le daba vueltas. Tenía la cabeza colgada del espaldero de la silla. Se mareó tanto que todo lo que había bebido salió disparado por su nariz. Tuvo que colocarse bien para no ahogarse con su propio vómito.

—¡Condenación! ¡Eres tú quien vomitaba en las botas! Has sido descubierto —acusó Steven mirando hacia sus pies.

—No puede replicar, tiene vómito hasta en las orejas. Es mejor no mirar para no seguirle el paso —afirmó Charles, asqueado.

Capítulo 2

—¡Anna! ¡Anna! —gritó la voz de una anciana.

Alicia Green rodó los ojos al oír que la anciana, lady Archibald, la llamaba en medio de la noche. Su habitación estaba pegada a la de ella. Aquella mujer sufría demencia, y ella se encargaba de cuidarla de manera temporal. La joven a la que había enseñado los últimos cinco años ya estaba casada. Se convirtió en una baronesa y eso le ponía feliz. Fue un éxito rotundo; sin embargo, todavía no encontraba otro trabajo como institutriz, por lo que optó por aceptar el pedido de la madre de su antigua pupila para que cuidara de la anciana hasta que consiguiera otra niña a la cual educar.

—¿Todo está bien, lady Archibald?

—Anna, Anna. Mi hijo me ha abandonado aquí. No conozco esta casa.

—Soy Alicia, milady. Su hijo no la ha abandonado, lord Archibald, vive en otro lugar. Esta siempre ha sido su casa. ¿Quiere un poco de ginebra?

—Esa bebida siempre me hace recordar a lady Cadbury. Ella es mala en los salones. Creo que cuando sea anciana se conservará en alcohol. Dile a Gertrude que traiga mi sombrilla, saldré a dar un paseo. Estoy segura de que esta vez conseguiré que lord Archibald se fije en mí. Soy una joven encantadora...

La pobre Alicia debía lidiar con los momentos más terribles de la mujer. Cada vez estaba peor. Pasaba de la tristeza del abandono a la euforia de regresar a su juventud.

Vio que la anciana se levantó de la cama para ir hacia la puerta.

—¿A dónde va?

—Saldré a disfrutar del sol.

—Es de noche, milady.

—No es posible. —Lady Archibald se acercó a la ventana para verificar la información que le daba la extraña mujer que la acompañaba—. Creo que amanecerá enseguida. Dile a Gertrude que venga a arreglarme y que no olvide mi sombrilla. ¿Sabe que en las últimas semanas alguien ha robado mis sombrillas?

—No lo sabía... —replicó Alicia, cansada. Nunca podía dormir tranquila por la noche. Agitó la campanilla para que apareciera Gertrude, la doncella de lady Archibald. Han estado juntas desde siempre. Las dos eran bastante ancianas para estar solas en una casa.

—¿Se encuentra bien, milady? —inquirió Gertrude al entrar. En ese momento, Alicia le entregó una sombrilla que tenía escondida para uno de sus episodios de paseo.

—Oh, ¿qué te ha pasado? Te ves como un adefesio, Gertrude.

—Usted no se ve mejor que yo, está tan envejecida como una pasa. ¿Por qué no se mira en un espejo?

—Insolente. Se lo diré a mi padre y te despedirá.

—Puede que me despida desde el cielo, milady. Acuéstese y déjenos dormir a Alicia y a mí.

—¿Quién es ella?

—La persona que le hace compañía. Duerma tranquila.

La doncella cogió a lady Archibald del brazo y la llevó a la cama, en donde la recostó.

—¿Y mi ginebra? Anna dijo que me lo daría.

—Es Alicia, milady. Le daré dos copas para que duerma como un ángel.

Después que le dieran a la anciana lo que deseaba, las dos mujeres salieron de la habitación. Alicia bostezó y le contagió aquello a Gertrude.

—¿Quiere tomar un té antes de dormir, señorita Green?

—Si me ayuda a descansar, lo aceptaré.

—Por supuesto que sí. Tengo uno que la hará dormir pronto.

Ellas fueron a la cocina. Gertrude juntó un par de hierbas y las metió en una tetera con agua hirviendo.

—¿Por qué tiene que soportar esto, señorita Green?

—Porque necesito el dinero. No sé cuándo volveré a tener una niña a la cual educar. Cuando lady Archibald está de buen humor es como enseñarle todo a una pequeña.

—Es usted muy reservada, ¿no tiene familia?

—No, no la tengo. Ellos murieron...

Alicia no quería hablar de su pasado. A la única persona a la que le había dicho algo fue a lady Dorothea, quien se había convertido en condesa tiempo atrás. Lo había sabido por los periódicos, solo que prefirió alejarse de los altos círculos en donde su familia pudiera encontrarla. Quizá hubieran tomado préstamos para buscarla y después casarla con aquel hombre tan despreciable que escogieron como su salvación.

—¿Es de familia noble?

—¿Por qué pregunta eso?

—Conozco a varias institutrices y la mayoría de ellas son personas comunes que han estudiado; sin embargo, usted no es así. Hasta se lo puedo decir por cómo se ven su piel y su cabello. La gente con dinero es distinta...

—Solo está juzgando mi higiene, Gertrude.

—Tal vez... Sé que lady Archibald morirá muy pronto y también que me quedará sola. ¿Qué haré sin ella? Siento que a mí me quedan años por vivir.

—Espero que tenga un lugar al cual ir, alguna familia que la acoja.

—Gracias a Dios tengo eso, mas lady Archibald ha sido mi vida entera. Desde que éramos pequeñas, crecí en su casa, la vi convertirse en una de las más hermosas damas de la sociedad. Hoy lamento su demencia y su senilidad. El tiempo es cruel con las personas buenas como ella.

—Usted la adora. Disfrute del tiempo que ella durará con nosotras. Reviva los momentos cada vez que la demencia se presente. No hay más que hacer.

La criada sirvió el contenido de la tetera en dos tazas para que pudieran tomarla.

—Este té nos hará dormir tranquilas. Además, las dos copas de ginebra de lady Archibald, la ayudarán a descansar un poco mejor. Cada día se despierta más temprano y nos deja reposar.

—Le agradezco su paciencia con ella y conmigo. Soy inexperta en el cuidado de personas mayores. Lo mío son las niñas, aunque milady suele comportarse como una pequeña traviesa.

—Espero que nuestra lady traviesa duerma mucho. Mañana la sacaré a dar un paseo, quizá eso la ayude a disfrutar un poco de lo que recuerda, ya que sus hijos no la visitan con frecuencia.

—No los recuerda. ¿Para qué vendrían a sufrir? Es doloroso saber que de tu amorosa madre solo quedan recuerdos y que ella te ha olvidado. No tiene sentido.

Una vez que acabaron con el té, Alicia se retiró a su habitación. Se recostó en la cama y se durmió con rapidez. Cuando despertó sintió como si no hubiera dormido nada. Quería seguir durmiendo; no obstante, sabía que debía estar acompañando a lady Archibald.

Se limpió la cara con agua y los dientes con sal y canela para ir a despertar a la señora de la casa.

Salió de su habitación y fue a la de lady Archibald, pero el lugar estaba vacío, lo que indicaba que debió bajar a desayunar.

Ella fue en dirección al comedor y tampoco la encontró, después recorrió la casa hasta parar en la cocina.

—¿Dónde está lady Archibald? —indagó a Gertrude.

—Debe estar en su habitación, señorita Green.

—Vengo de su habitación y ella no está ahí.

Se miraron horrorizadas, la anciana probablemente se había escapado y eso era peligroso para alguien en su condición.

Buscaron por cada rincón de la casa hasta que el jardinero se percató de que el portal estaba abierto, ella había salido a la calle.

Con desesperación, Alicia salió a la calle en compañía de los demás sirvientes para hallar a la mujer que debía estar desorientada.

—¿A qué lugares pudo haber ido? —interrogó Alicia.

—A casa de sus hijos o a la que era de su padre, ya que vive en casa de lord Archibald.

—Hay que dividirnos... Primero el parque, porque ella quería dar un paseo, después a casa de sus hijos y la de su padre —ordenó la cuidadora.

Todos asintieron y se dividieron para encontrar a la anciana. Alicia solo esperaba que no le hubiera ocurrido nada.

En el parque, distinguió a una mujer con caminata lenta, aunque era educada con todos, en especial con los jóvenes caballeros. Los dejaba sonrientes, esa era una señal de que lady Archibald estaba haciendo de las suyas, y no solo eso la delataba, sino que la sombrilla que no combinaba con su vestido.

—Lady Archibald... —la llamó Alicia, colocándose a su lado.

—Lo siento, me está confundiendo. Soy lady Elizabeth Winchester, hija del conde de Sandwich.

—Eso también es cierto, pero usted quiere ser lady Archibald, ¿no es así?

—¿Casarme con ese patán? No estoy desesperada. Hay demasiados caballeros en este parque.

—¿Sabe que la casa de lord Archibald está cerca? Sé que puede estar enfadada con ese rufián, pero le aseguro que él solo la pretende a usted.

—¡Bah! Un libertino de poca monta con temor al compromiso. Él solo se quiere a sí mismo.

Alicia miró hacia el cielo en busca de respuestas.

—¿No se ha enterado de lo que ha dicho sobre usted?

—¿Qué dijo?

—Dijo que era la dama más hermosa de Londres. Créame, trabajo en su casa. Él ha comenzado a plantar flores de lavanda en su jardín, solo para que cuando usted pase por ahí pueda quedar prendada con el aroma. ¿No quiere pasar frente a la casa?

Sus esperanzas estaban puestas en el gran amor que sentía por su difunto esposo. Esa anciana le hacía creer que el amor existía, no como lo que ella había recibido. Fue criada por sirvientes y dejada a un lado. Se acordaron de contratar una institutriz que le dio más que educación: le enseñó el afecto del cual carecía en esa familia. Después volvieron a acordarse que podía ser de utilidad para resolver sus problemas económicos causados por los vicios de juego de su padre y la costosa vida de su madre. Ellos ni siquiera se amaban y nunca la amaron. Sabía que tampoco podría conocer un amor tan poderoso como el de esa dama y el de su fallecido esposo.

—Iremos, pero no porque me interese ese sinvergüenza que no puede ver una falda y un escote. Pobre de quien será su esposa.

—Acompáñeme, milady. La guiaré a su casa...

Ellas fueron caminando con lentitud. La dama no dejaba de hablar mal del conde. Las palabras que se le escapaban eran hasta soeces cuando se refería al libertinaje del caballero. Esa parte era lo que le gustaba a Alicia, ya que se divertía con las ocurrencias de la mujer. Elizabeth debió ser muy divertida en su juventud.

—¿Ha plantado esas flores para mí? ¿Cómo sabía que eran mis favoritas? —curioseó lady Archibald frente a la residencia.

—Lord Archibald bailó con usted, ¿o lo olvidó? Usted le derramó una copa de vino en los pantalones por haberla querido besar en el jardín. Esa misma noche ustedes conversaron sobre sus gustos por la jardinería —interrumpió Gertrude.

—No paro de reír al recordarlo. Con eso acabé con cualquier pasión de aquel incordio. — Ella sonrió.

—¿No quiere pasar a esperarlo? Creo que Gertrude es su carabina, nadie se enfadará porque usted esté aquí.

—Es un libertino, me niego a entrar en esa casa con aroma a pecado. Por su bien, usted no debería trabajar para él. Estoy segura de que intentará aprovecharse —dijo lady Archibald, advirtiéndole a Alicia.

—Le aseguro que no conoce bien a lord Archibald, es incapaz de hacer algo fuera de lugar con la servidumbre —siguió Alicia, que abrió los ojos muy grandes para que Gertrude la ayudara para que la mujer entrara en la casa.

—Le tengo una novedad, milady. Lord Archibald le ha pedido a lord Sandwich que le concediera su mano y su padre ha aceptado. Creo que lo mejor es que espere a ese hombre dentro de la casa para despellejarlo.

—¡No puedo creer que mi padre le diera mi mano a un incordio, coqueto y ardiente! Por supuesto que voy a matarlo a sombrillazos. ¿Cómo se atreve? Es evidente que quiere mi dinero, pero jamás será suya.

—Hágale caso a su doncella y entremos. Así lo espera para darle un par de golpecitos...

La dama aceptó y pudieron entrar. Al poco tiempo de entrar al salón, lady Archibald vio el retrato de su esposo de cuando era joven.

—Paria, pero uno muy atractivo. ¿No creen que es el caballero más atractivo de Londres?

Dan ganas de estrujarlo hasta que pierda el aliento por tanta belleza.

La institutriz miró hacia donde estaba el retrato y coincidía con la mujer, ese hombre fue uno de los más guapos de su época y ella fue la afortunada mujer que vivió a su lado.

Capítulo 3

Después de lograr que la dama se quedara en un lugar, la señorita Green decidió ir a hacer las compras al mercado, puesto que Gertrude podía controlar mejor a lady Archibald. Por el momento había logrado que un enorme bordado mantuviera tranquila a la mujer antes de regresar a las calles para buscar a su padre, su esposo o sus hijos. Siempre tenía un nuevo síntoma de su demencia.

—¡Señorita Green! —la llamó una voz conocida.

—¿Cómo está, lady Blanford? —correspondió al reconocerla.

—Dios la puso en mi camino esta mañana...

Alicia le dedicó una sonrisa nerviosa. Ella conocía un poco a esa dama, por lo que suponía que en realidad el diablo la había colocado ahí.

—Mi amiga me dijo que usted estaba cuidando a su madre y me preocupé por usted, entonces, recordé que tengo un primo.

—¿Un primo? No le enseño a los caballeros, milady...

—Oh, qué ingenua, señorita Green. Por supuesto que no es para eso. Le dije que necesitaba una institutriz para su adorable hija.

—¿Adorable?

—En verdad ella es una tierna niña de cuatro años. Lady Jane Wolf, es la hija del duque de Durmont, mi primo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Alicia. Una niña de cuatro años era exactamente lo que necesitaba para demostrar todo su potencial como institutriz. Sería más fácil que cuidar a una anciana rebelde con mentalidad de una niña.

—¿Es en serio? ¿Le ha hablado de mí a su primo?

—Es evidente que sí. Es incomprensible cómo una pequeña, hija de un duque, aún no tenga una institutriz. Usted se encargó muy bien de los últimos años de la educación de la baronesa y no dudé en recomendarla. Él quiere conocerla.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Cuándo?

—Hoy mismo si puede hacerlo. Pasaré a por usted en la tarde. Quiero que esté lista, con sus mejores galas. Herbert es un poco difícil, pero confío en que podrá demostrarle que usted es excepcional y que es la mejor opción entre todas.

—No sé cómo agradecerle esta oportunidad, lady Blanford...

—Me lo agradecerá dándole a Jane mucho afecto y atención. Cuando esté en esa casa, sabrá lo que ocurre. La buscaré más tarde.

—Gracias, la estaré esperando.

En ese instante, sí, Dios las había puesto en camino correcto. Una niña de cuatro años, la hija de un duque, era lo mejor que podría pasarle en la vida. Con eso se catapultaría hacia la fama y más adelante podría cobrar lo que quisiera por sus servicios y la gente pagaría por ella. Se emocionaba al pensar que pronto su vida cambiaría al igual que la de una niña sin ninguna educación.

La institutriz regresó a la casa y dejó en la cocina las compras que había hecho. Se quitó el delantal y lo guardó en una de las alacenas.

—Gertrude, iré a arreglarme. Lady Blanford vendrá a por mí para llevarme a casa del duque de Durmont para que me conozca. Es probable que sea la institutriz de su hija.

—Eso es excelente, señorita Green. Espero que todo le salga bien. Lady Archibald la extrañará.

—Ella no extraña a las personas que entraron a su vida hace poco tiempo, solo se acuerda de los primeros veinte años de su vida, quizá yo sí la extrañe, es alguien divertida, pero no hay

que cantar victoria antes de tiempo. El duque debe conocerme y yo debo demostrar que estoy a la altura de educar a su hija.

—Lo está, y con toda la paciencia que tiene, sin duda la querrá en su casa.

—Espero que sí. Iré a prepararme. —Ella colocó una mano en el hombro de la doncella antes de ir a la habitación y arreglarse.

Quería dar la mejor impresión posible para que la contrataran. Necesitaba que el duque viera en ella algo que lo hiciera decidirse por una institutriz como Alicia. Sabía que había muchas con amplia experiencia y que, quizá, ella no tuviera demasiado que ofrecer, pero fue una excelente pupila y sabía que la forma en la que le enseñaron fue la mejor.

Después de encontrar una prenda que por todas partes gritara institutriz y un buen sombrero, procedió a pellizcar sus mejillas para que le quedaran un poco rozagantes. No quería dar la impresión de ser una persona poco saludable con su palidez, aunque su delgadez podría decir que le faltaba comida, mas era de buen comer, aunque su cuerpo dijera que no.

Una vez que terminó de arreglarse, fue a acompañar a lady Archibald para que pudiera divertirse un poco, mientras seguía bordando.

—Esta noche jugaremos al ajedrez. Me gusta hacerlo. He vencido a muchas personas, Anna.

—Alicia, milady.

—¿Qué haces en mi casa?

—Vine a acompañarla.

—Ah... ¿Te contrató mi esposo porque quiere llevarte a la cama?

—No, lady Archibald. Me contrató su hija.

—Todavía no tenemos hijos. La despido. No quiero que distraiga a mi esposo...

—Está bien. Con permiso...

Alicia suspiró y fue hacia la cocina para beber un poco de agua.

—¿La despidió otra vez? —curioseó la doncella.

—La tercera vez en esta semana. ¿Por qué siempre piensa que su esposo me llevará a la cama?

—Porque era un libertino antes de casarse con ella, pero después fue el mejor esposo. Milady lo mantenía casero, haciendo cosas de caballeros y jamás salía sin su esposa. Fueron compañeros en todo y la gente los criticaba porque se apreciaban, ya que, eso no es convencional en parejas con mucho dinero.

—Sí, lo sé. Mis padres nunca se quisieron y tampoco a mí. La historia de lady Archibald puede hacer que cualquiera sueñe con algo que quizá nunca llegará. Las expectativas que deja son demasiado altas para cualquier caballero de hoy en día.

—¿No piensa casarse, señorita Green? Es muy joven para hacerlo. Tiene muchos admiradores en la calle.

—Sí, el panadero me ha obsequiado pan. Tal vez la próxima vez me dé un collar de masas con mermelada.

—No está nada mal, significa que vivirá muy bien.

—No es parte de mi expectativa de vida ser la esposa de un panadero, es probable que en mis sueños disparara muy alto.

—Tiene razón. Como institutriz debería aspirar a un mayordomo, ayuda de cámara o quizá a un administrador. Menos de eso iría en contra de lo que debería ser. Usted les enseña a las niñas a buscar a los mejores partidos, no debería llevar la contraria. No estarán al mismo nivel económico, pero hay que buscar lo mejor en cada cosa.

—Sí, Gertrude...

—Disculpen que las interrumpa, ha venido una mujer elegante —anunció el jardinero, que entró en la cocina.

—Me iré, Gertrude, si lady Archibald pregunta por mí, dile que me despidió.

—Por supuesto, señorita Green.

Ella salió de la residencia por la puerta de la cocina y fue hasta la entrada.

—Estoy lista, milady.

—Muy bien. Ore, señorita Green.

—Lo estoy haciendo en mi mente. Lady Archibald me despidió tres veces en esta semana. Es difícil trabajar con ella.

—Es una anciana. Siempre ha sido muy buena.

Las dos mujeres subieron al carruaje para dirigirse a la residencia del duque.

—Sí, lo es. Esta mañana se nos ha escapado. Es la primera vez que lo hace y espero que sea la última, ya que es una gran preocupación, es una niña.

—La niña a la que conocerás es algo como esa anciana. No escucha muchos consejos.

—Si llegara a ser su institutriz, sé que lo solucionaré con presteza.

—Esa es la actitud, señorita Green. No titubee frente a Herbert o puede ser su sentencia. Con los demás es muy amable, pero con él hay que ser leales. Es una excelente persona, quizá un poco callado, ausente o taciturno.

—Puedo lidiar con eso, tampoco hablo demasiado. Puedo saber cuando la ocasión lo requiera.

—En verdad espero que usted se quede ahí, confío en sus habilidades y en su carisma. Dudo que una institutriz mayor pueda lidiar con alguien como él. Quizá Jane sea fácil para cualquier

maestra, pero el padre es algo a tener en cuenta.

La institutriz asintió y siguió oyendo todo lo que lady Charlotte decía. Esa mujer tenía buenas intenciones y ella no quería desaprovechar la oportunidad que se presentaba.

En casa de Herbert, sus amigos fueron a visitarlo en compañía de sus hijos. Los niños jugaban en el jardín, mientras ellos compartían la hora del té.

—¿Todavía no tienes una institutriz para Jane, Herbert? —preguntó Brianne, marquesa de Blister, que observó a Jane golpeando a su hijo.

—Lady Blanford se está encargando de conseguir una. En pocos días quizá tenga noticias —respondió.

—Pues le hace falta educación. Es una niña disparatada —alegó John, el marqués de Horshire.

—Es tu ahijada, es evidente que es disparatada.

—Es una niña a la que no le haces caso, Herbert. Es como otro niño más... Mira cómo coloca su vestido —criticó Wilburg, duque de Westwood, molesto, al ver que la niña abría las piernas sin decoro alguno.

—¿Han venido a criticar o a que sus hijos hagan relaciones duraderas con mi hija?

—Todo lo que dices es correcto, querido, solo que... Tu hija los golpea a todos y nuestros hijos también son pequeños —intervino Dorothea, condesa de Baltimore.

—Está bien. Es la última vez que ella los golpea. Conversaré con la niña para que no vuelva a hacerlo. Y también es la última vez que los invitaré...

—Excúseme, excelencia. Lady Blanford ha venido en compañía de una institutriz para que la conozca —comunicó Rupert que tuvo que interrumpir la conversación con las amistades de él.

—Dígale que pase a mi despacho. Hablaré con ella. Mi prima puede venir aquí a suplir mi lugar.

—Sí, excelencia.

Herbert abandonó su asiento, aunque no sin darle un último sorbo a su té.

Rupert fue hasta el salón para comunicar lo que había dicho el duque.

—Milady, a usted la esperan las amistades de su primo y a la señorita Green, el duque la espera en el despacho, sígame, por favor...

—Por supuesto...

Alicia comenzaba a sentir palpitaciones nerviosas, por primera vez vería al duque de Durmont. Ni siquiera sabía cómo era, aunque por todo lo que le había dicho lady Blanford, desconfiaba de que fuera una persona adorable, aunque la casa sí era preciosa, grande y lujosa. Sería un placer trabajar ahí.

Cuando el sirviente abrió la puerta de lo que sería el despacho, su corazón se detuvo. Estaba nerviosa. Al entrar a la estancia, distinguió a un hombre de cabellera un poco enmarañada, podía decirse que hasta descuidada. Estaba sentado en el escritorio, guardando un par de cosas de encima, y después se levantó para dirigirle una mirada. Quedó impactada por el atractivo caballero que estaba ahí. Definitivamente, no tenía un rostro afable, era más bien duro o tal vez cansado.

El duque observó a la mujer que estaba en la entrada del despacho y aquello parecía ser un horrible chascarrillo de su prima. Esa joven era casi idéntica a Eloísa. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Buenas tardes, excelencia. Lady Blanford dijo que estaba buscando una institutriz para una niña de cuatro años... —habló Alicia, que no podía abandonar su impresión por el hombre.

Él aún no podía dejar su disociación para regresar a la realidad, solo la observaba con curiosidad, pero una que era evidente.

Los ojos verdosos del hombre la miraban con insistencia y temía que la echara sin darle la

oportunidad de escucharla. Le dolería mucho no trabajar para alguien tan atractivo.

—¿Cuál es su nombre?

—Alicia Green, excelencia.

Ni siquiera tenía el mismo apellido que su fallecida esposa, solo era una coincidencia que se parecieran tanto. Sería perturbador tenerla ahí. Lo mejor era que se fuera.

—Mi hija, Jane, es una niña problemática y violenta con los demás. No sé si esté interesada en educarla, considero que será algo difícil para usted, ya que se ve muy joven para tener vasta experiencia en niños. —Caminó hacia la ventana y se colocó al lado de la cortina.

—Eduqué a una actual baronesa los últimos cinco años y ahora estoy cuidando de su abuela. Le aseguro que puedo hacerme cargo de cualquier situación.

—¿Está segura? Puede mirar a mi hija. Está jugando con otros niños.

Sin perder mucho tiempo, ella se acercó a él para mirar a través de la ventana. La niña golpeaba a puñetazos a los otros niños que corrían a su alrededor. Ese era un comportamiento demasiado agresivo para una pequeña. Lady Jane podría ser un gran reto. Con ella iría al cielo o caería en el infierno.

Capítulo 4

—No hay nada que unas palabras cariñosas no solucionen, su excelencia. Juega entre varones, no es consciente de su condición de dama. Eso no es problema... ¡Vaya puñetazo! —exclamó escandalizada al ver lo que hacía la niña—. Alguien debe salvar a los otros niños. ¿Alguno es hijo de lady Dorothea? Veo que está ahí.

—¿Conoce a Dorothea?

—Sí, ella me ayudó a llegar a Londres, pagó mi hospedaje y me dio de comer.

Herbert abrió la ventana y sacó la cabeza.

—¡Dorothea! —La llamó el duque.

—Qué modales. Y después se da el lujo de criticar a su hija —masculló Adam, el conde de Baltimore.

—Iré hasta su despacho. No sé en qué podría ayudarlo con la institutriz...

Dorothea se levantó de su asiento y se dirigió hacia el despacho del duque. Cuando entró, sin duda reconoció a la mujer que estaba parada ahí.

—¡Señorita Green! ¡No puedo creer que esté aquí! Llevo mucho tiempo sin saber de usted...

Alicia hizo una reverencia, pero Dorothea la abrazó con fuerza.

—Entonces sí se conocen...

—Sí, Herbert. Ella ha venido aquí con muchas aspiraciones y una recomendación mía. Es tan adorable... Debes contratarla.

Al parecer, Alicia Green tenía a todos los ángeles de su lado para quedarse en esa casa. Primero, lady Blanford y después, lady Dorothea, que la recordaba con afecto.

—Pues todavía debo saber más sobre la señorita Green...

—¿Qué más deseas saber? Ella es perfecta para Jane y se parece a... —Dorothea guardó silencio. En ese instante, cayó en cuenta que Alicia Green era demasiado parecida a Eloísa.

—Responderé cada cosa que necesite saber el duque, milady...

—Si tiene la recomendación de lady Blanford y la mía, es la indicada para domar a esa fiera que tienes por hija, querido. Regresaré al té para que puedan conversar, pero no olvides mis palabras, Herbert.

—Gracias, Dorothea...

—Que tenga éxito con este caballero, señorita Green. Tal vez usted puede llegar a esa piedra que tiene en lugar de corazón.

Al escuchar lo que había dicho Dorothea antes de retirarse, él se sonrojó. Lo había avergonzado frente a una desconocida.

Mientras que las mejillas del duque se cocinaban en su propia sangre, Alicia estaba esperando lo que él pudiera decirle para recibir una confirmación, al menos lo anhelaba, el destino estaba de su lado, esa niña debía ser suya.

—Disculpe a lady Baltimore. Es experta avergonzando a la gente. —Él sonrió.

La sonrisa del duque era tan encantadora, que iluminaba su rostro y la primera impresión que tenía sobre él, se desvanecía, haciéndolo ver como alguien distinto.

—Sé que lady Dorothea es un poco intensa...

—La conoce a la perfección. Es una mujer decidida y admirable. Entonces, señorita Green, ¿puede empezar mañana? Si mi prima y la esposa de uno de mis mejores amigos confían ciegamente en usted, no tengo razones para dudar.

—Puedo empezar mañana, le prometo que lady Jane tendrá una excelente educación.

—Deseo que tenga una educación estricta. Sé que usted es joven, pero ella necesita mano dura. No me gusta que me molesten y Jane lo hace todo el tiempo.

—Solo es una niña...

—Es la hija de un duque, no es una niña común. Interiorice esa información, señorita Green. No quiero que ella crezca creyendo que es alguien común.

—Por supuesto, excelencia —acató al verlo cambiar sus facciones. Al parecer, él deseaba una educación fría y frívola para su pequeña hija. ¿Por qué deseaba que fuera torturada por ella? ¿Qué escondía el duque?

—Entonces la esperaré mañana. Puede retirarse, señorita Green...

Ella hizo una reverencia y se retiró hacia el salón. Ahí pudo recuperar el aliento que estaba conteniendo cerca de él. Eso le daba una pista de que sería difícil trabajar junto al duque, pero no imposible.

Una vez que la institutriz se retiró, él pudo respirar más tranquilo. Ella no cumplía con los requerimientos necesarios para ser la maestra de Jane. Era evidente que parecía bastante blanda de carácter, no cumplía con la edad y menos con los requisitos; sin embargo, las buenas referencias y el parecido con Eloísa jugaban a su favor.

Cuando la vio por primera vez, creyó que todo lo demás había sido un sueño, hasta que Dorothea confirmó que él quizá había enloquecido al creer que ella era su fallecida esposa. Llevaba muchos años sin Eloísa, pero siempre la recordaba, la había amado tanto, que era imposible deshacerse de sus recuerdos. Todavía sufría por ella. Solo esperaba morir para alcanzarla. La conoció tan poco tiempo, pero aquel fue tan intenso, que necesitaba ir con ella para ser feliz. Fue tan encantadora, que no encontraba algo que se le pareciera a su encanto y sufría por no hallarlo. Por más que trataba de consolarse con algunas damas, ninguna alcanzaba a ser ni siquiera un pequeño porcentaje de su queridísima Eloísa.

Aceptó regresar a los salones, pero no podía lograr enamorarse de nadie por más que lo deseara. Las comparaciones eran inevitables y eso le impedía amar otra vez.

Sabía que las comparaciones eran odiosas, pero él intentaba superarlas sin éxito. ¿Por qué fue castigado con su ausencia? ¿Por qué la felicidad hizo la vista gorda de su vida? El resto eran tan felices, llevaban años de inmensa quietud, mientras él vagaba por los salones buscando consuelo. La felicidad se había olvidado de él cuando nació Jane, por eso la rechazaba. Era como el recordatorio de que nunca volvería a ser feliz. Eloísa lo dejó en compañía de Jane y él no se sentía satisfecho, no quería una relación estrecha con ella, porque todo era por su culpa. Su madre no estaba ahí y era por su causa.

Esperaba que la señorita Green entendiera lo que él quería de ella, que Jane se comportara como su posición lo requería y que se enfocara en conseguir un esposo a su altura. No pedía algo extraordinario, de hecho, no quería nada más, solo cosas que ayudaran a esa niña a tener la vida que merecía. Él se encargaría de que no le faltara nada, desde relaciones personales hasta influencias.

Alicia se quedó a esperar en el salón a lady Blanford, pues ella estaba con los invitados del duque.

Unos minutos después de que él la despidiera, el duque regresó junto a los demás.

—Espero que esta mujer resulte, Charlotte —pronunció el duque que se presentó junto a sus amistades—. Sé lo que has intentado hacer...

—¿Qué he intentado hacer? —curioseó Charlotte.

—Trajiste a alguien muy parecida a Eloísa. ¿Quieres matarme? Pues casi lo logras...

—Ciertamente, es parecida, pero tampoco es idéntica, Herbert. Han pasado muchos años. Deberías dejar pasar eso y enfocarte en educar a Jane o darle una nueva madre, alguien de buen corazón, por supuesto —alegó la condesa de Blanford.

—He regresado a los salones, pero no a buscar una esposa, sino a divertirme un poco.

—Si nos ponemos a conversar sobre tus diversiones, diríamos que nunca tuviste una esposa y que John ha quedado corto en sus andanzas en comparación contigo —acusó Wilburg.

—Ustedes han querido que consiga una mujer...

—Una compañera, no alguien a quien cambias cada día. Venga, ten un poco más de decencia. Hay mujeres preciosas esperando casarse. Además, eres un hombre codiciado, no hay dama que no desee arrojarse a tus brazos —alegó George.

—Para ustedes es fácil juzgar y decir mil cosas. Si llegaran a perder a sus esposas, no estarían tan felices, es probable que estuvieran tan destrozados como yo. Eloísa era mi compañera, jamás encontraré a alguien como ella.

—Nadie dijo que busques a alguien igual, sino a alguien distinta. Todas son distintas. Es por tu bien y por el de Jane que necesita un modelo a seguir. Una institutriz la educará, pero necesita a alguien que le muestre cómo llevar a la práctica todos sus conocimientos. La señorita Green, al igual que otras institutrices, quizá ni siquiera han ido a un salón alguna vez. ¿Cómo pueden hablarle de realidad? —cuestionó lady Blanford.

—Para eso estás tú, Charlotte, y Philippa, que es esposa del padrino de Jane.

—¿Qué quieres? ¿Que tenga una libreta en la mano? Solo piénsalo dos veces —lo reprendió John ente dientes.

—Hazle caso. Lo mejor es una mujer aquí, una buena. Así que, debes saber elegir, Herbert. Ahora, me iré. Debo regresar a la señorita Green con lady Archibald.

—Mañana temprano debe estar aquí. El empleo es suyo.

—Es la mejor decisión que has tomado en mucho tiempo, Herbert. Te aseguro que la señorita Green, no te defraudará —aseguró Dorothea, feliz, al saber que esa joven había logrado su objetivo.

—Adiós, queridos. En algún momento regresaré a beber té. ¡Adiós, Jane! ¡Deja de golpear a los niños!

Charlotte sonrió y se retiró rumbo al salón para regresar a la señorita Green hasta su casa.

—Sé la buena nueva, querida. Ha conseguido el trabajo de su vida. Serán muchos años los que servirá si es buena y obediente con mi primo. Le avisaré a mi querida amiga que busque a

alguien más que atienda a su madre, puesto que mañana debe estar aquí para empezar. Traiga todo lo necesario.

—Aún no puedo creer que lo haya conseguido. Daré lo mejor para que no me eche en un mes. Es exigente y quiere una educación dura para la niña.

—Puede darle todo eso, pero espero que pueda darle cariño. Confío en que usted será guiada por su corazón. Ella es una niña que, pese a tenerlo todo, no tiene amor y es lo que hace que sea rebelde.

—Entiendo, milady.

—Venga, señorita Green, debe pensar en cómo despedirse de lady Archibald.

Las dos subieron al carruaje para regresar a la residencia en la que Alicia prestaba servicios. Su pecho estallaba de emoción al saber que su vida sería diferente y no estaría discutiendo todos los días con una anciana adorable, aunque senil. Ser despedida varias veces en una semana no ayudaba a levantar su moral.

Lady Blanford dejó a Alicia frente a la residencia y ella entró por la parte trasera.

—Ha vuelto, señorita Green. ¿Cómo le fue? —preguntó Gertrude, sonriente.

—Tengo trabajo nuevo, Gertrude. Mañana debo empezar.

—Oh, pobrecita lady Archibald.

—La extrañaré, aunque ella no.

—Entonces despídase antes de darle el té que la ayudará a dormir por la noche.

—El que nos ayudará a dormir, Gertrude...

—Extrañaré mis té, señorita Green.

—Tengo la receta en la mente, puedo replicarlos para creer que los preparas para mí.

Alicia siguió avanzando hacia el centro de la casa. Lady Archibald estaba en un rincón tejiendo.

—¿Qué está haciendo, lady Archibald?

—Alicia... Estoy pasando el tiempo antes de morir. Parece que nunca llegará, querida. Deseo tanto estar con lord Archibald...

En ese instante, Alicia se dio cuenta de que ella estaba en un momento de lucidez.

—Creo que le falta demasiado tiempo. Se ve muy vigorosa, no tiene problemas de movilidad y, sobre todo, es de buen comer.

—Siempre he sido de buen comer. Para mí eso es tan importante. También de buen beber, ¿qué le parece si me trae un té y le ponemos ginebra?

—Por supuesto que sí. Gertrude lo está preparando. Lady Archibald...

—¿Conseguiste algo mejor que yo?

—Nada es mejor que usted. Solo podré continuar con mi oficio de institutriz con una niña de cuatro años.

—Tanta juventud en un solo número. Es lo que debes hacer, Alicia. Unos días estoy perfectamente y otros, ni siquiera sé lo que hago. Es difícil vivir así.

—Quisiera ayudarla más...

—Nadie puede, querida. No te mortifiques. He vivido tanto... La felicidad siempre ha estado a mi alcance, aunque con la muerte de lord Archibald, siento que nada tiene sentido. Todavía me pregunto, cómo he vivido mis primeros dieciocho años sin él...

—Porque no lo conoció.

—Sí, el problema es ese. No quería conocerlo, no quería nada con él, pero el destino es

caprichoso. Conocer a un caballero es el principio del fin, Alicia. Cuando encuentres a uno, huye, huye lo más pronto posible, porque es más difícil vivir sin ellos que con ellos.

—Estoy dedicada al oficio, milady, no creo que me enamore alguna vez.

Alicia prefirió leer un libro para lady Archibald, esa era su forma de acompañarla en esa despedida. Dormiría por última vez en esa casa y al día siguiente estaría en otra.

Capítulo 5

Por la noche, Herbert pidió que se sirviera la cena. Jane se sentó en su lugar de siempre y comenzó a jugar con su pedazo de pastel de carne.

—Me ha decepcionado tu comportamiento el día de hoy —reprochó a su hija, pero ella lo ignoró, haciendo que Herbert se sintiera ofendido por lo que hacía la niña—. Mañana vendrá la institutriz, la señorita Green, para educarte, pues te hace falta mano dura.

—Está bien...

—Eres una niña mimada y consentida por la servidumbre. Debería castigarte por golpear a los hijos de mis amistades.

—No quiero que vuelvan aquí, son malvados.

—La única malvada eres tú, Jane. Ellos no te han golpeado.

—Me dijeron cosas feas y no me gustó.

—¿Qué te dijeron?

—No quiero hablar... —Jane continuó jugando con su pastel de carne en lugar de responder a lo que su padre preguntaba.

—Ellos son incapaces de decir algo malo. Sus padres no le enseñarían eso.

Jane se encogió de hombros. No quería seguir cruzando palabras con él. Entonces, ella cogió su plato y se retiró.

—¡Jovencita! ¿Dónde crees que vas?

—A comer con quienes quiero...

Ella siguió su camino hacia la cocina, dejando solo a Herbert.

Él golpeó la mesa con fuerza y chirrió sus dientes por el desplante que sufría por parte de su hija.

—¿Qué hace aquí, milady? —preguntó la niñera que era la única que no estaba en el comedor, acompañando al duque a cenar.

—Dame de comer... —pidió sentándose a su lado.

—Su excelencia se enfadará conmigo y con usted, milady.

—Ya no quiero comer con él. Nunca sonrío, y eso no me gusta. Su excelencia me desagrada mucho.

—No diga eso. ¿Ha escuchado que desde mañana tendrá una institutriz? Significaba que el duque está interesado en su educación, milady. Cuando usted sea una preciosa joven, romperá muchos corazones, por lo que debe aprender mucho de su nueva educadora.

—No quiero una institutriz. Quiero estar aquí en la cocina, haciendo panes.

—No, no, milady, usted no debe hacer eso.

—Siempre me dejan hacerlo.

—Una cosa es poder y otra deber. Usted puede, pero no debe. Tiene otra posición social, milady. Usted jamás podría ser una cocinera.

—Quiero estar aquí, con ustedes, porque me quieren.

—En esta casa todos la amamos.

—No todos, él no me quiere.

—Por supuesto que sí, pero su excelencia no sabe demostrarlo. Mañana veremos qué hace con la institutriz, le aseguro que será divertido y que ella también la adorará.

—¿Cree que podré tocar las plantas del jardín?

—Si la deja el jardinero, ya sabe cómo se pone cuando arranca las flores sin su permiso. Eso solo se toca cuando él lo autoriza para aromatizar la casa. Ahora, abra la boca...

La niña lo hizo con una sonrisa y terminó su cena sin inconvenientes. Después bebió un vaso de agua y la niñera la llevó a su habitación.

—¿Fue insubordinada, milady? —curioseó Rupert con diversión.

Ella negó con la cabeza, aunque una sonrisa pícaro la delató.

—El duque ha echado mucha espuma por la boca, milady. Ha sido gracioso...

La niña no dejaba de reír, hasta que vio al duque aparecer detrás del sirviente.

—Él gruñía como un zorro enfadado, milady... —Rupert emuló a su patrón hasta que se dio cuenta de que ni la niña ni la niñera reían, eso solo significaba que alguien estaba ahí.

—¿En verdad gruñía como un zorro enfadado, Rupert? —interrogó el duque con los brazos cruzados. No había imaginado que su fiel sirviente se burlaría de él creyéndolo un bufón de la corte.

—No es cierto, excelencia. Tengo listas sus prendas para que descanse... —pronunció nervioso.

—Vamos a mi habitación —ordenó—. Y tú, pequeña desobediente, estás advertida, un desplante más a mi autoridad y te castigaré. Dormirás en las caballerizas con los caballos.

Jane abrió los ojos, asustada, y se sujetó a la falda de la niñera.

—Se portará bien, su excelencia, no se preocupe. Milady, venga, la acostaré. —La cuidadora la tomó de la mano para que pudieran desaparecer raudamente de la vista de aquel.

El duque vio a su hija, mientras esta se perdía en la penumbra del pasillo de la segunda

planta de la residencia.

—No deberías desacreditarme frente a Jane, Rupert.

—Solo quería jugar con milady, su excelencia. La vi con el rostro serio y no pude resistirlo. Siempre parece muy triste.

—Esa niña es el demonio, nunca está triste. Siempre anda en algo malo y no algo decente. Y es por culpa de ustedes. Si está metida en un problema es por culpa de la servidumbre de mi casa.

—Adoramos a milady, excelencia.

—Pues deberían adorar menos a esa pequeña arpía malvada. Desde que está en este mundo no ha traído nada bueno.

Rupert guardó silencio o terminaría despedido por discutir con el duque, pues aquel no entendía que jamás se había ocupado de Jane más que en el aspecto estrictamente necesario: comida, techo y vestimenta, pero no le hacía caso en lo referente a los sentimientos. Jane era una niña ansiosa por ser amada, por conocer un abrazo de su padre y unas palabras de afecto; sin embargo, eso no llegaría jamás, y solo los sirvientes se encargaban de darle un poco de lo que ella esperaba de la vida. Lady Charlotte era la única que se preocupaba por el bienestar de la niña, de no haber sido por ella, todavía continuaría sin una institutriz.

—¿Todo está listo para que venga la institutriz?

—Sí, excelencia. Su habitación está lista. Es amplia y no tendrá inconvenientes con nada. Solo hace falta que me ocupe de sus horarios...

—Sus horarios son los que tenga Jane, no hay otros. Sus pagos también los preparará. No he conversado sobre su paga, pero no será poca. Espero que no la envidies.

—Soy consciente de que las institutrices son las que mejor ganan. Espero que no sea porque es una mujer muy hermosa, excelencia.

—¿Qué insinúas, Rupert?

—Nada, excelencia, solo digo que es una mujer bella.

—No la contraté porque se parezca a Eloísa, es porque me han dado suficientes referencias confiables sobre ella.

—Por supuesto, su excelencia... —Rupert miró al duque y aquel estaba sonrojado.

—Es verdad lo que digo, no es porque sea joven y bella. En un pasado lo hubiera hecho por esas razones, pero sería doncella y sin duda calentaría mi cama, pero los tiempos han cambiado y no puedo pensar como un crío ardiente de veinte años. Estoy un poco más cerca de los cuarenta que de los treinta y no me enorgullece estar en esta situación.

—¿Seguirá trayendo mujeres a esta casa con la institutriz aquí?

—¿Por qué habría de importarle eso a ella?

—¿Y si la niña ve a sus compañeras de turno?

—¿Intentas decirme que no traiga a nadie aquí?

—No es bueno que milady sepa lo que hace su padre, excelencia, ya que necesita de una buena influencia y no del pésimo ejemplo que puede mostrarle una de sus acompañantes. La ligereza no es algo que deseará para su hija.

—Es cierto.

—Una nueva esposa es lo que usted necesita.

—No quiero volver a casarme, no deseo enamorarme otra vez.

—No todos los matrimonios son por amor, sino que existen los que son por conveniencia. Usted requiere un heredero y un ejemplo para su hija. Debe ser una dama que a usted le agrade y que tenga la paciencia suficiente para ocuparse de algo que no lleva su sangre.

Lo que le decía Rupert era tan cierto que le dolía escuchar que él tuviera que salir de

cacería. No era fácil encontrar una buena esposa, de hecho, no le apetecía tener otra. Era terrible y dramático, aunque al parecer, necesario.

—Cinco años han sido suficientes, excelencia. Ha guardado luto a su esposa, la ha amado hasta después de la muerte. Es momento de que retome el curso normal de la vida sin seguir en el pasado.

—Lo estoy considerando, pero no quiero volver por completo a la vida como un hombre casado y enamorado. Mi próxima esposa; si llegara a tenerla, será bien atendida, pero no me enamoraré, no lo volveré a hacer. Es tan doloroso, cruel y solitario. Ver a mis amigos, felices con sus esposas, mas Jane y yo... Ni siquiera somos compatibles.

—Si usted abre su corazón para milady, las cosas serían diferentes. No la ha tenido en brazos en años, excelencia. Para ella debe ser difícil desconocer el amor de sus padres.

—Muchos han crecido así, yo lo he hecho. Siempre cuidado por una niñera y educado por un preceptor. ¿Por qué ella sería diferente?

—A usted lo han llenado de besos. Nosotros no podemos hacer eso con su hija, excelencia. Lo único que le hace falta a milady es usted.

Herbert no quería ser alguien que tuviera el corazón ablandado por culpa de una niña. Él siempre fue una buena persona, alguien educado, atento y sofisticado; sin embargo, nunca había sido blando. De hecho, cuando se acercó a Eloísa, lo hizo con muchas dudas, ya que no sabía si lo que deseaba era coquetear o algo más importante. No estuvo dispuesto a entregar su corazón a primera vista, creía en los matrimonios por conveniencia. Solo que ella supo cómo ganar su corazón y el resto era historia antigua. Se enamoró y quedó sepultado a su lado. Le quedaba vivir como un fantasma y seguir hasta que un día ya no amaneciera.

Se acostó en la cama, creyendo que dormiría pronto, pero la realidad era que no podía dormir. Recordaba a la institutriz que había contratado sabiendo que estaba sesgado no solo por su parecido con Eloísa, sino también por la gente que lo rodeaba. Cayó en la trampa de alguien, y no sabía de quién. Él no era capaz de ponerse en esa situación tan incómoda.

Por la mañana, el duque despertó y fue atendido por Rupert antes de bajar al salón. Cuando lo hizo, distinguió la graciosa figura de una dama de prenda gris y un delantal blanco. Su cabello

estaba recogido bajo una cofia y llevaba un par de libros en sus brazos.

—Buen día, excelencia —saludó Alicia, que había llegado temprano a la residencia del hombre.

—Buen día, señorita Green.

—Ya he conocido mi habitación. Es espaciosa y agradable. Se lo agradezco. Fui a su biblioteca y es enorme. He cogido estos libros que pueden ayudar para la educación de lady Jane. Estoy elaborando mi plan de estudios, mientras pretendo conocerla mejor. Ella no se ha levantado aún.

—Me perturba que hable mucho, señorita Green.

—Lo lamento, excelencia. Debe ser la emoción por conocer a su hija.

—¿Ha desayunado?

—Lo haré cuando milady se despierte. Le daré sus primeros fundamentos del desayuno. Dejará de ser una pequeña maleducada para ser una damita ejemplar.

—Me alegro de que sea práctica y resolutiva. Recuerde ser mano de hierro con ella. Le pasará encima como una diligencia si no hace algo.

—Sabré cómo es después de conocerla.

—Siga con sus planes, porque es nueva, entenderé que ella le vea la cara. Si necesita algo, solo grite por ayuda y los sirvientes la salvarán.

—Sí, excelencia.

El hombre se retiró y Alicia se quedó un poco extrañada por el humor tan exótico del duque. Al parecer, no podía encontrar nada bueno en su retoño, o quizá ella estuviera intentando que no la asustara una niña de cuatro años. Sí, lo último era más probable.

Lo único que debía hacer era enfocarse en conocer a esa familia, y tal como aprendió a leer

a lady Archibald, podría hacerlo con la niña.

—¿Cómo le va en su primer día, señorita Green? —preguntó la niñera.

—Todavía no he conocido a milady, pero imagino que será adorable.

—Milady es adorable y divertida. Espero que usted obre un milagro con ella.

—¿Por qué? El duque tampoco es alguien muy positivo.

—Es que... la relación familiar es difícil.

—¿Y la madre de lady Jane?

—Ella murió en el nacimiento de milady. No conoce lo que es el amor de madre, solo nos tiene a nosotros.

—¿Y el duque?

—Él no la quiere.

Esas palabras golpearon el espíritu de Alicia. ¿Cómo un hombre podría no querer a su hija?

Capítulo 6

La institutriz creía que solo eran exageraciones de la niñera. No podía creer que el duque no quisiera a su hija, aunque también cabía la posibilidad de que así fuera, ya que era viudo sin un heredero. Las mujeres no podían heredar títulos ni dinero, lo único que llevaban consigo era la dote que debían entregar para el esposo. Ciertamente, lady Jane era un problema solo por nacer mujer, mas no creía que fuera un inconveniente para un duque dotar a su retoño con mucho dinero para cuando llegara el momento de su matrimonio.

—Es hora de despertar a lady Jane, señorita Green —comunicó la niñera.

—Sí. Hablé con la cocinera para que tuviese todo preparado en el jardín para dentro de un momento. Desayunaré con ella para comenzar con lo más elemental de su educación.

—Espero que milady la adore, ya que pasará más tiempo con usted...

—Diana, no se ponga así. Usted siempre estará por aquí apoyando la educación de milady. La necesita un par de años más.

La niñera le entregó una media sonrisa y fue hacia la habitación de la niña para despertarla y llevarla al jardín para que Alicia se ocupara de ella.

Cuando entró a la habitación encontró a la pequeña saltando en la cama. Sus cabellos largos y rubios estaban cubriendo su rostro.

—Buen día, lady Jane. —La niñera fue hacia el armario para buscar un vestido. Tenía muchos y no era tan fácil escoger.

—¡Buen día! Tengo mucha hambre.

—Eso es excelente. Hoy desayunará en el jardín y no lo hará con su excelencia.

—Me alegra, o estaría triste a su lado.

—No siga siendo malvada con él. Debería comprenderlo. Su excelencia la quiere a su manera.

Jane se encogió de hombros. Aquel era un gesto que siempre hacía, puesto que cada vez que le tocaba hablar del duque, ella prefería no hacerlo. La servidumbre tampoco le hablaba de su madre. Jane creía que solo había llegado a esa casa por arte de magia.

—Buen día, milady, ¿cómo amaneció? —saludó Rupert con una inclinación de cabeza.

—Qué gracioso cuando haces eso, Rupert —dijo ella que se abrazó a una de las piernas del ayuda de cámara de Herbert.

El sirviente solo pudo darle unos golpecitos en la espalda y sonreírle, pues corresponder de la misma forma podría ser tomado como una falta de respeto hacia la hija del duque.

—Que tenga un excelente día, milady. Le guardaré su pedazo de pan del almuerzo para untarlo con mantequilla...

La niña sonrió y siguió su camino de la mano de su niñera. Al pasar por el salón, vio al duque, pero hizo como si no lo hubiera visto. No tenía ganas de saludarlo, tampoco él se mostraba ansioso por hablarle y ella prefería evitar pasar un mal rato. Al llegar al jardín, Jane se detuvo, por lo que Diana también tuvo que hacerlo.

—¿Por qué se detiene, milady?

—¿Quién es ella?

—Es la institutriz.

—No necesito una institutriz, ¿por qué la trajeron? No quiero una institutriz.

—¿Por qué no la conoce antes de armar lío? He conversado con ella y es muy amable.

—¿Quién la trajo?

—Su excelencia, milady. Es momento de que usted comience con su educación.

Acompáñeme para conocerla.

Diana estiró un poco la mano de la niña para que continuaran su caminata hasta llegar a la señorita Green.

Alicia vio a una preciosa y elegante niña acercarse a ella en compañía de su niñera. Parecía ser alguien adorable, incapaz de golpear a un niño, aunque la realidad era distinta.

—Buen día, lady Jane, me presentaré. Soy la señorita Alicia Green y me ocuparé de su educación de ahora en adelante. Soy su institutriz. Es un placer conocerla. —Alicia extendió la mano para que Jane la cogiera, mas la niña se limitó a mirarla con desdén.

—Está despedida. Si su excelencia la trajo no puede ser algo bueno —escupió la cría.

La señorita Green y Diana se miraron, pero Alicia no perdió la calma, siguió sonriendo, ya que la habían entrenado en la otra casa para ser despedida muchas veces.

—Déjenos solas, por favor —pidió a la niñera.

—Sí, señorita Green.

Lady Jane cruzó los brazos y la miró enfurruñada. Entonces, Alicia se acercó y se puso a su altura.

—¿Ni siquiera me dará la oportunidad de mostrarle el mundo? Conmigo puede aprender muchas cosas.

La niña negó con la cabeza de forma caprichosa, pero la señorita Green no se rendiría. Nadie la había preparado para ser rechazada al poco tiempo de ser vista, al menos debía conocerla un poco para hacerlo. Como institutriz debía encontrar la forma en que lady Jane aceptara su presencia.

—Conmigo pintará preciosas pinturas, plantará bellas flores, aprenderá instrumentos musicales y a descubrir nuevos mundos con la lectura, además de bailar. ¿Cree que desear enseñarle eso me convierte en mala persona? ¿Por qué creería que lo soy?

—Si la trajo su excelencia, no es buena.

—¿Por qué le dice su excelencia?

—Es su nombre. Todos le dicen así...

En ese instante, Alicia frunció el ceño. ¿Por qué ni siquiera sabía el nombre de su padre?

—Él es su padre, milady. No es correcto que lo llame excelencia.

—¿Qué es un padre?

Con aquella cuestión, la misma Alicia viajó a su pasado para responder esa pregunta, ¿qué era un padre? La figura del suyo estaba presente en su mente, aunque no tenía nada bueno que decir de él, salvo que siempre había querido que se casara con alguien que acabara con sus deudas hasta que consiguió a aquel que casi arruinó su vida.

—Su padre es la persona que más la ama, milady.

—Él no me quiere, solo me ve y quiere que desaparezca.

—Siéntese a desayunar conmigo y podremos conversar, mientras le muestro algunas cosas sobre cómo comportarse en la mesa.

La pequeña tomó asiento, mientras Alicia le servía el desayuno.

—Ahora usted se colocará erguida, echando un poco la cabeza hacia atrás y pondrá la servilleta sobre su regazo. Es la manera correcta de presentarse a un desayuno.

—Es aburrido...

—Mi institutriz decía que existían cosas aburridas y cosas obligatorias, esta es obligatoria, las aburridas vienen más adelante...

Jane hizo un mohín y después suspiró.

—Le hablaré de lo fundamental para que comience su entrenamiento para ser una perfecta jovencita... —siguió la señorita Green.

—¿Por qué su excelencia es mi padre? Eso no lo ha dicho.

—Porque él se casó con su madre para que pudiera venir al mundo... —No tenía idea de cómo explicarle este asunto a una niña de casi cinco años. De hecho, ella no lo comprendía tan bien y seguiría un tanto ignorante de no ser por las erráticas declaraciones de lady Archibald ventilando sus intimidades con su difunto esposo.

—¿Dónde está mi madre?

—En el cielo, según me han dicho. Significa que ella no vive aquí... Está en un lugar hermoso.

—¿En dónde es? ¿Parece un jardín?

—No lo sé, solo puedo decirle que es feliz ahí.

—No entiendo, señorita Green.

—¿Qué no entiende?

—¿Por qué estoy aquí y no en el jardín junto a mi madre? ¿Cómo era ella?

—No lo sé, milady. Podríamos preguntarle a Rupert si tienen un retrato. ¿Conoce a alguien más de su familia?

—Mis abuelos y mi tía Charlotte. Ellos son muy buenos y cariñosos conmigo. Me dan besos y abrazos.

—¿Y cómo se siente cuando la abrazan?

—Bien.

—¿Alguien más la abraza?

Ella negó con la cabeza y cogió un poco de la carne que tenía en su plato.

—¿Y su padre no lo hace?

Esta vez Jane negó con mayor vehemencia.

—No me habla, solo lo veo cuando comemos.

Podía notar varias cosas en la niña y en que lady Blanford tenía razón. Jane necesitaba que alguien la reconfortara. Alicia sabía lo doloroso que era que la quisiera por lo que era, sino por lo que podrían sacar de ella. Lo correcto no era identificarse con Jane; sin embargo, era imposible no hacerlo. En su infancia y hasta el último día, sufrió la falta de amor de sus progenitores y eso le dolía.

—¿No quiere que las cosas cambien?

—Quizá.

—Quizá es un gran avance. Eso es casi un sí disfrazado de no o viceversa.

—No le entiendo.

—Tranquila, ya nos iremos conociendo mejor... —Alicia le cogió una mano y la apretó con cariño.

Mientras desayunaban y se conocían, Alicia aprovechaba para darle pequeñas lecciones acordes a su edad. Sería imposible que aprendiera algo que hacían los más grandes. Notaba que lady Jane tenía más atracción por el arte, por lo que pintar sería la mejor manera de iniciar con una disciplina, aunque no dejaría de lado la enseñanza de las letras y el idioma francés. Ella debía aprenderlo como lo que era: la hija de un noble.

—Ahora iremos a jugar —aseguró Jane, que se levantó de la mesa.

—Aprovecharemos el sol de la mañana para comenzar a hacer pinturas...

—Quiero jugar... —La niña se enfurruñó y comenzó a correr por el jardín.

El duque se distrajo un instante de lo que estaba haciendo en su despacho, por lo que observaba hacia el jardín, con los ojos perdidos, hasta que vio a su hija correr y a la institutriz corriendo tras ella.

—La señorita Green está progresando —comentó burlón para que Rupert lo oyera. Él lo ayudaba con sus papeles—. Para su poca experiencia y su corta edad, es más de lo que esperaba.

—¿Milady corre de ella o es al revés?

—Jane está corriendo de ella.

—Entonces el primer día de la señorita Green está prosperando.

—Sí, considero que pudo haber sido peor. Es una niña inadaptada.

—Es una niña juguetona, excelencia.

—Como sea, ahora es problema de la señorita Green y espero que haberla contratado no sea el peor error de mi vida.

—Depende. Si la contrató por las razones equivocadas, no puedo asegurarle que no será un error.

—¿A qué te refieres?

—A que si la contrató porque es bonita...

Herbert rodó los ojos al oír a su sirviente, que parecía su preceptor, dándole consejos que nadie le había pedido; sin embargo, él también esperaba no haberla contratado por esa misma razón. Ser bonita e inteligente no era algo seguro, aunque no significaba que esas palabras no pudieran estar en una misma persona, ya que Eloísa fue perfecta para él.

—La contraté por ser recomendada y decidida. Eso es importante, ¿o no?

—Ajá. Tiene buenas intenciones, espero que pueda lograr cosas importantes con milady. Lo que más esperamos es que pueda convivir con otras personas, ya que parece ser un poco solitaria.

—No lo es si tiene como amigos a los hijos de mis amistades.

—Maltratar a otros niños no la convierte en amiga de ellos. Lo único que ha logrado es que sus amigos le den excusas para no regresar a su jardín, pues usted tampoco va a la casa de ellos. Le he dicho que debería...

—Que debería casarme, tener un heredero y recuperar mi vida. Ese cuento lo sé de memoria, Rupert. No hace falta que lo repitas como una cotorra en mi oído. Sé lo que debo hacer; no obstante, es un proceso por el que debo pasar y que en primer momento me costó mucho. Tal vez en esta oportunidad no sea tan sencillo, dentro de la dificultad decisiva que afronté en aquel entonces. Eloísa me enamoró y eso hizo que las cosas fueran más fáciles, pero en esta ocasión no estoy dispuesto a entregar mi corazón para que vuelvan a dañarlo de una manera tan tortuosa. Yo ya no lloro, nunca debí hacerlo. Mi corazón se ha endurecido, porque ya no existe nadie que habite en él.

—Usted sabrá cómo se siente mejor. Si prefiere no volver a querer o si espera regresar a tiempos felices con otra dama. Nadie podría cuestionar sus decisiones, solo espero que decida darle un poco de ese corazón a lady Jane. Ella es encantadora, solo debe dejar de pensar en que ella es la culpable de su desgracia. Es una parte de usted en este mundo.

—La peor parte de mí. Ni siquiera es varón, nada ha valido la pena.

Esas palabras le resultaban más dolorosas al sirviente al escucharlas que al padre cuando las pronunciaba. Estaba cegado por el dolor. ¿Cómo lograrían que amara a su hija?

Capítulo 7

—¡La tengo! —expresó Alicia que, después de mucho trabajo, atrapó a la pequeña niña escurridiza.

No intentó huir de Alicia cuando la cogió en brazos para llevarla hacia donde quería.

—Ahora pintaremos. Sé que no puede mantener su atención por mucho tiempo en algo que no implique el juego, pero todo lo haremos de manera divertida, ¿eso le gusta, milady?

—¡Sí!

—¿Todavía no ha pintado nada?

—No.

Alicia le sonrió y la llevó hacia dentro de la casa, en donde cogería la canasta en donde tenía las pinturas y pinceles. Primero practicarían en papel para después hacerlo en un lienzo o aquello sería un desastre.

Jane bajó con premura de los brazos de Alicia al fijarse en el canasto. La curiosidad la consumía. No se detuvo cuando miró cada uno de los frascos, comenzó a dar saltitos y a golpear su mano, emocionada, por aquello que representaba una novedad para ella.

—Iremos donde desayunamos para empezar. Su niñera me ha dado un delantal para que no termine tan manchada. De preferencia, quisiera que se cambiara el vestido por uno más desgastado. Es ideal para los trabajos que implican que se ensuciará.

La niña negó con la cabeza y cogió el delantal de la mano de Alicia, aunque no tenía idea de cómo colocarlo alrededor de su cintura. Entonces, enfurruñada, arrojó aquello al suelo y cruzó los brazos.

—No debe desesperarse, lady Jane. Le mostraré lo que debe hacer para no volver a perder la cabeza de esa manera. Le haré el nudo y más tarde tendremos una clase referente a hacer nudos y

será igualmente divertido que pintar.

La institutriz cogió el delantal y lo ató alrededor de la cintura de Jane. Alicia se mostraba paciente ante las evidentes muestras de capricho de la niña. Al parecer, ella estaba acostumbrada a que la consintieran en exceso. En algunas cosas el duque tenía razón, pero eso tampoco lo facultaba a que dejara a la niña en la carencia total de sentimientos familiares. Jane trataba de olvidar la existencia de su padre y era porque su rechazo le dolía en el alma. No era su asunto reconstruir una familia; sin embargo, necesitaba hablarle al duque sobre lo que acontecía con la niña. Quizá él se comportara con desinterés solo porque fue criado de una manera similar o porque no quería que siendo viudo juzgaran su debilidad.

—¿Quiere llevar el canasto?

Jane asintió, sonriente. Unos segundos antes estaba echando fuego por la nariz y después, sonriendo como si nunca hubiera tenido un pequeño ataque de rabia.

—Tenga cuidado para que no se rompan los frascos.

—¿Usted me llevará a los caballos?

—¿Te interesan los caballos?

—No, tengo miedo. Me dijeron que son muy malos.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Todos... Yo no quiero ir con los caballos. No quiero dormir en las caballerizas.

—¿Por qué dormiría en las caballerizas?

—Su excelencia lo ha dicho.

—Ah...

Cada vez que escuchaba algo más, podía decir que el duque era un ser malvado y sin corazón. No le importaba nada de lo que pudiera existir de razones. No había justificación para

decirle a una niña que apenas comenzaba a hilar frases, que la dejarían durmiendo en las caballerizas. Era imperdonable. Tal vez si oyera la voz no fuera tan amable con el padre de la niña. Sabía que los hombres y mujeres atractivos eran más fáciles de perdonar en todos los aspectos, pero esperaba que esa especulación no la traicionara. Ese caballero merecía una terrible reprimenda y un castigo ejemplar.

Los sirvientes de la residencia retiraron todo lo que fue del desayuno y ellas tenían libre aquel lugar para usarlo como desearan. Alicia extendió los papeles y preparó los colores en una paleta, explicándole a Jane con paciencia y una voz dulce para que comprendiera.

Sin perder tiempo, la pequeña cogió un pincel y lo metió en todos los colores que había preparado Alicia e hizo un garabato.

—¡Milady, esa no es la indicación!

—Usted dijo que sería divertido y esto es divertido...

Al ver a Jane tan feliz, ni siquiera podía reprenderla. Era su primer día en esa casa y lo peor era que se estaba involucrando de forma sentimental con un demonio de cuatro años.

—Teniendo en cuenta que es su primera pintura en todos sus años de vida, la felicito, lady Jane. Está lista para inventar un nuevo color —alegó con una sonrisa en los labios.

No importaba que terminara salpicada por la cantidad de pintura en la que estaban envueltas las dos. Para ser una introducción, todo estaba muy bien. Lady Jane podía mover las manos con soltura, era sumamente inteligente y tenía predisposición cuando le decía la palabra mágica: diversión.

Ella tenía lo necesario para triunfar en un futuro por muchos motivos. Le daría la mejor educación hasta donde su boca se lo permitiera, ya que podía tener episodios maliciosos hacia quien le pagaría su salario. Había una fina línea entre los padres de Alicia y el duque, pero por el momento, sus progenitores quedaban en la segunda posición al ser los peores del mundo, el duque tenía la primera.

Cuando llegó la hora del almuerzo, la señorita Green pidió que la niñera higienizara a la niña, para que pudieran almorzar, comenzar con una pequeña lectura y después descansar. Para

alguien de la edad de Jane, dormir por la siesta era algo primordial.

—¿Te gusta la señorita Green? —curioseó su niñera.

—Es amable y tiene una voz muy suave, me habla con cariño...

—Eso es encantador.

—Me ha cargado en sus brazos y fue divertido. Pintamos y me gustó.

—A su excelencia no le gustará saber que ella la estuvo cargando, por eso es mejor que no digamos nada para que no lo prohíba.

—¿Por qué es tan malo? La señorita Green dice que es mi padre.

—Así es.

—¿Mi madre se fue al cielo porque él es muy malo?

—No, lady Jane, ella se fue porque murió el día en que usted nació. Para su padre todavía es difícil aceptarlo, pero algún día lo hará.

Cuando llegó la hora del almuerzo, la señorita Green se colocó cerca del asiento de la niña, a quien Diana había dejado muy pulcra después de que tuviera pintura hasta en las pestañas.

Los sirvientes, al igual que ella, estaban ahí esperando que el duque se presentara para el almuerzo.

—Siéntese, lady Jane. Recuerde que debe poner la servilleta en el regazo —dijo Alicia—. Usted es una dama y las damas son obedientes y educadas.

—¿Puedo comer en la cocina?

—No, no puede hacerlo. La cocina es para los sirvientes y usted no lo es. ¿Por qué no quiere comer en la mesa?

—Por él. —La niña señaló hacia la entrada del comedor.

Los presentes pudieron ver que el duque entraba al lugar, entonces, la señorita Green bajó con lentitud la mano de la niña.

—Las damas no señalan así, milady... —alegó tratando de que la niña no tuviera un encontronazo con su padre a causa de una pequeña travesura.

—Veo que está perdiendo el tiempo, señorita Green, o quizá quien está perdiendo el tiempo al contratarla soy yo. —Él sonrió burlón—. Aunque debo admitir que tiene la difícil tarea de educar a esta pequeña serpiente.

—La pequeña serpiente es su hija, excelencia...

Los sirvientes estaban a punto de caer en una fila de dominó después de oír a la institutriz cuando le respondió al duque. Ninguno de ellos se atrevía a hacerlo y no era por miedo, sino por excesivo respeto. No podían juzgar el actuar del dueño de la casa. Era evidente que la mujer, por ser joven y nueva, había cometido esa tontería.

Herbert alzó una ceja al escuchar la réplica de la señorita Green.

—Se está poniendo del lado equivocado, señorita Green —advirtió.

—Mi misión es educar para que la niña hable como debe, si oye que usted la llama serpiente, ella llamará así a las demás niñas. Es una cuestión de ejemplos, su excelencia.

El duque seguía observando a la institutriz. Aquella parecía desafiarlo con la defensa férrea hacia Jane.

—Sirvan el almuerzo. La señorita Green comerá con nosotros.

Algunos sirvientes fueron a buscar más utensilios para poder servirle a Alicia.

Alicia había comprendido que, en muchas casas, dejaban comer a la institutriz en compañía de los niños más pequeños, aunque no en todas. En la casa de la que en la actualidad era baronesa, la habían dado muchas libertades para ocuparse de la joven y fue lo mejor para ambas.

Pese a que el duque tenía sus defectos, la estaba dejando hacer su trabajo.

—Deseará comer en la cocina, pues no es agradable compartir la mesa con Jane —dijo el duque que ubicó su servilleta antes de comenzar a saborear su sopa.

—Durante el desayuno, ella ha sido obediente y una gran compañía.

—No le pagaré para que me mienta, señorita Green. Conozco a la niña desde que nació.

—No hablo de conocerla, me refiero a su comportamiento. Considero que la hostilidad, puede ser la causa por la que ella quizá no sea una compañía para usted.

—¡Ay, ay! —exclamó la niña que se quemó los labios con la sopa.

—¿Usted no acostumbra a revolver su sopa? —curioseó Alicia dirigiéndose a Jane.

—La niñera le sopla la sopa —contó Herbert.

—No lo hará más. Ella debe aprender a hacerlo sola.

—¡No quiero!

—Obedece a tu institutriz, Jane.

—No se preocupe, excelencia. Ella comerá por hambre y cuando la sopa esté fría. Solo es cuestión de hacer esto... —Alicia le hizo un gesto a la niña para que mirara cómo ella movía el contenido del plato para que cogiera una temperatura adecuada.

En un primer momento, Jane se enfurruñó, mas unos minutos después imitó a la institutriz. Aquello dejó un poco sorprendido a Herbert, ya que ella no podía hacer nada sola y los sirvientes se encargaban de todas sus necesidades.

—Eso es, milady. Es una excelente pupila que progresará —la felicitó Alicia.

—Hoy la vi corriendo tras ella... —comentó el duque.

—Sí. Ella fue un poco reticente, pero no hay nada que unas palabras y un par de promesas sencillas no solucionen.

—¿Promesas? Quiero mano dura para ella, señorita Green.

—No habrá dureza si hay cooperación de parte de ella. Le pediré que deje que haga mi trabajo. Si no resultan mis métodos, tampoco usaré los suyos, porque quiere ver sufrir a su hija en pos de una supuesta obediencia y un respeto que no llegarán de esa manera.

—Ahora entiendo la razón por la que cuidaba a una anciana.

—¿Cuál es según usted?

—Es una mujer desafiante, que no comprende su posición en la casa.

—Está equivocado. Mi niña ya es una baronesa y mientras buscaba a otra niña, me confiaron a lady Archibald. Puedo vivir con lo que tengo ahorrado, pero no me alcanzará para envejecer, por lo que ningún oficio es una deshonra. He aprendido aún más de esa anciana como usted la llama. Es como una cría, y créame, que es peor que lo que usted tiene en casa. —Ella le sonrió y sorbió la sopa. Debía calmar su lengua, ya que, si no lo hacía, tendría que buscar otro oficio y jamás tendría una recomendación de ese hombre malvado. No podía evitar sentir cierto rechazo hacia él y aquel tal vez lo notaba porque no era capaz de quedarse callada como lo haría cualquier miembro de la servidumbre.

La pequeña Jane seguía imitando a su institutriz y también sonrió.

Él achicó los ojos para mirar a Alicia. ¿Qué tenía ella para que él fuera incapaz de no mandarla a la calle en ese instante? La toleraba por una sola razón y era inexplicable. De hecho, todo carecía de explicación, pues, si bien se parecía a Eloísa, de ninguna forma era igual. Su amada esposa fue una mujer dócil, perfecta e inteligente, por supuesto, porque la señorita Green no la educó, puesto que, si aquella lo hubiera hecho, otro sería el resultado. Quería entender qué había cambiado entre él y la institutriz en un solo día de estar trabajando ahí. Sin embargo, podía presumir que ella fue adorable solo para conseguir el puesto, una vez que lo obtuvo sacó las garras de tigresa inescrupulosa.

Capítulo 8

—Espero que no convierta a Jane en un monstruo más grande, señorita Green. Pues noto que usted no es de las personas que siguen las reglas.

—No soy igual que el resto del personal de su casa, por lo que necesito cierta independencia para educar a la niña, aunque eso no significa romper reglas, sino flexibilizarlas.

—Quisiera ponerla a prueba, señorita Green... —propuso el duque.

—¿A qué tipo de prueba? Sé todas las disciplinas dignas de una dama.

—No me refiero a eso. Tiene un mes para cambiar el comportamiento de Jane y convencerme de que debería dejarla aquí los próximos catorce años.

—Perfecto, un mes. No le temo a los desafíos, excelencia. Puedo demostrarle muchas cosas. Si yo paso el mes, duplicaré mi salario.

—¿Qué? ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque usted duda de la capacidad que tengo, y eso no le saldrá barato.

—Acepto, pero conociendo a Jane, usted no durará más de ese mes.

—No crea que lo desafío, pero no se encariñe con esa idea.

Herbert sonrió después de escuchar a la señorita Green. Su actitud desafiante, lejos de desagradable, le llenaba de cierta energía combativa. Algo parecía encender una llama en él.

—He terminado... —anunció la niña. Ella se levantó de la mesa como si nada.

—Lady Jane, no puede levantarse de la mesa hasta que pida permiso para hacerlo.

—Quiero jugar.

—Lo hará, pero después de que se despida. Recuerde que comenzaremos una lectura.

—Veo difícil que usted permanezca mucho tiempo y no lo digo con malicia, pero a las pruebas me remito —alegó Herbert, burlón.

Alicia decidió entregarle una sonrisa al duque, no podía hacer nada más que eso, porque quizá terminara despedida en su primer día, ya que lo tenía atorado en su cuello a causa de lo que Jane le había contado. Él era un desalmado.

—Diga... —pronunció Alicia—. Con permiso.

—Con permiso... —repitió la niña.

—Ahora sí puede irse —la autorizó. Alicia tomó un sorbo del agua que tenía en la copa para seguir a la niña que le tomó una ligera ventaja—. Seguiré esperando mi caída, excelencia. Con permiso.

El duque correspondió con un asentimiento, después, limpió su boca con la servilleta. Se quedó sentado, tratando de comprender lo que podría ser tener a la señorita Green sin supervisión en esa casa durante tantos años. Rupert no era de fiar, puesto que era el primero en romper las reglas y la niñera y el resto de los sirvientes eran cómplices de Jane. Una esposa era la solución a sus problemas y solo tenía una condición para eso y era no enamorarse. Su esposa debía ser una mujer sobria, rígida y dispuesta a ejercer autoridad sobre Jane, aunque sin tomarse libertades que no le correspondían.

Considerar a una esposa para vigilar como un sabueso a la señorita Green no debería ser la manera correcta de pensar, debía considerar que lo acompañaría hasta sus últimos días. ¿Qué tipo de mujer era la ideal para un viudo? Tal vez una viuda o solterona, ya que consideraba que era bastante mayor para fijarse en una debutante. Sería como criar a una hija y ya tenía una que estaba volviéndolo loco.

Abandonó la mesa y fue hacia la planta alta de la residencia, ahí vio a la señorita Green corriendo tras Jane, otra vez. Eso hizo que una sonrisa maliciosa cruzara por su rostro. Esa institutriz engreída no permanecería demasiado tiempo en esa casa, era evidente que no podía controlar a la pequeña y suponía que su propia hija la obedeció en la mesa para poder llevarle la

contraria. Era una experta en el arte de la maldad.

—No corre tan rápido como yo... —comentó Alicia cogiendo a la niña en brazos—. ¿Cuál es su habitación?

—Es esta. —Jane señaló una puerta.

Al entrar, Alicia se sorprendió al encontrar una habitación tan sobria, sin nada que delatara que ahí dormía una niña y más aún la hija de un duque.

—¿No le gustan las flores?

—Amo las flores.

—Entonces antes de que oscurezca, traeremos unas para que este lugar tenga más color y un aroma delicioso.

—¡Sí! —Jane abrazó a Alicia. Estaba emocionada por tener a alguien que le hiciera más caso que el resto de los sirvientes.

La institutriz no sabía cómo reaccionar, más que apretando un poco el cuerpo de la niña al de ella.

—Bien, ahora voy a leerle uno de mis libros favoritos. Le pedí a Diana que trajera un par de ellos aquí, porque nuestra relación se basará en mucho aprendizaje. Amaré los libros, me encargaré de que lo haga. Estas lecturas nos hacen viajar lejos de nuestra realidad...

—¿Cómo?

—Con la imaginación, y para desarrollarla, debemos conocer mucho de lo que nos rodea.

—Lea algo.

—Acomódese en donde guste y yo comenzaré.

Jane se colocó en la cama para que Alicia pudiera comenzar, aunque ella no se quedaba

quieta, porque le gustaba moverse y hacer tonterías.

Durante la lectura del libro, la niña solo se quedaba quieta cuando tenía algo muy importante que preguntar. Por primera vez, alguien le hablaba de cosas que no conocía y eso lo único que hacía era enamorarla de la extraña que llegó a su casa ese día.

Cansada de tanto saltar y dominada por el timbre de voz de Alicia, Jane se había quedado dormida sin que la misma se diera cuenta.

—Continuaremos después... Milady... —Ella guardó silencio al verla durmiendo en medio de la cama. En su pecho, sentía cómo algo se regocijaba. Sintió la necesidad de ubicarla bien en el lecho y la cubrió con una manta para que no se enfriara.

Le echó un último vistazo antes de salir de la habitación. Se dirigió a la cocina para esperar que fuera la hora del té.

—Milady se ha dormido —comentó Alicia a las personas que estaban ahí.

—Debe estar cansada. Conocer a su institutriz no ha sido fácil. El duque también ha decidido tomar una siesta. Creo que sus desafíos lo han agotado, señorita Green —dijo Rupert que se hallaba comiendo una manzana.

—No lo he desafiado. Si él se siente así, tiene serios problemas de confianza.

—Nunca hemos visto al duque responderle a nadie como lo ha hecho con usted, señorita Green —alegó Diana.

—Porque están bajo el yugo de un déspota. Sé que la necesidad hace cosas crueles y una de ellas, es vivir bajo el mismo techo que él. Entiendo que ustedes no pueden hacer nada por lady Jane. Lo que me ha contado, ha cambiado por completo mi percepción del hombre que me contrató y solo es mi primer día. Ya oyeron que me ha dado un mes, pero no le daré el gusto de verme caer. Haré lo posible para que milady tenga una vida mejor y que el duque entienda que no es correcto lo que hace.

—Tiene mi apoyo, señorita Green. Desde que nació, lady Jane ha sido entregada a los sirvientes. Nosotros no podemos hacer más de lo que nuestro señor nos exige, pese a eso,

intentamos hacer que ella se sienta un poco feliz para que no entienda lo que ocurre a su alrededor —habló Rupert.

—Eso es tan evidente, que llama al duque por su tratamiento y no le dice padre, no entiende que su madre está muerta. Todo eso es primordial o lady Jane tendrá más problemas que dedos en los pies. ¿Cómo formará una familia si tiene el concepto errado de ella?

—Es el concepto que impuso su padre. Él sigue sumergido en la pena de haber perdido a la duquesa, pero han pasado cinco años y no es capaz de dejar que esa pobre mujer descanse en paz —opinó Diana.

—Ella debería ser la roca en la que se recostara; sin embargo, no me extraña que sea de esa manera, la mayor parte de la aristocracia delega la crianza de sus hijos a la servidumbre y ellos se desentienden. ¿Alguien sabe cómo creció el duque?

—Es exactamente como usted dice, señorita Green —respondió el ayuda de cámara.

—Entonces quizá sea difícil apelar a sus sentimientos, es probable que los tenga —concluyó.

—¿Y qué hará en ese caso? —cuestionó la niñera.

—Tengo dos opciones: hacer la vista gorda o renunciar. No creo que dure mucho si él no cambia con esa pobre niña. Mi corazón no me permitiría verlo. Sí, señores, también tenemos corazón. Prefiero pasar hambre que ser partícipe del sufrimiento de una inocente criatura.

La señorita Green también cogió una fruta. Para su buena fortuna encontró un durazno y lo mordió antes de retirarse hacia su habitación, si la niña descansaba, ella se ocuparía de hacerlo un rato y después recorrería partes de la residencia como la galería y demás áreas. Todavía le faltaba ver un par de lugares.

Una vez en el que sería su refugio privado por tiempo indeterminado, se acostó en la cama y colgó una de sus piernas, mientras cerraba los ojos y acariciaba su cabello.

Lo poco que había vivido en esa casa en aquel corto lapso, le abrió los ojos sobre lo que sería su trabajo perfecto, que al final no lo era. En sus manos estaba que una niña no quedara con

secuelas por el rechazo de su progenitor. Quería salvarla de la tristeza y del dolor. Las heridas del abandono eran difíciles de sobrellevar.

Sabía que las comparaciones eran odiosas; sin embargo, comparaba su niñez con la de Jane y, para su sorpresa, concluía que, ella no había sufrido tanto. Sus padres llegaron a ser un poco más afectivos. Cuando salió de su casa, conoció lo que en verdad ocurrió en su residencia por años. Las deudas envolvieron a su familia y los había cambiado. De ser poco cariñosos, pasaron a ser descorazonados. Jamás los perdonaría por querer arrebatárle su vida, ya fuera triste o feliz, era su vida y de nadie más. Que hubieran arreglado un matrimonio a sus espaldas había sido lo peor. Lord Griffin no era una persona agradable, ni era joven y era un supuesto religioso, algo que resultaba ser falso. Lo comprobó cuando aquel quiso tocarla más de lo debido una vez que los dejaron solos deliberadamente para comprometerla a una situación terrible y sin salida para terminar casada; no obstante, Alicia prefirió pasar hambre que ser la mujer de un señor tan desagradable como ese. No existía forma de que ella fuera feliz con él.

Ciertamente, Alicia tampoco cumplía con sus propias expectativas. Como cualquier otra casadera, había soñado con un buen matrimonio, uno ventajoso, en el que estaría cubierta de joyas, mas su realidad era muy distinta. Debía trabajar para vivir. Llevaba años sin saber lo que era el buen vivir, pues su oficio la mantenía ocupada y en ocasiones, cansada. Los jóvenes y los adultos eran expertos en mermar la paciencia, y eso hacía que ella terminara sus días rendida.

Ser una institutriz hizo que abriera los ojos y saliera de su realidad. Ella se sentía miserable en su casa, mas su miseria era poca comparada con la de otras personas, que desde pequeñas fueron arrojadas a las garras del desamor y el olvido. Una niña ni siquiera simbolizaba algo bueno para una casa, era un enorme gasto para que fuera casada en el futuro. El destino de lady Jane era tan oscuro como el de la misma Alicia, pero con mucho dinero, lo que le aseguraría que no tendría que huir con un nombre falso. De hecho, casi ni recordaba su propio nombre.

Se quedó dormida al menos media hora y despertó sobresaltada, sin reconocer el lugar, hasta que su conciencia se hizo presente y le dijo en dónde se encontraba.

Se arregló y fue a recorrer los escondrijos de la mansión. Era tan grande, lujosa y solitaria, que no entendía cómo había tan poca gente en ese lugar. Era maravilloso, el lugar ideal para vivir, pero no con las personas de ahí.

Cuando entró a la galería, observó el retrato del duque en compañía de una dama sentada en

la silla. Esa debía ser la duquesa.

Asombrada, reconoció cierto parecido con ella, pero era porque los rasgos de ambas eran comunes: rubias de ojos azules. El duque parecía más joven y feliz, distaba mucho de la imagen que hoy tenía de él. Las canas, las ojeras y la mirada endurecida todo el tiempo, no estaban reflejadas en ese retrato. En aquel momento la amargura no existía, solo la felicidad.

Capítulo 9

Se quedó mucho tiempo en la galería, observando la vasta historia de la familia del duque. Era evidente que él debía volver a casarse porque le faltaba el heredero. Tenía solo una hija y todos sabían que eso no era suficiente.

Era su primer día y suponía que una esposa nueva para el duque podría ser una buena idea para que la niña tuviera una figura a la cual seguir, pero quizá la despreciara como lo hacía su propio padre. Sería trágico si eso llegara a ocurrir. Se sentía acongojada al siquiera considerarlo. ¿Sería posible que él estuviera intentando esa encomienda de conseguir esposa? Era joven aún, por lo que no podía ser extraño que tuviera una fila de damas codiciando el puesto de duquesa. Un hombre rico y atractivo era muy codiciado.

La señorita Green siguió con su paseo por la casa. Conoció el salón del té que tenía una pequeña terraza al jardín. Era un lugar precioso. Ahí quería llevar a lady Jane para que practicara con el té. Al salir del lugar, chocó de frente con alguien. Esa persona la sujetó de la cintura para que no cayera estrepitosamente al suelo.

—Tenga cuidado, señorita Green. No puede andar por los pasillos creyendo que solo usted está en ellos —acusó el duque que, para levantarla, acercó el cuerpo de ella a su figura.

No pudo evitar que sus cuerpos hicieran contacto. Sabía que esa mujer estaba ahí por algo, pero no quería convertir eso en un equivocado y desviado trastorno, ya que no podía estar cambiando de institutriz como de camisa.

Por instinto, Alicia colocó sus manos en el torso del duque y para su desgracia, miró a sus tormentosos ojos para perderse en ellos sin desearlo.

—Disculpe, excelencia. Me distraje por un momento. Estoy conociendo la casa. Hace poco fui a la galería y ahora a conocer el salón de té. Este lugar es precioso. ¿Toma té por las tardes?

—Sí, acostumbro a hacerlo.

—Lady Jane y yo estaremos aquí más tarde, ¿nos acompañará?

—No, prefiero tomar el té solo.

—¿Qué cosas hace con su hija?

—Nada.

—¿No la lleva a pasear?

—¿Se refiere al parque o a sacarla de la ciudad?

—Ambas cosas.

—No voy con ella al parque, pero la llevo a las propiedades rurales. No puedo dejarla aquí.

—Interesante...

—¿Está investigándome?

—No, solo estoy contando la cantidad de cosas que no hace con su hija...

—¿Quiere reprocharme algo?

—No me corresponde.

—Por fin un vestigio de inteligencia, señorita Green...

Con esas palabras, ella se dio cuenta de que seguía pegada al cuerpo de él y por su propio bien debía alejarse. No podía tocar a ese hombre tan repulsivo.

—Con decir que no era mi asunto era suficiente, pero tendrá mi apreciación cuando se cumpla el mes. Mi informe lo salpicará a usted —advirtió Alicia—. Con permiso, su excelencia.

Hizo una reverencia y se retiró apresurada por el pasillo.

Herbert se quedó en aquel lugar y llevó su mano hacia su nariz. Percibía un aroma

agradable y sutil que desprendía de las prendas de la señorita Green y para su gusto, ese olor era agradable, parecía que olía a lavanda. De hecho, había dejado su esencia en el pasillo. Como sabueso persiguió el aroma hasta volver a alcanzar a la joven que se quedaba frente a cada puerta que veía.

Alicia entró al salón de música y ahí suspiró con fuerza. Estaba sola y podía soltar todo el aire que sus pulmones contenían gracias a aquel encuentro tan personal con el dueño de la casa. Él la había tocado y eso hacía que se sintiera extraña, como si sus mejillas ardieran de vergüenza al haber estado en contacto con él. Era incomprensible cómo pudo haber puesto sus manos en aquel. Le avergonzaba pensar que casi lo había acariciado. Tal vez después de esto ni siquiera superara el periodo de prueba que le había puesto. Lo había tocado y para colmo, cada vez que lo veía, terminaba diciendo algo que no correspondía. Ella estaba cavando su propia tumba.

Trató de recuperar la calma y no odiarse más de lo que podía odiar a ese hombre. Todos sus sentimientos eran consecuencia de lo malo que él hacía con la niña y debía apartarlo de su cabeza. Para eso, probó los instrumentos que estaban en el lugar. Tendrían que afinarlos todos o cualquiera diría que la institutriz sabía de música, lo mismo que los hombres de costura.

Fue hasta su habitación a por unas herramientas para el efecto. Avisó a los demás sirvientes que ella estaría ahí y fue a ponerse manos a la obra.

En su habitación, Jane había despertado, y Diana la esperaba sentada en el sillón.

—Ha despertado, milady —pronunció Diana.

—¿Y la señorita Green?

—Ella está en la sala de música. Está afinando un par de instrumentos.

—¡Quiero ir!

—Tomarán el té y... ¡lady Jane!

La niña fue corriendo por los pasillos hasta llegar a donde Alicia se encontraba.

—¡Señorita Green! —la llamó la niña, abriendo la puerta de la sala.

—¿Y sus zapatos, milady? Su padre pegará el grito al cielo y le daremos una razón para que me vaya pronto —dijo Alicia, que soltó lo que estaba haciendo y agitó la campanilla.

Después de unos instantes, Diana llegó agitada hasta la sala.

—Aquí están los zapatos... Tardé porque me caí gracias a la rapidez de lady Jane para huir.

—Tal vez te estás haciendo vieja, Diana —alegó Alicia, divertida.

—No diga eso, señorita Green, todavía soy muy joven, y le aseguro que soy más joven que usted.

—Quédese en mi habitación y ya no se vaya, señorita Green —pidió la niña que cogió el brazo de su institutriz.

—Todos los días le leeré una preciosa lectura antes de dormir, milady.

—Pero yo quiero que se quede conmigo a dormir. No quiero que se vaya y me deje...

—No la dejaré. ¿De dónde saca esa idea?

—Solo no quiero que se vaya...

—La acompañaré hasta que duerma siempre. Debe ser disciplinada, milady, o su padre nos reprenderá a ambas.

—¿Qué es eso? —curioseó la niña que quería saber el nombre de la cosa que ella tenía en su mano.

—Es un violín. Te lo puedo enseñar cuando llegue el...

—¡Quiero tocarlo ahora! —La niña cogió el arco que estaba cerca y comenzó a golpear algunos muebles.

—¡Milady! ¡Lo romperá! Sin arco no hay violín. Si de verdad quiere que le muestre algo, manténgase quieta y sea paciente. Estoy aquí para mostrarle todo, ahora lo estoy afinando. —La señorita Green le arrebató el arco y le sonrió. No importaba que Jane hiciera un tierno mohín de enfado.

—Venga, milady, la señorita Green le avisará cuando esté listo, usted y yo podríamos caminar un poco por el pasillo —dijo Diana para distraer a la niña.

Jane negó con la cabeza y se sentó a mirar lo que hacía su institutriz. No podía quedarse quieta, se movía con interés por lo que hacía Alicia. Estaba a punto de trepar sobre la cabeza de ella para saber con exactitud lo que hacía con aquellas cuerdas.

—Está listo, milady. Pese a que no estaba previsto que le enseñara ahora, su edad es apta, y si le interesa, podemos estar con él cuanto tiempo guste.

La pequeña no cabía de la emoción por poder tocar el instrumento. Ella ni siquiera imaginaba cómo sonaría eso que veía, pero quería oírlo. La señorita Green había despertado aún más su curiosidad por las cosas desconocidas.

Al oír y ver a la señorita Green ejecutar el violín, Jane quedó maravillada. Sus ojos brillaban al apreciarla, ese instrumento le encantaba y también la institutriz que el duque llevó para ella.

Herbert tenía un libro en la mano cuando oyó el sonido del violín del salón de música. Alzó la mirada hacia el techo al sospechar que la señorita Green, estaba haciendo algo ahí. Si le enseñaba algún instrumento a Jane, sabía que tendría que soportar los desbarajustes de la niña. Con la llegada de la institutriz no solo se añadió un problema más, sino otra lengua irrespetuosa.

—La señorita Green es talentosa, excelencia. Hace muchos años que no se oye el sonido de un instrumento —comentó Rupert que le llevó su té para que lo bebiera solo.

—Me parece que tendremos más ruidos de lo habitual y eso me preocupa. No sé cuánto tiempo lo toleraré.

—Tal vez pueda decirle a la señorita Green que enseñé el violín de noche, cuando usted va a las veladas o sale con sus amistades, de esa manera su corta paciencia no se verá afectada por lo que pasa.

—Es una posibilidad. Ando un tanto meditabundo, Rupert. Hay cosas que me preocupan. Pese a mi alejamiento con Jane, no quiero que le ocurra nada. Lord Devington no es alguien que quieran tener en la casa si me llegara a ocurrir algo...

—Eso significa que buscará una esposa.

—Sí, lo haré en poco tiempo. La temporada apenas empieza y hay muchas mujeres, una puede ser la escogida.

—¿Y si le pide ayuda a esa matrona a la que conoce?

—Tal vez lady Kirby ha perdido credibilidad después de que lord Stoke saliera desnudo de su ventana.

—Pues debe tener buen gusto. Solo se hablan cosas terribles del barón Stoke y todas tienen que ver con calentar camas. Además, es una viuda con toda su prole casada. ¿Qué más tiene que hacer que buscar su propia felicidad?

—O quizá buscar la ruina ajena, pero me sería de ayuda que achicara mi capacidad de elección dándole especialmente lo que necesito en esta casa.

—Es una excelente idea. Su prima, lady Charlotte, puede ayudarlo también.

—Ya se ha metido en mi vida y por mal consejo suyo ahora tengo a una institutriz insurrecta.

—La señorita Green tiene muchas cosas definidas y una de ellas son sus convicciones. Tiene poco tiempo aquí y ya ha descubierto su naturaleza, excelencia. Usted no le agrada.

—Ah, ¿lo crees?

—Por cómo discute con usted solo hay dos opciones: lo odia o le gusta mucho para admitir

que le agradan las cosas malas. Para las personas remilgadas, la admisión es un pecado.

—Ella entró aquí por recomendación y por ser bonita. ¿Por qué contaminaría mis ojos con una anciana o una mujer de mediana edad con poca motivación para educar niñas? La señorita Green parece paciente.

—Es tan paciente que, quizá, lo vea agonizando sin ayudarlo. Supongo que lady Jane no ha callado nada de lo que pasa en esta casa con usted.

—Una dama fracasada no va a decirme lo que debo hacer o a quién debo querer. Tiene un mes para quedarse o irse si no hace bien las cosas o no le parece cómo crío a mi hija. Me pertenece y no necesito que nadie me diga cómo criarla o si soy un buen padre.

—Es un mal padre.

—Es probable, pero es lo que le tocó a Jane. Tendrá que soportar la vida que le espera. Sé cuáles son mis obligaciones con ella y las cumpliré a cabalidad, y por su bienestar es que debo buscar una esposa y darle un hermano que pueda asegurarle la dote en el futuro. ¿Eso no me hace un buen padre? Puedes juzgarme, Rupert, pero no estás en mis zapatos. Que me traigan más masas...

—Por supuesto, excelencia.

Rupert fue a la cocina y se encontró con la cocinera.

—El duque quiere más masas —contó Rupert que cogió una de la bandeja que era para la institutriz y la niña.

—Coge un par de ahí, Rupert. No queremos que el ogro salga de paseo porque le negamos un par de ellos. ¡No te comas lo que es para milady!

—Estoy comiendo la parte de la señorita Green. El duque no la quiere.

—Es una pena, porque yo la noto con buenas intenciones. Espero que lady Jane pueda tener una buena educación y ser feliz, ella lo merece.

—¿Está lista la bandeja que pidió la señorita Green? —curioseó Diana.

—Sí, es esa a la que Rupert le ha metido la garra, llévatela antes de que acabe con las masas.

—Espera, sacaré más para el duque o me despedirá junto con la institutriz y eso sería desafortunado.

Capítulo 10

Después de tomar el té, Alicia continuó mostrándole a Jane lo que podía del violín. Le sorprendía que fuera tan ávida en el aprendizaje y que, sobre todo, avanzara tan rápido. A ella le había llevado meses aprender las notas. En cambio, esa niña, lo había hecho en unos minutos. El duque tenía en su casa a alguien que era demasiado inteligente para desperdiciarlo sin enseñanza. Juraba que lady Jane era una niña prodigio y no solo con la música, así mismo sería con la lectura, debía intentar que fuera de esa manera.

—Es hora de la cena, señorita Green —avisó la niñera que todavía seguía en compañía de Jane en el salón de música.

—Ya oyó a Diana, milady, es hora de cenar.

—¡No, no quiero dejar el violín! —La pequeña se aferró a él.

Alicia y Diana se miraron, ya que no sabían cómo sacarle el capricho a Jane.

—No podrá comer con eso en la mano.

—Ella me dará la comida en la boca —señaló Jane hacia Diana.

—No, milady, usted debe coger sus propios utensilios, ya es un poco grande para que le sigan dando de comer en la boca —la reprendió Alicia, pero a Jane no le importaba.

Era prodigio, pero muy caprichosa. Era de esa manera para compensar la falta de afecto que tenía, ya que nunca le negaban nada.

Ambas tuvieron que ceder para que ella llevara el instrumento al comedor.

El duque estaba impaciente esperando a su hija y a su institutriz. Cuando las vio entrar al comedor, parecía un toro echando aire por la nariz, ya que sus fosas nasales se habían ensanchado tanto para dejar salir mucho caudal.

—Llevo sentado demasiado tiempo. ¿Usted no enseña la puntualidad, señorita Green, o le da lo mismo que el respeto? —acusó.

—Excúseme, excelencia. Lady Jane ha tenido un pequeño percance.

—Y no lo ha dejado atrás por lo que noto. Deja ese violín, Jane.

Ella le sacó la lengua a su padre y él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Ha estado enseñándole a Jane a que no me obedezca? ¿Qué demonios hace, señorita Green? —espetó enfadado.

La institutriz quería que la tierra se abriera bajo sus pies, ya que no podía controlar a Jane de ninguna manera. Lo único que le quedaba era guardar la calma y no arrojarle algo en la cabeza al duque y no darle golpes a la niña.

—Aún no le he enseñado partes de su cuerpo para que sepa que la lengua puede usarla para insultar, hablando o sacándola. Es evidente que lo aprendió del personal de la residencia a quienes dejó a cargo de la educación de su hija. No se sorprenda de que sepa hacer panes.

—¿Sabes hacer panes, Jane? —interrogó el duque.

—Sí, usted se los come, su excelencia.

La mirada del duque se dirigió al séquito de sirvientes que estaban ahí observando para servir la cena. Todos tenían cara de sospechosos, por lo que la institutriz tenía razón. Muchas de las mañas de Jane eran culpa de su estrecha relación con los criados.

—Condenación... —susurró—, sirvan la cena y después se van. Hablaré con ustedes en la cocina.

Mientras los empleados estaban ocupados sirviendo la cena, Alicia seguía intentando negociar con la niña para que soltara el instrumento y pudiera dedicarse a saborear sus alimentos; sin embargo, no podía lograrlo. Ella solo lo puso en su regazo para comenzar y lo cubrió con su servilleta. Alicia se tapó los ojos y después trató de pasar por alto aquello para que pudieran comer.

Jane comía tranquilamente la sopa y el pastel de carne. No era alguien que peleara para cortar sus alimentos, si ella no lo hacía sola, era solo porque era perezosa y demasiado consentida por la servidumbre y no corregida por su padre.

—Oí que estaban tocando el violín. Lo hace bien, señorita Green... —comentó carraspeando su garganta. Después cogió una copa de vino para no seguir diciendo más tonterías como esa que había dicho.

—Son de las habilidades que nunca se olvidan. Me sorprende que lady Jane, sin haber tocado el violín alguna vez, aprenda tan rápido, es un prodigio para la música y considero que también para otras cosas. Ayer no cortaba sus alimentos y hoy ya lo hace, lo que significa que su aprendizaje es más rápido que del común de las niñas de su edad.

—¿No la estará ensalzando para quedar bien, señorita Green?

—¿Por qué querría mentirle en algo así? Usted podrá oír en unos días cómo su hija ejecuta un instrumento con cuatro años. Ella aprendió las notas en unas horas y yo lo hice en días y era más grande que ella, excelencia.

—Tal vez usted no es más inteligente que el promedio, aunque Eloísa tocaba el violín y lo hacía muy bien. Es probable que la habilidad viniera por ese lado. De hecho, ese lugar lo puse para ella, porque me encantaba oírla...

Herbert bajó la mirada al contar aquello.

—Las habilidades heredadas ayudan mucho, aunque lady Jane también posee defectos heredados que, supongo, no eran de su esposa, sino más bien son suyos.

—Nunca he oído de una institutriz que conservara su trabajo después de decirle cosas a su patrón.

—Puedo ser la primera... —dijo con un poco de impertinencia.

—Me divierte, señorita Green, pero no juegue con fuego, porque puede quemarse. No soy su amigo y no soy demasiado tolerante, no abuse de mi buen ánimo ni se tome confianzas que

nadie le ha dado. Está aquí para educarla y es lo que debe hacer, y mejor si lo hace en silencio.

—Así será.

Los ojos de Alicia y de Herbert se cruzaron como si se estuvieran desafiando, al menos ella sí parecía hacerlo, porque a toda costa trataba de desmeritar el intelecto de su hija y también el de la misma Alicia. Aquel hombre resultaba cada vez más insoportable y quizá no llegara a cumplir el mes, porque la despediría o ella renunciaría a tratar con alguien tan desinteresado por su propia prole.

Al acabar la cena, Alicia llevó a la niña a su habitación para que Diana se ocupara de ella.

—Puedes soltar el violín, nadie te lo quitará —aseguró Alicia que quiso quitárselo, pero la niña seguía aferrada a él.

—Su excelencia puede quitármelo si lo dejo por ahí.

—¿Él viene a darte las buenas noches?

Jane negó y bajó la cabeza.

—Entonces no te lo quitará, ya que ni siquiera hace lo básico de un padre... —Ella suspiró con rabia.

—Deje que acomode a milady, señorita Green —pidió la niñera—. Recuerde que debo ir con los demás criados para que el duque nos use como carne de cañón.

Alicia sintió que las palabras de Diana eran como un reclamo para ella por decir lo que pensaba para salvar su propio pellejo.

—¡No quiero que se vaya, señorita Green! ¡Quédese conmigo! —pidió la niña que soltó el violín y se aferró a ella.

—Diana, ve con los demás y me ocupo de milady. Después conversaremos del asunto que te ha dejado tensa —pidió Alicia, ya que al parecer el asunto se dilataría.

Diana le entregó el camisón de la niña para que la cambiara y salió de la habitación.

—Lady Jane, debe dormir.

—Lo haré con usted, ¿puede quedarse aquí?

—Eso no le gustará a su padre. Además, debe acostumbrarse a llamar al duque cómo debe.

—¿Y si se va y no vuelve?

—Eso no ocurrirá. Mi habitación está cerca de la cocina. Mañana continuaremos con las clases, por lo que usted debe descansar un poco para poder seguir aprendiendo. Descanse, milady.

—No quiero, quédese conmigo...

Cuando esa niña se encaprichaba con algo no había forma de quitárselo de la cabeza.

—Me quedaré un rato, pero después iré a dormir a mi habitación.

—Lea algo para mí. El libro de la tarde.

A la señorita Green no le quedó más opción que consentir a la niña y eso la dejaba mal parada, pues por su culpa, la servidumbre de la casa pasaría un mal momento con el duque. Ya imaginaba lo que ellos debían pasar con una niña a la que no podían negarle algo.

La vistió con el camisón y cogió el libro para colocarlo cerca de una lámpara y comenzar a leerlo. Al poco tiempo, Jane cayó rendida y pudo acomodarla para no tuviera frío, aunque dejó el instrumento a su lado, puesto que, si despertaba y no lo encontraba, sería algo bochornoso que nadie querría oír en la casa en plena mañana.

Se retiró con premura para llegar en donde el duque podría estar castigando a la gente.

—Ustedes... me han decepcionado. Llevan años trabajando en esta casa. A través de una recién llegada, una extraña, me doy cuenta de que han estado haciendo cosas malas a mis espaldas y quién sabe qué le han dicho a Jane sobre mí... Debería castigarlos a todos...

Los sirvientes se veían acongojados y tristes por cómo les hablaba el duque.

—Disculpe que interrumpa, excelencia, pero quisiera decir algo en favor de sus sirvientes. Ellos no son los culpables, es usted. ¿Cómo puede dejar la terrible responsabilidad de educar a una niña a personas que siguen órdenes? Él no lo llama padre, y no es porque ellos se lo hubieran impedido, no le dice así, porque no tiene un ejemplo. Le habla de «su excelencia», porque es lo que escucha todos los días.

El duque dirigió una mirada furibunda hacia ella por acusarlo con tanta formalidad frente a los demás.

—Retírense —ordenó al resto—, la señorita Green se quedará aquí.

Sin mucho tiempo que perder, los sirvientes se escurrieron como ratas por los pasillos.

—Me estoy cansando de usted...

—Perdóneme porque le hablo con la verdad. No soy parte del séquito que sabe decir sí a todo.

—¿Quién es usted en verdad? Una simple institutriz no podría tomarse estas libertades.

—Soy una simple institutriz, no tengo nada. ¿O me ve con algo valioso?

—Es una noble en desgracia, ¿no es así? Solo eso podría convertirla en alguien prepotente. Una solterona fracasada...

Esas palabras del duque eran como golpes que no estaba preparada para recibir. Le estaba dando en lo más doloroso de su vida, no había escogido ese destino, solo hacía lo que podía.

—Si se siente bien ofendiéndome por ser soltera, hágalo, no es pecado. Lo que sí lo es, y muy grave, es el abandono. Podré ser una noble en desgracia, pero pude hacer cualquier otra cosa y no dedicar mi vida a convertir a niñas en damas. Estoy orgullosa de mi oficio. Puede atacarme todo lo que desee, como dama, le contestaré con tal fineza que no merece. Créame que, en el futuro, su hija tendrá las mejores respuestas ante las argucias y proyecciones de los demás.

—Es la última vez que le advierto que no la toleraré, un próximo desacato y se irá con la peor referencia que pueda. Hundiré su oficio, ¿entiende? —la amenazó, pero no se quedó a oír su respuesta.

Él apresuró el paso para encerrarse en la biblioteca. Tuvo que taparse el rostro a causa de la vergüenza que le producía haber dicho tal cosa contra la señorita Green. Como caballero, se hubiera metido una gran paliza; sin embargo, la amargura lo convirtió en un verdadero patán. No debió decir semejante tontería por no querer asumir sus culpas. La señorita Green solo le decía lo que veía, lo que era incorrecto. Cuando la contrató, en verdad creyó que seguiría órdenes; no obstante, podía seguirlas, pero iban contra sus principios y se lo hacía saber con ligeras acusaciones. También, era cierto que cargó en hombros de sus sirvientes responsabilidades que no eran de ellos. Jane era su obligación, pero no podía estar cerca de ella, no toleraba ese acercamiento tan doloroso. Cada comida era como una puñalada, y a medida que crecía, se parecía aún más a su madre y lo atormentaba. Eloísa lo hubiera odiado de saber lo que ocurría con la hija de ambos, la que debió ser una gran felicidad y se convirtió en desgracia y rechazo.

Capítulo 11

Era una verdadera tonta al ser desafiante con el duque. Su institutriz jamás increpó a su padre o a su madre por ser poco amorosos con ella, solo le había explicado que algunas familias no demostraban tanto afecto, pero que eso no debía determinar quién podría ser ella en el futuro, mientras que Alicia metía la nariz en donde no la llamaban. Entendía el enfado del duque al opinar sobre su casa. Debía enfocarse en educar a la niña y suplir algunas de sus carencias, ya que no podía hacer más que eso. Debía limitarse a lo que había ido a hacer en ese sitio.

Fue a su habitación y se sentó en la cama sin saber qué hacer. Sabía que fue culpable de provocar a ese hombre con sus palabras; sin embargo, no quería perder a lady Jane, en verdad necesitaba a alguien que la ayudara a sobrevivir en los próximos años y Alicia quería ser esa persona por todo lo que representaba para ambas. Para Alicia significaría un excelente porvenir en catorce años y para Jane, un consuelo y un buen matrimonio para formar su propia familia con base en el amor que quería enseñarle.

Por la mañana, Alicia despertó temprano y se colocó uno de sus vestidos grises, tenía varios que eran iguales, fue hacia el jardín para cortar unas flores. Se fijó que en el despacho del duque había un par de ellas que se estaban marchitando en un florero, le dejaría un ramo para que quizá de esa manera se alegrara su día. Cuando encontrara la ocasión se disculparía por su impertinencia.

Entró al despacho sin golpear y se quedó de piedra al ver ahí al duque que estaba sacando unos papeles de su escritorio.

Herbert observó hacia la puerta que se abrió de manera inesperada y ahí vio de pie a la señorita problemática Green.

—Perdóneme por interrumpirlo, no sabía que se había despertado tan temprano. Venía a cambiar las flores... —se excusó Alicia, sonrojada.

—Buen día, señorita Green. Todavía no he ido a dormir. Tengo problemas de sueño.

—Gertrude, la doncella de lady Archibald, me enseñó un té de hierbas que es excelente para

dormir. ¿No quiere que se lo sirva por la noche? Milady no podía dormir y no nos dejaba hacerlo tampoco, entonces bebíamos ese té después de darle sus copas de ginebra.

—Considero que la última parte fue una confesión un poco sucia de su parte como cuidadora, señorita Green.

—Esas eran mañanas de lady Archibald, nosotros solo cumplíamos sus deseos...

—A conveniencia...

—Absolutamente... —Alicia sonrió y vio que el duque también lo hacía, entonces, suponía que era el momento de excusarse—. Excelencia, quería disculparme con usted por lo que dije. He sido impertinente e indiscreta.

Al terminar de decir eso, ella sacó las flores secas del florero y colocó las nuevas, ante la mirada del duque.

Él la observaba y consideraba que ambos habían sido tontos. Herbert tampoco debió hablar sobre la parte personal de la institutriz.

—No aceptaré sus disculpas sin que usted acepte las mías. He sido visceral y no he pensado como un caballero, sin importar su condición, jamás debí juzgar su soltería. Sé que para una dama eso es delicado. Me siento apenado por mi comportamiento. Créame que no soy así, siempre he sido amable y caballeroso con las personas, solo que lo que tenga que ver con Jane, para mí es algo doloroso y difícil de sobrellevar. Son años de un gran dolor que me invade.

—Gracias a lady Archibald, he comprendido que existen amores que traspasan la muerte y son pocas las personas que disfrutan de ello.

—No es un disfrute, señorita Green, es un sufrimiento saber que nunca volverá y que los planes que alguna vez hizo, desaparecieron. Jane debía ser una gran felicidad, pero no puedo verla así. Lo intento, mas no me es posible. Cada vez crece más y es idéntica a Eloísa y no es fácil.

—No puedo decir que lo entiendo, pero lo respeto, excelencia. Es usted alguien que sufre y yo debo respetar su dolor y educar a su hija.

—Me tranquiliza que lo entendiera. Usted y yo deberíamos ser un equipo y no enemigos. Sé que muchos de sus errores los debe a su inexperiencia y por eso, merece otra oportunidad. Es joven... ¿Cuántos años tiene?

—Casi veintisiete, excelencia.

—Aparenta muchos menos.

—Se agradece la percepción, excelencia.

Los dos quedaron en silencio y se observaron por un rato.

—¿Juega al ajedrez, señorita Green?

—Sí, excelencia. Es algo que me gusta hacer, aunque no siempre encuentro con quién.

—Me alegra escuchar eso... Ah, me refiero a que le gusta el ajedrez, no a que no tenga con quién hacerlo. Puede jugar conmigo, llevo un par de semanas sin hacerlo y quizá hasta he perdido ciertas habilidades. La noche suele ser larga en soledad.

—Acepto el ofrecimiento. Espero que también me deje prepararle el té.

—Acepto lo del té. Solo espero que no sea con la intención de envenenarme.

—Para que no tema, yo beberé con usted.

—Me ha convencido.

Ellos seguían sonriendo, hasta que Alicia decidió que no era lo mejor estar sonriendo con el dueño de la casa. Eso solo podría llevarla a confundir las cosas. El duque no era su amigo, era el que le pagaba el sueldo.

—Con permiso, excelencia. Debo acomodar todo para comenzar la enseñanza de lady Jane. Con tanta inteligencia, lo mejor es que le enseñe a leer y escribir. Aprenderá muy rápido.

—Espero saber de sus avances en su informe.

—Así será, excelencia.

Alicia hizo una reverencia antes de retirarse raudamente del lugar.

El duque suspiró después de que la institutriz se fuera, no sabía las razones por las que le había pedido tales cosas a la mujer. Ella había ido ahí con un buen ánimo y él no creyó conveniente contradecirla, ya que le agradaba que hubiera paz en su casa. Además, desde que llegó a su residencia, tenía con quien hablar y debatir. Parecía muy inteligente, y, de hecho, lo era, lo que hacía que sintiera más curiosidad por saber de ella.

Llevaba un par de días enseñándole a Jane a cómo leer y escribir por medio de las letras, y también seguía con el violín. Para ese tiempo, ella ya podía ejecutar una pieza sencilla. No podía creer su rápido aprendizaje. En verdad no se había equivocado con la niña, era un prodigio.

—Quiero otra pieza. Esta la sé de memoria, señorita Green —dijo Jane que parecía aburrida de tocar lo mismo siempre.

—Todavía desafina un poco. La práctica hace al maestro, lady Jane. Si usted no se perfecciona, nunca podrá completar correctamente una pieza. Recuerde que debe impresionar a su padre, por su bien y por el mío.

—A usted no quiero perderla. —Jane se abrazó a las piernas de Alicia.

—Haré todo lo posible por quedarme, solo debe ser obediente y demostrar que aprende. Si lo hace, su padre dejará que me quede con usted —replicó quedando al mismo nivel de la niña.

—¿Cree que pueda conocer a mi madre? Quiero saber cómo era y si me quería.

—¿Por qué eso es tan importante?

—Porque deseo saber si ella era como usted, tan buena y amorosa.

Al oírla decir eso, Alicia abrazó a la niña con fuerza. Sabía que no debía hacerlo y que involucrarse era demasiado peligroso para su carrera.

—Solo el duque lo sabe.

—¿Y cree que debo preguntarle? Él no querrá contestar.

—No pierde nada con averiguarlo. Es su derecho a saberlo, pero supongo que ella debió amarla mucho. Es imposible no sentir cariño por alguien como usted. —Siguió sin soltar a la niña.

—¿Cómo debe ser un padre? ¿Y una madre?

—No soy la mejor persona para responder eso. Mis padres no eran muy afectuosos.

—¿Y los odia?

—Esa es una palabra muy dura y poco entendible para una niña como usted. Sin embargo, creo que he perdonado a mis padres por eso.

—¿Cree que debo perdonar a su excelencia?

—Eso dependerá de usted.

—¿Qué es perdonar?

La institutriz se alejó un poco de la niña para mirarla y rio. Jane era muy ocurrente con las cosas. Era evidente que ella no quería perdonar a su padre, ni siquiera quería acercarse a él.

—Pues es no seguir enfadada con una persona por más daño que nos pudiera hacer... —dijo intentando que sus palabras le llegaran a la niña.

—Yo quiero seguir enfadada.

—Entonces no hay mucho que hacer.

Jane rio y se alejó de su institutriz y buscó algo en un mueble.

—¿Qué hace, milady?

La pequeña quitó un par de partituras y se las enseñó a la señorita Green.

—Quiero aprender estas —pidió entregándoselas a Alicia.

—¿Cómo sabía que estaban ahí?

—Cuando usted sale, yo busco cosas que me interesan.

—Es una traviesa, lady Jane. Me recuerda a la anciana que cuidaba hace poco. Ella también era muy juguetona. Está bien, le enseñaré otra sencilla.

La niña arrugó la frente como si no quisiera algo fácil, sino más bien deseaba una pieza mucho más complicada.

—Quiero algo difícil.

—Si quiere algo muy difícil, haga reír a su padre. Hará lo que le digo porque soy su institutriz y sé lo que le conviene.

Jane se enfurruñó, pero insistió señalando las hojas.

No estaba dispuesta a ceder por más que le encantara la actitud de Jane, una niña de cuatro años no podría con ella.

—Es hora de la cena, señorita Green —anunció Rupert.

Alicia se fijó en la ventana, estaba oscureciendo y ella no se había dado cuenta.

—Gracias, Rupert. ¿Su excelencia cenará con Jane?

—Él tiene pensado salir a un baile.

Ella le sonrió y le tocó el hombro a Jane.

—Lady Jane, debemos cenar... —comunicó.

—¿Estará su excelencia?

—No, milady. Él irá a un baile —alegó Rupert.

—¿Irá a buscar una esposa nueva para estar feliz?

—¡Milady! —expresó Alicia, escandalizada por las palabras de la niña—. ¿De dónde ha sacado eso?

—Ya lo supone, señorita Green. Hemos sido nosotros en medio de nuestra indiscreción.

—Deben cuidar lo que dicen frente a ella o lo replicará con el duque y se meterán en un problema.

—Sí, señorita Green. Bajen pronto.

Recogió lo que habían estado usando por la tarde para las clases y después Alicia se estiró un poco y bostezó.

—¿Cree que su excelencia estará de mejor humor con una esposa? ¿Eso significa que tendré una madre que me querrá?

—Mmm...

—Responda, señorita Green. ¿Él por fin me querrá cuando tenga una esposa?

—No lo sé, milady, pero una esposa para el duque debería ser algo bueno para usted.

—¡Quiero una nueva esposa para él y una madre! ¡Yo quiero saber lo que es tener una madre, señorita Green!

La niña saltaba de un lugar al otro de aquel salón, estaba emocionada por lo que creía que

significaba que su padre se casara con otra. Jane pensaba que las madres se daban en los árboles, al parecer. Tenía una idea un tanto equivocada de lo que era una madrastra. No creía que aquellas fueran malas personas; sin embargo, no sabía qué podría depararle el destino a una niña, cuyo padre prefería mantenerse alejado de ella y tampoco podía suponer que el duque podría ser capaz de escoger a una buena mujer y más sabiendo que él aún amaba a su fallecida esposa y que no podía superar su partida.

—¡Tendré una madre, tendré una madre!

La señorita Green cerró los ojos al oír lo que la niña decía antes de salir de la sala en la que estaban con rumbo al salón.

—¡Buenas noches, excelencia! —exclamó la niña al encontrar a su padre vestido con elegancia en el pasillo.

Herbert frunció el ceño al ver que su hija estaba muy animada.

—Buenas noches —correspondió el duque—. ¿Por qué tanta alegría?

—Porque usted irá a buscar una esposa y dejará de estar malhumorado todos los días...

Los ojos de Herbert abandonaron sus cuencas en dirección a la institutriz.

—¡No se lo he enseñado, excelencia! ¡Fueron los demás criados! —expresó Alicia, apresurada, al verlo dirigirse a ella.

—¿De dónde aprendiste eso? —cuestionó su padre.

—Lo dijeron los sirvientes y la señorita Green dijo que eso podía ser bueno para mí. ¿Eso significa que tendré una madre?

Capítulo 12

—Tal vez una madre me quiera. ¿Cuándo vendrá para conocerla? —cuestionó la niña, ansiosa.

El duque no sabía qué responderle a Jane, ya que estaba lejos de que en realidad pudiera ser algo bueno para ella, pues la mujer que quería en su casa debía supervisar a la niña y no ser una cómplice más.

—Considero que estás apresurada, Jane. Sigues sin tener una madre y es todo.

—¡Grrr...! —gruñó la niña haciendo un berrinche, para después ponerse a llorar como si alguien la hubiera golpeado.

—Milady, por favor, no llore. Entienda que su padre...

—¡Ya no lo quiero! —espetó Jane que se fue corriendo por el pasillo.

—Lo lamento, su excelencia... —dijo Alicia que quiso pasar junto a él para ir a consolar a la niña, pero sintió que el duque la detuvo con su mano.

—¿Qué está ocurriendo, señorita Green?

—Milady no entiende que las madres no se dan en los árboles. Quiere saber lo que siente ser amada por alguien.

—Boberías. Lo mejor es que no sienta cariño por nadie, eso la preparará para el futuro.

Ella no podía creer lo que escuchaba. Aquel hombre prefería ver sufriendo a su hija que consolarla de alguna manera.

—Al menos, por compasión, podría decirle una mentira.

—¿Para qué engañarla? Es mejor que se mantenga al margen de los sentimientos. ¿Para qué

quererlos si hacen daño? Una mentira le daría esperanzas para sufrir. Haga que entre en razón, señorita Green. A usted le hace caso.

—No puedo darle un consejo así.

—Entonces cumpla mi orden. Quiero que le inculque que no es necesario esperar nada de nadie, será más feliz así.

—Que se divierta, excelencia.

Alicia se liberó del duque y fue a buscar a Jane.

—¡Milady, milady! —la llamó Alicia en el pasillo.

La niña no le respondía, debía estar escondida.

Entonces, ella comenzó a buscarla por los rincones de la casa para poder hablar sobre lo que había ocurrido. No tenía idea de qué podría decirle. Al no encontrarla, se quedó quieta para oír los ruidos de la residencia, ya que, al ser tan grande, se podía oír el eco, pero para escucharlo debía quedarse quieta y callar.

Una vez que lo hizo, oyó los sollozos y pudo ir al salón de música. Ahí vio a la niña llorando abrazada al violín.

—Milady, ¿se encuentra bien? Su padre no ha querido ser duro con usted.

—Nunca tendré una madre y él no me quiere, señorita Green, ¿usted me quiere?

—Por supuesto que sí, la quiero mucho. Me duele verla llorar.

—¿Por qué es tan malo? Si es mi padre, me daría una madre.

—Oh, milady, quisiera explicarle muchas cosas, pero no lo entendería.

—Quisiera poder escoger una madre para mí e irme con ella a un jardín.

—Lastimosamente, eso depende de su padre, ya que para que sea su madre, debe ser esposa de él.

—¿Y cómo hago para conseguirle una esposa?

—No, las cosas no son así...

—Lléveme a pasear mañana para encontrar una esposa para su excelencia.

La institutriz suspiró al no poder quitar a la niña de su error. ¿Cómo le diría que no podía hacerlo de esa manera?

—Puede pasear conmigo mañana, pero no hable con nadie para decir eso. ¿Está bien? Primero dedíquese a mirar a las damas y después hable, no nos avergüence, ni ridiculice a su padre, se lo ruego.

—No sé qué es eso. —La niña dejó su instrumento a un lado y le limpió los ojos con la manga de su vestido, antes de abrazar a Alicia—. Cárgueme, señorita Green.

De ninguna manera se negaría a hacerlo. Jane era tan liviana como una pluma. La cogió sin ningún inconveniente y la cargó en un brazo, haciendo que ella se recostara en su hombro y se abrazara al cuello de Alicia. La institutriz le acarició la espalda y procedió a salir del lugar.

—Por fin la encuentro, señorita Green. El duque dijo que lady Jane estaba haciendo un berrinche —dijo Diana que fue para ayudarla.

—¿Él ya se ha ido? —curioseó Alicia.

—Acaba de salir.

—Entonces nadie dirá nada. Ha llorado mucho y la tengo en brazos por eso.

—Milady, venga, la llevaré a comer... —musitó Diana, cariñosa, pero la niña se agarró con más fuerza al cuello de Alicia.

—Déjala, Diana. Iremos juntas...

Con cuidado, Alicia llevó a la niña que seguía sumida en hipidos después de haber llorado tanto. Estaba decepcionada y con las ilusiones rotas. No había nada más doloroso en la vida que la decepción y más aún de alguien tan joven como Jane, que era una niña que ni siquiera debería conocer la definición del desprecio.

—Milady, debemos cenar —pronunció Alicia que intentaba bajar a la niña, pero ella parecía una sanguijuela pegada a su figura y no la quería dejar en paz.

—No quiero bajar...

—Debe hacerlo para que podamos comer. ¿La cocinera preparó el postre favorito de lady Jane, Diana?

—Sí, señorita Green. El postre la está esperando a que acabe con su cena. Usted sabe que es delicioso, milady.

Jane estaba tentada a soltar a su institutriz por la comida. Lentamente, fue bajando para sentarse en la silla.

—Muy bien, lady Jane. Ahora todos podemos estar tranquilos. Después del postre le leeré algo y dormiré.

La pequeña parecía haber olvidado lo que la tenía mal cuando un plato de comida se puso frente a ella, y la demencia fue mayor al probar el susodicho *creme brulee* de la cocinera.

Al levantarse de la mesa, Jane volvió a subir a los brazos de Alicia y ella no se había negado a llevarla. Una vez en la habitación, la institutriz había tomado las funciones de la niñera, pues la niña no quería que se separaran en ningún momento del día. Jane estaba apegada a Alicia y cada vez costaba más separarlas. En menos de dos semanas debía darle su informe al duque y quería arriesgarse a perder a la niña por todo lo que le diría a él con tal de aspirar a lo que aquel pudiera tener como corazón. Necesitaba amar a su hija.

Dentro de su carruaje, el duque se sentía un poco consternado por lo que había vivido

momentos atrás con Jane en la casa. Nunca se había acercado a él tan amable y sonriente, al menos no a esa edad. Cuando apenas aprendía a caminar, ella se acercaba con mucha frecuencia buscando su atención y que la tomara en brazos, pero siempre la había rechazado haciendo que ella se desviara hacia los criados hasta que un día ya no volvió a buscarlo de ninguna manera. Era probable que hubiera olvidado que era su padre.

Desde que la señorita Green llegó a la casa, los problemas con la niña comenzaron, por lo que ella debía ser la piedra en el zapato en su morada, aunque Jane había mejorado notablemente en todos los aspectos, mas no en el trato con él, siempre seguía distante. El asunto de que se preocupara por una madre era una señal de alerta. ¿Qué le decía la señorita Green? ¿Qué esperaba conseguir a través de Jane?

No habían tenido los encuentros que habían conversado sobre el té y el ajedrez. La mayor parte del tiempo no era porque él no quisiera, sino que la señorita Green estaba ocupada con Jane. Esa niña absorbía la existencia de esa mujer. Pensaba que sería fácil acercarse a ella; sin embargo, no tenían tiempo para estar solos y Herbert no entendía la razón por la que quería estar a solas sin la presencia de nadie más. Comenzaba a temer que ella le agradara más de lo que debería. Sabía que era bella e inteligente, además, había logrado mucho con su hija. Evitar a la institutriz era lo mejor para él, así no perdería el camino de encontrar una esposa a su altura y un ejemplo para cuando Jane lo requiriera.

—Buenas noches, lady Kirby —saludó el duque al acercarse a la anciana matrona que no se rendía ante la edad ni el cansancio.

—Oh, qué gusto verlo, su excelencia. ¿En qué puedo servirle? ¿Será posible que no vuelva a acusarme de su desgracia?

—Usted no tiene culpa de eso.

—¿Cómo está su pequeña hija? Imagino que ya tiene una institutriz. Lo mejor para una niña huérfana es empezar por ahí. Los caballeros son despistados en la educación de las damas. Usted sabe que es común que muchas mujeres débiles mueran en el parto.

Herbert apretó los labios con fuerza para no decir alguna barbaridad, lo que quería de esa mujer eran simples referencias.

—Jane está bien y...

—Disculpe que lo interrumpa, pero hay buenos candidatos para su hija, lo mejor es hacer tratos ahora si no piensa en volver a casarse. Puede comprometer a la niña con uno de los hijos de sus amistades o puedo presentarle a otros que estarán encantados de tener como nuera a la hija de un duque.

—No estoy interesado en arreglar un matrimonio para una niña de cuatro años, lady Kirby. Quiero conocer a una dama...

—¡Cuando contemos este cotilleo, Londres estallará!

—Lo imagino, pero quiero que sea lo más discreto posible.

—¿Y qué está buscando nuestro duque codiciado?

—Una dama joven, soltera o viuda. No quiero debutantes, lady Kirby. Me parecen demasiado inmaduras para tolerarme. Deseo a alguien que busque lo mismo que yo: un matrimonio de conveniencia. Yo quiero un heredero a cambio de un buen nombre, una posición envidiable y mucho dinero. No importa que sea de una familia demasiado ostentosa, lo importante es encontrar a alguien que pueda cumplir con lo que espero.

—Las viudas con hijos pueden ser una opción, así sabrá que la mujer es fuerte, excelencia.

—No me negaré a conocer a ninguna, solo no quiero debutantes.

—No se preocupe, tengo en la mira a un par de damas. —La mujer sacó su monóculo y comenzó a mirar alrededor del salón para encontrar a alguien para que el duque empezara su búsqueda.

Él esperaba que esa noche pudiera irse con algún nombre o conociendo a alguien.

Durante la noche, prefirió quedarse en un lugar a observar lo que había a su alrededor. No faltaban las miradas que querían alzarse con su atención; no obstante, él era educado y solo saludaba. Su cuerpo estaba en aquel salón, pero su mente quizá estuviera en su casa, pensando en la institutriz de su hija, la señorita Green. Sabía que era un error tenerla en su residencia, supo

desde un principio que así sería, pero se dejó llevar por la tontería y para colmo, dos personas alentaron su locura. Estaba más torturado que antes, ya que tenía presente a Eloísa, lidiaba con su hija irrespetuosa y con la institutriz que le robaba los pensamientos como una delincuente.

—Me enteré de que tienes una nueva institutriz —comentó Steven que se acercó al duque.

—Buenas noches, Steven, ¿qué haces por aquí?

—Charles estaba ocupado y yo muy aburrido. Mis amigos están en el círculo de los solteros y yo en el limbo, no tengo idea del lugar al que pertenezco.

—Aquí hay muchas damas para escoger.

—Créeme que lo estoy intentando, pero mis expectativas son muy altas. No quiero un matrimonio infeliz, quiero conocer a la mujer perfecta.

—No soy el mejor dando consejos, pero es mejor no encariñarse.

—No es el ejemplo de los demás.

—Ellos han tenido mucha suerte; sin embargo, la moneda tiene dos caras y a mí me tocó la peor. Si te enamoras y la pierdes, el dolor es terrible, en cambio, si coges una buena compañía, no habría problema. Un heredero, una cama caliente, un buen concierto casero y una casa ordenada con una esposa bella sería suficiente para suplir cualquier necesidad.

—Eso es tan básico...

—Por eso se llama cubrir una necesidad. No necesitas más para eso. Es lo que espera todo caballero. Es un extra que la dama dure mucho tiempo.

—No quiero seguir tu consejo, pero comienzo a ponerme nervioso. Llevo tiempo buscando esposa y no he podido conseguir algo decente a mi parecer. Creo que comenzaré a poner un anuncio de que busco esposa.

—Qué tontería. Lo mejor que puedes hacer es listar a un par de jóvenes, las entrevistas y vas sacando tus conclusiones... Te casas con la más bonita, menos tonta y, sobre todo, saludable.

Capítulo 13

La señorita Green estaba durmiendo en su habitación hasta que sintió que algo subía a su cama y se acurrucaba junto a ella. Deseaba pensar que era un gato; no obstante, no había visto uno solo en las semanas que llevaba ahí, entonces era otra cosa. Tampoco creía que otro sirviente se metiera por error en la habitación. Por lo que, para no pensar en algo tan absurdo como un fantasma, se dio la vuelta y encontró ahí a lady Jane.

Alicia suspiró sin saber qué hacer con ella. La niña había desarrollado un terrible apego hacia ella y no sabía cómo solucionar eso. Al duque no le gustaría saber que su hija estaba durmiendo en la habitación de la servidumbre, podía no tener corazón, pero le sobraba estirpe y orgullo para que su hija ni siquiera pisara el área de servicio.

—Milady, ¿qué está haciendo aquí?

—En mi ventana hay ruidos, alguien rasga el vidrio.

—Eso no es posible...

—Hay sombras y yo estoy sola...

—Iremos a su habitación para ver qué ocurre. ¿Está bien?

—No quiero ir, quiero dormir aquí con usted.

—Dormirá conmigo, pero en su habitación. Me quedaré hasta que se duerma. Venga...

La institutriz encendió una lámpara con una lata de yesca y después cogió en brazos a la niña para emprender el regreso de aquella a su habitación.

El viento hacía que diversos sonidos como silbidos y golpes se escucharan en la residencia. Suponía que alguien dejó abierta o entreabierta alguna ventana y eso provocaba los ruidos.

Al llegar a la habitación de Jane, oyó lo que la niña había dicho, aunque rápidamente se dio

cuenta de lo que era: una pequeña rama que tocaba la ventana.

—El viento azota los árboles y una pequeña ramita quiere entrar a su habitación. Deje que lo solucione...

Entonces, ella se acercó a la ventana, la abrió y su cabello comenzó a moverse como si estuviera atrapada en un vendaval. Se apresuró a romper la rama para poder dejar solucionado el inconveniente y que la niña pudiera continuar durmiendo al igual que la misma Alicia. Cerró con presteza, aunque su cabello ya estaba enmarañado.

La niña comenzó a reírse al ver despeinada a su correcta institutriz.

—¿Le da risa que el viento me hiciera esto? Es usted malvada, lady Jane. —Alicia sonrió y después movió la manta para que Jane pudiera acomodarse.

La pequeña obedeció y subió ahí. Alicia cubrió el cuerpo de Jane y comenzó a tararear una canción para que la niña pudiera descansar, en cuanto ella cerraba los ojos a causa del sueño.

—¿Cómo es una madre, señorita Green?

—No es hora de hacer preguntas.

—Los hijos de las amistades de su excelencia, dicen que soy huérfana, ¿eso qué significa? Parece ser algo malo y no me gusta. Dicen que soy así porque no tengo padres.

—Ser huérfana no es algo malo, es una condición de vida cuando un padre o una madre mueren o abandonan al hijo. Usted no es huérfana, al menos no de padre...

—Pero siempre lo seré de una madre. ¿Las madres son así de malvadas como su excelencia?

—No, por supuesto que no. Mis padres tampoco fueron muy cariñosos, pero recuerdo que algunas de mis amistades decían que sus madres tarareaban canciones para dormir y que las llenaban de besos y abrazos...

—Usted me abraza y tararea canciones para mí...

—Pero yo soy su institutriz...

—Quiero una madre como usted, que sea buena conmigo y que nunca me deje.

—Si lo pide con fe, es probable que su padre consiga a una buena dama que la quiera mucho. También, si todo sale bien, estaré aquí los próximos catorce años. Todo dependerá de usted y de su buen comportamiento, aunque también dependerá de lo que yo pueda decirle al duque.

—¿Qué le dirá?

—Eso no se lo puedo decir, pero créame, es probable que él se enfade mucho conmigo.

—¿Y si la despide?

—Es muy probable que eso ocurra.

—Si la despide, yo me iré con usted.

—Eso no puede ocurrir, yo no puedo llevarla conmigo, sería secuestrarla y eso podría ser un gran problema para mí. A veces, en nuestras vidas, aparecen personas fugaces, pero que dejan huella en nosotros.

—Quiero que se quede conmigo para siempre... —Jane se levantó de la cama y le dio un beso en la mejilla a Alicia, para después abrazarla.

Ya estaba acostumbrada a los abrazos de la pequeña lady de la casa, no obstante, el beso sí la había sorprendido. Era preocupante que se encariñaran mutuamente, puesto que ella sabía que en cualquier momento diría algo que terminaría por desagradarle al duque y por eso la echaría a la calle. No quería que eso ocurriera, pero era lo más probable. No podía seguir viendo las injusticias sin hacer nada, e intentar suplir cosas que no le correspondían. Jane se hacía ideas que no eran. Nunca podría ser su madre por más que pudiera desearlo.

El duque era un hombre atractivo y a ella le gustaba, pese a que no compartía sus mismos pensamientos, respecto a la crianza de Jane. Sabía que su atracción no saldría de su mente. No se

permitía tener ilusiones con él por obvias razones y una de ellas era que no pertenecía a su mismo círculo, años atrás si lo hubiera intentado pescar, pero tampoco hubiera podido, ya que sus padres la habían comprometido con lord Griffin y se escapó justo a tiempo de ese compromiso. Con aquel hombre quizá hubiera tenido dinero y una posición excelente, pero jamás tendría amor, algo que ella anhelaba conocer más por lo poco que había experimentado. Ella se sentía tan joven para caer en manos de un hombre con demasiadas vivencias y mañas al hombro. Soñaba con un esposo agradable en todos los aspectos, guapo, gentil e inteligente, a quien pudiera amar alguna vez, mas, contrario a eso, lo único que había conseguido era un empleo en la casa de un hombre que vivía en el pasado y una niña que le estaba mostrando lo que era el verdadero afecto.

Alicia siguió junto a la niña tratando de que dejara de preguntar cosas. La acunó hasta que se quedó dormida, entonces, ella se retiró de la habitación con la lámpara en la mano. Escuchó pasos que se acercaban por el pasillo y creyó que sería Rupert, ya que era muy temprano para que el duque regresara, mas, al acercarse, lo distinguió caminando con el cuerpo recostado por la pared. Algo le decía que estaba ebrio y mucho.

—Buenas noches, excelencia... —saludó tratando de pasar a su lado.

—Pensé que era una luciérnaga, señorita Green. Se ve tan brillante... —dijo Herbert que había bebido demasiado en la mala compañía de Steven. No imaginaba que sería tan afortunado de encontrar a esa dama.

—¿Puede llegar a su habitación? ¿Necesita que lo ayude?

Al escuchar esas preguntas, la mente de Herbert trabajaba sin descanso para dar una respuesta conveniente. Sobrio le diría que por supuesto que no; sin embargo, estaba ebrio, por lo que ese contacto sería muy bienvenido.

—Por hoy necesitaré su ayuda, señorita Green.

—Recuéstese en mí, lo ayudaré a llegar.

El duque obedeció con presteza, aunque no recostó ni la mitad de su peso.

—Usted huele muy bien, señorita Green.

—Gracias, excelencia.

—Cuando estoy cerca de usted, huelo a un campo de lavanda...

—Qué agradable pensamiento, excelencia... —Ella olía el whisky que hasta salía por la piel del hombre, no le resultaba desagradable, pero distaba de ser lo que él acostumbraba a mostrar con sus prendas impolutas cada día.

—¿Sabe que cuando estoy ebrio vomito en los zapatos ajenos? ¡Pero no se preocupe! No he bebido hasta perder la conciencia.

—Sobre advertencia no hay traición, ¿no es así? ¿Después de dejarlo quiere que le traiga un té?

—No, con todo lo que he bebido es suficiente para dormir hasta la próxima semana...

Alicia abrió la puerta de la habitación del duque y fue a llevarlo hacia la cama en donde lo recostó y procedió a quitarle los zapatos.

—Si desea puedo llamar a Rupert para que lo desvista.

—¿Por qué no lo hace usted?

Esa pregunta tan atrevida hizo que ella se sonrojara. Lo que estaba ocurriendo no sabía si calificarlo como un sueño o una pesadilla.

—No estoy capacitada para eso, excelencia.

—Por supuesto que sí lo está. Es una mujer hermosa, puede desvestirme cuando lo desee... —dijo sin pensar demasiado en que estaba siendo coqueto y atrevido.

—Lo mejor es que me vaya...

—¿No le gusto, señorita Green?

—¿Qué pregunta tan insensata es esa, excelencia? Lo disculparé porque está usted demasiado ebrio para comprender lo que está diciendo.

—Supongo que eso es un sí. —Él la estiró hacia su cuerpo, haciendo que Alicia cayera en su pecho.

—¡Excelencia!

—Usted me gusta, señorita Green. No ha hecho el té que me prometió ni ha jugado al ajedrez, por eso mejor tomo para dejar todo atrás... Los borrachos y los niños... No, no siempre dicen la verdad, aunque en este caso sí.

Quería zafarse de él, pero la tenía sujeta, hasta que después se invirtieron los papeles y el duque quedó sobre ella. Aquello era una locura. No podía estar ahí con el dueño de la casa, no quería echar a perder su esfuerzo por una borrachera de aquel.

—Lo mejor es que me vaya... —murmuró.

—Todavía no...

Al terminar de decir aquello, Herbert se abalanzó sobre los labios de ellas devorándola sin descanso. La obligaba a abrir la boca para que sus lenguas se encontraran. No importaba que estuviera ebrio, conservaba una buena parte de su conciencia como para disfrutar del momento.

Mientras él no daba tregua, a Alicia le costaba corresponder, ya que nunca había sido besada. La barba incipiente del duque le causaba algo parecido a una comezón en su mentón, no era desagradable, era algo nuevo. Le gustaba lo que sentía. Su cuerpo era recorrido por tantas sensaciones que no podía identificar, solo podía decir que ese contacto era un sueño y no una pesadilla. Sin embargo, la mañana sería cruel con ambos. Aquel delicioso acercamiento debía terminar. Esa relación de patrón y empleada se había roto de forma irremediable. ¿Cómo se mirarían a la cara al día siguiente?

Pensando en los múltiples inconvenientes futuros, Alicia empujó al duque y se alejó.

—Lo siento. Hasta mañana, excelencia.

—¡Siempre es mejor pedir perdón que pedir permiso, señorita Green! —exclamó Herbert que no podía levantar el cuerpo de la cama. Ahí quedó sin poder perseguir a la institutriz de su hija.

Cogió su lámpara y salió de la habitación del duque respirando agitada. Sus labios estaban hinchados y sentía que su mentón ardía por haber sido raspado por la barba del hombre. Lo que había ocurrido era una completa locura, algo tan increíble, pero a la vez excitante.

El problema era que el duque le diera alas para volar hacia ningún lugar. No le servirían si ella no era más que una empleada que sería bien pagada por enseñarle a una niña por muchos años. Sentía que, pese a haber disfrutado del acercamiento, había puesto su pie hacia el lado de la salida de la casa. Cuando él recobrara la cordura, las cosas no serían buenas para Alicia. No podría mirarlo a la cara. Debía hacerlo y seguir adelante. La demencia debía ser su mayor aliada.

Regresó a su habitación, pero se quedó ahí sin poder conciliar el sueño con prontitud. Había salido somnolienta de acostar a Jane, mas el duque había encendido todo su cuerpo y su mente. Su cuerpo comenzaba a experimentar sensaciones que solo fueron descritas por lady Archibald, aunque de una manera menos decente de lo que ella pensaba. Después de un beso, llegaba la indecencia, y ella esperaba no llegar hasta esa instancia, ya que luego solo venía la perdición, aunque eso no estaba mal visto en una pareja de gente casada, sin embargo, ella era una mujer soltera que se había dejado besar por un ebrio que resultaba ser el padre de su pupila... ¡Qué escandaloso! Sus acciones eran dignas de mandarla sin dilación al infierno. Alicia era una institutriz y jamás debía fijarse en el duque de Durmont.

Capítulo 14

En la mañana, Alicia se miró al espejo esperando que no se notara que había trasnochado a causa de su mente, que no dejaba de hacer teorías conspirando contra ella y a favor de un despido. Lo único que podía hacer para quedarse más tiempo era fingir que nunca besó a ese hombre y que todo fue producto de un sueño imaginativo, aunque su mentón un poco magullado le decía que fue algo real, demasiado real que dejó huella en ella.

Salió de la habitación y fue hacia el jardín para preparar lo necesario para empezar las lecciones. A veces turnaba las asignaturas para que Jane no se aburriera; sin embargo, sabía que la música era lo que más le gustaba. Lo más probable era que fuera destacada en el violín. No sabía cómo tomaría el pianoforte y tampoco si podría apoyar los pies en los pedales.

—¡Señorita Green! —exclamó la niña que corrió hacia ella y abrazó sus piernas—. ¿Por qué no la encontré al despertar?

—Buen día, lady Jane. Debemos comenzar el día siempre con un saludo, aunque sea uno informal y no con reclamos. ¿Usted piensa que tendrá un esposo que querrá escucharla todos los días si se queja?

La niña negó con la cabeza y sonrió.

—Buen día, señorita Green...

—Así está mejor. Ahora puedo responder su pregunta. Fui a mi habitación porque es donde debo estar.

—Estaba pensando en hablar con su excelencia y decirle que no quiero que se case con ninguna señora.

—¿Por qué ha cambiado de opinión?

—Porque anoche soñé con mi madre, la mujer de la pintura del salón...

—Ah... ¿y qué le dijo para que no quiera que su padre se case?

—Nada, solo que no quiero a otra persona. Usted se le parece mucho.

—Me parezco a usted también si es que nos ponemos a mirar su cabello rubio y sus ojos azules. Nos parecemos a muchas personas...

—¿No quiere ser mi madre? Le preguntaré a su excelencia si no quiere casarse con usted.

—¡Oh, por el amor de Dios, milady! Ni se le ocurra decir semejante cosa frente a su padre...
—Alicia se arrojó a la silla y comenzó a abanicarse con sus palmas abiertas. Estaba tan roja como una manzana. La vergüenza le recorría todo el cuerpo y lo peor era que recordaba el desafortunado evento de la noche anterior.

Jane cogió una servilleta y con ella se dispuso a abanicar a su institutriz.

—¿Se encuentra bien?

—No, milady.

—No es algo malo, solo que usted me dijo cómo eran las madres y me pareció que sería buena para eso.

—Ha malinterpretado mis palabras y casi me da un soponcio. Lady Jane, la prudencia es la virtud más deseable en las damas, sea virtuosa y no diga esas cosas frente a nadie.

—Sí, señorita Green. ¿A usted tampoco le agrada su excelencia para no querer casarse con él?

—Milady, cada vez está empeorando su imprudencia. El matrimonio no es algo sencillo. Existen clases sociales... Soy una institutriz, una empleada del duque de Durmont, que debe educarla a usted. Él, por supuesto, es un aristócrata adinerado, orgulloso y caprichoso que jamás querría a una esposa sin dinero como yo. Esta lección la tenía preparada para cuando cumpliera cinco años, pero al parecer tendremos que adelantarla. Las personas con dinero se casan con quienes tienen mucho dinero y las personas pobres con otros pobres. Usted es rica y debe casarse con alguien que esté en su mismo estatus.

—No me agradan los otros niños... Ellos son malos y crueles. No los soporto, los veo y quiero golpearlos por lo que dicen... Me molestan.

—Las damas no golpean a nadie. Usted no practica boxeo, es fina como una garza, no puede ponerse a darle rechazos a sus congéneres. Son potenciales candidatos a futuro.

—Prefiero besar a un sapo.

—¡Basta, milady! Lo que quiero que entienda es que usted debe mantenerse con las personas que son de su misma posición. No puedo ser su madre porque no pertenezco a su misma posición social, soy una simple empleada. Su próxima madre será una mujer preciosa, inteligente y que la querrá mucho. Además, le enseñará muchas cosas.

—¿En verdad no puede ser usted?

—No, no existe ninguna posibilidad. Seré su institutriz y estaré a su lado.

—¿Y si mi nueva madre no me quiere al igual que él?

—Eso no ocurrirá. Siéntese a desayunar conmigo, a lo mejor a las dos se nos pasa el susto... No olvide ser prudente y no decir nada de esto que puede meternos en problemas a ambas.

—¿Eso es ser cómplices? Diana dice que cuando guardamos secretos somos cómplices. ¿Eso es algo bueno?

—Si Diana lo dijo, por supuesto que no es algo bueno o conveniente. No es un secreto, no puedo ser su cómplice ni su compinche. Debe comprender que lo que dijo es imprudente y no debe repetirlo frente a nadie, eso es todo.

Jane asintió, aunque no estaba muy de acuerdo con la idea de que su institutriz no fuera su madre. Las dos se querían mucho y eso debía ser suficiente.

Después de terminar el desayuno, Alicia comenzó con sus lecciones de conocimiento de las letras y lectura. No sería algo rápido, pues ella no estaba lista del todo. Lo mejor era que conociera lo necesario, aunque Jane fuera de rápido aprendizaje. No quería sobrecargarla y

confundirla. En ese tiempo lo mejor era instruirla con más énfasis en la música, el arte y por el comportamiento. Eso sí era algo preocupante para ella, ya que parecía que podría cometer un error al emocionarse demasiado con algo y eso solo le traería dolor como el día anterior.

Por ningún motivo quería que la loca idea de la niña saliera de sus labios otra vez. Le daba mucha vergüenza sopesar lo que había pasado en la habitación del padre de la pequeña. Ni en sus más remotos sueños estaría interesado en una empleada como ella, y la misma Alicia era reticente a un acercamiento con él, pues le parecía un ser sin verdadero corazón.

Rupert entró a la habitación del duque para ver cómo había llegado, ya que no lo encontró en donde solía quedarse para que él lo ayudara a llegar cuando lo necesitara. Al parecer, la noche anterior tuvo fuerza para ir hasta su lecho; no obstante, no tuvo la suficiente valentía de ponerse un camisón. Él estaba tendido en el lecho boca arriba, con las piernas fuera de la cama. Lo mejor era no hacer ningún ruido, ya que a ese hombre le costaba mucho conciliar el sueño.

Regresó después de un par de horas y lo encontró deslizándose hacia el suelo como si fuera que se estuviera derritiendo.

—¿Lo ayudo en algo, excelencia?

—No, solo estoy disfrutando de la cruda realidad de despertar. No debí beber tanto.

—Me sorprende que llegara a su habitación, no suele hacerlo con frecuencia.

—Llegué hasta el pasillo y me ayudó la señorita Green...

—Oh... —Rupert se quedó en silencio por un segundo, como si él hubiera cometido una indiscreción.

—No sé qué hacía en el pasillo, pero fue un error terrible, Rupert. Quise aprovecharme de ella de una manera en que solo un tonto podría hacerlo. No estoy listo ni siquiera para buscar esposa y menos para los amoríos con empleadas...

—¿Le ha hecho algo a la señorita Green?

—No, por supuesto que no. Ella es una mujer consciente para mi buena fortuna.

—Le dije que era un error contratar a alguien que se pareciera a su esposa.

—Si el parecido fuera tanto, ya me hubiera arrojado sobre ella. Es diferente, huele distinto. Eloísa olía a perfumes muy caros, en cambio, la señorita Green huele a lavanda. No me hagas caso, estoy volviéndome loco con esto... No es una buena idea tenerla en esta casa. Necesito una buena razón para despedirla, ya que no es inoperante. Jane ha aprendido muchas cosas y no es tan problemática, aunque anoche hizo un berrinche innecesario con el asunto de una madre.

—En lugar de pensar en sus exóticos gustos con la servidumbre, debería considerar el pedido de lady Jane...

—No tengo cabeza, estoy confundido. Necesito despedir a la señorita Green o aquí ocurrirá una desgracia. No puedo esconderme de ella en mi propia casa y, peor aún, le debo una disculpa por haberla besado, ya que ella no me ha provocado. Su sola presencia es un aliciente para la demencia.

—Excelencia, recapacite. Es su empleada, debe tenerla aquí mucho tiempo... Aléjese de la tentación.

—Mantenme lejos de la tentación, pues yo no respondo de mí si llego a volver a estar a solas con ella. Intentaré no perder el juicio que me queda. Ella no puede gustarme tanto, no quiero sentir cosas, Rupert, no quiero hacerlo. Mi alma está rota y no quiero recoger más pedazos. Por mi bien, debo encontrar a alguien que cumpla con mis requerimientos.

—Lo ayudaré en todo lo que me sea posible y que usted me permita.

—Me reconforta saber que estoy cerca de personas cautas, porque yo no lo soy. Me he pegado al tonto de Steven y pagué las consecuencias, ahora debo poner cara de penitente pidiendo una disculpa por algo que nunca debió existir.

—¿Y si se desentiende del asunto? Considero que la señorita Green lo hará. Ella no será capaz de recordar algo que pudiera avergonzarla, al menos es lo que debería enseñarles a las damas.

—Me preocuparía mucho si un sinvergüenza se acercara de esa manera a Jane y por una mala enseñanza, ella guarde silencio.

—¿Espera que le reclame? Es una mujer sin recursos.

—No tendrá recursos, Rupert, pero no es cualquier mujer. En ella se nota que es una dama, y no es por la educación. Es evidente que su familia no pudo sostener una presentación en sociedad. Para gente como la señorita Green, fue una ofensa lo que le hice.

—En verdad, excelencia, no se mortifique. Si quiere puedo hablar con ella, estoy seguro de que lo dejará pasar.

Herbert no estaba seguro de que así sería. No importaba si la señorita Green no tenía dinero, sabía que era una mujer fina y educada. Lamentaba todo lo que ocurría a su alrededor. Quería ahorcar a Charlotte y también a Dorothea, ya que gracias a ellas metió la tentación a su hogar.

El duque bajó a desayunar al comedor y después pasó a su despacho. Desde aquel lugar podía espiar a la señorita Green en compañía de Jane. Nunca había visto tan contenta a su hija desde que llegó esa institutriz. ¿Qué era lo correcto? No quería sucumbir ante la tentación y desgraciar su vida ni la vida ajena. Por el bien de Jane debía dejar que ella continuara sin importar que él estuviera confundido con respecto a lo que comenzaba a sentir por la institutriz. Lo que más le preocupaba era que por error se terminara enamorando de una mujer doblemente equivocada, pues la joven no aportaría dinero a sus arcas y no quería entregar su sufrido y lastimado corazón. Enamorarse era lo que más le aquejaba, lo que no quería volver a pasar por ningún motivo. Debía evitar caer en la demencia a causa de alguien que no había hecho nada para tenerlo. Nunca se le había insinuado, de hecho, creía que le resultaba indiferente, aunque con el beso había comprobado que esa teoría era equivocada. Debía existir una atracción entre ellos para que aquello se hubiera dado. Solo la cordura de esa mujer los había salvado del desastre.

La señorita Green dejó descansar a la niña por un momento y aquella fue a recrearse corriendo por los alrededores del jardín. Jane era muy graciosa cuando cogía hojas y hablaba sola.

—Señorita Green... —pronunció Herbert para el sobresalto de la institutriz.

—Excelencia... —replicó con una reverencia al oír la voz varonil del hombre—. Su hija está corriendo libremente en estos minutos que le doy para recrearse antes de volver a nuestras labores...

—Quería disculparme por lo que ocurrió anoche...

El color rojo tomó de rehén al rostro de Alicia. No sabía qué decir ante las disculpas. ¿Era mejor aceptarlas o hacer como si nada hubiera ocurrido?

Capítulo 15

Ella le dio la espalda al duque para intentar responder con algo que no resultara malo para ninguna de las partes.

—Siéntese, por favor, excelencia. —Ella le señaló una de las sillas.

Herbert obedeció y tomó asiento.

Alicia no sabía qué haría para responder, le daba mucha vergüenza recordar lo ocurrido.

—Respecto a lo que ocurrió, no se preocupe, excelencia. No tendrá inconvenientes conmigo. Considero que ha sido respetuoso al presentarse esta mañana. Es comprensible que ayer no estuviera tan cuerdo gracias a la bebida y por eso soy capaz de entender su arrepentimiento.

—Espero que sepa disculpar mi osadía. Entiendo que usted como dama pudo haberse sentido muy ofendida, que esté soltera no me faculta a faltarle al respeto.

—Me hizo más bien que mal, excelencia. Puede quedarse tranquilo.

¡Pero de dónde había sacado semejante tontería de que le había hecho más bien que mal! ¡Qué locura! Le estaba demostrando que estaba desesperada.

El duque abrió los ojos con sorpresa y la culpa con lentitud se fue disipando.

—¿Suele darse algunas libertades, señorita Green?

—No sé a qué se refiere, pero solo no quiero que se sienta abatido por un beso. Sé que soy su empleada; sin embargo, teniendo en cuenta que nunca me casaré, me ha dado un adelanto de lo que me perderé.

Había caído aún más bajo. ¿Quién demonios estaba hablando por ella? No era lo que quería decir. Hablaba incoherencias. Él no le había hecho ningún favor, se aprovechó de su fuerza para

besarla. ¿Por qué se empeñaba en quedar como una tonta? Permanecer en esa casa ni siquiera sería algo permanente y convertiría su estancia ahí no solo en corta, sino también en algo incómoda.

—Entonces, puedo presumir que el beso fue algo agradable...

—Absolutamente, pero no debe volver a repetirse. De hecho, yo estoy intentando olvidarlo y espero que usted haga lo mismo.

—Por supuesto, los caballeros no tenemos memoria. Me disculpa por haberla ofendido, mas no me lamento haberle dado un poco de felicidad... —Herbert le sonrió de forma lobuna a Alicia. Se le olvidó que él era el duque y ella la institutriz y que no debía estar coqueteando con ella.

—Excelencia... —Ella quiso reprocharle aquel atrevimiento, pero fue interrumpida.

—¡Señorita Green! —gritó la niña que después de ver ahí a su padre se escondió detrás de ella.

—Buen día, Jane, al parecer puedo pasar días sin verte... —dijo Herbert a su hija que frunció el ceño al verlo ahí.

Jane recuperó el valor e hizo una graciosa reverencia para su progenitor.

—Buen día, excelencia...

—Me sorprende lo que ha hecho con Jane, señorita Green, solo que sigue llamándome excelencia y no por lo que soy en realidad.

—No hay forma de que la convenza de hacerlo.

—¿Hoy estás mejor? —curioseó Herbert.

—Igual quiero una madre.

—Ayer no debí ser tan impulsivo con mi respuesta. Estoy considerando el asunto, pero prefiero no prometer nada.

La niña levantó los hombros y se apresuró para irse de ahí.

—¿Eso qué significa? —indagó el duque.

—Que quizá no le cree una sola palabra...

—Creo que deberíamos conversar esta noche mientras jugamos al ajedrez, señorita Green. Quisiera hablarle de un par de asuntos que me aquejan. Como es una persona razonable, tal vez le apetezca darme un consejo que me ayude a tomar una decisión sobre el futuro de Jane.

—Sí, excelencia. Lo veré esta noche.

Él abandonó su silla, ya que entendió que Alicia no quería continuar su conversación. Le había dado una cordial despedida.

Después de que él se fuera, Alicia se levantó de su asiento y comenzó a dar vueltas por el jardín. No quería creer que ella hubiera coqueteado de una manera tan poco sutil con un caballero. ¿En qué estaba pensando? Fue aún más tonta en aceptar encontrarse con él para un juego de ajedrez.

En la hora del almuerzo, Alicia creyó que con la disculpa que le había ofrecido el duque sería suficiente para que todo regresara a una relativa normalidad; sin embargo, eso estaba muy lejos de ser verdad. Tampoco funcionó el hecho de fingir demencia y que nunca nada ocurrió. Al ver a Herbert, ella no podía evitar que la invadiera un extraño calor y ni hablar de los recuerdos que acudían a su memoria sobre el ardiente beso que compartieron. Ella le había dado demasiada confianza al duque para que esa misma noche hicieran planes juntos.

Durante el resto de las horas del día, Alicia pareció haber recuperado la cordura y continuó con sus enseñanzas a la niña. Decidió tomar un descanso, al igual que Jane, para estar óptimas para la hora del té. Además de lecciones, ellas aprovechaban para conversar. Habían congeniado muy bien y eso le facilitaba la enseñanza.

Todavía tenía unos días para añadir más cosas a lo que le diría al duque sobre la educación que le brindaba a Jane y que era la más adecuada para su edad, ya que era más visual y auditiva, aunque sus manos eran hábiles, aún contaban con la torpeza de una pequeña de cuatro años. Con

el tiempo podría adquirir más habilidades.

En la cena, la misma incomodidad del almuerzo la invadió. Le costaba cada bocado, pues sentía los ojos del duque en ella.

—Si ha terminado, milady, es hora de ir a dormir... —dijo Alicia.

—Lléveme en brazos, señorita Green...

La institutriz miró hacia el duque que se estaba limpiando los labios con la servilleta, después miró hacia la niña que abría los brazos para que la alzara.

—No está cogiendo a Jane en brazos, ¿no es así, señorita Green? —cuestionó Herbert.

—No, excelencia —mintió.

Los sirvientes sabían muchas más cosas que el duque ignoraba y guardaban silencio, porque Alicia le hacía más bien que mal a la niña. Lo único que podían hacer era seguir guardando silencio.

La pequeña hizo un mohín y estiró la falda de Alicia para que se fueran.

—Buenas noches, excelencia —se despidió la niña.

—Buenas noches, Jane, qué duermas bien. Y a usted la espero junto a la chimenea, señorita Green.

—Sí, excelencia. Con permiso...

Una vez que se alejaron del comedor, Alicia miró a Jane, como queriendo saber qué había hecho.

—¿Por qué quería que la cargue? Sabe que su padre no permite eso.

—Todavía quiero que sea mi madre...

—Eso es imposible. Además, eso no depende de usted, sino de su padre.

—¿Hablaban de eso en la mañana?

—Es muy curiosa, milady, pero lamento decirle que no. Estábamos hablando de usted.

—Ah... ¿Ahora sí me tomará en brazos?

La señorita Green suspiró y la cogió. La niña sonrió y se abrazó a su cuello.

—Es malcriada, milady —acusó con una sonrisa en los labios. Ella también disfrutaba de ese acercamiento.

La llevó a su habitación, leyó una parte del libro que tenía para la hora de dormir, luego tarareó una canción y una vez que Jane durmió, ella fue a su encuentro con el duque en el salón, cerca de la chimenea.

Cuando estuvo a punto de llegar, se detuvo e inhaló profundamente para exhalar con fuerza. Eso la calmaría para no sentirse tan nerviosa por lo que podrían conversar. ¿Qué tenía que hacer una institutriz dando consejos a un duque? ¡Un duque! No estaban hablando de un jovencuelo, sino de un hombre de mediana edad.

Siguió su camino y llegó hasta el lugar. Lo vio sentado con una copa en la mano y la mirada perdida en el tablero de ajedrez.

—Disculpe la tardanza, excelencia. Milady tiene un par de requerimientos antes de dormir.

—No deje que la domine, señorita Green. Ella se está aprovechando de usted.

—No se aprovecha de mí, solo busca lo que necesita.

—¿Qué puede necesitar una niña que lo tiene todo? ¿Ve alguna carencia a su alrededor? —inquirió con atención.

—Esa respuesta la reservaré para cuando juzgue si merece que me quede. ¿Será blanco o negro?

—Negro... Las damas van primero. ¿Por qué no dice eso ahora? —continuó con lo que estaban conversando.

—Porque no tengo a dónde ir en medio de la noche.

—¿Está tan segura de que la despediré?

—Tal vez, ya que no me ha autorizado a hablar de su vida personal y es un tema que necesariamente debo hacer por el bien de su hija.

—Es de mi vida personal que le quería hablar...

—Lo escucharé...

—Me preocupa el futuro de Jane...

—Ya somos dos personas preocupadas...

Los dos hablaban, mientras movían las primeras piezas sin dificultad, aunque con estrategias razonables.

—Como sabe, soy viudo desde que nació Jane, por lo que no tengo un heredero varón. Para no dejarla en manos de algún heredero que pueda ser malintencionado... No digo que quien me suceda sea una mala persona, pero no es conocido por ser muy amable. Entonces...

—Necesita buscar una esposa.

—En realidad, necesito un heredero, alguien que pueda ocuparse de Jane y para eso, una esposa es requerida.

—Milady quiere una madre.

—Sé que usted entiende que como padre debo pensar en su bienestar. No puedo asegurarle que la persona que traeré a esta casa la querrá.

—Pero usted puede escoger a la persona correcta, su corazón se lo dirá.

—Dejé de creer en el amor y en los sentimientos. Jane no debe sufrir por ser sentimental. Cuando uno ama, sufre. Es mejor no hacerlo. Es un error querer.

—No compartimos ese pensamiento, excelencia. Dos personas que no se aman y solo tienen hijos, no es algo bueno para ninguno de los tres. Se lo puedo asegurar.

—La falta de cariño asegura que una persona es fuerte y que sobrevivirá en este mundo cruel. Dejé de ver todo como antes lo hacía después de perder a Eloísa. Si me caso con alguien, no la amaré, no me enamoraré. Será bien tratada, será atendida, pero no volveré a llorar por nadie si muere. Mi corazón está endurecido por el dolor. Sé que existen personas felices amando, pero eso no es para todos, no es para mí.

—No debe creer que repetirá una experiencia similar. Piense en lady Jane, necesita atención.

—Tiene demasiada atención, señorita Green.

—No la que necesita. Si escoge a una dama, hágalo desde su interior, no por instinto. Pondrá en sus manos a un tesoro. Las personas pueden llevarnos a la cima, cerca del cielo o hundirnos en los confines del infierno, ya es mucho para lady Jane no tener a su madre, si le impone una madrastra odiosa, sus problemas se acrecentarán.

—Qué fatalista, señorita Green, ni yo he pensado de esa manera tan estrambótica. Estaba preocupado, pero ahora ha duplicado mi preocupación. Jane es una niña conflictiva.

—No lo es...

—Sí lo es. Usted lo vio con sus propios ojos.

—Esos niños la molestaron.

—Señorita Green, no puede creer semejante locura. Esos niños son hijos de mis amigos, prácticamente han crecido con ella.

—Le han dicho cosas que la han molestado. Se han burlado de su orfandad...

—Debe ser una mentira.

—Lastimosamente, los niños no entienden sobre la muerte. Le falta hablar con ella. Jaque...

Él hizo un movimiento apresurado para salvarse de ser acabado por la institutriz.

—No es necesario...

—Adelantaré mi salida de esta casa. Ella necesita a su padre, quiere su afecto. ¿No entiende por qué no lo llama padre? Milady sabe que la desprecia. No le habla, no mitiga su dolor por haber quedado huérfana. Usted no es el único que se ha quedado sin lo más importante en esta vida. Ella solo lo tiene a usted y la ignora.

Herbert quedó sorprendido por cómo hablaba la institutriz. Aquella vehemencia para acusarlo era ofensiva.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera?

—Porque la veo sufrir y la consuelo. La cargo, la acuesto cada noche, hablo con ella y trato de tapar los vacíos de su vida, pero no puedo lograrlo si usted no le habla de su madre, de su pasado, de sus sentimientos...

—Está despedida, señorita Green —escupió Herbert, ofendido—. Minimiza mi sufrimiento y eso no lo permitiré. No hace falta que le hable de nada a Jane. Usted estaba aquí para educarla y no para meterse en mi vida.

—No, no estoy despedida, yo renuncio. Milady no tiene identidad, no sabe lo que es una madre ni un padre. Sus carencias son mayores que cualquier otra cosa... Jaque mate...

Alicia se levantó de la silla después de acabar con el juego.

—Me quedaré a dormir y partiré mañana...

Capítulo 16

—¡Yo la despido, señorita Green! ¡Está despedida! —exclamó Herbert, molesto. Tiró el juego de ajedrez al suelo cuando vio que Alicia iba hacia su habitación.

Los sirvientes de la residencia no pudieron descansar a causa del rugido de Herbert para despedir a la institutriz.

—¿Está bien, señorita Green? —preguntó Rupert que se acercó a ella. Él estaba en camisón.

—Renuncié, Rupert, aunque él me despidió primero. No podía seguir viendo sufrir a lady Jane. No puedo tolerarlo más. Adoro a esa niña, pero me hace daño continuar aquí, sabiendo que las cosas no cambiarán. El duque sigue encerrado en su dolor sin notar que esa pequeña sufre mucho más por lo que ignora, que por lo que sabe.

—Lo lamento, señorita Green. Se lo hemos dicho. Nosotros seguimos callados para no abandonar a milady, nos necesita.

—No los necesita, requiere un padre presente. Me iré temprano, Rupert. Buscaré una posada en la cual quedarme mientras encuentro algo que hacer, no puedo regresar a casa de lady Archibald.

—Le romperá el corazón a lady Jane, señorita Green.

—Lo lamento, pero no puedo seguir aquí de esa manera. Sabía que su excelencia no aceptaría sus errores. Es caprichoso.

Ella fue a su habitación y comenzó a guardar las cosas en su baúl. Después iría a por los libros de estudio que eran suyos y que se encontraban en la habitación de Jane.

Le dolía dejar esa casa, era un gran sufrimiento el que quizá le provocaría a la niña, aunque ella también sufriría mucho, pues le había cogido cariño y sentía empatía por ella.

Cuando acabó de guardar sus cosas se sentó en la cama a considerar si era correcto lo que había hecho. Sabía que tocar la llaga del duque era lo peor que podía hacer, pero era la única

forma de tocar algo en su corazón, aunque al parecer no lo había logrado, solo lo irritó de sobremanera. Después de sopesar aquello, fue hacia la habitación de la niña y cogió sus pertenencias. Le echó un último vistazo. No sabía si lo mejor era despedirse o no. Desconocía su reacción.

Por la mañana, Alicia salió temprano de la residencia para buscar un carruaje de alquiler para llevar sus pertenencias.

Diana entró a la habitación de Jane y la encontró despierta, escogiendo sus propias prendas.

—Buen día, milady... —saludó Diana.

—Buen día, ¿y la señorita Green? ¿Está en el jardín?

—Milady, debo hablar con usted sobre la señorita Green...

—¿Dónde está?

—La señorita Green fue despedida por su excelencia.

—¡No es cierto! ¡Quiero a la señorita Green! ¡Señorita Green! —La niña corrió por los pasillos de la casa para buscar a su institutriz.

Su niñera solo podía seguirla.

—Milady, debe bajar a desayunar con su excelencia.

La pequeña la ignoraba, porque estaba enfocada en encontrar a su institutriz de cualquier manera.

Herbert mientras tanto, intentaba desayunar escuchando el escandaloso grito de su hija. Esa mañana amaneció haciendo berrinches. Agitó la campanilla de la mesa y Rupert no tardó en presentarse.

—¿Qué le ocurre a Jane? Que alguien se encargue de callarla.

—Ella está buscando a la señorita Green, excelencia.

—Entonces seguiré buscando bajo la tierra a esa víbora que metí en esta casa. No debí hacerlo. Solo vino aquí a criticarme y confundirme —alegó enfadado.

—Dudo que ella viniera con ese objetivo, excelencia. Lamento que tuviera diferencias con ella...

—Trae aquí a Jane, hablaré con ella.

—Sí, excelencia.

Rupert se retiró y después de unos minutos regresó en compañía de Diana, que cargaba a la niña. Aquella había pasado de los gritos al llanto por no encontrar a su institutriz.

La niñera sentó a la niña llorosa en la silla y los demás sirvientes colocaron el desayuno frente a ella para que pudiera tomarlo.

—Deja de llorar, Jane. La señorita Green tenía que irse. Era insurrecta y deslenguada.

—Quiero a mi institutriz...

—Tendrás otra y una que en verdad te eduque y no una que meta ideas absurdas en tu cabeza.

—¡No quiero otra! ¡Quiero a la señorita Green! ¡Quiero a la señorita Green! —estalló.

Ante los insistentes gritos de su hija, él golpeó la mesa y la miró amenazante.

—¡Ella no regresará! ¡No la quiero aquí!

—¡Lo odio! ¡Lo odio por despedir a la señorita Green! —espetó la niña que arrojó sus alimentos hacia él.

Los sirvientes creían que se desmayarían al ver tal acto de Jane. Diana corrió hacia ella para que dejara de hacerlo, porque enfadaría aún más a su padre.

—¡Regresa a tu habitación ahora, Jane! No saldrás ni siquiera al jardín. Estás castigada. Llévatela, Diana.

—Sí, excelencia.

—Venga, milady...

—¡No quiero! —Ella corrió hacia el jardín y ahí encontró a su institutriz entrando a la casa.

Alicia vio a Jane que corría hacia ella hecha un mar de lágrimas. Debió darse cuenta de lo que ocurría. La pequeña se agarró a sus piernas y lloró con amargura.

—¿Qué ocurre, milady? —curioseó acariciando el cabello rubio y encrespado de la pequeña.

—Creí que se había ido...

—Aún no lo he hecho... —Alicia la alejó un poco para colocarse a su misma altura—. Fui a buscar un carruaje de alquiler y una posada para pasar los próximos días. Su padre ya no requiere de mis servicios.

—¿Por qué quiere irse? Los niños tienen razón, me abandonan...

—Eso no es cierto. Lo que pasa es que no puedo quedarme en un lugar en el que no me quieren. Su padre me ha despedido y no puedo permanecer aquí. Quisiera ver que alguna vez sea feliz, lady Jane. Tal vez, en algún momento su excelencia haga lo correcto y le dé su afecto.

—Lo odio, lo odio mucho... No se vaya...

—No puedo quedarme.

—Lléveme con usted.

—Me encantaría, pero me acusarían de secuestro. Usted pertenece aquí, con su padre.

—Ya no quiero estar aquí.

—Lo siento, milady...

—Solo usted me quiere...

—Hay más personas que la quieren. Por favor, no se desanime. Quizá su próxima institutriz sea una buena persona. No olvide practicar sus instrumentos. Es muy talentosa. Quisiera escuchar alguna vez que lady Jane Wolf, sorprendió en los salones con un gran concierto.

—Señorita Green... —habló Diana al encontrarla ahí con la niña.

—Diana, llévate a milady para que yo pueda partir.

—¡No! ¡No! —Jane se sujetó de la falda de Alicia, mientras que Diana intentaba separarla para que la otra pudiera irse.

—No haga un escándalo, lady Jane, por favor... —Alicia intentaba no romper en llanto, ya que estaba a punto de hacerlo al ver cómo la niña no quería perder a la persona que le había mostrado otro mundo.

—Váyase, señorita Green. Si se queda se complican las cosas con ella —pidió Diana que sujetaba a Jane con fuerza.

Ella se alejó oyendo su nombre y las súplicas de la pequeña. Su corazón estaba roto.

Herbert también observaba el escándalo en el jardín de su casa. Jane no quería que Alicia Green se fuera de la casa, pero él no daría su brazo a torcer. Era una institutriz y de esas abundaban, aunque nadie como ella. En el fondo, le molestaba que se fuera, porque ella le atraía mucho y le parecía razonable; sin embargo, al meterse en sus asuntos, había fallado. Además, le hacía mucho bien a Jane. Su hija era más educada y fácil de tratar con Alicia. Perdía un recurso valioso, mas su intimidad era más importante.

La señorita Green llegó entre lágrimas a su habitación, no pudo soportar esa despedida tan dolorosa. No debió involucrarse sentimentalmente con la niña, lo supo desde el primer día; no obstante, era lo mejor. De esa manera también evitaría la vergüenza de ver al duque después de

que se besaran. Se llevaba dos experiencias tanto dulces como amargas.

—¿Está bien, señorita Green? —preguntó Rupert que entró a la estancia en la que ella se encontraba.

—Sí, Rupert —respondió limpiándose las lágrimas con presteza.

—Vengo a ayudarla con sus cosas. El carruaje de alquiler está frente a la casa.

—Gracias, Rupert.

El ayuda de cámara del duque llevó las cosas de ella y lo subió al carruaje.

Alicia echó un último vistazo a la residencia del duque y lo observó mirando desde la ventana. Ella hizo una venia para despedirse. No volverían a verse nunca más.

Subió al coche y desde la ventanilla del carruaje, todavía observaba la casa y se oían los gritos de Jane. Su vida quedaría marcada por esa niña hasta su último día. Sentía como si le hubieran arrancado el corazón.

Después de un corto trayecto, ella se hospedó en la posada. La habitación distaba mucho de ser tan bonita como en las casas en las que había estado, pero se conformaba con eso. Al día siguiente comenzaría a buscar su nuevo camino, teniendo que dejar de lado esas semanas inolvidables junto al Jane y también el beso que le había dado el duque. Era evidente que ella moriría con ese obsequio, ya que no tenía interés en un matrimonio con nadie. No cubrirían sus altas expectativas de vida. Prefería ser una institutriz que vivir con alguien que la haría sentir que era un fracaso. Huyó de eso una vez, pues si solo se tratara del hecho de estar casada, hubiera corrido a los brazos de lord Griffin y no huir de él como lo hizo.

En casa del duque, Jane no había dejado de llorar. Estaba castigada en su habitación y le dolía mucho haber perdido a la que ella creía como una madre. La señorita Green fue lo único que conoció de ejemplo de cariño, amor y afecto. No quería perderla. En su casa siempre recibiría lo mismo, por lo que no tenía nada nuevo que vivir ahí. Su padre la despreciaba y jamás la amaría. No quería seguir esperando su amor, quería buscar alguien que se lo demostrara.

Al llegar la noche, Jane salió sigilosamente de su habitación y fue al salón de música, de

donde cogió el objeto de mayor interés para ella: el violín. Era lo único que le gustaba de esa casa. Regresó a su alcoba y buscó algo para llevar una sola prenda, se iría para siempre para buscar a la señorita Green.

Cuando dejó de escuchar ruidos en los pasillos, ella salió de la residencia intentando no hacer ruido con nada. No quería que la volvieran a recluir en su habitación.

Primero probó salir por la puerta delantera, pero estaba cerrada. Debía ir por la cocina. Ahí intentó abrirla y tampoco lo logró. Debía buscar otras salidas que no fueran puertas.

Regresó al salón y con todas sus fuerzas pudo abrir un poco la ventana, suficiente para sacar el violín y salir. Al acabar con su huida, solo le quedaba un obstáculo más: el portón, aunque ese fue el más sencillo de todos. Lo abrió sin ningún inconveniente, aunque no lo pudo cerrar. Miró hacia ambos lados de las calles oscuras y trataba de recordar hacia qué lado había ido el carruaje que se llevó a su institutriz. Se decidió a ir por la derecha.

En casa del duque todo parecía estar tranquilo por la mañana, hasta que el jardinero notó que alguien había dejado el portón abierto. Esperaba que nadie se hubiera metido a pisar sus plantas. Recorrió el sitio y encontró que alguien lo había hecho y se molestó, aunque no había forma de saber quién había sido.

Diana recorrió el pasillo hasta llegar a la habitación de Jane. Al entrar vio que la cama estaba revuelta y que también el armario quedó de la misma manera.

—¿Lady Jane? ¿Está jugando? Su excelencia dijo que no saliera de su habitación, está castigada...

La niñera buscaba por cada rincón de la habitación y supuso que ella había salido y que estaba escondida en algún escondrijo, buscando torturarlos.

Buscó por los rincones de la segunda planta hasta en el salón de música y se dio cuenta de que faltaba el violín. Prosiguió con la búsqueda incansable hasta que su pecho comenzó a palpar con fuerza y pidió ayuda al resto del personal. Estaba asustada por no encontrar a la pequeña.

Después de que todos la buscaron, el jardinero comenzó a sospechar lo que había ocurrido.

—Esta mañana encontré el portón abierto... —contó el jardinero.

—¡No! —exclamó Diana, aterrada.

—La pobre se hizo un favor al irse de aquí. No creo que a su padre le importe—concluyó Rupert.

Capítulo 17

—No digas eso. El duque no es tan descorazonado. Quienes lo conocen de toda la vida saben que es bueno —alegó el jardinero.

—Es cierto —dijo Rupert—. Ven, Diana, necesitaremos valor para decirle que su hija se ha ido de la casa.

Diana quedó presa del llanto. Le preocupaba mucho la seguridad de Jane, pues la había cuidado desde que era una recién nacida.

—Milady no se quedaría con los brazos cruzados. Ella quiere demasiado a la señorita Green.

—La institutriz es culpable de que ella se encuentre en esta situación. Debió mantenerse al margen y no querer cambiar las cosas —gruñó Rupert.

—Quieres culpar a alguien que solo hizo lo que nosotros queremos hacer, y no es exactamente desafiar al duque, sino darle afecto a milady —reprochó Diana.

—No importa, hay que avisarle y no perder tiempo.

Rupert y Diana fueron hacia el salón. El duque acostumbraba a ir primero al salón para leer algo y después pasar al comedor cuando le avisaran que estaba listo el desayuno. Al llegar, ahí estaba él, cogiendo un libro. Se sentó y los dos sirvientes se colocaron cerca de Herbert.

—¿Por qué está llorando Diana? —preguntó Herbert al darse cuenta de que aquella sorbía sus flemas de manera sonora.

—Es por lady Jane, excelencia —habló Rupert.

—¿Y qué hizo esta vez? ¿Metió una lagartija en su boca? No es la primera vez que lo hace. —Herbert le restó importancia al asunto.

—No, excelencia. Estaríamos felices si así fuese; sin embargo, milady se escapó de la casa.

Herbert miró a su sirviente como si él estuviera demente y la niñera rompía en llanto como si no hubiera nada mejor que hacer.

—¿Han buscado bien? ¿No está jugando?

—¡No! He buscado por todas partes. El jardinero dijo que encontró abierto el portón de la residencia. Ella debió irse temprano, yo la dejé en su habitación anoche... —contó Diana, sollozando.

El duque tragó saliva. ¿En dónde estaba su hija? Sentía como un escalofrío que recorría su espina dorsal, era algo desconocido, un miedo que jamás experimentó. Eloísa no le dio tiempo de temerle a la muerte, simplemente murió, mas no saber de Jane era algo que le asustaba, le aterraba. Era solo una niña de cuatro años que no sabía nada y no conocía a nadie en la calle. ¿Por qué salió de la casa?

—Iremos todos a buscarla. Es una niña, no puede ir muy lejos y menos desorientada —aseguró levantándose, tratando de no perder la calma.

Él fue el primero en salir de la residencia y mirar las calles abarrotadas de personas que comenzaban su día con paseos a pie o a caballo. Sus sirvientes, al igual que el mismo duque, preguntaban a los transeúntes si habían visto a una niña con las características de Jane, pero aún no habían dado con nadie que la hubiera visto.

Herbert trataba de no imaginar el peor escenario para Jane. Si Eloísa estuviera ahí, nada de eso estaría ocurriendo, pero, de todas maneras, también era su hija y, por ende, su responsabilidad. La había descuidado desde que nació. No quería verla cerca porque le dolía saber que estaban solos y la razón más importante: no se perdonaba haber matado a su esposa. Si él no hubiera buscado hijos tan pronto, tal vez ella seguiría con vida. Jane no era la culpable, él era el único responsable. Su hija era una pequeña víctima del placer de unos minutos. Había tantas cosas que pensaba para que ni la niña ni él hubieran sufrido la ausencia de la Eloísa; no obstante, no podían echar el tiempo atrás.

Como hombre, caballero y padre, debía ocuparse de su retoño, que para nada era fácil de domar. Él se encargó de convertir a Jane en lo que era: una criatura sin amor. No fue su

intención, mas era lo que tenía como resultado por sus malas prácticas. Quiso imitar su crianza, pero olvidó que sus padres lo habían amado y esperado, por todo lo que él significaba. En cambio, Jane, no sabía lo que era ser querida. Ese era su gran error como padre. Su repudio por él mismo alejó a su hija y la convirtió en víctima de su odio por lo que le había hecho a Eloísa. Sabía que era el curso de la vida, pero su mente no entendía de resignaciones.

Lo peor del asunto era que quizá fuera tarde. Jane podría haber sido capturada por algún inescrupuloso o tal vez fue arrastrada por un zorro u otro animal de la oscuridad. Su cabeza comenzaba a mostrarle múltiples maneras en que su hija podría haber fallecido y eso lo estaba matando por dentro. La culpa lo carcomía, pues no pudo cuidar a su hija con la mujer que amó. Fue un verdadero tonto.

—Considero que deberíamos buscar más personas que nos ayuden en la búsqueda, excelencia —dijo Rupert, agotado.

—Puedes hacerlo, yo seguiré buscando, pero ahora lo haré en mi caballo... ¿Dónde puede estar, Rupert? ¿Le dijo alguna cosa a alguien?

—No lo sé, excelencia. Lo único que la niña deseaba era que su institutriz se quedara a su lado.

—¿Crees que fue a buscar a la señorita Green?

—Sí, absolutamente, solo que no tiene idea del lugar al que fue.

—¿Sabes en dónde está?

—Ella pidió un carruaje de alquiler y fue a una posada, pero no sé a cuál. No hay muchas en el pueblo.

—Buscarla podría ser un desperdicio de tiempo valioso; no obstante, puede ser el camino para encontrar a Jane sana y salva.

—Aproveche el camino para ver si encuentra a milady. Todos los caminos son importantes el día de hoy, excelencia. Nosotros continuaremos buscando. Si me permite, pediré a los sirvientes de sus amistades si pueden ayudar en la búsqueda.

—Hazlo con toda confianza. Mientras más ojos tengamos, nuestras posibilidades serán mayores.

Él regresó a su casa para buscar a su majestuoso caballo blanco. Montado en aquel parecía un héroe soñado por cualquier dama de cuento. Sin embargo, lo único que deseaba era salvar a Jane, devolverla sana y salva a la casa, y esperar que no fuera tarde para empezar a amarla.

Alicia intentaba distraer su mente para no recordar que había abandonado el empleo soñado, aunque con un amo de pesadilla. Jane era lo más tierno que había conocido en su vida; sin embargo, involucrarse más de la cuenta, la había llevado a terminar lejos de ella. Lo único que le quedaba era sumergirse en los libros para poder concentrarse en algo y mantener su mente ocupada para no pensar en lo que no fue.

Le estaba costando trabajo olvidar lo vivido en la residencia del duque de Durmont, empezando por el mismísimo duque. El desafortunado beso que la llevaba a perder la poca cordura con la cual contaba, no la ayudaba a hacer su vida más sencilla, sino que la complicaba un poco, pasó a tener una necesidad adicional que no había tenido en cuenta durante esos años. No echaba en falta algo que no había sentido, mas un beso podría ser una terrible adicción de la cual una dama no podría recuperarse con facilidad. De ahí venían todas las indicaciones que daban las institutrices para evitar que se acercaran a los caballeros fuera de las condiciones propicias para la decencia. Ella se encontró a solas con el duque y lo primero que ocurrió fue una desgracia.

Mientras cavilaba con el libro en la mano, oyó la puerta golpearse varias veces con mucha insistencia y prisa, algo que apresuró a la mujer.

Con el rostro enfurruñado fue a abrir y ahí encontró la elegante figura del duque en un traje de montar. Si antes pensaba que era atractivo, en ese instante lo era aún más.

—Buenas tardes, señorita Green... —Él entró a la habitación sin ser invitado y observó todo a su alrededor.

—Buenas tardes, excelencia —replicó con una reverencia al recuperar la compostura—. ¿Qué se le ofrece? No he tomado nada que no me correspondiera de su residencia.

—No vengo porque piense que usted ha tomado algo, sino que creí que tal vez Jane estuviera aquí o al menos cerca. No está siendo fácil encontrarla, tengo a muchas personas buscando a mi hija. Creemos que ella la está buscando.

—¿Escapó de la casa? Solo tiene cuatro años —dijo asustada.

—Pero no le faltó estupidez para salir de la casa.

La institutriz se tomó del rostro, sofocada por la preocupación por lo que podría ocurrirle a lady Jane, sola en las calles de Londres. Muchas personas adultas ni siquiera salían vivas, ¿qué le esperaba a una pequeña?

—Por favor, no diga eso. No sabemos si ella escapó por buscarme, espero que no sea así o me sentiré culpable.

—No es el momento de sentirse culpable. Si la ve, llévela a mi casa.

—Saldré a buscarla por mi cuenta ahora mismo.

—Se lo agradezco, señorita Green.

Herbert miró a la mujer a los ojos y la notaba verdaderamente preocupada por Jane, esperaba que alguien de todos los que la buscaban pudieran encontrarla.

Los dos salieron de la posada con el sol en sus cabezas, mas el clima londinense los cogió desprevenidos. Una lluvia intensa comenzó a caer sobre todos los que se encontraban en las calles.

Eso no detuvo a Alicia y tampoco al duque.

—Vaya a la panadería, señorita Green —ordenó el duque al ver que ella se estaba mojando.

—¿Y usted?

—Ataré al caballo e iré tras usted —respondió.

La lluvia era tal que les impedía ver algo, entonces tuvieron que detenerse.

—No quisiera detenerme, pero es imposible continuar —dijo Herbert, que miraba a su alrededor como si estuviera desolado.

—La encontraremos y todo seguirá con normalidad, excelencia —aseguró Alicia al verlo abatido.

—Tiene solo cuatro años, pero más valor que cualquiera, señorita Green. Está lloviendo y ella no está en su casa, entre sus mantas. No quiere estar ahí por mi culpa.

—No puede culparse por todo.

—Una niña no toma una decisión así si no se sintiera triste y agobiada. La siguió a usted porque le dio lo que yo no soy capaz, y no me refiero a educarla, sino a quererla, escucharla y acompañarla. Son muchos años que llevo ignorando sus peticiones de afecto por egoísmo.

—Entonces, puede cambiarlo cuando la encontremos. Debe darle todo su cariño. Sé que fui entrometida, pero ella necesitaba que usted la mirara, sus carencias son muchas; no obstante, serán menores a su lado.

—Gracias, señorita Green...

—Por favor, pasen —pidió el dueño de la panadería.

—No queremos molestar, señor —pronunció el duque.

—De todas maneras, pasen —insistió.

—Gracias, señor —musitó Alicia, avergonzada, no quería mojar el sitio que tenía tan buen aroma.

—No son los primeros que llegan refugiados aquí. Ella llegó con mucha hambre esta mañana. —El panadero señaló hacia unos costales y encima se encontraba Jane, durmiendo.

Herbert fue el primero en correr hacia donde ella se encontraba sana y salva, abrazada a su

violín. Él se quitó parte de la ropa mojada y acercó su mano a ella. Ahí estaba su hija, sin ningún rasguño y eso lo tranquilizaba. Como pudo, contuvo sus lágrimas al hallarla.

—Jane... —habló el duque.

—¿La conoce? Estaba vagando por la calle hasta llegar aquí. Preguntó por una tal señorita Green, su institutriz.

—Él es su padre y yo soy la señorita Green. Escapó de su casa y ahora sé que lo hizo para buscarme... —lamentó Alicia, entre lágrimas.

—Cuando escampe, iré a por el carruaje. Señor, pida usted lo que desee que yo se lo concederé por tener aquí a mi hija. Pobre Jane...

Con su mano helada por estar mojada tocó el brazo de la niña que despertó y lo encontró ahí.

—¿Por qué escapaste de nuestra casa, Jane? —curioseó el duque.

—Porque se fue la señorita Green y solo ella me quería... ¿Me volverá a castigar, excelencia?

—No soy su excelencia, soy tu padre y lo siento, Jane. No he sido el padre que necesitabas, lo lamento mucho. —Herbert abrazó a su hija como no lo había hecho en años. Él tenía una gran mezcla de sentimientos. No pensaba castigar a su hija, solo que ella regresara a su hogar para comenzar a ser feliz.

Capítulo 18

Jane se sintió extraña cuando el duque la abrazó. Desde que tenía memoria, no lo había hecho. Ella quiso corresponderle, pero al hacerlo sintió que él estaba muy mojado.

—Está mojado... —dijo con un poco vergüenza, pues no quería decir eso, pero le daría frío mojarse.

El duque sonrió y la alejó para que no se sintiera incómoda. Sabía que Jane era un poco quisquillosa con algunas cosas.

—¡Señorita Green! —exclamó Jane que se alejó de su padre para acercarse y abrazarla, aunque al hacerlo, sintió lo mismo que cuando su padre la abrazó—. Está mojada.

—Sí, lo sé, lady Jane. No debió preocuparnos a todos —la reprendió Alicia, que se secó las lágrimas—. ¿Ve que su padre sí la quiere? No debió salir de su casa. Usted es pequeña. Gracias a este noble caballero usted puede estar de nuevo con su familia...

Jane le sonrió al panadero.

—Sus panes son deliciosos y me he comido demasiados... —contó con picardía. Después se alejó y cogió su violín.

—Debo pagarle por todo, señor —declaró Herbert.

—Me ha pagado con un buen concierto de violín. Es excelente con el instrumento —alegó el dueño—. Siéntense mientras les traigo algo caliente para el frío.

—¿Regresará a casa, señorita Green? —inquirió la niña que esperaba que ella se fuera con ellos.

—No, lady Jane. Ahora que está con su padre, sé que estará bien. Él ya es quien usted anhelaba.

La niña giró para mirar a su padre que estaba tomando asiento y se acercó a él.

—¿No hablará con la señorita Green para que regrese? Si se ha portado mal...

—No, la señorita Green no se ha portado mal, fui yo quien se enfadó por algo que ella dijo con ánimo de ayudarme y tenía razón, pero no quise entenderlo. Puede regresar a casa, señorita Green, la vuelvo a contratar.

—Pero yo renuncié y no es tan fácil...

La pequeña sonrió con lo que había dicho el duque, pero se enfurruñó por la actitud caprichosa de la institutriz.

—¿Quiere una disculpa, señorita Green? —curioseó el duque—. Sé que la he tratado mal y, en ocasiones, no soy tan orgulloso para admitir mis terribles errores. He sido tonto al perderla a usted y a mi hija. Regrese a la casa y le daré el doble de lo que le pagaría...

La señorita Green sonrió y se sentó cerca de Herbert. Él también correspondió con ese mismo gesto y se observaron por unos minutos.

—Usted es excelente pidiendo disculpas.

—Y usted en hacerse más cara, pero vale lo que le pagaré porque Jane la quiere y aprende, es lo que importa. Esperaremos un poco para que pueda ir a por el carruaje para ustedes.

El panadero se acercó con té y panecillos para los que se encontraban en su negocio. Conversó un buen rato con ellos hasta que el cielo se abrió y las personas comenzaron a salir de nuevo a las calles.

El duque fue a buscar a su caballo y partió a su residencia, dejando a Jane y a la señorita Green en compañía del amable panadero.

—¿Dónde estaba, excelencia? La lluvia no nos ha dado tregua... —musitó Rupert que se acercó a él.

—Encontré a Jane en la panadería. Prepara mucho dinero para dárselo al señor, por favor,

Rupert —ordenó el duque—. Dile al cochero que se apresure para estar listo. Me cambiaré e iré con él a buscar a Jane y a la señorita Green.

—¿A la señorita Green?

—Sí, la necesito aquí.

Antes de ir a su habitación, Herbert vio a sus amistades en el salón. Habían ido a ayudarlo para encontrar a Jane.

—Encontré a Jane —anunció para alegría de sus amistades.

—Ahora le pondrás más seguridad a la casa para que mi ahijada ya no se vaya de su casa —alegó John que recuperó el espíritu bromista, pues el empleado de Herbert los había preocupado demasiado.

—Le daré a mi hija lo que ella necesita: un padre.

—¡Por fin! ¿Me puedo ir a casa? Compartir el tiempo con Charles es desgastante —masculló Adam para librarse de su cuñado. Tenían buena relación, pero no abusaban del tiempo que podían tolerarse.

—Nadie vino aquí por ti, lo hicimos por la niña... —replicó Charles.

—Agradezco que dedicaran su tiempo a esta búsqueda. Los invitaré a una gran cena para compensarlos por esto. Me hacen sentir querido. Gracias. Me disculpo por no poder atenderlos, debo ir a por mi pequeña. Rupert les servirá todo cuanto gusten.

Una vez que acabó de decir esas palabras, se apresuró a cambiarse. No quería perder tiempo por si a Jane se le ocurriera cambiar de opinión y también a la señorita Green, ya que las dos eran compatibles, como si no llevaran poco más de dos semanas conociéndose, sino toda la vida. Cuando abrazó a Jane sintió algo que lo conmovió profundamente. Perdió tanto al encerrarse en su dolor, en lugar de compartir la soledad con ella. Eso fue lo que debió hacer en el pasado para que la tristeza de los dos fuera menor, pero en aquel tiempo no pensaba igual.

Terminó de arreglarse y subió con premura a su carruaje para alcanzar a Jane y la señorita

Green.

En la panadería, la niña alegraba a la señorita Green y ambas conversaban.

—Se vendrá conmigo cuando llegue el duque —dijo Jane que comió otro panecillo del panadero.

—Endeudará a su padre por varias bolsas de harina, milady. Además, no le vuelva a decir el duque o su excelencia, dígale padre.

—¿Él quiere que sea su hija?

—Sí.

—¿Ahora sí conseguirá una madre para mí?

—Es lo más probable... —respondió con cierta tristeza en su afable sonrisa.

—Pero ya no necesito una si la tengo a usted en la casa.

—Le dije que eso no depende de usted, sino de su padre, ya que él necesita tener un heredero.

—¿Qué es un heredero?

—Un hermano para usted...

—No lo quiero, no lo necesito —masculló molesta, pues pensaba que eso significaba repartir el afecto de todos.

—Un hermano para usted es algo bueno, con eso asegurará su futuro.

—No quiero un hermano, no lo quiero...

—Debo repetirlo, su padre es quien decidirá lo que ocurrirá.

—Apenas empezará a quererme y querrá que comparta su afecto, pero jamás lo haré.

—Lady Jane, usted se está adelantando a los hechos. Quizá cuando tenga más edad pueda entender lo que esto significa y le aseguro que es por su bien y que nadie la reemplazará.

Jane frunció el ceño, molesta. No quería competencia si apenas había conseguido ser aprobada por su padre.

—¿Por qué tiene esa cara? —preguntó el duque al llegar y ver a la niña con el rostro enfurruñado.

—Volvió a preguntar por el asunto de una madre nueva.

La niña extendió los brazos hacia el duque y este no tardó en cogerla. Él sentía la necesidad de hacerlo y ella la de aprovechar que aquel le hacía caso, no pensaba dejarle lugar a nadie, ni a una nueva madre, ni a un hermano. Quería tenerlo para ella.

—Ah, ese asunto lo trataremos después. No hay que hacerlo con prisa, es un poco importante. —Él la abrazó y ella se quedó pegada a su cuello, tal como lo hacía con Alicia.

Alicia estaba feliz por ver que padre e hija comenzarían el camino del entendimiento, pero le preocupaba que fuera reacia con el asunto de un hermano. Al parecer saldrían de un problema para entrar en otro.

—Tome, señor. Espero que lo acepte de mi parte. Comparado con lo que usted ha hecho, no hay dinero que lo compre. Espero que con eso podamos pagar lo que hemos comido y por su generosidad.

—No hace falta, excelencia, para mí es un placer servirle.

—Acepte lo que le ofrezco y úselo para lo que usted necesite. Siempre tenemos necesidades, señor.

El hombre aceptó y ellos pudieron salir de ahí para subir al carruaje.

—Usted irá a casa con nosotros, señorita Green. Rupert se encargará de buscar sus cosas y de cancelar la cuenta de la posada.

—Muchas gracias, excelencia.

—Ahora que la señorita Green estará en la casa y mi padre me quiere, no quiero nada más —comentó la niña que dejó su violín a un lado y se recostó en las piernas de su padre—. No lo hago en las suyas porque sigue mojada, señorita Green.

Aquella era como una disculpa, aunque con eso le hacía saber que estaba tomando posesión de lo que era suyo: su padre.

—Es extraño, pero ante el miedo de perderte, prefiero que seas demasiado cariñosa, Jane. Lo importante de todo es que has dicho padre.

—Siempre quise que me tomara en brazos, ahora seré feliz.

—Seremos felices. Te hablaré de muchas cosas que no te he contado en estos años, en especial de Eloísa, tu madre.

—Qué hermoso nombre... —opinó la niña que se incorporó para prestarle atención—. ¡Quiero oír todo de ella! Es la señora del retrato y se parece a la señorita Green.

—Sí, es ella. Se parecen, pero no son idénticas.

—Le expliqué a milady que tengo rasgos comunes. Su madre era mucho más hermosa, solo coincidimos en el color del cabello y los ojos.

—Y la nariz respingada —objetó el duque.

—Y las cejas... —siguió Jane, risueña.

—Bueno, veo que me han convertido en su gemela. No puedo discutir con sus percepciones. —Alicia sonrió y se sonrojó al ver que el duque la miraba de una manera que antes no lo hacía. Tiempo atrás parecía enfadado en todo momento, pero eso había cambiado desde

que perdió a su hija. Ese debía ser el verdadero duque de Durmont, aquel que dejó de reprimir sus sentimientos por su hija detrás de una figura fuerte, quizá por orgullo o culpa.

Una vez en la residencia, la señorita Green conoció a las amistades del duque que se encontraban en el sitio. Para su buena fortuna, ninguno de ellos era conocido para ella.

Dejó al duque y a la niña en compañía de ellos y Alicia fue a la cocina.

—¡Ha vuelto, señorita Green! —exclamó Diana, sonriente—. Es bueno tenerla aquí.

—Creo que lady Archibald me ha preparado para ser despedida y contratada en un día. Tuve suerte de que el duque fuera a buscarme a la posada.

—¿Quería regresar? —indagó Rupert con curiosidad.

—Es mi oficio, el sueño de las institutrices: la hija de un duque y desde muy tierna edad. Casi envejeceré con ustedes en esta casa.

—Pero con una gran paga —bromeó la niñera.

—Que no tendré en qué ni en dónde gastar en los próximos catorce años, lo que me asegurará una excelente vejez, señores —contó con una sonrisa que hizo que los demás sirvientes la acompañaran riendo.

—Ahora debo buscar sus pertenencias. Su habitación será la misma que hace un día, señorita Green, le aseguro que está como la ha dejado —alegó Rupert.

En cierta manera se sentía bien regresar a la casa del duque de Durmont. Vería crecer a la niña como debió ser desde un principio y podría ver al objeto de su tortura, quizá casándose en los próximos meses.

Lamentaba su situación en ese momento, ya que si hubiese podido mantener su estatus y su familia no fuese tan repulsiva, ella podría aspirar a ser la madrastra y esposa de ese hombre; sin embargo, lo único que lograría, era ser la institutriz por los próximos catorce años. Estaría destinada a envejecer sin familia. No era eso lo que había deseado. Ella soñó con una preciosa vida, con una casa enorme, sirvientes, joyas, hijos y un esposo joven y amable que la tuviera

como lo más importante en su vida, pero a su edad entendía que eso jamás ocurriría y que las esperanzas no tenían nada que hacer en ella, que era parte de la servidumbre y sabía que eso era mucho mejor que ser la esposa de lord Griffin, creía que hasta sus hijos con él podrían ser monstruos. Siempre consideró que el mejor camino entre ese hombre y la muerte, debía ser la muerte. Llevaba cinco años de inmensa tranquilidad como institutriz. Esa vida no le resultaba mala, mas no cubría sus ambiciosas aspiraciones de dama.

Capítulo 19

Con el pasar de los días, Alicia veía cómo la niña no se separaba de su padre. Él salía al jardín junto a ellas por la mañana para el desayuno, al menos cada vez que el clima lo permitía. Jane era feliz, podía notar algo distinto en ella, la sonrisa, la soltura y los pocos o nulos berrinches que hacía. Educar a esa niña casi no representaba ningún problema.

—Hoy cenará sola con Jane, señorita Green —avisó el duque, sonriente, al ver que su hija se alejaba de ellos para ir hacia las flores.

Alicia, que sorbía su té, lo dejó a un lado para poder conversar con el duque. Tenía una buena relación con él después de haber discutido en un principio. Cuando no estaba fuera de la casa, la invitaba a jugar a las cartas o al ajedrez. Él era más experto en las cartas, por lo que le gustaba sacarle ventaja de una manera sucia, pero a ella le daba igual con tal de permanecer cerca y conversar. Para su angustiada vida, lo peor estaba ocurriendo: se estaba enamorando del duque sin desearlo, aunque ella buscaba su compañía de cualquier manera. Se sentía tan bien estando a su lado y junto a Jane que no quería quedarse tan rezagada.

—¿Irás a estafar a sus amigos en las cartas?

—No la he estafado, señorita Green. Usted es poco habilidosa con las cartas, no puede culparme por ello —se excusó el duque, divertido.

—Entonces deberíamos jugar al ajedrez la próxima vez...

—Eso sería darle ventaja.

—Es igual de bueno que yo en el ajedrez, pero creo que en las cartas otro debería enseñarme, ya que no quiere que el alumno supere al maestro.

—Me ha pillado, prometo enseñarle mejor la próxima vez.

—Entonces irá a un baile... —comentó cogiendo el último panecillo.

—Sí, he recibido una carta de lady Kirby, que me indica que tiene una candidata ideal para mí. Si me agrada, la traeré muy pronto para que conozca a Jane. Usted sabe que ella está ansiosa por tener una madre y yo quisiera resolver mis asuntos pendientes. Quiero que esté bien cuidada por si llegara a faltarle antes de tiempo.

—Una candidata...

—No se lo diga, quiero que sea una sorpresa.

Ella no quería decirle que el que se llevaría la sorpresa sería él al saber que su hija no quería saber nada de una nueva madre o un hermano. Jane había caído en las garras del privilegio y no estaba dispuesta a soltar a su padre, del cual también estaba perdidamente enamorada por el comportamiento que mostraba, siendo absorbente y sin dejar que nadie más acaparara su atención

—No se preocupe, puede confiar en mí. No le diré nada.

—Quiero que Jane sea feliz, señorita Green. Gracias a usted puedo disfrutar de lo que es mi hija. Sin su presencia nada sería posible... —Herbert colocó su mano sobre la de Alicia y ambos se miraron con detenimiento y ella, en lugar de mover su mano para alejarla de él, movió uno de sus dedos para acariciar la extremidad que a ella tocaba.

Herbert tenía un terrible problema con la institutriz de su hija. En un primer momento ya había caído, cautivado por su belleza y en los últimos días, por su carisma. Entendía la razón por la que Jane no dejaba de halagar a esa mujer. Él se divertía a su lado y se sentía libre, juguetón, como si hubiera recuperado su vitalidad. De hecho, ser un verdadero padre para su hija le había dado mucha alegría, pero Alicia Green le daba otra tonalidad a su vida. Sus bromas eran divertidas con él y solía tomarse personal algunos asuntos; sin embargo, él no quería pensar mal las cosas. No quería enamorarse de la educadora de su hija, él necesitaba una esposa, pero a la que no le ofrecería amor, sino conveniencia y una vida envidiable, pero en ningún lugar él contemplaba los sentimientos que una vez lo llevaron a enloquecer de dolor por la pérdida de Eloísa. Esa mujer que estaba junto a él podía arruinar todo si llegara a sentir algo por ella y no lo deseaba, debía buscar en otra parte a una mujer común, aunque a la altura, y que cumpliera con lo que se esperaba para alguien como él.

Jane encontró a su padre y a su institutriz tomados de la mano, entonces, la niña los separó

con violencia, mas no sabía de qué lado ponerse: de su padre o de su adorada institutriz. Sin duda, miró a su padre como si lo estuviera reprendiendo.

—¿Por qué le sostenía la mano a la señorita Green? —increpó, molesta.

—Le estaba agradeciendo que sea una gran ayuda para nosotros, Jane...

—Un gracias es suficiente. Dígaselo, señorita Green —exigió la niña que haría el mundo arder si no decía lo que esperaba.

—Es cierto, excelencia, milady tiene razón. Lady Jane, le aseguro que la próxima vez su padre no volverá a hacerlo.

—No quiero que le toque la mano a mi institutriz, padre, y usted tampoco lo toque, señorita Green. —Jane se colocó en medio de los dos para alejarlos.

Para Herbert y Alicia eso era un simple juego de una niña; no obstante, Jane no pensaba lo mismo. Había tenido que pasar rechazos y peripecias para tener el afecto de su padre y no permitiría que ni la misma institutriz se lo robara.

—No lo volveré a hacer, le extenderé una bolsa de dinero como agradecimiento en la próxima oportunidad, señorita Green...

Su hija lo había ayudado a romper aquel contacto con Alicia, ese encantamiento debía desaparecer porque no sabía qué hacer con sus sentimientos hacia ella. Lo único que sabía era que no podía casarse y saber que podría morir. Eso no sería capaz de tolerarlo, dos mujeres amadas y muertas sería un castigo demasiado grande para alguien que simplemente anhelaba la felicidad de amar, pero prefería ver a Alicia feliz lejos de él, que enterrada junto a Eloísa, como si coleccionara damas hermosas para matar. Su próxima esposa sería alguien a quien respetaría, pero a la que no amaría. Sus pensamientos tal vez estuvieran en la institutriz de su hija y podría disfrutar de ella como hasta ese día por muchos años más.

Por la noche, la niña observaba con molestia el lugar vacío de su padre en la mesa.

—¿Por qué él no está aquí, señorita Green? —preguntó dejando su tenedor a un lado.

—Usted sabe que él acostumbra a salir cada cierto tiempo. —Alicia no quería darle muchos detalles, ya que podría ponerse nerviosa.

—¿Y si fue a buscar otro hijo? Hable con él, señorita Green...

—¿Qué quiere que le diga a un hombre de la edad de su padre? Con tantos años ya considero que es incorregible.

—Dígale que no necesito un hermano, ni una madre... No quiero a más personas aquí.

—Milady, él puede estar con sus amistades jugando a las cartas. ¿No cree que sea solo eso?

—Es cierto... —dijo Jane, pensativa, después cogió su tenedor para continuar con su cena.

Por un tiempo había logrado calmar a la fiera celosa del afecto del duque. De esa manera sería difícil que él consiguiera esposa, amante o lo que quisiera. Jane había tomado en serio el asunto de que su padre fuera suyo.

De la misma forma que Jane, Alicia no dejaba de pensar en el duque y su acción de buscar esposa. No sabía que le dolería tanto saber lo que él haría esa noche. Lo incomprensible era por qué le había tomado la mano ese día y lo más irracional era la razón por la que ella con tanto atrevimiento lo acarició. No debía volver a hacer eso, era la única que terminaba haciéndose daño, ya que él era un caballero y ellos actuaban por instinto. En cambio, las damas lo hacían por preceptos. Alicia era el ejemplo de una niña, no podía arrojarse a los brazos del padre de aquella para saber lo que se sentía ser querida por un hombre. El oficio que ella escogió no le prohibía buscar a alguien que le hiciera los favores, como lo llamaba lady Archibald, pero ella podría considerarse demasiado exquisita para relacionarse con personas que no estuvieran en su mismo estatus. Sin duda, Alicia era pobre, pero pobre por desgracia familiar, la clase no se perdía por la falta de dinero. Ser institutriz la mantenía respetable, era el grado más alto al que podría llegar en una casa y eso no le molestaba. Amaba lo que hacía, y trabajar con el duque y su hija era casi un sueño, era el trabajo perfecto. Podría serles fiel por toda la vida.

La niña bostezó al terminar su cena y lo único que hizo fue abrir los brazos para que Alicia la cogiera. No había tardado mucho en quedarse dormida en los brazos de ella, ni siquiera pudo

cambiarla de ropa para dormir, pero para ella no era inconveniente dejarla cómoda para descansar. Le llevó unos minutos y un par de gruñidos de la niña hasta dejarla cobijada en la cama.

Se dirigió a su habitación, se quitó el delantal, la cofia y también las horquillas del cabello. Soltó su larga y ondulada cabellera para después trenzarlo. Cogió su camisón para poder ser solo una persona que descansaría; sin embargo, el sueño no acudía a ella.

Fue a la cocina y ahí preparó un té con las hierbas que bebía con Gertrude en las noches más difíciles con lady Archibald. Después de servirse una taza, fue con ella en la mano y se quedó de pie cerca de la ventana del salón, como si estuviera esperando a alguien.

—¿Está bien, señorita Green? —indagó Rupert que estaba haciendo su última ronda del día antes de esperar al duque.

—Sí, solo que no tengo sueño.

—En la biblioteca tiene muchos libros que la ayudarán a dormir pronto, algunos son muy aburridos.

—Tiene el mismo humor que su excelencia, Rupert —aseguró la joven.

—Los años no pasan en vano y las mañas hasta son contagiosas...

—En eso tiene razón. —Ella rio—. Iré a buscar un libro en la biblioteca para que me ayude a aburrirme, gracias por el consejo, Rupert.

—Siempre estamos para servir, señorita.

Alicia despidió a Rupert con una inclinación de cabeza y fue a la biblioteca. Con tanta penumbra le sería difícil escoger alguno, pero eso le serviría de entretenimiento para no pensar en lo que estaría haciendo el duque en un salón de baile.

Herbert estaba en compañía de lady Kirby, esperando a la dama que ella le había dicho que

era con exactitud lo que él estaba buscando.

—En ocasiones, las damas tenemos obligaciones con nuestros hijos pequeños. La viuda de Longhorn tiene un pequeño heredero de doce años con el cual debe lidiar. Créame que escogí a una mujer fértil, excelencia. Me enfoqué en buscar lo que usted necesita.

—Una viuda es ideal para mí y más aún con un hijo varón. Debe ser una mujer fuerte —opinó sin darle muchas vueltas al asunto.

—Y es una mujer preciosa, capaz de levantar hasta la libido de un cadáver. Lord Longhorn debió estar triste al morir, sabiendo que dejaba a su preciosa esposa sola.

—Esperemos que estuviera sola y que no sea amante de alguien que sé que es un adicto a las viudas...

—¿Se refiere a lord Tyne?

—Sí. Todavía es joven y tonto, tal como su otro amigo, el que bebe mucho.

—Él no acostumbra a tomar demasiado, milady. Esa fue una serie de eventos desafortunados que lo condenaron.

—Lady Northland no ha dejado de buscar una esposa para él, creo que esa mujer morirá sin saber lo que es ver a un hijo casado, eso es verdaderamente triste. ¡Oh, ahí viene, lady Longhorn!

El duque miró hacia donde lady Kirby le decía que lo hiciera. Lady Longhorn era una mujer bonita que parecía más que convencional, sin ningún truco que mostrar. A primera vista era simple y para nada capaz de sorprenderlo, pero tenía un hijo varón. Eso le aseguraba que sería capaz de parir a un heredero para él sin morir en el intento, ya que se sentiría demasiado culpable de dejar a un jovenzuelo sin su madre.

Lady Longhorn hizo una reverencia para lady Kirby y extendió su mano para que el duque la besara.

Capítulo 20

Como todo un caballero, Herbert sonrió y besó la mano de la mujer.

—Es un placer conocerla, lady Longhorn —dijo cordial.

—El placer es mío. Lady Kirby me ha hablado mucho de un duque codiciado...

—He cumplido con mi misión, me retiraré a descansar en un sillón —alegó lady Kirby que en verdad sentía haber hecho lo correcto presentando a aquellos dos.

—La matrona me ha dado una breve pincelada de usted, milady —comentó Herbert, que le mostró el brazo para que pudiera cogerlo—. ¿Le interesa caminar o bailar?

—Sabe que soy viuda, y considero, sabiendo un poco de usted, que el baile no representa una forma de conocimiento para nosotros. Usted tiene una hija pequeña y yo un hijo un poco grande.

—Me agrada que comprenda que no somos críos. ¿Qué busca usted?

—Mi hijo está en una edad conflictiva y me encantaría que tuviera un ejemplo masculino que seguir.

—Qué coincidencia, yo necesito un modelo a seguir para mi hija de cuatro años que a veces resulta conflictiva.

—Y también usted necesita un heredero...

—Sí, es cierto. Quiero dejar protegida a mi hija.

—Tendríamos dos maneras de proteger a nuestros hijos, excelencia. Si no llegáramos a concretar algo, le daría la mano de mi hijo a su hija. Resulta conveniente que él pueda casarse con la hija de un duque.

—Un matrimonio concertado no suena mal, me agrada la idea en caso de que no llegar a buen puerto, aunque no creo que sea necesario, ya que ambos somos conscientes de lo que buscamos. Espero que mi compañía le resulte grata.

—Lo es. Pensar en envejecer sola no es algo agradable, prefiero hacerlo en compañía.

—¿Ha tenido alguna aventura después de la muerte de su esposo?

—No. No podría, pero han pasado muchos años de su muerte y la soledad a veces es cruel. He podido administrar el título y la fortuna para cuando mi hijo tenga edad de encargarse, pero después no me necesitará. Serán años tristes cuando me deje a un lado, por eso, acepté la oferta de conocerlo. Lady Kirby me ha hablado bien de usted, aunque me ha dicho que no ha sido el más célibe de los caballeros después del fallecimiento de su esposa.

—También es cierto. He buscado compañía en varios lugares y fue por soledad, tristeza y desapego. Amaba mucho a mi esposa y su recuerdo siempre está en mi cabeza, pero no en otras partes de mi cuerpo que requieren atención.

Lady Longhorn se sonrojó al entender lo que insinuaba ese caballero.

—No es fácil enviudar, excelencia. Como viuda, por más que esté sola, no es bien visto que tenga acompañantes, y tampoco es el ejemplo que deseo brindarle a mi hijo. Una madre que deja que cualquier picaflor la toque, no es una buena señal de decencia.

—No nos ven igual. Los caballeros tenemos más libertades.

—Sí, aunque si me va a pretender, debería practicar el celibato, excelencia. No quisiéramos que la gente comenzara a murmurar las cosas, salvo que sean cosas interesantes.

—Tiene razón, lo haré. ¿No le tiene miedo al jardín?

—No, esos tiempos han quedado atrás y usted lo sabe. Ambos tenemos hijos, lo que debía pasar en el jardín ha ocurrido en el lecho.

A Herbert no le desagradaba la compañía de lady Longhorn. No había dado un chelín por ella, pero resultó ser una mujer consecuente con sus actos, respetable y prudente. Podría sentarse

a tomar el té y otras actividades a su lado sin mayor inconveniente, era una buena conversadora y no era aburrida. Lo más probable era que fuese la mujer ideal para ser la madre de Jane, aunque nunca tomaría el lugar de Eloísa en su corazón, ninguna mujer lo lograría.

Al culminar la noche, él regresó a su casa y fue hasta su habitación. No había bebido demasiado gracias a su acompañante que debería ser llamada Prudencia.

—¿Cómo le ha ido? Lo noto bastante tranquilo —comentó Rupert.

—La verdad que me ha ido muy bien. Encontré a la mujer indicada para ser mi esposa.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Es una mujer que se ve fuerte, saludable, bonita y es viuda con un hijo, por lo que es seguro que me dé un heredero.

—Qué buen criterio ha escogido para anular su corazón, excelencia.

—Ella es razonable, busca compañía como yo, no hemos hablado de sentimientos y considero que tampoco deberíamos tratar ese asunto. Por lo que logré entender, ella también está enamorada de su fallecido esposo y yo de Eloísa. Sería como una relación conveniente de compañía y de beneficios mutuos. Tendré sexo cuando quiera.

—Buen punto, excelencia.

—¿Jane se ha dormido temprano?

—Se durmió en los brazos de la señorita Green. Creo que no podía dormir, la vi observando por la ventana con una taza en la mano. Le aconsejé que fuera a la biblioteca a leer un libro.

Al duque le picaba el gusanillo de la curiosidad de qué podría estar haciendo ahí la señorita Green.

—¿Crees que está desvelada?

—Es probable, aunque debe estar cansada. Espero que ese té la ayudara a descansar.

—¿La viste hace mucho?

—Tal vez hace poco más de media hora.

Él fingió tener sueño, entonces Rupert se apresuró a colocarle el camisón para que pudiera descansar.

Una vez que su sirviente se fue, Herbert salió a hurtadillas de su habitación. No sabía por qué razón quería saber más sobre la señorita Green, tenerla cerca era como un terrible vicio. Su presencia era tan agradable y a la vez incómoda, la buscaba de alguna u otra forma. Estar lo más cerca posible era lo que deseaba, oler su fragancia, escuchar su voz y sus respuestas cargadas de sarcasmo, siempre desafiando su buena fortuna de permanecer en esa casa. Tampoco era capaz de despedirla, ya que le daba óptimos resultados con Jane y eso contaba como un gran aliciente para dejar que hiciera lo que se le antojara. No tenía razones para enfadarse y despedirla, pues cuando lo hizo tiempo atrás fue por orgullo y egoísmo.

Él se asomó a la puerta entreabierta de la biblioteca, pero ahí no había nadie, solo había un libro y una taza de té en un mueble. Ella se fue a dormir.

Estaba desilusionado. Era oportunista. Tenía a una dama servida en su casa. Sabía que era prohibida, pero, aun así, no podía dejarla pasar. El beso que se habían dado tiempo atrás era la antesala a la locura. Él estuvo ebrio, pero no lo suficiente para no sentir el calor y el deseo.

Tuvo que regresar a su habitación para intentar dormir.

Por la mañana, Alicia se despertó apresurada, pues había dejado un libro fuera de su lugar y también la taza de té. No era muy pulcro que lo dejara, pero la infusión había comenzado a hacer efecto al poco tiempo de iniciar el libro.

Saludó a los demás miembros del personal y fue a la biblioteca a hacer lo que debía, ser una persona responsable no debería ser algo difícil. Guardó el libro y llevó la taza a la cocina.

—¿Se desveló, señorita Green? —preguntó Diana que la vio cerca de donde se lavaban los utensilios.

—Sí, pero hice un té que solucionó mi problema.

—Queremos saber la receta de ese té —alegó Diana, bromeando.

—Es una mezcla de hierbas, solo que no hay que abusar de las porciones, pues puede dejarte muy dormida y no despertar para tus quehaceres.

—¡Dios nos libre de no cumplir! El duque nos pone a limpiar las calles con las lágrimas que derramaríamos al ser despedidos —continuó la niñera.

—Creo que ya no es tan insufrible como antes. Desde que se propuso amar a su hija, ha mejorado su personalidad. Me parece una persona amable y divertida.

—Quizá, aunque usted habla mucho con su excelencia, ¿no cree que la está intentando seducir porque se parece a su esposa, señorita Green?

—Por supuesto que no, Diana. El duque sería incapaz de tal bajeza —replicó casi escandalizada. Sus mejillas ardían al defenderlo.

—No es lo que ha dicho Rupert...

—¿Qué he dicho? —cuestionó el ayuda de cámara.

—Que el duque quiso aprovecharse de la señorita Green estando ebrio.

Los ojos de Alicia se dirigieron a Rupert que también comenzaba a tener las mejillas teñidas del color de la vergüenza.

—Rupert...

—Su excelencia me lo ha dicho —comentó avergonzado.

—Su excelencia no quiso abusar de nada. Además, considero que Rupert ha olvidado que él me ha pedido una sincera disculpa por estar ebrio y necesitar mi ayuda para llegar a su lecho

—Tiene razón, señorita Green. Siento no haber dado el cotilleo completo.

—Para la próxima vez hay que contar bien el cotilleo, Rupert, o Diana puede quedarse con ideas equivocadas... —Alicia salió de la cocina.

Diana y Rupert se miraron como si no les hubiera importado lo último que dijo Alicia antes de irse.

—Que le diga sus tonterías a otro, a mí no puede engañarme. El duque está detrás de los huesitos de la institutriz. Pronto terminaré cuidando a un bastardo de su excelencia con la señorita Green, lo sé, bien que lo sé.

—No digas tonterías. La señorita Green es una dama. El duque no será capaz de soportar la idea de un bastardo. Ella será la próxima duquesa, te lo aseguro. Es mejor que la trates bien, porque será quien te dará órdenes.

—Pues ni siquiera es la duquesa y ya me las ha dado desde que llegó, pero me agrada. Es divertida. Iré a despertar a lady Jane.

La niñera terminó de comer su pan con queso y fue a buscar a la niña. Cuando entró a la habitación, aquella todavía dormía, por lo que mejor se dedicó a hacer alguna cosa en la habitación hasta que ella despertara.

El duque salió de su habitación un poco somnoliento. Al menos había descansado un par de horas, mas le haría bien un té como el que una vez le ofreció Alicia, o quizá lo que le hacía falta fuera estar junto a la institutriz. Al llegar al comedor, la encontró acomodando algunos cubiertos con un pequeño libro.

—Buen día, señorita Green —saludó con una sonrisa.

—Buen día, excelencia, ha despertado temprano... —dijo haciendo una reverencia para él.

—Tal vez me hace falta el mismo té que bebió anoche. Es lo que me dijo Rupert... ¿Estaba desvelada?

—Al parecer mi sueño ha resultado ser un asunto público. Sí, excelencia, en ocasiones me cuesta conciliar el sueño. Ayer fue una de esas noches.

—¿Hoy piensa dormir temprano?

—No...

—Entonces jugará conmigo o me leerá. Después me dará ese té para saber si funciona para dormir.

—Podríamos hacer una competencia de quién es capaz de dormir más temprano, excelencia, sé que usted es competitivo.

—No se me había ocurrido que fuera tan divertida, señorita Green. Siempre es tan reservada y sarcástica...

—Usted no se queda atrás. Supongo que es nuestro carácter. Además, debo mantenerlo al margen de ciertas situaciones para que pueda educar mejor a su hija.

—Antes me rogaba por atención para ella y ahora quiere que me haga a un lado...

—No es cierto, solo que ella se distrae con usted. Para la niña es una novedad tener un padre.

—Y para mí es una novedad tener una hija y una persona con la cual debatir, me hacía falta una señorita Green para sentirme un poco exaltado por las razones correctas. Usted me parece una mujer correcta e inteligente. Siempre es un placer conversar con personas que poseen intelecto. ¿Alguna vez me contará sobre su origen?

—No hay nada de malo en que le cuente un par de cosas de mi vida privada, pero podría ser una conversación nocturna, junto al juego...

—¡Padre! —exclamó la niña que bajó las escaleras deprisa.

Él la cogió a volandas y le sonrió.

—¿Cómo amaneciste? —curioseó al bajarla en sus brazos.

—Con muchas ganas de aprender el pianoforte... —alegó mientras dirigía su mirada hacia la señorita Green, como si la obligara a hacer una práctica con ese instrumento.

—¿La señorita Green te enseñará eso?

—No le he dicho que lo haría. Ella ha querido hacerlo sola, pero sin instrucción, no hay aprendizaje. Las cosas a su tiempo, milady —la reprendió Alicia.

—Está siendo muy dura con ella, señorita Green. Déjela que aprenda lo que desea. Tiene muchos años para aprender un idioma o para sumar.

Capítulo 21

El duque comenzaba a ser permisivo con Jane y ella no dudaba en aprovechar todo lo que podía para obtener ventajas.

—Tocaré el pianoforte.

—No, usted se sentará a aprender bien las palabras y es todo lo que le diré. Excelencia, por favor, ¿podría conversar conmigo después, en su despacho?

—¿Me regañará? —indagó Herbert.

—Lo regañaré —respondió decidida.

—No vaya, padre... —recomendó la niña.

—¡Milady! Hoy ni siquiera tocará el violín. Comenzaré a tener mano dura con usted por traviesa.

Jane cruzó los brazos bajo el pecho y después estiró la casaca de su padre para que hiciera algo.

—Señorita Green... —Él no se animó a continuar al ver los ojos furibundos de Alicia. Temía decirle que era el dueño de casa, pero debía recordar que la mano dura era un pedido suyo.

—Obedece a la encantadora señorita Green, Jane... —replicó para congraciarse con la institutriz.

—La conversación sigue en pie, excelencia —advirtió la joven.

Después de eso se sentaron para empezar el desayuno. Jane era muy educada y elegante cuando cogía sus cubiertos para meter pequeños trozos. Alicia le sonreía conforme con el trabajo de su pupila, que era caprichosa, pero muy inteligente, y Herbert observaba a las dos mujeres en

esa mesa y se sentía completo, feliz, como si no necesitara nada más que a ellas con aquellos rostros cómplices y divertidos. Ni siquiera parecían institutriz y pupila, sino más bien, se asemejaban a una familia.

La mente de Herbert se complicaba pensando las cosas, pues Alicia Green le gustaba más de lo que quería admitir. Necesitaba averiguar más cosas sobre ella para poder convencerse de que era inconveniente para él, aunque tampoco le importaba lo conveniente que pudiera ser, la conoció siendo una institutriz, no lo estaba engañando con eso.

Alicia miraba de reojo a Herbert y en ocasiones sus miradas se encontraban, haciendo que le diera mucha vergüenza ser descubierta observándolo.

Cuando la servidumbre comenzó a recoger la mesa y ellos se levantaron, Jane quiso salir corriendo hacia el jardín, pero observó que estaba lloviendo y se entristeció en el acto.

—Hoy no podrá salir. ¿Acaso no sospechó por nuestro desayuno en el comedor? —curioseó Alicia intentando consolar a la niña decepcionada.

La pequeña respondió con un suspiro.

—Hoy iremos a la biblioteca. No se preocupe, milady, seguirá conociendo todo lo que le rodea, pero con un libro. Sé que puede sonar un poco aburrido, pero las niñas deben leer mucho para ser buenas conversadoras.

—No me gusta, quiero salir...

—¿No prefiere pintar? —La señorita Green intentaba encontrar un punto de equilibrio con la niña para que no se sintiera mal. Aquella era un alma libre que amaba los jardines, era como un colibrí entre las plantas. Le costaba mucho ser dura con Jane, pero ante su probable desvío, debía apretar la vara para que no creyera que podría pasar sobre ella con facilidad.

—Tal vez... —Jane hizo un movimiento de hombros y fue al salón a sentarse como lo haría una niña obediente, dejando solos a su padre y a Alicia en el comedor.

—Excelencia, no sea permisivo con ella o echará a perder lo que avanzamos en estas semanas y ha sido mucho. Es el dueño de la casa y lo respeto, pero usted a lo suyo y yo a lo mío.

Milady es mi responsabilidad, ya que, si algo no le agrada de ella, la culpa será mía. Tendrá sus momentos en que la consentirá como guste, mas mis dominios como institutriz son limitados y no lo necesito ahí.

—Es muy diplomática, señorita Green. Le haré caso. Confío en usted. La veré por la noche...

Ella inclinó su cabeza para despedirlo y fue hacia la niña, mientras Herbert observaba cómo se retiraba. Le encantaría ver a esa mujer sin esas prendas de servidumbre, quería que se vistiera como una dama para observar cuanto cambiaba. Sería preciosa, y lo sabía. Su cadera contoneándose era bastante atractiva vestida con esas prendas tan poco atractivas, pero imaginarla con otro peinado y ropa, lo hacía fantasear.

—¿Ya no necesitará ir a regañarme en el despacho? —preguntó en voz alta para que ella lo escuchara.

—Lo regañaré de noche...

La institutriz cogió de la mano a Jane y fueron a la biblioteca a esperar sus lecciones, a la vez que el duque fue a su despacho para completar un par de papeles que tenía pendientes.

El sonido de los truenos hacía que Jane se sobresaltara con frecuencia. No habían tenido una lluvia con fuertes truenos en esos días, si bien cayó mucha agua, fue bastante silenciosa.

—¿Está bien, milady? —preguntó acercándose a ella que estaba pintando. Su arte había quedado manchado por sus sustos—. ¿Le teme a los truenos?

—Cuando los escucho, me pongo la almohada en la cabeza...

—Venga, iremos un rato al despacho de su padre. —Alicia le mostró la mano para que la tomara, pero ella le mostró ambos brazos, quería estar abrazada. No le quedó más que aceptar eso. Estaba asustada.

La cogió en brazos y tarareó una canción para ella, a la vez que iban hacia el despacho que no estaba lejos de la biblioteca. Como pudo golpeó la puerta y cuando escuchó la voz del hombre autorizando su entrada, la abrió para entrar.

—Qué oscuridad hay aquí, excelencia —comentó sin darse cuenta de que no era lo que debía decir—. Disculpe que lo moleste, pero lady Jane tiene un poco de miedo a los truenos. Considero que es un momento propicio para que actúe como su protector. Lo necesita.

Él abandonó su sillón y primero encendió una lámpara para tener más luz. Las nubes oscuras cubrían el cielo y la oscuridad comenzaba a apoderarse de todos los rincones. Se venía una gran tormenta.

—¿Por qué tienes miedo, Jane? —inquirió a la vez que la cogía en sus brazos.

—Me dan miedo los ruidos y las luces de las noches de lluvia.

—Debiste decírmelo...

—Antes no me hacía caso.

—Lo lamento tanto. Fui un mal padre, el peor, espero que algún día me perdones. Ahora te quedarás conmigo y la señorita Green.

—¿También tiene miedo por eso necesita a la señorita Green? Ella es muy buena para calmar... —dijo alejando un poco su rostro para mirar a su padre.

—No, no tengo miedo, pero me ofrezco por si la señorita Green llegara a tener miedo...

—¿Escuchó, señorita Green? Mi padre nos protegerá de la lluvia... —habló Jane, animada. Sus ojos brillaban al oír al duque diciendo eso.

—Considero que su padre es un hombre muy valiente, milady. —Ella dijo aquellas palabras no por querer ser agradable con el duque, sino porque deseaba que la niña admirara a su padre. De esa manera, iría olvidando con lentitud los años de abandono. Estaba creando nuevos recuerdos.

—Siéntese, señorita Green... —pidió Herbert que hizo lo mismo—. ¿Cómo se le dan los números?

—Bastante bien, excelencia. No dude de mí, ya que le enseñaré todo lo que sé a su hija.

—¿También le enseñará a hacer cuentas?

—Sí. Considero que la educación de una dama debe ser completa. En caso de necesidad, puede utilizar dichos conocimientos para ayudar. A veces, los esposos son personas ocupadas y requieren una mano adicional para solucionar los inconvenientes...

—¿No es mejor que se sienten a tomar el té?

—Siempre hay tiempo para el té y más si un esposo se desocupa pronto para beberlo en compañía. Mi institutriz decía que era mejor estar junto al esposo en cualquier condición que sola...

Con lo que había dicho la señorita Green, él entendió que tuvo una institutriz y que no fue a un lugar en el cual le enseñaran a serlo. Eso era bastante interesante y hacía que sus teorías sobre una dama frustrada se hicieran reales. Ella debía ser la hija de algún hombre con recursos. Quizá cuando fue más joven, cometió un error que le impidió casarse. ¡Dios! Su mente estaba llena de información y se imaginaba distintos escenarios. Esa noche se quitaría toda la duda de encima.

Alicia había desvelado parte de su vida sin darse cuenta. Se sentía tan cómoda que pensar en una treta era difícil. Las palabras le habían salido como si estuviera contando una anécdota a sus amistades. Esperaba que el duque no notara ese detalle.

—Entonces me ayudará con los números. Me dictará estos que están aquí y yo los anotaré, mientras que Jane, se quedará quieta.

—¿Por qué mejor no me dicta los números y yo los escribo? Usted está ocupado con ella.

—Es cierto, señorita Green. Coja esto de aquí y empiece en este lugar. —Él señaló con un dedo en donde debía empezar—. Y escribirá lo que le diga.

Ella aceptó y cogió la pluma, al igual que el libro contable en el que aquel caballero asentaba sus cuentas.

—¿No tiene un administrador para esto? —indagó Alicia.

—Sí, pero tengo muchas propiedades. Decidí quedarme con un par de ellas para pasar el tiempo. Me mantiene ocupado hacer las cuentas. De vez en cuando viajo a la campiña para cobrar a mis arrendatarios y escuchar sus necesidades. Usted sabe que los caminos desaparecen después de alguna gran lluvia...

Jane oía cómo su padre hablaba y lo miraba con admiración. Aquel la tenía en brazos, mientras que tenía un papel en una mano del cual sacaba la información para la señorita Green.

—Ahora parece que le faltará el tiempo —insinuó la institutriz refiriéndose a su hija.

—Usted tenía razón el primer día, Jane es buena compañía.

—Ella tiene tantas virtudes, excelencia. Es tan inteligente y esmerada, además, nunca desiste de su objetivo, ya lo ve. Para mí, milady es una niña capaz de todo lo que se proponga.

—Me he dado cuenta de eso. Salió a buscarla, señorita Green.

—Esa fue una tontería, pero fue lo que hizo que abriera sus ojos y disfrutara del afecto de ella.

—Habla con mucho cariño de Jane.

—Quiero mucho a la señorita Green. Ella parece una madre, según lo que ha dicho de las madres —interrumpió Jane.

Los ojos de Herbert se dirigieron a la institutriz, a quien notó avergonzada por lo que decía Jane. No sabía si eso debía preocuparle mucho. Su hija estaba embelesada por Alicia y eso no podía cambiarlo. Encontró en ella una figura en la cual refugiarse y eso la hacía feliz, pero no lo ayudaba a que pudiera conseguir a una dama para ser la madre de la pequeña. La señorita Green representaba un problema en ese caso.

—No tengo cómo justificar lo que dice la niña, excelencia, solo espero que me disculpe si he dicho algo inapropiado con respecto a eso —se excusó Alicia.

—Aquello quedó en el pasado. Jane sabe que Eloísa fue quien pidió que ella se llamara así.

La estuvo esperando durante mucho tiempo y lo hizo con gran ilusión. La tuvo en brazos y la admiró con amor. Su último día lo recuerdo como si fuera ayer. También le he mostrado la habitación de ella. Ahora está vacía. Preferí no conservar ni sus prendas ni sus muebles, solo las joyas para que algún día Jane pudiera lucirlas. No hay nada que ocultar o reclamar.

—¡Quiero ver las joyas! —exclamó la niña.

—Las tengo guardadas en mi habitación. Te las enseñaré en otro momento, querida, ahora deja que la señorita Green y yo podamos terminar con esto. No falta mucho.

Jane se quedó quieta, pero por aburrimiento se quedó dormida, alterando su descanso de la tarde. El duque y la institutriz continuaban con aquel trabajo, mientras escuchaban la tormenta en el exterior.

Una vez que acabaron, ellos llevaron a Jane a su habitación, en la que se quedaría Alicia cuidándola. No querían que despertara de repente y se viera sola en una estancia oscura.

Para la hora del almuerzo, la niña despertó y se sentó a comer con su padre y la institutriz. Para su tiempo de descanso ella ya no tenía sueño, en cambio, Alicia bostezaba, mientras seguía con las lecciones de arte y, también, pensaba en la vergüenza que había pasado frente al duque gracias a lo que había dicho Jane sobre las madres. No sabía cómo hacer para no querer que se abriera el suelo bajo sus pies.

Capítulo 22

El mal tiempo había cedido en Londres para la tarde, mas todo seguía empapado. Para la hora de la cena, Jane era la vitalidad encarnada. Parecía no desear descansar después de haber dormido fuera de su horario habitual.

—Esta noche me leerá mucho, señora Green. No tengo sueño... —comentó Jane, juguetona.

—La señorita Green estará ocupada esta noche. Lo mejor es que Diana se encargue de cualquier necesidad que tengas —dijo Herbert, que no pensaba dejar libre a la señorita Green, ya que, si la dejaba ir con Jane, esta absorbería la poca energía que le quedaba a la institutriz y él quería conversar con ella para saber más de su vida.

—¿Por qué? Ella me llevará y se quedará conmigo —sentenció la niña.

—Jane, no es negociable. He dicho que la señorita Green no irá y es todo. Y usted, cierre la boca —ordenó el duque al ver que Alicia estaba intentando hablar.

—Está bien... —acató. Cuando ese hombre no quería discutir, pues no se discutía. Lo ideal para ella hubiera sido quedarse con la niña y alegar cansancio para que no estuvieran juntos esa noche, pero era evidente que no podía escapar de él, tampoco le interesaba mucho huir, puesto que le gustaba estar cerca. Era una tonta porque le agradaba sufrir. Aquel solo quería pasar un buen rato conversando y Alicia, aunque no era muy conversadora, estaría encantada de soportarlo por un par de horas.

—Señorita Green, por favor, dígame que lo reconsidere... —pidió la niña con sus tiernos ojos azules mirándola con fijeza.

—Reconsidérelo usted, milady. Su padre ha dicho que no es negociable. A veces es mejor retirarse a tiempo.

—Debería apoyarme...

—Ella no tiene razones para consentirte en todo. La señorita Green es tu institutriz, no la

esclava del diablo.

—¿Qué significa la esclava del diablo? —curioseó la niña.

—Su padre ha estado utilizando algunas metáforas para decir cosas inapropiadas para una niña de su edad. Lo anotaremos para explicarle eso en dos años... —propuso la señorita Green. No quería decirle que su padre la había llamado diablo. Después debería regañar a ese caballero, ya que la metía en un problema de tener que explicar cosas que no deseaba.

La niña bufó y esperó su postre que serían unos albaricoques.

—Diana, hoy te tocará arropar a Jane para dormir. La señorita Green tiene otras cosas que hacer... —mandó el duque.

—Sí, excelencia —acató la niñera que miró a Rupert queriendo decirle que ella tenía razón sobre lo que habían conversado tiempo atrás acerca de la institutriz—. Es hora de ir a la cama, milady...

—¡Quiero a la señorita Green!

—Yo la llevaré y usted me alcanza —dijo Herbert que se cansó de los berrinches de su hija—. Sube...

Él la cogió en brazos y ambos fueron hacia el área de las habitaciones.

—Es suficiente, jovencita —masculló el duque que bajó a su hija en la cama y esta comenzó a saltar—. La señorita Green debe hacer otras cosas distintas.

—¿Y qué puede ser más importante que yo? Ella está aquí por mí.

—Yo quisiera conversar con ella.

—¿No la despedirá?

—Por supuesto que no, solo quiero hablar sobre un par de cosas, pero si tú te empeñas en tenerla contigo como si fuera tu mascota, no lo lograré.

—¿En algún momento tendré una mascota?

—Tienes sirvientes, no necesitas esas cosas. Además, no los atenderás, porque no sabes ni siquiera cuidar de ti misma.

—Pero... —La niña suspiró porque no podría luchar contra la negativa de su padre.

—Ahora te quedarás aquí con Diana. A ella puedes pedirle lo que quieras, pero deberás dormir temprano, ¿entiendes?

—Sí... ¿Ayer fue a buscar una esposa?

—No responderé eso, porque sería darte cuerda para que no guardes silencio. No caeré en tu trampa. Hablaremos de eso mañana.

Jane cruzó los brazos bajo el pecho, molesta, porque ella quería seguir despierta y todos esperaban que durmiera para no molestar.

Herbert le dio un beso la frente y salió de la habitación.

—Es toda tuya, Diana —aseguró él que pasó a su lado y fue hacia el salón—. Rupert, enciende la chimenea de la biblioteca. Lleva un poco de vino y una copa para la señorita Green.

—Sí, excelencia. ¿Se le ofrece algo más?

—Que nadie nos moleste.

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

—No, Rupert.

—Espero no escuchar lamentaciones después, excelencia.

—Está bien, hazlo.

—No beba demasiado, porque si se propasa, no creo que la señorita Green vuelva a perdonar su atrevimiento. Ser pobre no es una razón para que se aproveche.

—Me conoces casi desde que comencé a caminar, Rupert, ¿crees que le haría daño a alguien como ella?

—No intencionadamente, pero usted no sabe lo que ella puede sentir. Recuerde que usted está buscando esposa, no una amante. Sabe que los hijos fuera del matrimonio no pueden heredar

—Créeme que lo sé. Respeto a la señorita Green. Si algo ocurre, sé que ella me pondrá un límite. Dependo de esa mujer...

El duque dejó en aquel lugar a Rupert y fue a la biblioteca para esperar a la señorita Green. En ese sitio también tenía un juego de ajedrez.

En el salón, la señorita Green tenía su pequeño libro en la mano para fingir que hacía algo. El duque había dejado en evidencia que estarían ocupados esa noche. Sus mejillas ardían al pensar en lo que la servidumbre estaba creyendo. Se avergonzaba mucho, quizá al día siguiente fuera la comidilla de aquellos.

—Señorita Green, el duque la espera en la biblioteca. Me ha pedido que acondicionara ese lugar para recibirla.

—Gracias, Rupert...

—¿Qué cree que le dirá en ese sitio, señorita Green?

—En estos días conversamos sobre el asunto de que iría a buscar una futura esposa, quizá hoy tenga noticias de lo que ha ocurrido ayer...

—¿Usted lo aconseja?

—¿Cree que un viudo recibirá un consejo de una solterona? No lo creo.

—Pero si usted educa a una niña para casarse y ni siquiera está casada, señorita Green. Si seguimos esa lógica, tiene mucho sentido que él la escuche.

—No lo había pensado, Rupert, pero es una manera sutil de llamarme solterona.

—No me malinterprete, señorita Green, solo le daba un ejemplo...

—No intente consolar a nadie, porque lo terminará arrojando al hoyo, Rupert. Iré junto a su excelencia.

—Cuídese...

Ella asintió y siguió su camino hacia la biblioteca. Su corazón comenzaba a latir apresurado. Debía pensar en que solo sería un juego, pero su imaginación era un poco más ruda y sus recuerdos no se quedaban atrás.

—¿Se ha perdido, señorita Green? —inquirió el duque, burlón—. O tal vez tuvo miedo de enfrentar mis habilidades en el ajedrez.

—¿Enfrentar sus habilidades? ¿Habilidades para perder? No son dignas de temer, excelencia, al igual que sus maneras de comunicación, que son muy escasas para decirme en dónde nos encontraríamos.

—Creí que se lo había dicho. Ese ha sido un error mío, señorita Green. Siéntese, estaba jugando solo. Le dejaré el blanco.

—Qué caballeroso... ¿Cómo le fue ayer, excelencia?

—¿Se refiere a si conocí a alguien interesante?

—Es un poco menos sutil que su sirviente...

—Podríamos hablarnos sin tantos rodeos. Somos dos personas preparadas, supongo. Le comento que he conocido a una viuda, lady Longhorn. Tiene un hijo.

Los latidos de Alicia parecían haberse detenido al oír que encontró a una dama ideal.

—¿Y le agrada? —articuló con cierta dificultad moviendo su primera pieza.

—Mmm... Sí, es agradable, alguien con quien podría compartir mi tiempo —confesó—. Ella sabe lo que desea y coincide con lo que espero. Además, creo que a Jane le agradará. Es una persona carismática.

Herbert habla tan bien de lady Longhorn no porque ella fuera maravillosa, sino porque quería convencerse de que esa mujer era la mejor opción y que no debería estar persiguiendo de una forma tan evidente a gente de su personal.

—Es lo que esperamos. Necesitará un ejemplo a largo plazo, alguien que le hable de los salones y la vida en los altos círculos —comentó Alicia, tratando de parecer tranquila.

—Usted dijo que tuvo una institutriz...

—¿Moverá su pieza o me preguntará asuntos de mi vida personal?

Él tuvo que mover uno de sus peones para poder continuar.

—Moví algo, ahora continúe... Soy curioso. Usted sabe que para mí muchas cosas son complicadas, señorita Green. Me agrada mucho su compañía. Es algo complejo que acontece conmigo, y espero que no me sea indiferente. Saber más de usted no hará que me crezcan cuernos y cola, es curiosidad por saber más de la persona que educa con tanta gracia a mi hija y a la que ella adora.

Cerró los ojos y se sonrojó al oír esas palabras del duque. Cuando movió un peón, se dio cuenta de que él servía una copa de vino para ella, mientras aquel tenía una de brandy a su lado.

—No es apropiado que beba con el dueño de la casa.

—¿Se va a emborrachar, señorita Green?

—No...

—No veo nada de malo en que beba solo un poco. No estamos en una conversación que se centre en Jane, por lo que puede distenderse.

Cogió la copa y la colocó a su lado. Su idea no era beberla, solo aceptaría por educación y para no faltar a la cortesía, un duque le estaba sirviendo y eso no se veía todos los días.

—Se lo agradezco.

—¿De dónde viene?

—De Bath. Pertenezco o al menos pertenecía a una familia pudiente. Tuve una gran institutriz que me hizo amar la enseñanza como una opción.

—¿Una opción ante qué?

—Ante la miseria. Mi familia quedó en la ruina. Mis posibilidades de tener un buen esposo desaparecieron y preferí esto antes que seguir siendo una carga para ellos... —Ella mentía, ya que no quería contar la verdad, porque era algo que quizá ese hombre no aprobaría.

—Pensé en varias teorías respecto a usted y una de ellas era justamente esta. Una joven que no alcanzó a casarse por falta de recursos.

—¿Y cuáles fueron sus otras opciones?

—Seré sincero... Creí que pudo haber tenido un desliz con un caballero.

Alicia rio al oír eso.

—No, no he tenido esa clase de cosas.

El duque la vio sonreír y continuó el juego en el tablero.

—Por eso es mejor preguntar. Somos adultos, maduros, de buena edad. Usted ha pasado por sus peripecias y yo por las mías.

—Las tuyas han sido peores que las mías, excelencia. Gracias a Dios y a lady Baltimore, he podido comenzar aquí. Su hija estará en las mejores manos, se lo prometo.

—Lo sé. Hay otra cosa que me inquieta y es lo que ha dicho Jane sobre que usted es algo así

como una madre.

En ese instante, Alicia necesitaba esa copa de vino para pasar la vergüenza.

—No tengo una explicación razonable para eso. Solo he sido amable.

—Lo sé, pero desde que llegó, ha defendido tanto a Jane, que quisiera saber sus razones, quitándome del medio, por supuesto. Esa parte de mi vida, no me enorgullece.

—He sido criada casi de la misma forma que lady Jane, pero mi institutriz fue como una luz para mí. Mis padres estaban concentrados en sus vidas, en sus vicios y en sus deudas. Cuando llegó el momento de mi presentación, no había dinero y con eso, no hubo mucho que hacer. Desde que milady comenzó a contarme sobre usted, quise que entrara en razón sobre su actitud, sabiendo que podría perder esta maravillosa oportunidad. No siempre se puede educar a la hija de un duque. No pude callar ante lo que creía una injusticia.

Era noble en el corazón. La señorita Green, era más valiosa de lo que pensaba.

—Pues logró su cometido de una manera inesperada. Mi hija escapó para ir tras usted y ahí me di cuenta de que no quería perderla, que mi rechazo hacia ella era absurdo. Jane debió ser mi ancla, pero me encerré en mi egoísmo. Eloísa me hubiera condenado de estar viva, porque ella la amaba desde antes de su nacimiento y yo también; sin embargo, no concebía felicidad sin mi esposa. Ahora sé que ella vivirá por siempre en mi hija. La soledad es mala consejera, señorita Green.

—Es por eso que debe conseguir una esposa...

El hombre olvidó el juego y tomó la mano de Alicia.

—Debo confesar que tengo un problema con usted, señorita Green...

—¿Le he hecho algo malo? —interpeló mirándolo a los ojos.

—Sí, me distrae y no puedo dejar de pensar en usted.

Capítulo 23

Ella retiró su mano y por accidente echó el juego al suelo.

—¡Lo lamento! —exclamó, nerviosa, tratando de alzar lo que había tirado.

Herbert bajó al mismo nivel de ella y volvió a tomar su mano.

—Señorita Green, déjelo. —Él estiró su mano para que Alicia se colocara de pie.

—¿Por qué? ¿Por qué hace esto?

—¿Qué cosa?

—Acercarse a mí. Le quiero dejar claro que no soy una mujer que se arrojará a los brazos de nadie. Estoy comprometida con mi oficio y es lo más importante para mí. Además, me han contado que usted es un mujeriego que ha traído a señoritas de dudosa reputación. No crea que soy como esas damas —aclaró la joven, nerviosa, por el acercamiento con el duque.

—No se me ocurriría pensar eso de usted, señorita Green. Es solo que, he querido confesarle lo que ocurre conmigo. —Herbert colocó una de sus manos en la mejilla de ella.

Ella se sentía desvanecer por ese contacto. Un escalofrío recorrió su espalda, haciendo que esa sensación viajara por todas sus extremidades.

—Le agradezco su sinceridad y... —Alicia respiraba agitada por la cercanía de él.

—¿Siente lo mismo que yo, señorita Green? Le pido una respuesta para saciar mi curiosidad.

—Excelencia, no sé lo que siente usted, pero confieso que también es un problema para mí.

—Eso es suficiente para dar por sentado que nos agradamos de forma indebida.

El duque se acercó a los labios de ella y se apoderó de ellos con presteza y con mucha pasión, tanto que Alicia no pudo hacer nada para evitar que se besaran como si tuvieran hambre el uno del otro. La acercó a su cuerpo para que la institutriz no escapara y le correspondiera como esperaba. Cuando sintió las manos de ella recorriendo su pecho, sospechó que alejarse alguna vez de la señorita Green sería una misión imposible.

Con avidez, ella no solo dejaba que él la devorara, sino también la propia Alicia intentaba sacar una buena tajada de experiencia de una situación que no volvería a repetirse alguna vez. Las pequeñas oportunidades de felicidad debían aprovecharse al máximo. Él era su sueño imposible y se lo dejaría claro. No había nada que hacer y más cuando aquel pensaba cortejar a una mujer para convertirla en su esposa y madre de su hija y de los próximos que tendría. Le tocaría verlo cada día convivir con otra, sabiendo que eso, con los años podría matarla de pena.

—Su excelencia, no vuelva a hacerlo —pidió Alicia, alejándose de él.

El caballero no se rendía, fue tras ella y le tocó ambos brazos.

—Escuche, señorita Green...

—No, escúcheme usted... No seré una persona a la que utilizará para su placer. Puedo jugar a todos los juegos que quiera y acompañarlo a conversar, pero no intente confundirme, ni llevarme a un laberinto sin salida, que convertirá nuestra vida en algo incómodo. Puedo desearlo en silencio por el resto de mi vida, pero no lo tocaría por respeto a lady Jane y a mí misma. No se distraiga conmigo, no le serviré de nada.

—No sé qué hacer, señorita Green —alegó dándole la vuelta para que ella lo mirara—. Sé que es una locura, pero usted rondaba mi mente y necesitaba encontrar un momento para hablar de esto.

—Le diré lo que puede solucionar su problema: despedirme.

—No, no y no. Ni hablemos de esa palabra. No puedo dejarla ir por varios motivos y Jane es el más importante. Sabe que la adora y que me mataría si por algún motivo llegara a prescindir de sus servicios.

—Entonces guarde silencio conmigo. Continúe sus planes de conseguir una esposa. Es lo

mejor que puede hacer.

—Es cierto, señorita Green, porque con usted corro un terrible riesgo y no volveré a caer en eso. Sabía que debía confiar en usted y su buen juicio. Me ha dado una gran lección, pero ya he puesto a prueba mi debilidad y no estoy seguro de los resultados que eso pueda tener.

—No corra riesgos innecesarios. Si estoy aquí es porque sé cómo sobrevivir ante lo malo. Espero que adore a su próxima esposa.

—No, no quiero amar a nadie, no. Ya pasé por eso, señorita Green, y no volveré a cometer ese error. Mi futura esposa será respetada y bien tratada, pero la palabra amor en esta casa está prohibida.

—No tenga miedo de amar otra vez.

—La conveniencia es mucho mejor y evita el dolor. Quiero un heredero y es lo que me enfocaré en conseguir. El respeto y el buen trato son suficientes para mantener una relación cordial.

—No lo crea, los matrimonios por conveniencia también acarrearán dolor y no solo para ellos, sino para los hijos.

—Un matrimonio por amor tampoco dejó exenta de sufrimientos a Jane. No me encariñaré con alguien que puede morir en un parto, no otra vez. He tomado esa decisión, y usted ha podido ver que no me retracto con facilidad.

—Milady lo sabe mejor que yo. Si conmigo corre peligro, evítame, que yo intentaré mantenerlo a salvo de sus momentos de debilidad.

—Soy un duque codiciado, señorita Green, pero no lo suficiente para que usted me codicie.

—Soy una mujer con ambiciones, pero consciente de sus carencias. Lo apoyaré en las decisiones que tome con milady y jugaré a su favor cuando decida presentar a lady Longhorn con ella.

Herbert suspiró. No podía ni siquiera comparar a lady Longhorn con Alicia Green. Las dos

eran mujeres inteligentes, pero la que estaba frente a él era quien lo atraía sin desearlo. Desde el primer momento ella fue una señal de alerta para su vida, pero hizo caso omiso a su instinto. El parecido con su esposa lo llevó a tenerla ahí, mas no era tan parecida. El carácter era distinto, tal vez la vida hizo que la señorita Green fuera menos sentimental, más consciente y poco propensa a correr riesgos innecesarios, solo los que creía que serían para un objetivo concreto. Se arriesgaba cuando sabía que ganaría algo representativo y que le daría satisfacción.

—Le propongo seguir el juego —dijo Alicia que quería fingir que no habían tenido esa conversación—. Espero que no le comente nada a Rupert, es un pez en el agua con el cotilleo.

—Es mi consejero.

—Puedo ser su consejera, sus secretos morirán conmigo y no estarán en el mercado de Londres, siendo víctimas de las apuestas de nadie.

—Tal vez la considere como mi consejera en algún momento, señorita Green. Confío en que es sensata todo el tiempo, quizá hasta el punto de ser un poco fría.

—Mi corazón no es tan frío como el suyo.

Alicia fue a coger el juego y lo colocó en el mismo lugar y con las piezas en el sitio exacto en el que estuvieron antes de que ella los tirara.

—¿Está segura de que no piensa casarse alguna vez, señorita Green?

—Ha sabido algo de mí, puede usted responder esa pregunta.

—No me atrevo a pensar por usted.

—Fui alguien adiestrada para mirar arriba, pero no desde abajo, porque no estoy a la altura de la situación. Mi ambición no me permite ser infeliz junto a un hombre que no me dará lo que espero que es comodidad y amor. Fui una dama, pero prefiero ser institutriz que casarme con alguien que no cubrirá las expectativas que construí durante largos años.

Él fue a sentarse en su mismo lugar. Tomó la copa de brandy y bebió el contenido para después servirse un poco más. Cogió la copa de la señorita Green y también le puso más líquido.

—Beba —pidió el duque, aunque con un tono como si en verdad fuera una orden y no un pedido.

—Le recomiendo no beber mucho, excelencia.

—¿Por qué? ¿Por qué hago tonterías? La besé estando sobrio, no se asuste, aunque podría besarla otra vez si me dejara...

—Es por su salud.

—En este momento mi salud depende de usted y de que sigamos el juego.

Los dos movieron las piezas que les correspondían para continuar. La señorita Green le había vuelto a ganar al duque de Durmont que había bebido varias copas de brandy en ese ínterin, mientras que Alicia lo engañaba fingiendo que daba sorbos a la suya.

—La detesto —masculló Herbert sirviéndose otra copa.

—Usted dejará de beber y se irá a descansar, es tarde.

—¿Ya le dije que la detesto? ¿Sabe quién soy?

—Sí, es el que me paga el sueldo. Me iré a dormir...

—No se vaya sin mí, puede dormir en mi cama...

—Está ebrio y no sabe lo que dice. Le pediré a Rupert que lo lleve a su habitación.

—¿Piensa que porque me ganó varias partidas no puedo subir unas escaleras?

—No dije que lo pensara, se lo aseguro.

—Mujer de poca fe. Míreme, estoy en todo mi esplendor... —Él quiso girar sobre su eje, pero terminó cayendo sobre el tablero, tirando lo que había alrededor.

—¡Excelencia! —Ella lo cogió del brazo para alzarlo. Era un hombre alto y para nada liviano.

—Aquí no ha pasado nada. —Herbert sacudió sus brazos para que ella lo soltara, después se arregló la ropa—. No me toque con sus garras, señorita Green, no estoy ebrio.

—Por supuesto. Iré a traer más brandy. Siéntese...

—Qué amable...

Ella ladeó la cabeza y sonrió antes de salir de ahí. Esa era su oportunidad perfecta para escapar de él y de uno de sus momentos más vergonzosos.

Al salir de la biblioteca, fue a buscar a Rupert para que se encargara de él. No tenía razones para soportar las majaderías de aquel, ya que se había puesto prepotente.

—Rupert, vaya a por el duque. Está ebrio.

—Me alegro de que no le vomitara en los zapatos.

—En este momento se siente especial, así que... Si le pregunta por mí, dígame que bostecé como un caimán y me fui a dormir.

—Sí, señorita Green. Buenas noches.

—Buenas noches, Rupert.

La señorita Green fue a su habitación y se arrojó en la cama como peso muerto para pensar en lo que había pasado esa noche. ¿Qué se habían confesado el duque y ella? ¿Una atracción o sentimientos mutuos? De nuevo aquel beso que se habían dado copaba sus cabezas con sensaciones, pero sabía que debía mantenerse lejos de él por su bien o terminaría cayendo en las redes de aquel y sería una amante en casa de tiempo completo. No pensaba renunciar ni al empleo ni al hombre de sus sueños. Que fuera de sus sueños no significaba que podría convertirse en una realidad. Podía ser capaz de sobrevivir con sus sentimientos guardados, ya que vivió con carencias desde su infancia, por eso al duque ella le parecía una persona fría, mas con los años, había aprendido a controlar en su mente lo que no podía fuera de ella. No tenía

control sobre las acciones de los demás, pero sí sobre las propias. En eso era una persona racional y correcta.

En la biblioteca, Rupert llegó y encontró al duque con la cabeza tirada hacia atrás y con los ojos mirando hacia el techo.

—¿Se le ofrece algo, excelencia?

—¿Dónde está la señorita Green?

—Ha dado un bostezo de caimán y se ha ido a su habitación, excelencia.

—¡Quiero aquí a la señorita Mentirosa Green!

—Se parece a su hija. Está ebrio y no es una buena compañía para una mujer y lo sabe. ¿No recuerda la última vez que ella fue a la habitación con usted?

—¡Pues para eso quiero que me lleve! ¡Necesito a mi señorita Green!

—No es su señorita Green, su excelencia... —Rupert rodó los ojos por los caprichos del duque.

—Pues me gustaría que lo fuera...

—Como ebrio dudo que pueda seducir a alguien tan seria como la señorita Green. Debería ser intelectual y caballeroso.

—Lo soy, ¿qué te ha dicho? Estoy seguro de que me ha difamado.

—Lo que noto es que no podría difamarlo ni en un millón de años. Venga, recuéstese en mí. Usted no es capaz de dar un paso sin caer.

—Odio a la señorita Green, la detesto.

—¿Y por qué?

—Por rechazarme. ¿Cómo se atreve? Debería obligarla a adorarme...

—Definitivamente, ha bebido demasiado y dice incoherencias.

Capítulo 24

A Rupert le fue difícil llevar al duque hasta su habitación, ya que no cooperaba, solo echaba maldiciones contra la señorita Green. Era evidente que ella lo había rechazado de alguna manera o le dijo algo que a él no le agradó del todo. Aquel caballero era una persona de excelentes modales durante la mayor parte del tiempo, pero desde que murió su esposa la bebida lo tomaba con más frecuencia que cuando salía a *White's* con sus amigos. Suponía que se alcoholizaba para dormir, ya que eso era algo que le costaba demasiado hacer.

Cuando lo dejó en la cama, no quiso que lo desvistiera, solo se acostó y después de unos minutos se durmió.

La curiosidad del sirviente por saber lo que tenía al duque con tanto enfado, era terrible, aunque no sabía a quién preguntarle, pues la institutriz era discreta, solo diría lo que le convenía; no obstante, su patrón era el único que podía decirle la verdad, ¿cómo lograría saberlo?

Por la mañana, Rupert vio que la institutriz iba con su pequeño libro en la mano. ¿Qué tenía ahí que cada día lo tenía consigo? Después la observó conversando con Diana en la cocina, pero no le había dicho nada de lo que había conversado con el duque, solo hablaron de las actividades de lady Jane y que debían despertarla para que les alcanzara el día. También, solicitó el desayuno en el jardín, ya que el sol había decidido alegrarlos con su presencia.

Como ayuda de cámara del duque, no consideraba prudente despertarlo después de una mala noche, mas se enfadaría al no poder asistir para ver a la señorita Green en compañía de la niña en el jardín.

Entró a la habitación y el duque estaba dormido. Consideró salir otra vez, pero lo oyó gruñir.

—Sé que estás ahí, Rupert... Puedo olerte —pronunció Herbert, somnoliento.

—Buen día, excelencia. Pensé que me oiría...

—Arruinaste el aroma de mi habitación, aquí se huele el aroma a lavanda de la señorita

Green... Lo tengo impregnado en mi ropa. —Colocó su nariz en su frac e inhaló con fuerza.

—Lamento decirle que este lugar huele a alcohol y no a un delicado perfume de mujer...

—Calla, no mates mis esperanzas.

—¿Desayunará con su hija y la señorita Green en el jardín?

—¿Es hora del desayuno? —Él saltó de su cama y corrió hacia la ventana para ver si podía observar algo. Desde ese lugar apenas podía distinguir el color más adorable de ese jardín: el gris del vestido de Alicia.

—Sí. Milady y su institutriz están en el jardín, quizá esperándolo.

—Entonces no las hagamos esperar...

En esa ocasión el duque dejó que lo cambiaran de ropa y lo perfumaran, al igual que se higienizó el rostro con jabón y sus dientes con canela. No quería que percibieran muchos aromas poco agradables en él.

Se apresuró para no hacer esperar mucho a esas mujeres. A ellas las encontró jugando a dar vueltas en el jardín, las dos estaban tomadas de la mano girando en círculos, parecían dos pequeñas mariposas danzando sobre los pétalos de las flores. Eso lo hizo sonreír de felicidad. Su enfado con Alicia Green se había desvanecido. Pese a que, en realidad, no tenía razones para enfadarse con ella solo porque la mujer le había dicho no de las maneras más amables posibles, ya que, si un defecto tenía, era su prepotencia. Quería conseguir lo que deseaba y la institutriz de su hija era una criatura comprometida difícil de corromper. Tenía tantas buenas razones para no hacerle caso, que hasta lo convencía de que no era adecuado, pero ¿por qué no podría serlo? Olvidaba esa respuesta: porque Alicia Green era especial y capaz de poner a su corazón a hacer tonterías como enamorarse. Así había empezado tiempo atrás. Debía resistir a la tentación de poseerla de todas las formas posibles y dedicar sus energías a casarse con lady Longhorn para conseguir su heredero.

—Buen día... —saludó el duque.

—¡Padre!

Jane se separó de la señorita Green y fue corriendo hacia el duque. Alicia se sonrojó al instante de verlo. Le avergonzaba lo que había pasado por la noche.

—Jane, ¿cómo amaneciste?

—Muy bien, padre, y más porque no ha despedido a la señorita Green.

—Te dije que no lo haría. ¿Por qué eres tan desconfiada?

La niña ladeó la cabeza sin saber cómo responder a lo que decía su padre.

—Buen día, señorita Green...

—Buen día, su excelencia... —Ella hizo una reverencia y se acercó a la mesa—. ¿Cómo amaneció?

—Perfectamente, ¿o no me ve?

—Lo veo elegante esta mañana. ¿Saldrá a pasear?

Al escuchar esa pregunta por parte de la señorita Green, la malicia se apoderaba de Herbert, quería que ella sufriera un poco su rechazo, puesto que sabía que sentían lo mismo el uno por el otro.

—Es probable que vaya de visita a la residencia de lady Longhorn...

Al oír la respuesta, Alicia sintió que algo dentro de ella se removía por la incomodidad. Ella solo debía soportar saber que el hombre que le pagaba el sueldo se tendría que casar con alguien, y qué mejor candidata que una persona igual a él: una viuda con un hijo. Eran perfectos el uno para el otro. Parecía que sus parejas se habían muerto para que ambos se juntaran y fueran felices por siempre. Alicia se reprendió por pensar de forma sentimental. El duque era un hombre libre y ella una criada con privilegios.

—¿Quién es esa señora? —increpó la niña que frunció el ceño.

—Una preciosa dama que conoció su padre, milady.

—No quiero que vaya, no quiero a ninguna mujer aquí.

—¿Tú no querías una madre?

—No, ya no la quiero. —Jane se enfurruñó y golpeó su vestido con las palmas de manera caprichosa.

—¿Por qué ese cambio tan drástico? —curioseó el duque que no se esperaba algo así.

—Porque la señorita Green dijo que usted necesitaba una esposa para un heredero.

Los ojos del duque se dirigieron hacia Alicia, que no podía creer que Jane solo dijera las cosas que le convenían, dejándola en mala posición a ella.

—La castigaré si no dice la verdad, milady. Le dije que una madre podía ser algo bueno para usted y que era importante que tuviera un hermano. Tergiversar las cosas no es la mejor forma de ser sincera con su padre —la reprendió Alicia, molesta. No quería que el duque pensara que ella estaba envenenando a la niña por un objetivo egoísta.

—¿La señorita Green dice la verdad?

—No quiero un hermano. No lo necesito.

—Eso es algo que tú no puedes decidir. Si en verdad deseo ser un buen padre, lo que debo hacer es darte un hermano que se encargue de ti en caso de que a mí me llegara a pasar algo lamentable.

—No quiero compartirlo. No, no y no.

—No me compartirás, todo lo que soy es tuyo.

—No. No puede querer a nadie más...

—Oye, esto es una obligación y mi demostración de cariño por ti, Jane. Protegerte es lo más

importante para mí. No deberías...

—¡No! —la niña se sentó en la mesa para desayunar. Con eso quería hacerle saber a su padre que no seguiría discutiendo. Ella debía ganar esa puja.

Herbert y Alicia se miraron con desconcierto. Las cosas se complicaban con Jane y ellos dos no sabían a quién echar la culpa.

—Siéntese, señorita Green, acompañaremos a Jane.

Ella obedeció y se sentó junto a la niña.

—¿No les interesaría dar un paseo en mi compañía? —preguntó Herbert cambiando de planes.

—No, no quiero salir si encontraremos a esa señora...

—Esa señora es lady Longhorn. Tiene un hijo que podría agradarte.

—Me agradan más los animales que las personas, y más aún que niños. No quiero jugar con ellos.

—Señorita Green, usted debe salvarme. Esta niña me matará de un disgusto.

—Haré lo posible para que eso no ocurra, excelencia.

—Al menos tengo a alguien de mi lado —se quejó el duque.

—Usted debe apoyarme, señorita Green. Él es malo, por eso quiere una esposa que me desplace —reprochó.

—Milady, esto no se trata de ponerse del lado de nadie, sino de lo que es conveniente...

La institutriz tenía a dos personas con los rostros molestos desayunando con ella. El duque y su hija estaban enfadados y Alicia era como el pedazo de pan que los dos querían, pero que ninguno se atrevía a coger. Comenzaba a preocuparle el futuro de ellos, pues eran tan parecidos

en sus acciones y decisiones que era conveniente que nadie se uniera a esa familia de locos. En ese instante, deseaba regresar a casa de lady Archibald y atenderla, lidiar con la demencia y la senilidad de una mujer era mejor que estar con aquellas personas.

—Con permiso —se despidió la niña que miró con enfado a su padre.

—Señorita Green... —dijo el duque, que bajó su taza de té sobre la mesa.

—Lo sé, trataré de ayudarle. No quería contarle lo que ella pensaba del asunto de una madre. Milady siente muchos celos al pensar que lo compartirá con otro niño, y esto es por su culpa, la ha dejado abandonada tantos años, que ella teme que venga otra persona y se robe su afecto que ha conseguido hace poco. Es comprensible su gesto egoísta y miserable. Es una niña, no mide sus palabras, pero sí sus molestias.

—Lo que me faltaba, que me echara la culpa. Usted no ha sabido educarla correctamente para entender esto.

—No pelearé con usted porque tengo razón en lo que digo. Lo que debe hacer es seguir con sus planes y solo avisarle que se casará. Zapateará, llorará, pero es por su bien. No podemos tomar un capricho como lo más importante, cuando su futuro podría estar en riesgo. Debe resguardarla.

—¿No le dolerá que traiga aquí a lady Longhorn?

—¿Por qué me dolería o me molestaría? Usted es el dueño de esta casa...

—Se decía que los hombres no tenían memoria, pero es porque no han conocido a Alicia Green.

—Trato de no hablar de eso. Debería hacerlo usted también.

—¿Cómo hacerlo si su perfume se ha impregnado en mis fosas nasales?

—No siga por ese camino que me llevará a quedar fuera de la casa en poco tiempo. No debería ser coqueto y majadero con la servidumbre.

—No soy coqueto ni majadero, soy sincero, pero sé que usted es inconveniente. Es pobre, parte de mi personal de servicio e insurrecta.

—¿Insurrecta? De todo lo que ha dicho, esto me ha ofendido. Si no le agrado lo suficiente, lo reto a despedirme.

—No lo haré, porque eso sería cometer una locura y un suicidio. La necesito aquí, viéndola sufrir un poco...

—Qué despreciable, excelencia. No vuelva a acercarse a mí, si no tiene algo importante que decirme.

—Es inconveniente, señorita Green. Además, usted no me aceptaría, cree en esas boberías del amor...

La joven se levantó de su asiento y fue tras la niña. El duque la había ofendido diciéndole todas esas cosas. ¿Por qué era tan cruel con ella? Sus ofensas le dolían mucho, pues sus sentimientos estaban involucrados con él a viva voz y lo sabía.

Herbert tragó saliva después de ver que la señorita Green se retiraba con el rostro molesto. Ese día se había ganado el rechazo de su hija y de ella, pero no quería caer en el error de seguir alimentando algo por Alicia, porque sabía que iba directo a la desgracia y a desear vivir enamorado. Debía apresurar su relación con lady Longhorn. Así no estaría en constante tentación con la institutriz, aquella discípula de seducción podría destruir sus defensas. Jane rompió un par de ellas, mas esa mujer estaba rompiendo el resto, aquellas que protegían sus miedos. Su miedo a volver al camino del amor y la pasión. Ella despertaba cualquier instinto en él, incluso el de supervivencia que consistía en atacarla para salvarse.

Sabía que las posibilidades de que le ocurriera lo mismo que a Eloísa eran pocas, pero no nulas, entonces, ¿para qué arriesgarse? En el riesgo existía la ganancia; sin embargo, no se atrevía a tomar la decisión de volver a creer en el amor.

Capítulo 25

Después de aquel encuentro, pasaron un par de días, y la relación entre el duque y la institutriz era muy tensa, tanto, que era casi imposible que cruzaran palabras sin matarse siendo sarcásticos.

Terminada la cena, Alicia llevó a la niña a su habitación y esperó que esta se durmiera, pero Jane no quería hacerlo.

—¿Usted está enfadada con mi padre? —curioseó intentando escapar de Alicia, pero esta la cogió para acostarla en la cama por cuarta vez.

—¿Por qué estaría enfadada con su padre? Me ha pagado el sueldo y ha sido generoso.

—Es porque no se hablan como antes...

—No le hablo así porque considero que se ha portado bien con usted y no hace falta que le reproche nada si la tiene contenta.

—Pero ya no es divertido estar los tres juntos, señorita Green. Deberé prescindir de usted en las horas de las comidas.

—¿Lo dice en serio?

—Usted entiende que mi padre es importante para mí...

—Por supuesto...

—Pero eso no significa que no la quiera a usted. No quiero que estén mal, porque los aprecio a los dos.

—No tiene que explicarme nada. La entiendo a la perfección. Ahora cierre los ojos y le cantaré algo...

—¿Cuándo me enseñará a cantar?

—Pronto. Deje de hacer preguntas y concéntrese en descansar.

Ella le cantaba una canción de cuna para que pudiera dormir hasta lograrlo. Salió de la habitación sin hacer ruido hasta llegar al pasillo oscuro y suspiró.

—Pensé que nunca se liberaría... —La voz del duque la sobresaltó y llegó a gritar un poco hasta que se tapó la boca.

—¿Qué gana con intentar matarme de un susto, excelencia? —reprochó asustada, pasando al lado de él.

—Solo estaba esperándola. ¿Está cansada?

—Para usted sí.

—No puede responderme de esa manera, ¿olvida que le pago el sueldo?

—No, no lo he olvidado, pero estoy cansada para que se ponga majadero. Puede despedirme si le apetece —respondió con molestia.

—¿Me dirá por qué está enfadada conmigo?

—No tengo razones para estarlo. Son impresiones tuyas, excelencia. Ahora, deje que vaya a dormir.

—¿Le molesté diciendo que traería a lady Longhorn aquí mañana o porque salgo mucho a los acontecimientos en compañía de esa dama celestial?

—¿Celestial? ¡Ja! Considero que está de más que yo sepa esos moteles que le pone a sus damas...

—¿Qué insinúa?

—Puede despedirme...

—¿No me lo dirá? Sabe que despedirla me dolería más a mí de lo que podría dolerle a usted. ¿Seguirá ignorándome?

—Por favor, excelencia...

—Quiero hablar de nosotros...

—No existe ningún nosotros. ¿Ahora sí me puedo retirar a mis aposentos? —Ella, en realidad, no quería hablar de ellos porque era sufrir en vano. Intentó pasar a su lado, pero él la acorraló contra la pared—. Excelencia, está haciendo algo completamente inapropiado. No puede estar en estas condiciones cerca de mí, no es correcto...

Alicia temblaba como una hoja al viento al saber que cada vez que estaba cerca de ese hombre, le pasaban cosas que le agradaban. Debía resistir lo más que podía para no caer en sus garras.

—¿Se da cuenta de que me está matando con su forma de ser, señorita Green?

—¿Ha estado bebiendo?

—Lo único que me ha dado de beber es la hiel de sus labios. ¿Por qué es así conmigo?

—¿De qué está hablando? Dice incoherencias.

—Me ignora, me tortura, ¿eso le parece algo incoherente?

—Mantengo distancia con usted. No quiero que vuelva a tratarme mal porque se siente disconforme con sus elecciones. Considero que, es mejor que vaya cada uno por su lado. Usted es el padre de lady Jane y yo solo una institutriz. No pretenda nada de mí y más aún si no tiene nada que ofrecerme. No me haga daño con sus acercamientos egoístas que solo piensan en su placer. Vivo de esto, no se atreva a echar a perder mi vida porque no se lo permitiré. Una vez pude dejar mi destino atrás y puedo volver a hacerlo. Determinación no me falta.

—No quiero hacerle daño, pero no puedo estar lejos de usted. Me ha hipnotizado con su mirada y me ha embrujado con su voz. Es difícil mantenerme lejos y también alejarla. He hecho

lo posible, pero no puedo alejarme. A usted parece no importarle, cuando una vez me dijo que sentía lo mismo que yo. ¿Por qué tanta tortura?

—Porque no es posible. No puedo ser la amante de un duque, ni de ningún hombre. Mi educación y mi decencia jamás lo permitirán. No me conformo con menos que ser lo más importante para un caballero: una esposa.

—Puedo convertirla en mi mujer, pero sería el equivalente a matarla, porque le pediría un hijo y no puedo dejar que muera.

—Entonces me tendrá lejos, pero viva. No insista con sus indecencias.

—Prefiero solo verla a que se case conmigo, no puedo perderla...

—Confórmese conmigo siendo su criada, pero sepa que jamás compartirá mi cama.

—Señorita Green, para mí no hace falta compartir la cama con usted, solo quiero tenerla cerca. Venga conmigo al salón y consuélame por su rechazo y su malicia. Solo permanezca conmigo, regañándome, felicitándome o amándome, pero permanezca a mi lado. —Él cogió el rostro de Alicia y le dio un tierno beso en los labios antes de retirarse.

Alicia quería desvanecerse de tristeza por el pedido del duque. Cada día se hacía más difícil sobrevivir cerca de él, peleando para no ser su querida. Si no lo tenía completo, era mejor que ni siquiera pensara en aquel, pero no podía. Su corazón pensaba solo cuando Herbert se acercaba a ella. No hablaban de sentimientos, mas esos se comunicaban de cualquier manera sin que se dieran cuenta. Él era quien en la mayoría de las veces caía en la locura de acercarse, sabiendo que sería rechazado. Jugar a las cartas o el ajedrez era la trampa más terrible que le ponían a ella. ¿Por qué esa noche no le propuso eso? ¿Qué planes tenía para intentar acercarse?

Ella fue al salón y lo vio sentado frente al pianoforte.

—Pensé que no vendría —pronunció el duque—, quiero que me escuche tocar y después usted lo hará para mí.

La institutriz se acercó y sonrió.

—¿Usted sabe ejecutar el pianoforte?

—Sí, aprendí de niño, pero Eloísa me ha enseñado mucho más en los meses que vivió conmigo. No soy un experto, pero como no quiero dormir y que tampoco que usted lo haga, pretendo torturarla.

—Su sinceridad es capaz de dejar perplejo a cualquiera. Me sentaré a su lado si me mantendrá despierta...

Herbert se hizo a un lado y Alicia se sentó junto a él.

El duque fue el primero en iniciar con las notas y Alicia continuaba con la melodía que él hacía, como si fueran uno solo.

—No lo hace tan mal, pero no sostiene las teclas correctamente, le falta mayor disciplina —alegó la joven, burlona.

—No me falta nada para tener un buen concierto si he podido conseguir que usted lo hiciera... —Él dejó de ejecutar el pianoforte para dejarlo en manos de ella.

—Qué tramposo, excelencia.

—Una pieza completa para que me consuele por sus malos tratos...

—Creí que estaba sufriendo porque le ignoraba, no sabía que sería un hombre tan malicioso.

—Me hace sufrir, es cierto, pero estos son los pequeños momentos que disfruto a su lado. ¿No quiere que la bese, señorita Green? No quisiera que olvidara lo que se siente ser besada.

—No quiero seguir pecando de tonta. Usted es un caballero que no pretende nada bueno. No quiero que me dé sus besos. Solo quiero un trato respetuoso sin hablar de cosas que no podemos hacer ni desear. Si me persigue, hace más difícil poder seguir adelante. Se casará con lady Longhorn y serán felices. No puede pretender que lo bese, sabiendo que usted está cortejando a otra dama, es sucio. No puedo hacerlo —confesó Alicia.

—Usted sabe que lo hago por obligación, pero mi mente está con usted en cada minuto de

mi respiración, me tiene en sus manos y puede hacerme mucho daño si lo desea.

—¿Qué ganaría con eso? No sea ridículo.

Ella seguía con la pieza. Él no entendía que se hacían daño y no sabía cómo hacerlo entrar en razón.

—Si llegara a ser cruel y despiadada podría desear mi ruina.

—Jamás, lady Jane no merece que usted caiga en desgracia. Si usted sufre, ella también lo hará.

Él se acomodó junto a la señorita Green y comenzó a besarle en el cuello, haciendo que ella perdiera la concentración de la pieza y comenzara a entorpecer el sonido que debería ser armónico y delicado.

—Excelencia, ¿no lo entiende? No caeré en sus manos. Por favor, cátese con esa mujer y libere sus demonios con ella. No necesito que quiera arruinarme, solo soy una simple institutriz.

—No es una simple institutriz, usted y yo lo sabemos, por supuesto que sí. Es la ladrona de mis pensamientos, la que hizo que dejara de lado a Eloísa y su recuerdo. No es una simple institutriz porque tiene el corazón de un duque. No puedo dejarlo en manos de una persona mejor que usted que lo cuidará, pero no me pida que no intente conocer un poco de su gracia, señorita Green.

Recorría el cuello de Alicia y la besaba como si fuera a comerse cada centímetro de ella.

Alicia tuvo que dejar el pianoforte e intentar no desmayarse con esos besos tan excitantes de ese hombre. Él hacía todo lo posible por llevarla por el camino de la perdición. Su enamoramiento por el duque no podía traicionarla de esa manera, pero no era fácil resistir todo el armamento pesado que aquel hombre sacaba para conquistarla.

Cedió y dejó que él se apoderara de su boca. Era imposible continuar resistiendo a algo que ella deseaba con todas sus fuerzas y con demencia. Lo incorrecto era tan satisfactorio que contradecía las enseñanzas de su institutriz. ¿Cómo le enseñaría estas afirmaciones contradictorias a lady Jane? No podría enseñarle algo distinto.

—No siga, excelencia, no me haga confesar esto que me aqueja y que no me dejará vivir tranquila, viéndolo casado con otra dama, besándola y entregándose a ella. Qué horrible y catastrófico destino me espera siendo parte de su servidumbre, sirviendo a la mujer que lo tendrá cada noche.

—A mí me aqueja no poder tenerla, pero me conformo con tan poco como saberla mía de pensamientos, al igual que yo seré suyo de la misma manera. Saberla viva y cerca de mí, me hace feliz.

—Pero a mí me hace daño. No sobreviviré catorce años en agonía, no lo haré. Tarde o temprano abandonaré este lugar por no poder soportarlo.

—¿Por qué sufrir por lo que todavía ha ocurrido?

El duque dejó de hablar y prefirió devorar la boca de la mujer que le fascinaba. Los dos sufrían por el futuro y se resistían a ese presente injusto que él había propuesto por no desear otra muerte, al menos no la de su querida señorita Green. Con ella su mundo era felicidad, tranquilidad y complacencia. No le interesaba continuar lejos de ella. Sabía lo duro que sería casarse con otra mujer pensando en ella, pero era por un bien mayor. Necesitaba a Alicia para educar a Jane y para enseñarle a vivir a él.

Alicia solo se dejaba llevar por sus terribles pensamientos de algún día poseer a ese hombre. Lo que ella necesitaba era escapar de ahí o enloquecería. Mañana no quería estar presente para ver a lady Longhorn. Debía ser una mujer preciosa y adorable, pero no quería saber nada de eso, pues aquella se quedaría con Herbert. Necesitaba un consejo sabio y quizá no hubiera donde encontrarlo.

—No debe volver a besarme, excelencia... —Ella tomó las manos del duque y las apretó contra su rostro y después las besó—. No lo vuelva a hacer. Es doloroso.

—Lo sé, pero es la única manera de conseguir más tiempo para vivir. El aire que usted respira me da la emoción que necesito para luchar por Jane... Sin usted, siento que me rendiría ante la fatalidad como antes, pero llegó a mi vida para ser la luz que ilumina nuestro camino, no solo el mío, mi adorada señorita Green.

Capítulo 26

No quería continuar sufriendo por el duque, pero en cierta forma lo había escogido. Él no la despediría, al menos no hasta que encontrara a una mujer que fuera mucho mejor que ella o más atractiva, aunque se daba cuenta de que Herbert no era un hombre de esa clase, pues ya podría estar compartiendo la cama de cualquier mujer y no estar persiguiendo a alguien que debía educar a su hija y no estar huyendo de él.

Alicia alejó sus manos del rostro de él, pero Herbert las cogió para besarlas.

—Al menos quédese como mi apoyo moral, señorita Green. La necesito en mi vida de cualquier forma en que la pueda tener.

—Si usted y su futura esposa lo permiten, me tendrá aquí hasta que lady Jane consiga un esposo. Haré mi mejor esfuerzo por lograr un excelente matrimonio para ella.

—¿Y qué ocurrirá cuando la desee?

—Irá a rezar muchas veces o pasará a la habitación de la duquesa. Conmigo solo tendrá apoyo moral y un consejo de vez en cuando. ¿Ahora me dejará ir a descansar?

—¿Puedo ir a su habitación?

—No, no puede. ¿Para qué quiere ir a un lugar en donde no conseguirá nada?

—Es usted quien está cansada, yo solo quiero estar escuchando su voz. He oído que le canta a Jane.

—Usted lo ha dicho, a ella.

—Ella es tan afortunada por tenerla siempre a su lado. Comienza a darme envidia ver que usted consiente a mi hija y me tiene en un rincón esperando sus migajas.

—Se está confundiendo, excelencia. Es usted quien deja migajas para su institutriz, pero es

lo que nos espera hasta que usted deje de buscarme. Pasará cuando se interese en alguien más. Yo no podría olvidarlo, porque mi corazón es fiel a sus principios y sé que solamente una vez podré querer.

—Deje de seducirme con su fidelidad, señorita Green... ¿Acaso piensa seguir alimentando mi locura por usted con esas palabras?

—De todas maneras, lo aliento hasta con mi rechazo, pues no ha dejado de perseguirme. Entienda que aquí no hay nada que podamos hacer si no está dispuesto a correr riesgos.

—No estoy dispuesto a sufrir, solo a ser feliz, señorita Green.

—Siga practicando en el pianoforte. Buenas noches, excelencia. Mañana tomaré parte del día libre, mientras usted permanece con lady Longhorn.

—Quiero saber lo que piensa de ella.

—No quiero darle mi opinión, esta podría estar sesgada por los celos.

Ella abandonó el banco y se retiró hacia su habitación para no seguir conversando con el duque. Él no entendía que lo que hacían no los llevaría más que a un sufrimiento perpetuo.

Cerró la puerta con llave, ya que él era peligroso cuando lo deseaba, quería meterse a su habitación para conversar, al menos eso decía aquel, pero lady Archibald le sacó todos los pelos de tonta que tenía. Cuando estaba lúcida era capaz de decir todo lo que ocurría entre las cuatro paredes de una habitación, por eso no podía dejar pasar a Herbert hasta ahí, porque terminaría desgraciándose con un hijo que sería bastardo. Todas esas cosas recorrían por su mente. Por eso intentaba resistir hasta donde sus fuerzas le dieran. Jugaba sobre el filo de la navaja y en cualquier momento terminaría cortada o, mejor dicho, en sus brazos.

Se cambió la ropa y se colocó un camisón; sin embargo, no pudo descansar, ya que oía los desbarajustes del duque. En realidad, no lo hacía tan mal, pero le faltaba práctica.

Volvió a salir de su habitación y esta vez fue hacia la cocina, en donde encendió el fuego para preparar el té de hierbas para que el duque pudiera descansar. De alguna manera debía lograr que él tuviera un mejor sueño.

Colocó las hierbas en la tetera y derramó el agua caliente. Con una tela comenzó a colar las impurezas en dos tazas, ya que ella se tomaría una para dormir.

Fue con las dos tazas en la mano hacia el salón y colocó una de ellas en una mesa, y la otra la llevó hacia el duque.

—Ha deseado probar este té por un buen tiempo. Es momento que se lo proporcione o no nos dejará dormir en esta casa —dijo Alicia, que extendió la taza hacia él.

Herbert sonrió al ver a la señorita Green ahí. Había regresado y lo hizo con menos ropa que antes y con un té.

—¿Puede llevarme el té a la habitación?

—No, excelencia. Soy capaz de leer sus pensamientos y no me atrevería a hacer algo que pueda ir a favor de su tentación. Solo le traje el té, también he traído uno para mí.

Una vez que le entregó el suyo a Herbert, fue a coger el de ella para acompañarlo, tomó asiento y le dio un sorbo.

—Tenga cuidado, no se queme.

—¿Intentará hacerme dormir con esto, señorita Green? Quizá sea una táctica eficiente para deshacerse de mí.

—Entonces tiene dos beneficios... —Sonrió Alicia con aire pícaro—. Debe descansar y dejar que el resto de los mortales que habitamos esta casa también lo hagamos.

—¿La insulto con mis notas?

—Le hacen falta un par de clases para ablandar sus dedos.

—¿Qué le parece si cada noche me da una lección? Puedo aprender tan rápido como Jane.

—Mmm... Me siento tentada a cobrarle más dinero por eso, pero sería abusar de su

generosidad.

—Estuve a poco de reclamarle eso. ¿No es suficiente con mi aliento, mis ojos y mis pensamientos?

—No acepto pagos en especies que no he pedido. Deje de ofrecerse de manera tentadora, no logrará hacer que cambie de opinión.

—Qué dura, qué cruel, pero a la vez convincente. Siempre está buscando la forma de mantenerme a salvo de mí. Soy una amenaza para mi supervivencia, mas no puedo dejar de intentarlo. Años atrás fui un codiciado soltero, un libertino de pantalones ligeros.

—Ahora es un caballero que cree que todavía está en posición de conquistar, cuando no ofrece más que lo necesario para un matrimonio, pero guarda lo más importante y lo verdaderamente valioso para que nadie lo dañe. Las joyas se lucen, excelencia, se ostentan, así también se trata a los sentimientos. A su esposa la llenará de vidrios y guardará las alhajas valiosas en un baúl para que nadie las tenga.

—Cuando me acusa tengo ganas de despedirla, pero es un pequeño vicio. Ofrezco más de lo que otros dan a sus esposas. Lady Longhorn será privilegiada. La responsabilidad de parir un varón será suya y eso la convierte en alguien digna de ser halagada. Le daré joyas de verdad, no baratijas, señorita Green, solo no estoy dispuesto a quererla y he explicado mi motivo. Dirá que es absurdo, pero quien ha pasado los últimos años llorando, no es usted.

—Si llegara a contarle que he llorado tanto desde antes de estos cinco años, no acabaríamos y esto se convertiría en el mar de los lamentos. Me apena decirle que mis ambiciones personales no me dejan pensar que cubrir una necesidad sea lo mejor para una dama, al menos no a mi parecer, ya que soy aficionada a las ideas del amor sin descuidar la conveniencia. Usted ha sido un ejemplo de encontrar el amor en medio de su riqueza. La conveniencia y el amor congeniaron...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ya no soy una dama adinerada, pero mis pensamientos no han cambiado, por más que nadie pueda darme una dote, en mi cabeza no se concibe un matrimonio con alguien tan inferior como un sirviente, por más que yo lo sea. Esa es la razón por la que permaneceré soltera.

Tampoco he pensado considerar ser amante de nadie para escalar. La juventud se acaba, los hombres se casan y a las damas así les espera una muerte en la miseria y soledad, señaladas por la sociedad. Entre todo eso, lo mejor es ser institutriz.

—¿Le duele no alcanzar sus ambiciones?

—De la misma forma en la que usted no desea casarse por amor, pero no quiere hacerlo por capricho. En cambio, lo mío no tiene que ver con un capricho, sino con una imposibilidad. No tendré dinero mañana, ni una familia que me respalde y tampoco la edad de una debutante.

—Lamento no estar en su lista de imposibilidades.

—Con usted solo me permito soñar y eso ya es un pecado, pero si no le hago daño, no veo inconveniente a seguir haciéndolo en silencio.

Alicia volvió a sorber su té y el duque la imitó.

—Esto no tiene buen sabor —musitó el duque con rostro de desagrado.

—Nadie dijo que sería delicioso. Además, importan los resultados y no el sabor. En unos instantes más comenzará a sentir que el sueño lo agobia.

—¿Cómo sé que no me está envenenando por haber sido un mal padre?

—Jamás dejaría a una inocente sin su padre. ¿Lo entiende? Como mucho, tendrá un pequeño dolor de estómago.

—¿Eso debe reconfortarme?

—Estará dormido, no pasará nada.

Él sonrió y siguió bebiendo aquel té amargo, pues era una buena idea dormir si Alicia no estaría a su lado.

Los dos bebieron el té en silencio y comenzaron a bostezar y a cerrar sus ojos con lentitud.

—¿No se rinde, excelencia? Es momento de ir a su habitación o dormirá sobre la tapa del teclado —avisó Alicia, burlona.

—Usted también está a punto de devorarme con sus bostezos, solo le falta roncar y lo hace como un caimán, estoy seguro.

—No se haga ideas que no son, pero si le hace gracia imaginarme como un caimán, lo acepto.

—Usted es muy condescendiente... —Herbert bostezó hasta casi tragar a la señorita Green—. ¿Se atreve a jugar a quién queda dormido más rápido?

—Está bien...

La institutriz se colocó en la posición más incómoda para evitar dormir; no obstante, el duque hizo lo contrario, se acomodó y al poco tiempo se durmió sobre las teclas. Después comenzó a roncar.

—¿Y después dice que soy yo quien ronca como un caimán? Buenas noches, excelencia... —musitó apagando la lámpara. Aquel hombre amanecería con un dolor de cuello que apenas podrá sobrevivir al día.

Dejó a Herbert en el salón, quizá Rupert lo llevara a habitación más tarde, mientras tanto, ella seguiría el camino a su habitación bostezando. Por poco y había perdido el juego, aunque el duque era más débil. Alicia estaba acostumbrada a pasar varias noches despierta gracias a lady Archibald. Jamás terminaría de agradecer el hecho de haberla conocido, pues le enseñó tantas cosas que hicieron que desechara teorías de su institutriz, pero solo porque ella nunca se casaría. No podía decir que jamás sentiría amor, ya que eso que la invadía era su perdición por el duque de Durmont. En sus sueños podría ser su duquesa y vivir esa pasión como lo más real que pudiera existir.

Se recostó en la cama y se rindió ante el sueño y el cansancio.

A la mañana siguiente, la casa estaba sometida a lo que parecía una gran presión para que todo estuviera más brillante de lo que siempre estaba.

—Buen día, Rupert —saludó entrando a la cocina.

—Buen día, señorita Green. ¿No nos contará su pecado nocturno?

—¿De qué pecado estás hablando, Rupert? —indagó Diana, metiéndose en la conversación.

—Le ha servido el té al duque y lo ha dejado dormido en el pianoforte —la reprendió el ayuda de cámara—. Me ha costado mucho llevarlo a su habitación. ¿Qué hierbas mezcla usted, señorita Green? Ha puesto a dormir a alguien que prefiere emborracharse antes que beber un té.

—Debería felicitarle, Rupert. Lo hice dormir y es lo importante. Ciertamente, lo he dejado ahí, ya que no puedo moverlo. Le hice un favor a todos los habitantes de esta casa. Si no fuera por mí, estarían con los ojos rojos por no haber dormido nada. Tengo una pregunta, ¿por qué hay tanto movimiento en la casa?

—¿El duque no le ha dicho que hoy vendrá lady Longhorn a tomar el té? —inquirió Diana, maliciosa.

Para Alicia eso era un pequeño golpe a su ego. El duque se lo había dicho, pero entre la batalla de voluntades, los besos y él, lo había olvidado por completo. ¿Qué haría al ver a esa mujer? Tal vez podría desmayarse. No debía ser cobarde, lo mejor era enfrentar que nunca estaría a la altura de una mujer como lady Longhorn, ella tenía la gracia de no ser querida por Herbert y a sus ojos, eso la convertía en alguien afortunada. Eso era mejor que vivir con el infortunio de tener su corazón en la mano.

Capítulo 27

—Se me ha olvidado por completo. Debo preparar a lady Jane para que se comporte. En ese momento en que vendrá la dama, iré a dar un paseo en solitario —contó Alicia.

—¿A dónde irá? —curioseó Diana.

—A un lugar que no es de dominio público. Ustedes pretenden que todo pase por sus oídos. Puedo ir a visitar a una amiga o a comprarme vestidos.

—Con lo que le paga su excelencia, estoy segura de que podrá comprar muchos vestidos... —alegó Rupert.

—¿Son tan envidiosos?

—No, señorita Green, pero admita que nos aplasta con su salario. ¿Cuánto gana? —indagó Diana.

—Ese es un asunto privado.

—Para la institutriz todo es un asunto privado o que no es de dominio público, que es lo mismo, dicho de otra forma —se quejó Rupert.

—En lugar de hablar de mi salario, ¿por qué no van a despertar cada uno a quienes deben? Necesito darle instrucciones a lady Jane para que sea una excelente niña. No queremos que deje una mala impresión a quien podría ser su madrastra. Estaré en el jardín esperándola. Diana, prepara ropa elegante para milady —pidió la joven antes de ir hacia el jardín.

—Ella está despechada porque el duque quiere casarse con una dama y no con una institutriz —alegó Diana en voz baja.

—Pues lo que oí anoche es poco alentador para la futura señora de esta casa. El duque está enamorado de la señorita Green. Esto será peor que un prostíbulo cuando él se case caprichosamente con esa mujer.

—¿Y la señorita Green lo quiere?

—Remitiéndome a lo que oí, lo adora, pero es otra tonta. Podría sacarle dinero al duque, pero su moral no se lo permitiría.

—Si un aristócrata me llegara a decir que me ama, yo sin conocerlo le correspondería. Pienso en todas las joyas y el dinero que podría tener.

—Despierta de ese sueño, Diana, y ve a hacer lo que te pidió la señorita Green.

—A ustedes dos el chisme no los llevará a buen puerto. Al duque no le gustan los chismosos —alegó la cocinera que hizo que ese par de cotillas se dispersara.

Alicia dejaría bien adiestrada a la niña para que fuera amable, servil y amorosa. Todo eso sería por su bien.

—Venga, lady Jane... —La niñera la llevaba a estirones hacia el jardín en donde estaba la señorita Green.

—¿Qué está ocurriendo? —cuestionó la señorita Green al ver que la pequeña se sujetaba de la abertura para no ir al jardín.

—¡No quiero, no quiero! —gritaba. Sus gritos retumbaban en la casa.

—¿No nos dará los buenos días, milady?

—¡No quiero!

—Deja que yo me encargue, Diana. Debemos saber qué le ocurre a esta niña tan hermosa. Te has esmerado en arreglarla y ella simplemente prefiere ser fea con esa cara de mono enfadado.

—¡No soy un mono enfadado!

—Pero lo parece. Venga, milady, usted y yo conversaremos sobre esa actitud que tiene.

La institutriz la cogió en brazos y arregló el vestido.

—¿Qué pasa con usted? ¿Por qué se ha despertado con poca predisposición?

—No quiero que venga nadie a la casa.

—¿Se refiere a lady Longhorn? —preguntó Alicia y la niña asintió—. Escuche, milady, eso depende de su padre y él quiere darle una madre.

—No es cierto. Él quiere reemplazarme por un niño y no quiero que eso pase. Ahora que lo tengo, no quiero que se vaya con esa señora.

—No es así, por favor, milady. Espero que se comporte frente a lady Longhorn. Puede que a usted le agrade. Su padre ha dicho que es una mujer amable y agradable. Si solo le diera una oportunidad...

—¡No quiero!

La señorita Green miró hacia el cielo para tener paciencia.

—¿Cuál es su solución? ¿Que ella no venga? ¿Con eso piensa que no la volverá a ver?

—Prefiero que usted sea mi madre. Sé que me quiere mucho y sería incapaz de reemplazarme por un niño.

—No diga esas cosas otra vez. No me casaré con su padre por muchas razones y ya he hablado con usted de todas ellas. No hay más que repasar. Le sugiero que acepte conocer a lady Longhorn, pues tarde o temprano, con su aprobación o sin ella, su padre se casará y ella vendrá a vivir aquí. Es mejor que la acepte en buenos términos. Ser la semilla de la discordia no es algo bueno, milady.

—¿Qué es la discordia?

—Le diré con palabras más sencillas... No debe ser problemática, porque de esa manera sí es probable que su padre se enfade y se aleje. Hoy será una buena niña. Yo saldré a la hora del té

y usted se quedará con su padre y la dama. Quiero que la impresione con sus dotes de niña inteligente y educada. Sea encantadora.

—¿No estará aquí? No quiero estar sin usted.

—Saldré a comprar un par de cosas que me hacen falta.

—Lléveme y no me deje aquí...

—Milady, me rompe el corazón cuando me habla de esa manera. Me ataca en la debilidad que siento por usted, pero me temo que no cuento con la autorización de su padre. Además, no es el día indicado. Usted tiene una visita importante y yo a veces necesito hablar con mi conciencia y aquí no puedo hacerlo porque escucho una dulce voz que dice: ¡Señorita Green, estoy aburrida!

Jane rio a carcajadas por lo que decía Alicia de manera graciosa. La imitaba muy bien.

Al verla sonriente, Alicia supo que se había ganado el favor de la niña, lo único que le faltaba era asegurarse de que no le haría daño a lady Longhorn, aquella mujer no tenía la culpa de los planes del duque ni del poco aprecio que Jane tenía por ella al pensarla. Por el bien de ese hombre y de su hija, esperaba que lady Longhorn fuera una excelente persona.

—Podría decirle buenos días, señorita Green, pero no lo merece —dijo Herbert como saludo.

La sonrisa pícara de Alicia hizo su aparición.

—No sé a qué se refiere, excelencia.

—Conversaremos de eso después, ahora saludaré a Jane...

Él abrió los brazos para que su hija fuera a saludarlo, pero ella no se acercó.

—¿Jane?

—Salude a su padre, milady —ordenó la institutriz, pero ella la ignoró—. Su excelencia, lady Jane está molesta por la visita que tendrá hoy.

—Jane, no puedes enfadarte por esto. Es algo bueno para todos. Tendrás una figura materna a la cual admirar...

La pequeña negó con la cabeza y no dejaba de fruncir el ceño.

Herbert observó a la señorita Green pidiéndole que hiciera algo y ella le devolvió la mirada como si se disculpara. Sabía que debía insistir y si fuera necesario no saldría de la casa y se quedaría como apoyo moral.

—Es mejor que desayunemos. Le daré instrucciones precisas a lady Jane, excelencia...

—Me han dicho que usted saldrá por la tarde. ¿Por dónde estará?

—Sus informantes no han podido darle todos los detalles, excelencia, y me los reservaré, aunque no es seguro que salga, ya que milady no pone de su parte para tratar bien a la visita.

—Le agradecería que permaneciera dándonos su apoyo siempre...

El duque no quería que ella saliera de la casa porque quizá alguien o la misma Alicia podría ser víctima de algún enamoramiento, ya que era demasiado bella para andar por la calle sola.

Se sentía atrapada entre el cariño de la niña y el capricho del padre por hacerla sufrir en presencia de la mujer que lo besaría y compartiría su lecho. Cualquier dama enamorada podría morir al presenciar semejante acto, mas ella, no podía sucumbir, había congelado sus sentimientos de manera que eso le permitiera sobrevivir. Alicia estaba sobreviviendo cada día. Su enamoramiento por el duque era encantador, pero a la vez era algo que no debería suceder y que no le llevaría a un buen lugar, salvo al infierno del sufrimiento.

—Hablaré con lady Jane. Le pediré que deleite a lady Longhorn con una pieza, ya que ella es un prodigio y eso le ayudará a distraerse.

—Me parece una idea brillante, señorita Green. Jane puede dedicarle una pieza a lady Longhorn. Usted sí sabe sobre las cosas —la felicitó tomando asiento para desayunar con ellas.

Era difícil sentarse juntos después de haber conversado tan abiertamente sobre sus

sentimientos la noche pasada. Al menos para Alicia, las cosas no parecían tan difíciles, pues parecía tan fría en su actuar, por más que él supiera que era alguien dulce y preocupada. Para Herbert era más difícil, puesto que actuaba desde el sentir, desde la locura de la soledad y la búsqueda de piedad por medio de un beso que solo Alicia podría otorgarle.

Jane pudo conversar un poco con su padre, pero ella tenía sus propios planes para lady Longhorn. Quería echarla, y le dejaría claro quién mandaba en esa casa y a quién le pertenecía el corazón de su padre. No pensaba tener competencia.

Como cualquier otra niña, ella se retiró a jugar, mientras que Alicia y Herbert quedaron en la mesa. Para eludir al duque, ella cogió su librito y se lo colocó en el rostro.

—¿Me dirá qué tiene ese libro? ¿Qué puede tener que nunca lo termina de leer? —cuestionó Herbert.

—No es un libro cualquiera. Son anotaciones de mi institutriz. Por cierto, ¿está espiándome?

—Todo el tiempo, mi estimada señorita Green.

—Le recomiendo que no lo haga porque eso alienta la locura. —Alicia le hablaba, pero no lo miraba, tenía la vista fija en su libro.

—Me encanta estar loco por usted. Admito que anoche ha abusado de sus hierbas, me ha puesto a dormir muy rápido.

—Usted pidió efectividad, no dulzura. Ese té es lo mejor que he conocido. He despertado con mucha energía.

—Estoy de la misma manera que usted, pero un poco triste porque tendré visita. Sabe que no me caso porque quiera, sino porque lo necesito.

—No hace falta que se justifique conmigo.

—Nuestra relación es extraña, señorita Green.

—No hay ninguna relación entre nosotros, aparte de que trabaje para usted y me pague el sueldo. Es lo único que existe. Finja demencia y continúe.

—Deseo ser esa persona tan fría que es usted...

—No soy una persona fría, le he dicho que es mi forma de supervivencia. La vida ha sido dura para usted y para mí. Cada uno se defiende como puede y yo solo me coloco mi coraza y espero que los ataques terminen, luego me voy.

—Pues quiero romper esa coraza y ver todo lo que esconde Alicia Green, salvo que... ese ni siquiera sea su nombre. Una mujer noble no estaría colocando su nombre en todas partes para ser encontrada.

Eso que dijo el duque había llamado su atención. Era evidente que él no pensaba parar con su acoso.

—Le recomiendo que no ahonde en este asunto. No hay nada malo, pero como usted dejó su pasado, también lo hice con el mío. Ah, y otra cosa, saldré por la tarde, ya que su hija parece más animada.

—¿Qué comprará? ¿Camisones? ¿Listones? ¿Joyas?

—Tal vez un vestido de paseo para mis días libres. No me alcanzaría para el resto.

—Pues si usted trae un vestido y me lo enseña, le daré una joya...

—No lo haré.

—Pagaría lo que fuera por verla con un vestido de color diferente al gris... ¿Sabe lo que haré? Prohibir que la institutriz vista esos colores que matan pasiones, son grandes sicarios de la libido.

—¿No estará hablando en serio? No tengo más vestidos de otros colores más que grises, es mi oficio.

—Me adora y cumplirá mi pequeño capricho, señorita Green, y porque yo la adoro, le daré

una joya.

—¿Qué clase de hombre es usted? Traerá a su futura prometida a esta casa y me ofrece presentes como si fuera su amante. Es indecente.

—Indecente es negarse a los sentimientos cuando son buenos. Le dije que quería tenerla en mi vida de la forma que fuera, pero viva. El resto de mis pedidos son solo concesiones para hacerme feliz. Soy egoísta, señorita Green, no puedo dejar de complacerme de alguna manera, incluso sacando ventaja de mi condición de dueño de esta casa y no me arrepiento. Lo volvería a hacer, porque usted es irresistible.

Capítulo 28

Después de aquella conversación ingrata con el duque, ella logró convencer a Jane para que fuera una buena niña con la visita y lo hizo solo porque ella le había dejado usar el pianoforte el tiempo que quiso. La dejaría hacer su voluntad ese día porque necesitaba que la diera su mejor impresión a lady Longhorn.

Sabiendo que su pupila sería un ejemplo de educación y comportamiento, Alicia liberó su cabellera de la cofia y se quitó el delantal. Cogió un chal y después fue al jardín a coger un par de flores que llevaría como presente para lady Archibald, a quien pensaba visitar, ya que extrañaba sus conversaciones con ella. Después compraría un vestido de paseo o quizá iría antes a comprarlo. Debía ocupar su mente para no pensar en el duque y en la envidia que sentía por la futura esposa de aquel.

Antes de que alcanzara a salir, lady Longhorn llegó a la residencia, tomando por sorpresa a la institutriz y a su pupila que estaban en el salón. A Jane le interesaban las flores que Alicia había cortado y la otra le explicaba cada parte de la planta. El duque estaba en su habitación preparándose, por lo que aún desconocía la llegada de su visita.

Alicia se apresuró para colocar la ropa de la niña de manera correcta y que Jane se viera como una dulce pequeña de cuatro años que era incapaz de hacer cosas malas.

—Milady, ha llegado el momento. Compórtese. Cuando venga su padre, los dejaré.

—Disculpen, milady, señorita Green. Lady Longhorn ha llegado —anunció Rupert.

—Hágala pasar y avise al duque de que su visita está aquí.

—Sí —acató el sirviente.

Aquel fue a buscar a la mujer para llevarla hasta ahí. La sorpresa era que lady Longhorn no estaba sola, había llegado con una acompañante.

Una mujer de poco más de treinta años se presentó frente a Alicia y la niña. Le parecía que

lady Longhorn era una mujer joven y bella, por lo que la institutriz se sentía insegura sobre los sentimientos que el duque había confesado varias veces hacia ella. No dudaba que esa mujer pudiera conquistar su corazón.

—Buenas tardes, milady. El duque estará aquí pronto. Ella es lady Jane Wolf, la hija del duque —la presentó Alicia que hizo una reverencia.

—Me disculparé con el duque por venir con una carabina. Ella es lady Devington, una amiga. Usted es lady Jane, qué preciosa niña. ¿Su padre le ha hablado de mí?

Los azules de la institutriz se dirigieron a Jane, que parecía no querer responder. Sintió que la niña la cogió de la falda.

—Milady, salude a lady Longhorn y lady Devington.

—A milady la conozco desde que nació. Estuve en el velorio de su madre, al igual que un par de veces de visita con mi esposo —comentó lady Devington con una mirada afable.

—Es cierto que ustedes son parientes —comentó lady Longhorn, sonriente.

Herbert bajaba las escaleras con premura después de que Rupert le avisará que lady Longhorn estaba en el lugar. Cuando llegó al salón, lo primero que miró fue el cabello suelto de Alicia. Tragó saliva al verla tan hermosa. Ella era la mujer que le robaba el aliento. Sin esa fea cofia y sin el delantal, era otra mujer. Se acercó hasta la joven y la miró anonadado, se había olvidado de su visita.

Ella sabía que la cercanía del duque sería un problema, ya que aquel la miraba como si nunca la hubiese visto. No quería que se avergonzara frente a esas mujeres, cuando percibió que él había olvidado que no estaban solas, ella simplemente sabía qué hacer.

—Excelencia, lady Longhorn ha venido con la grata compañía de su amiga, lady Devington —comunicó con presteza.

Él despertó de la hipnosis a la que había sido sometido y se dio cuenta de que estuvo a punto de hacer el ridículo.

—Buenas tardes, lady Longhorn, lady Devington, no sabía que se conocían... —saludó el duque que de reojo miraba a la señorita Green.

—Somos amigas desde hace tiempo.

—¿Cómo está, excelencia? Cuánto tiempo sin verlo.

El duque se apresuró a besar la mano de lady Longhorn y de la otra.

—¿Cómo está lord Devington?

—Está un poco ocupado con su amigo, lord Griffin, ha venido desde Bath y se quedará aquí una temporada...

Al oír el nombre de su prometido, Alicia sintió que se desvanecía. Ese hombre estaba en la ciudad y muy cerca de ella. Lo mejor era que no saliera por nada del mundo de esa casa.

—¿Está bien, señorita Green? —preguntó Jane al sentir que su institutriz tambaleaba.

Las demás personas, al igual que Herbert, la vieron tan pálida como un papel.

—Estoy bien. Los dejaré para que puedan conversar, con permiso...

Ella se retiró y dejó ahí a los cuatro para que hablaran.

—¿Has saludado a las damas, Jane? —indagó su padre.

La niña hizo una inclinación hacia ambas mujeres como saludo, pero su mente estaba en su institutriz, quería seguirla.

—Qué adorable... —dijo lady Longhorn ante la pequeña niña.

—Por favor, acompáñenos al jardín... —pronunció Herbert que también deseaba saber lo que había ocurrido con Alicia.

La señorita Green los vio ir hacia el jardín. No pensaba regresar al salón para buscar las

flores, ya que su salida no sería posible. No quería que ese hombre la encontrara y lograra llevarla de vuelta a Bath y ahí obligarla a algo que no deseaba.

Fue a su habitación y se encerró. No saldría de ahí hasta que las visitas se fueran.

—La señorita Green dijo que podías hacer un pequeño concierto para agasajar a lady Longhorn —declaró el duque sonriente—. Ve a por tu violín, hija.

Aquella lo obedeció con presteza.

—Qué flores tan bellas tienen en su jardín, excelencia —halagó lady Devington—. Mi esposo ha plantado un jardín para mí. Si alguien lo viera no creerían que ese ogro ha hecho algo bueno, pero es un encanto.

—Le ha dado dos hijos, lady Devington, eso es un orgullo para un caballero —alentó lady Longhorn.

—Desde que supimos que ustedes se estaban viendo, mi esposo y yo hemos cruzado los dedos para que pronto se casen. Mi amiga, lady Longhorn, es algo muypreciado para nosotros... —habló la mujer.

—Consideré que esta posibilidad no sería algo agradable para lord Devington... —confesó el duque.

—¿Por su título? No, querido. No nos falta nada. Él tampoco es codicioso y nuestros hijos están inmersos en sus vidas y negocios.

—¿Cómo pudo pensar en eso, excelencia? Milord es un hombre honorable.

—Disculpen por haber pensado mal. Nunca faltan los que dicen que los buitres vuelan sobre mi cabeza.

—Aquí está... —musitó la niña, mirando a las personas frente a ella.

—Es una niña prodigio... —La halagó su padre, orgulloso—. Toca algo para nosotros, querida.

Sin dudarlo dos veces, la niña comenzó a torturar al violín ante la mirada atónita de su padre. Las dos mujeres reían creyendo que era la gracia de una niña. Tampoco creían que una niña de cuatro años tocara el violín.

Las mejillas de Herbert se tiñeron de color rojo. Se avergonzaba de lo que su hija estaba haciendo.

—Jane... Jane... ¡Maldición, Jane! —exclamó el duque, enfadado.

—Excelencia, es una niña encantadora —dijo lady Longhorn.

—No quiero una madre, ni un hermano... ¡No quiero! —gritó la niña que huyó corriendo de la escena.

La sorpresa se reflejaba en el rostro de todos los que estaban ahí. Herbert sabía que Jane no se salvaría de un gran castigo que caería sobre su cabeza.

La señorita Green salió de su habitación al oír el desbarajuste y se apresuró a ir hacia el jardín, pero en el camino se cruzó con la niña.

—¿Qué fue eso, jovencita? —la reprendió Alicia.

—No quiero tocar para esas mujeres. No quiero a lady Longhorn.

—¿Ha visto que es amable y graciosa? Considero que debería darle una oportunidad. Si ama a su padre, hará el esfuerzo de apoyarlo.

—No quiero.

—No sea caprichosa. Él no dejará de amarla. Lo único que ha ganado es un castigo que se dará inmediatamente después de que se vayan las visitas y yo no la defenderé porque el duque tendrá la razón.

—Si tendré una madre, esa será usted...

—No insista con eso. No ocurrirá. Por favor, sea una niña de bien y prepare una disculpa convincente para su padre.

La niña siguió su camino hacia la habitación. Estar castigada no era algo que ella quisiera, pero era lo que le esperaba.

Unas horas después, las visitas se fueron. Apenas Rupert cerró la puerta de la casa, el duque miró hacia las escaleras.

—¡Jane! ¡Jane! ¡Baja en este mismo instante! —vociferó.

Los sirvientes de la casa se escondían como ratas detrás de lo que podían para oír lo que ocurriría con la niña. Solo Alicia se acercó al duque. Ella tenía su cofia y su delantal otra vez. Ya que había decidido no salir, se había vestido como siempre.

—¿Qué se ha hecho, mi adorable señorita Green? ¿Por qué opaca su belleza de esa manera tan vil? —cuestionó el duque, que olvidó que quería desplumar a su hija como si ella fuera un ave.

—No he salido. Me sentí mal...

Se acercó a Alicia y cogió su mano, luego tocó la frente de ella para saber si tenía fiebre.

—Pediré que un médico venga a verla...

—No hace falta, me siento mejor. ¿No perdonará a lady Jane?

—No abogue por esa pupila del averno. Ha hecho lo impensable. Me ha dejado como un mentiroso y ha avergonzado mi buen nombre.

—Es una niña de cuatro años que es su viva imagen, excelencia. ¿Qué puede esperar?

—Pues esperaba que fuera un concierto inolvidable.

—Créame que lo es...

—Por las razones incorrectas. ¿Está justificando a Jane?

—Ni siquiera me atrevería cuando sé que usted tiene la razón, y eso no ocurre todos los días.

La niña miraba desde la planta alta, escondida entre el barandal de la escalera. El grito de su padre le avisaba que estaba enfadado.

—¡Ahí estás, lacaya de Lucifer! Ven aquí ahora mismo si no quieres que te arranque los dedos una vez que te alcance. Haré arte con esos deditos... —La amenazó el duque, enfurecido.

Jane bajó las escaleras, escalón por escalón, con una lentitud agobiante. Era evidente que su padre se la comería sin duda.

—Padre...

—¡Ahora quisiera que me llamaras excelencia! No pareces mi hija, el retoño de un duque... En esta casa sabemos que eres un prodigio para todo, pero cuando quise que lo demostraras frente a personas importantes, no lo hiciste. ¿Sabes quién es lady Devington? Es la persona que quizá te eche a la calle si llegara a morir.

—Excelencia, ella no entenderá lo que le está diciendo...

—Usted cállese, señorita Green. Si ella tiene tantas libertades es por su culpa. Jane debe entender que, si me muero, ella quedará en manos ajenas y eso no quiero que ocurra, pero a este paso, casi estoy durmiendo a la izquierda del diablo.

—No quiero una madre.

—Es irrelevante lo que piensas, Jane. La tendrás te guste o no. Si sigues de esa manera, me veré obligado a tomar medidas drásticas: despediré a tu institutriz y te enviaré a una escuela de señoritas.

La pequeña agachó la cabeza.

—Por ahora, irás a tu habitación y estarás castigada sin ningún instrumento musical por una

semana... Una semana. ¿Oyó lo que he dicho, señorita Green? No se atreva a desobedecer.

El duque se retiró hacia el despacho y dejó solas a la señorita Green y a la niña.

—¿Quiere que interceda por usted?

Ella asintió.

—Está bien. Iré a por un trato digno para usted.

Fue tras el duque con la seguridad de que conseguiría al menos reducir la pena, puesto que ese hombre sabía en qué lugar golpear para que doliera.

Golpeó la puerta cerrada y esperó.

—Sé que es usted, señorita Green... —pronunció del otro lado.

Entonces, la joven entró al despacho.

—Quería que reconsiderara su posición.

—No la despediré, solo quiero asustar a esa pequeña renacuaja, señorita Green.

—Lo sé, pero me refiero al castigo de los instrumentos.

—No negociaré eso. —Él encendió un cigarro y comenzó a tirar humo desde su boca.

Sin vergüenza, ella se acercó a él y cogió su mano con cariño.

—¿Está manipulándome?

—Eso intento —respondió Alicia.

—Puede esforzarse un poco más... —Herbert sentó a la señorita Green en su regazo para escandalizarla.

Capítulo 29

Alicia dio un respingo inmediatamente y quiso escapar; sin embargo, el duque la devolvió a su regazo.

—¿A dónde va, señorita Green? Si quiere que reduzca la pena de su pupila, hará lo que yo quiera y lo que ahora se me antoja es devorar sus labios.

Herbert no dudó en apoderarse de la boca de Alicia, ella siguió el ritmo de él y lo besó con tanta pasión como cada vez que podía hacerlo. Saber que estaba cerca del fin de sus días, si lord Griffin la encontraba, hacía que considerara las cosas de otra manera. Esos pequeños momentos con el duque era todo lo que tenía, lo único que llevaría en su mente y en su corazón para siempre.

—Qué apasionada, mi querida señorita... —alegó el duque alejándose un poco para respirar.

—No sabemos cuándo todo lo que conocemos puede desaparecer... Lo besaré hasta que me canse... —A ella se le escaparon un par de lágrimas al terminar de decir eso para continuar besándolo.

Tenía una mezcla de emociones. La tristeza y la felicidad estaban jugando una guerra en su mente. Por un lado, la incertidumbre la consumía y la agonía de que ese hombre se casara pronto y por el otro, la alegría de estar con Herbert y con Jane. Lamentaría tener que dejarlos sin desearlo. No sabía qué podría ocurrir en el futuro.

Cuando separaron sus labios, Herbert se dio cuenta de que las mejillas de Alicia estaban mojadas.

—¿Estaba llorando? Le juro que no quise castigar a Jane con tanta malicia. Estaba enfadado...

—No es eso. Sé que milady merece el castigo. —Alicia se levantó del regazo de Herbert y comenzó a caminar por el despacho—. A veces, siento que no puedo con mi vida. Parece tan sencilla, pero hoy las cosas han cambiado me han sumido en la preocupación del pasado.

—¿A qué se refiere?

—No es algo que deba saber usted. Son complicaciones mías...

—Usted me importa mucho y sus complicaciones se convierten en las mías.

—Usted es un sinvergüenza, excelencia. Trajo su futura esposa aquí y después me besa. Eso no es digno de personas morales. Me veo en la necesidad de exigirle que estos comportamientos entre nosotros cesen. No podré soportar ver a su esposa en esta casa, ¿con qué cara la miraría? No puedo desear, querer o besar a su esposo. Es indigno. No me han educado para eso. Lo lamento, excelencia. Solo me queda pedirle que el castigo de lady Jane no sea tan doloroso. Con permiso.

Alicia se apresuró a salir del lugar. Estuvo a punto de cometer la tontería de decirle quién era ella. Si él lo sabía, pronto llegaría hasta su persona aquel ser despreciable del que llevaba años escapando. Quizá se casó, pero no lo sabía y tampoco quería arriesgarse a saberlo.

El duque se quedó con más dudas que respuestas en la mente. Ese día algo había pasado con la señorita Green y él no sabía si la visita de lady Longhorn la había afectado.

La verdad era que no se había sentido muy cómodo con esas mujeres. A él le importaba lo que pensara Jane y la niña no quería tener nada que ver con lady Longhorn. No podía obligarla. Después de tantos años, decepcionarla otra vez no era una opción. Lo único que podía era desistir del asunto de casarse por el momento, o al menos hasta que su hija creciera un poco más y entendiera que necesitaba un hermano que velara por ella.

Para la hora de la cena, los tres se reunieron en el salón como solían hacerlo para tal efecto. Alicia tenía la mirada triste y Herbert no podía soportar la curiosidad de saber las razones por las que ella se hallaba de esa manera.

—Mañana quisiera hablar contigo, Jane...

—¿Me regañará?

—No, la señorita Green me ha convencido para que sea un mejor padre.

Jane miró a Alicia con admiración. Aquella era la persona en la que más confiaba dentro de esa casa. Su institutriz era lo más importante.

—¿Eso es cierto, señorita Green? —curioseó la niña.

El sonrojo recorrió el rostro de Alicia. Se sentía avergonzada por lo que contaba el duque. Cada vez que ella pensaba en él recordaba todo lo inapropiado y ese momento era tan incómodo como poco apropiado.

—Tal vez, milady —respondió sin querer admitir que había logrado cambiar el pensamiento de ese hombre porque se sentó en su regazo como una dama indecente.

—Gracias, señorita Green.

—Pero... Sabes que está mal lo que has hecho. Pudiste decirme en privado que no fue de tu agrado. No hacía falta esa escena tan lamentable. Debías conocerla antes de juzgarla.

—Ella no es una mujer mala, pero no es la madre que quiero.

—Al menos ahora lo sabes, porque antes juzgabas sin saber. Mañana conversaremos más sobre el asunto y lo que esperas. ¿Y usted qué hará, señorita Green?

—Me acostaré a dormir, pues me he sentido mal el día de hoy —dijo antes de beber su copa de agua.

—Necesita un médico, padre —alegó la niña, preocupada.

—No, no hace falta. Solo debo descansar. Debe ser un pequeño resfriado...

En realidad, ella no se sentía mal, solo que tenía palpitaciones y sus nervios casi estaban de punta. El compromiso del duque, la aparición de lord Griffin y quizá con él, hasta la aparición de sus padres.

Su mente era un hervidero de cosas malas que la hacían sentir enferma. Dejar de pensar en ello tampoco parecía la solución a sus problemas.

—Por supuesto que hace falta, señorita Green —resolvió el duque.

—Le digo que no, por favor, no insista.

Él sentía que, por su culpa, la señorita Green se sentía indispuesta. Lo percibía en sus palabras, en su mirada y su ánimo poco colaborativo, pues ella era algo así como el alma de las fiestas sarcásticas y en ese instante, veía la ausencia completa de la personalidad de Alicia. Debía saber lo que ocurría para poder disculparse si fuera necesario. Esperaba que no le ocultara nada, puesto que así sería difícil poder hacer algo.

El duque tenía los ojos fijos en el pasillo, esperando ver que Alicia saliera de la habitación de Jane. Apenas oyó la puerta y vio la lámpara acercarse, él se arrojó sobre la persona que pasaba por ahí.

Un grito desgarrador se oyó en aquel escondrijo de la casa.

—¡Condenación! —exclamó el duque al darse cuenta de que la persona que había atrapado no era la señorita Green, sino que era Diana.

—¡Excelencia!

—¡Lo siento! Lo siento, Diana, ¿y la señorita Green?

—Me pidió que acostara a milady porque ella estaba indispuesta.

—Entiendo. Puede retirarse...

Diana todavía tenía el corazón en la garganta. Aquel hombre quería matar a alguien. ¿Cómo podía hacer semejante cosa en medio de la oscuridad?

Con la vergüenza impregnando su rostro, decidió esperar un poco e ir a probar suerte a la habitación de la mujer. Tiempo después, fue hacia el área de los sirvientes y probó entrar en la habitación de Alicia, mas estaba cerrada por dentro. Al parecer, ella suponía que él cometería

alguna locura como ir a buscarla.

Tuvo que resignarse a no entrar en la habitación. Fue a la suya a intentar dormir; sin embargo, sabía que no lo lograría con facilidad.

En horas de la mañana, Alicia se preparó para empezar su día. Ella sabía que el duque estuvo ahí, pero fingirá demencia para que él no la atosigara. Debía poner distancia entre ambos porque estaba sufriendo. Después de ver a lady Longhorn, Alicia sentía que no tenía nada que hacer ni siquiera pensar en ser mejor que esa mujer. No podía competir con ella por el duque. De hecho, ni siquiera existía tal competencia. Por más que aquel dijera que la adoraba, pronto eso terminaría, ya que se enamoraría de esa dama y ella quedaría con el corazón partido, viviendo los próximos catorce años como un ser inmundo y miserable. Tal vez, Herbert también le propusiera ser amantes y aquello sería aún más demente, pero nadie terminaba de conocer a un hombre en su totalidad.

—Oh, señorita Green... —Diana se acercó a ella corriendo.

—Buen día, Diana, ¿todo está bien?

—No, señorita Green...

—Ella le contará lo que le ocurrió anoche en el pasillo, señorita —adelantó Rupert, burlón.

—¿Y qué ocurrió en el pasillo?

—¡El duque pensó que yo era usted y me cogió en el pasillo casi matándome del susto!

Alicia cerró los ojos, avergonzada. El duque estaba tras ella y no pararía hasta casarla en algún rincón.

—Supongo que se ha excusado, Diana.

—¿Él o yo?

—Él...

—Sí, pero me preguntó por usted. ¿Es su amante?

—¿Qué?

—Me ha escuchado muy bien, señorita Green.

—No soy su amante. ¿Qué tonterías estás pensando?

—Las noches de té, cartas y ajedrez... Saque usted sus conclusiones —interrumpió Rupert con el cotilleo corriendo por sus venas.

—Me acusan absurdamente. No hay nada entre el duque y yo. Deberían avergonzarse de pensar algo así. Ayer trajo a la que será su esposa. Considero que no merece la desconfianza de sus sirvientes.

Ella se retiró de la cocina. Se estaba muriendo de vergüenza al ser increpada por otros sirvientes sobre sus actividades. Era tan vergonzoso.

No solo se sentía nerviosa por lo que no conocía, sino también por lo que comenzaba a suponer. No quería esta vida de ridículo que le haría pasar el duque con su comportamiento. Le pondría un límite.

En el jardín esperaba a la niña para que pudieran desayunar y después el duque las alcanzaría. Sería la primera ocasión en que se cruzarían ese día.

La niña se presentó frente a ella con los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Por qué no me acostó anoche, señorita Green?

—Porque me sentía indispuesta...

—¿A usted tampoco le gustó la señora de ayer?

—Me ha parecido una dama excelente, un ejemplo de bondad y paciencia...

—Pero si no ha visto cuando estábamos aquí.

—Es lo que ella me pareció.

—Hablaré con mi padre para que no se case. Le pediré que lo haga con usted.

—¡Ay, no! ¡Sigue con esas cosas! ¡Por el amor de Dios! No diga tonterías y guarde silencio. Si dice algo tendré que renunciar.

—Es la única persona en la que puedo creer, señorita Green. ¿No quiere ser mi madre?

—Cualquier mujer estaría feliz de ser la madre de una niña tan encantadora, pero yo no puedo, ¿lo entiende? Hemos hablado de esto demasiadas veces. No me haga dudar de sus capacidades. No hable de esto.

Alicia estaba a punto de desmayarse con las ocurrencias de esa niña.

—Buen día... —saludó Herbert al mirar a su hija y la institutriz que tenía las mejillas teñidas de rosado—. ¿Está bien, señorita Green? Se ve muy roja.

—Buen día, es solo el sol, excelencia —se disculpó buscando su abanico.

—¿Cómo estás, jovencita? ¿Te has arrepentido de tus pecados?

—Ni un poco, padre.

—Lo hablaremos después. Primero conversaré contigo y luego con tu institutriz.

Los tres desayunaron casi en silencio. Jane tenía una sonrisa maliciosa, Herbert no dejaba de observar a Alicia y la pobre institutriz quería que se la tragara la tierra.

Acabaron el desayuno y la niña en compañía de su padre fueron al despacho de este para hablar de lo que deseaban.

—Te escucharé, Jane. Es momento de que te explayes. Si no quieres a lady Longhorn, me veré obligado a buscar a otra dama, pero lo haré más adelante. Hablaré con la señorita Green para que estime un momento conveniente para que hable contigo de esto. Debes entender que es

importante que vuelva a casarme.

—No hace falta que busque una madre, porque yo he decidido a quién quiero...

—¡Oh! Esa es una sorpresa, ¿dime con qué ocurrencia saldrás en esta ocasión? No me digas que quieres que me case con una lagartija.

—No, quiero que se case con la señorita Green. Ella es la madre que quiero y sé que ella no tendrá un hijo porque yo se lo pediré.

Herbert observó a su hija y lo único que notaba era que ambos tenían buen gusto para escoger.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Sí. Por más que diga que no se puede porque usted es rico y ella pobre.

Capítulo 30

Lo que le decía su hija era la probable solución a todo. La única persona a la que ambos querían en esa casa era la señorita Green. Lo que le quedaba era decidirse. No le faltaba nada más para arrojarse al vacío, pero eso podría significar con alguien que en realidad le importara, lo que le colocaría en la posición de quizá perderla como lo hizo con Eloísa.

Después de terminar la conversación con su hija, él salió de la residencia y lo hizo con la intención de considerar el asunto.

Alicia se quedó con la niña para darle sus lecciones. Jane no le dijo nada de lo que había conversado con su padre. Por lo que suponía que no había dicho cualquier tontería que antes se le había ocurrido. Lo que le pareció extraño fue que el duque salió de la residencia por la mañana. Durante el tiempo que llevaba en ese sitio, él no había hecho algo así.

—¿No me enseñará algún instrumento, señorita Green? —preguntó la niña que la despertó de sus cavilaciones.

—El duque no me lo ha autorizado, entonces considero que el castigo sigue en pie.

—¡Señorita Green! —reclamó Jane, alzando la voz.

—Jovencita, baje la voz y sea obediente. Soy su institutriz, no la hermana de sus amigos.

—Sí, señorita Green...

—Ahora continúe haciendo círculos. Haremos que esa mano quede blanda y hábil.

—Si mi padre le pidiera que se case con él, ¿aceptaría?

—No es difícil seguir una orden, milady. Por favor, hágalo en silencio.

—¿Me responderá o no?

—Qué exigente. Primero, no tengo razones para responder; segundo, dudo mucho que eso ocurra, porque él es un sinvergüenza y tercero, ya tiene una mujer que le agrada y es lady Longhorn. Ahora, concéntrese en lo importante: hacer círculos.

La señorita Green y la niña tuvieron que almorzar solas, el duque no había llegado aún. A Alicia eso le preocupaba, porque no era un comportamiento común en el duque. Aquel era un animal de rutina muy definida, no era capaz de saltarse un día sus mismos hábitos.

Antes de acostar a Jane para su siesta, las puertas de la casa fueron golpeadas por alguien.

Rupert abrió las puertas y sonrió.

—Lord, lady Carpenter, por favor, pasen... —los recibió el sirviente.

—Estamos de paso por Londres para ver a un sobrino enfermo y no pudimos dejar de pasar junto a nuestra nieta —alegó lord Carpenter.

—Debe estar tan encantadora. Espero que nos recuerde aún, ya que nuestras cuatro visitas al año puede que no sean suficientes —agregó la mujer.

—La señorita Green estaba a punto de acostar a lady Jane, le pediré que no lo haga. Siéntese, iré a buscarla.

—¿Y Herbert? —indagó el conde.

—Ha salido esta mañana y aún no ha regresado.

—Tal vez no sea buena idea que nos quedemos sin el permiso del duque... —comentó lady Carpenter—, y más ahora que está en planes de próximas nupcias.

—Les prepararé las habitaciones de siempre para que puedan descansar, mientras pueden acomodarse, iré a por milady.

El sirviente fue hacia la habitación de la niña, abrió la puerta sin tocar, sobresaltando a Alicia que estaba leyendo y a la pequeña que saltaba en la cama.

—Rupert, nos ha interrumpido —reprochó Alicia que cerró la puerta.

—Tuve que hacerlo, porque han venido lord y lady Carpenter, los abuelos de milady.

—¡Mis abuelos!

Con toda la emoción del mundo, la niña fue corriendo sin zapatos.

—¡Milady, sus zapatos!

La institutriz se apresuró a perseguirla para que pudiera ponerle los zapatos, pero sus veintiséis años no eran rivales para los cuatro años de Jane.

—¡Jane! —exclamó su abuelo que abrió los brazos para recibirla.

El conde abrazó a su nieta y después la miró.

—Cada vez creces más, ¿qué estabas haciendo? ¿Y tus zapatos?

La niña sonrió con las mejillas rozagantes. Después se alejó de su abuelo y fue hacia su abuela.

—Pequeña hermosa, cada vez te pareces más a tu madre.

—Milady, póngase los zapatos —pidió Alicia.

Aquella ignoró a su institutriz, pero cuando vio que su abuela le hizo un gesto para que obedeciera, ella fue hasta ahí y cogió sus zapatos.

—Ayúdeme, señorita Green.

La condesa miró a la mujer que estaba con su nieta y no podía creer lo que veía, era como tener a su hija ahí frente a ella.

—Harold —pronunció aquella para llamar la atención de su esposo.

—Dime, querida...

—Esta institutriz es parecida a Eloísa.

El caballero miró a la mujer y todavía no podía creer lo que su esposa había percibido.

—Esto es una locura... —dijo asombrado.

La señorita Green se dio cuenta de que esas personas la miraban como si nunca la hubieran visto o tal vez como si la conocieran de toda la vida.

—Buenas tardes, soy la señorita Alicia Green —se presentó—, la institutriz de lady Jane. Estoy aquí hace un par de semanas.

—¿Cuántos años tiene? —indagó la condesa.

—Veintiséis. ¿Se les ofrece algo de beber?

—Sí, puede pedir un té o... Mejor no, pida oporto —replicó la dama—. Quisiera saber un poco más de la persona que se ocupa de nuestra nieta.

—Pueden preguntar lo que deseen. Estoy aquí para resolver sus dudas.

—¿De dónde viene? —inquirió el duque.

—De Bath.

Lady Carpenter tomó asiento y cogió la copa que le ofrecía Rupert.

—Usted se parece tanto a Eloísa, pero tiene la edad de nuestra hija, Jane, que falleció en Bath hace veinticuatro años. Ella fue al campo con su niñera. Estaba embarazada en aquel tiempo y no las acompañé por indisposición. Hasta que la persona que la cuidaba llegó hasta mí con un pedazo de tela ensangrentada. Al parecer un animal la había atacado y devorado...

La mente de Alicia se había nublado, ya que no entendía lo que ocurría. El parecido con la anterior duquesa y la historia de ellos, comenzaba a asustarla y no entendía la razón.

—Lo lamento mucho. Le he dicho a su excelencia que los parecidos entre damas rubias es algo convencional. Desde que llegué a esta casa, esa ha sido una constante, pero entiendo que le he causado impresión.

Harold se colocó detrás de su esposa y le tocó los hombros. Él también estaba impresionado con el parecido de la institutriz con su hija fallecida, pero no era más que un parecido razonable como ella misma lo había dicho.

—Hemos quedado impresionados. Imagino que Herbert debió pasar por algo similar —comentó el conde.

—Sí, pero todo ha quedado aclarado. ¿Desean quedarse a solas con la niña? Considero que ya no dormirá la siesta —aseguró queriendo retirarse a su habitación.

—Puede dejarla, señorita Green... —la despidió lady Carpenter.

Ella hizo una reverencia antes de retirarse y se acercó a Jane.

—Sea una buena niña. Puede mostrarles lo que ha aprendido con el pianoforte y el violín.

—Sí, señorita Green...

Se retiró con lentitud hasta cierta parte del camino y después fue hacia su habitación. Su cabeza daba tantas vueltas que lo único que hizo fue levantar su falda, bajar su media y observar la cicatriz de su pierna. Su madre le había dicho que ella fue mordida por un perro cuando tenía dos años.

Temblaba al pensar en esa coincidencia desafortunada. Nunca había pensado que sus padres no podrían ser sus padres, porque ellos eran rubios y no notaba que ella pudiera ser distinta. Solo debía ser eso, una coincidencia.

Un rato después, Jane se durmió en brazos de su abuelo y tuvieron que acostarla, al igual que ellos fueron a las habitaciones que les había preparado Rupert y que siempre ocupaban en sus visitas.

El duque apareció en su propia casa para la hora de la cena. Estuvo vagando por las calles y por algunos artesanos, buscando una joya especial para la señorita Green. Durante esas horas en las que se perdió sobre su caballo, pudo pensar en su vida, en su presente y en el futuro. La sombra del pasado seguía ahí, el temor a enamorarse y sufrir no podía dejarlos tan fácilmente, pero tampoco podía perder la gracia de tener a quien amar. Un hijo no era algo que fuera tan importante. Si conversaba con lord Devington y los padres de Eloísa, tal vez Jane no quedara desamparada jamás. De esa manera, podría hacer su vida con la institutriz. Era una dama en desgracia, simplemente eso. No existía impedimento, era de una clase social como él, salvo que le mintiera, pero al final eso no importaba.

—Excelencia, han venido lord y lady Carpenter, le he ofrecido las habitaciones de siempre para su descanso —contó Rupert al verlo entrar por la puerta.

—Me parece acertado. Pide a la cocinera que prepare lo mejor para cenar esta noche. ¿Y Jane?

—Ella ha tomado el té con la señorita Green y ahora está vistiéndose para esperar la cena. Es probable que deleite a sus abuelos con un par de piezas otra vez.

—¿Y la señorita Green?

—En su habitación. Ella está muy extraña, excelencia. Creo que esconde algo.

Herbert achicó los ojos para mirar a su sirviente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se la ve siempre pensativa y nerviosa. Antes quería salir de la casa, ahora no pretende hacerlo.

—Quizá esté un poco cansada o enferma.

—Es probable, pero hubiera visto la cara de ella cuando lady Carpenter le contó la historia de su primera hija, la que murió devorada por algún animal.

—Esa historia impresiona a cualquiera. Debe estar un poco consternada. Cuando Eloísa me

lo contó, me hizo pensar en muchas cosas. Hasta me desagradó que le pusiera Jane a nuestra hija, pero a mi pequeña nadie la devorará, salvo yo con unos besos. Iré a verla.

Él fue escaleras arriba hacia la habitación de su hija y la encontró con su doncella colocándole los zapatos.

—No me has visto en casi todo el día, ¿me has extrañado? —curioseó Herbert dirigiéndose a su hija.

—¡Padre! —La niña quería correr hacia él, pero Diana estaba ahí sujetando sus pies.

—Quédate tranquila. Te traje un presente. Dicen que los listones son el vicio de todas las damas, aunque tú prefieres los panes... Fui al panadero que te acogió y pedí un par de panes para ti, los tengo en el salón y aquí te traigo un listón, precioso y elegante, para que tus abuelos lo vean por ti. —Él extendió aquella tela hacia la niña y sonrió.

—¡Qué bonito! Se lo quiero mostrar a la señorita Green...

—Ve a mostrárselo.

Alicia había dejado su habitación para leer un libro en el jardín. Estaba cerca de oscurecer y ella necesitaba distraerse un poco por eso había salido.

Mientras leía tenía la atención dispersa, en ocasiones la lectura la transportaba a otro mundo, pero rápidamente regresaba y observaba a su alrededor. Caminaba dando vueltas para clamar sus nervios, a la vez que intentaba distraer su mente. La última vez que levantó su mirada, sintió que su mundo, tal como lo conocía, había desaparecido. Vio a lord Griffin de pie frente al portón de la residencia del duque, viéndola con fijeza.

—¡Lady Georgiana! —vociferó aquel.

Alicia quedó congelada al oír su nombre. Él la había encontrado.

—¡Señorita Green! —la llamó la niña que llevaba en sus manos un listón que ondeaba.

El duque salió tras ella y observó al hombre que estaba en su portón.

—¿Se le ofrece algo, caballero? —preguntó al ver a un hombre canoso de unos cuarenta y cinco años cogiendo sus rejas como si quisiera entrar.

Lord Griffin retrocedió y le hizo una inclinación al duque antes de retirarse.

Herbert fijó sus ojos en la señorita Green y ella estaba muy pálida. Ese hombre debía estar molestándola.

—¿No ve mi listón, señorita Green? —insistió la niña.

La institutriz trató de prestarle atención a la niña y cogió la tela.

—Es tan suave, milady. ¿Quiere que se lo ponga?

—Sí, señorita Green...

—¿Ese hombre la estaba molestando, señorita Green? Solo dígalos y me ocuparé.

—No, no, excelencia. Debió quedarse a mirar las bellas flores del jardín. No ha cruzado palabra conmigo... —respondió atando el listón en la cintura de la pequeña. Sus manos temblaban y se sentía enferma.

—No se ve bien, señorita Green. Quiero que hable conmigo o pediré un médico para que la atienda.

Capítulo 31

A Alicia no le dio tiempo de asentir o negarse a algo. El duque la hizo entrar a la residencia y le ordenó que se quedará descansando en su habitación hasta que llegara el médico.

No estaba enferma y lo sabía bien, solo estaba nerviosa y con temor. La aparición de lord Griffin no podía ser más que descrita como una terrible desgracia para ella. También, le daba vueltas en la mente haber conocido a los abuelos de lady Jane, ya que la historia de la hija de ellos le llamó mucho la atención, coincidían la edad, el condado y lo que pudo haber ocurrido. Las cicatrices en su pierna eran evidentes, pero no podía dudar de la paternidad de sus progenitores. ¿Por qué criarían a una niña ajena? Era absurdo y al final solo tenía coincidencias. Sus padres no la hubieran acogido si no fuera la hija de ellos.

—¿Está bien, señorita Green? Me han pedido que la vigilara. El médico está en camino —
inquirió Diana.

—No hacen falta tantas molestias, me siento bien.

—Una cosa es sentirse bien y otra es verse tan mal como usted. Está pálida.

—Diana... Deben ser los secretos que guardo que pueden matarme, espero que así sea.

—¿Qué secretos puede guardar una institutriz?

—Unos cuantos que son un poco oscuros.

—¿No ha asesinado a nadie?

—Por supuesto que no.

—Pues entonces debe ser que usted se relaciona demás con el duque y sufre porque él se va a casar con otra y no con usted. Es comprensible que eso pueda enfermarla. No es que a nosotros nos guste el cotilleo, señorita Green, nos encanta, y es por eso que intentamos saber todo.

—No es cierto, Diana.

—Miéntale a otra persona, yo creo que usted ya está embarazada de un bastardo.

—Tienes una imaginación muy próspera. No hemos hecho más que besarnos y los bebés no se dan por besos... Al menos es lo que me ha dicho lady Archibald.

—¿Y por qué no lo sabe usted si es una institutriz?

—Sé todo sobre las cosas, pero créeme, Diana, como damas no nos enseñan lo que pasa entre cuatro paredes. Dudo que una institutriz preparada en una escuela también lo supiera, salvo que lo experimentara.

—Ajá. Entonces, usted es una dama.

—No. Lo fui, pero ahora no soy más que ustedes. La ruina persiguió a mi familia y mis posibilidades se arruinaron de la misma forma. Llevo muchos años lejos de mi casa y de mi familia. No sé qué debió ocurrir con ellos.

—Si usted no se quedó, es porque le faltarían oportunidades o porque eran malas personas.

—En ambas cosas tienes razón.

—Aunque creo que eso no es suficiente para que esté tan pálida. ¿Qué más esconde?

—Sea lo que sea lo seguiré escondiendo. No lo contaré, pues es irrelevante para la mayoría de los mortales de esta casa. Son asuntos míos que no quiero que se sepan.

—Ahora coincido que ha enfermado por tener secretos. Al desvelarlos, sus síntomas desaparecerán... Eso es si no está embarazada.

—Qué afán con eso. No estoy embarazada de nadie. Solo me canso un poco y nada más. Te aseguro que el médico dirá eso.

Después de unos minutos, el médico primero saludó al duque que estaba cenando en compañía de sus suegros.

—La señorita Green se siente mal. Desde ayer ha estado actuando de manera extraña... —dijo Herbert que se levantó de la mesa para susurrarle aquello al hombre.

—¿La señorita Green tiene algún hombre que la corteje?

—¿Qué está insinuando?

—Es absolutamente normal en mujeres de clase baja que estén embarazadas. Por más que las institutrices sean formadoras, no significa que no tengan deslices.

—Mi... La señorita Green no tiene a nadie que la corteje y de eso me encargo yo.

—Correcto... —replicó el médico que alzó una ceja, perspicaz. Entendía lo que ocurría, la mujer le daba clases particulares al dueño de la casa.

—Deje de pensar en cosas que no son.

—Usted no me ayuda a pensar de otra forma. Mejor iré a ver a la joven.

Herbert asintió y el médico fue hacia el área de los sirvientes en compañía de Rupert. Él volvió a su lugar y miró a sus visitas.

—¿Te preocupas mucho por una institutriz, Herbert? —habló lady Carpenter.

—Jane la quiere mucho y ha ayudado a que aprenda lo que sabe que es bastante para su edad.

—Y porque se parece a Eloísa —intervino lord Carpenter.

—No se parece tanto...

—Tiene la edad que tendría Jane si no la hubiéramos perdido. Además, es de Bath.

—¿Qué estás diciendo, querida? Esta institutriz no puede ser nuestra hija, salvo que tenga algo que pueda identificarla.

—No creo que la señorita Green sea su hija muerta. Lo siento, pero es la verdad. Es una fantasía pensar que alguien que murió hace tantos años está con vida y cuidando a su sobrina — musitó el duque que bebió un poco de vino de su copa.

—Mi corazón me dice que hay algo en esa institutriz que tiene que ver con nosotros. Dios la ha puesto en esta casa para que la encontremos, Harold. Herbert, no sé si alguien de tus empleados puede ver si ella tiene un lunar en la nuca, uno grande... Jane lo tenía.

—Ella es una noble quebrada, no creo que sea hija de ustedes, en verdad. Esto es una confusión.

—¿Qué significa todo lo que hablan? —indagó Jane, confundida.

—Teorías, Jane, solo teorías —respondió su padre.

—Iré a ver a la señorita Green... —La niña se levantó de la silla e hizo una inclinación de despedida para su padre y sus abuelos.

No esperó a que alguien le dijera si podría o no retirarse, ella simplemente lo hizo, porque quería que ella estuviese bien.

El duque quería hacer lo mismo que su hija, pero estaban las visitas a las que debería atender. Le preocupaba que lady Carpenter pensara que la señorita Green pudiera ser su hija, pero eso para él era imposible. El parecido entre Eloísa y Alicia era razonable, pero no para tanta exageración. Sin embargo, no perdería nada si pudiera fijarse en la nuca de la institutriz.

En la habitación de Alicia, el médico le hizo unas preguntas y escuchó su respiración. No había mucho que hacer, ella sabía que no tenía nada.

—¿Tiene algo? —curioseó Diana.

—No tiene nada. Ella manifiesta que no ha comido algo que le hubiera hecho mal o que realizara actividades peligrosas.

—Aquí lo único peligroso es educar a lady Jane... —bromeó Alicia viendo a la niña que estaba junto a ella en la cama.

—Creo que su pupila puede ser la razón. Tal vez usted solo tenga cansancio, señorita Green —declaró el médico.

—¿Está cansada de mí? —preguntó Jane, molesta.

—Por supuesto que no. Son suposiciones, pero no es la verdad. Usted me mantiene con vida y, porque no tengo nada, hoy la acostaré a dormir.

—¡Sí! —gritó la niña, emocionada.

—Lo acompañaré —dijo Diana haciéndole un gesto al médico para que este saliera de la habitación. Rupert sería el encargado de abonarle por sus servicios.

Una vez que estuvieron a solas, Jane abrazó a Alicia.

—Qué bueno que no está enferma, señorita Green.

—Su padre ha exagerado con eso.

—Él no se preocupa por nadie, pero usted es diferente.

—No soy diferente, milady. Vamos, la llevaré a su habitación, es tarde para que usted esté aquí...

—Pero si quiero quedarme con usted...

—No estoy enferma.

—Es una pena que no esté convaleciente.

—Usted es bastante atrevida para tener cuatro años. Debería estar hablando con sus abuelos. No se quedarán mucho tiempo, pronto volverán a irse.

—Escuché que estaban hablando de usted, otra vez...

—¿De mí?

—Sí, porque se parece a mi madre.

Alicia se sentía mortificada por causar recuerdos dolorosos a esas personas que estaban en la casa, pero no podía hacer nada. No tenía la culpa de parecerse a ellos. Ella cogió a la niña en brazos y fueron hacia la planta alta. El comedor estaba cerrado y no podían verlas yendo hacia ahí. Estarían solas y tranquilas en la habitación.

Cuando Jane le hablaba, Alicia se enfocaba en entender y atender a todo lo que decía. Ella la ayudaba a mantener su cabeza ocupada con cosas importantes para la pequeña. Esa niña era su actividad más preciada. Leer un libro a su lado y hablar de cualquier tema era algo que a Alicia le hacía sentir bien. Desde el primer día ambas tuvieron buena relación y aquella se estrechaba tanto, que, dentro de su vacío, Jane quería convertirla en su madre para nunca perderla. ¿Ella quería ser la madre? Cualquiera desearía estar junto al padre por lo que representaba, pero no todas desearían asumir la responsabilidad de ser madrastras. Admitía que quizá lo deseara mucho; no obstante, eso no se obligaba. El duque no se casaría con ella, de lo contrario, esa hubiera sido su primera opción, mas él esperaba otra cosa para su vida, él no quería enamorarse de quien sería su esposa, pero decía estar enamorado de la institutriz de su hija, proponiéndole la indecencia de encontrarse y amarse en silencio sin ser amantes. ¿Cómo podría ser eso posible? Era un simple acto de avivamiento por parte de un caballero.

Esa noche parecía que lady Jane no podía dormir. Había avanzado muchos capítulos del libro, pero la otra no quería cerrar los ojos hasta que por fin lo hizo.

Salió de la habitación y para su sorpresa, ahí estaba el duque, de pie junto a la puerta.

—Hoy me aseguré de que fuera usted quien estuviera aquí —declaró sonriente.

—Excelencia, casi me asusta.

—¿Cómo está? Me tiene preocupado...

—Estoy bien, es solo cansancio.

—¿Necesita unos días sin Jane o sin mí?

—No es eso.

—¿Entonces qué es? ¿La agobio demasiado?

—Tampoco se trata de eso.

—¿Esta noche tiene tiempo para mí? Quisiera hablarle de algo importante.

—Ya sé de qué va este asunto. Es siempre lo mismo. Se aprovechará de su atractivo, me torturará hablándome de lady Longhorn y...

—Sí, quiero hablaré de lady Longhorn, pero de una decisión importante que he tomado.

—Si me dará una estocada, hágalo pronto, por favor...

—Acompáñeme a la biblioteca...

El duque fue caminando por el pasillo y ella lo seguía con su lámpara en la mano. ¿Qué diferencia podría existir entre lo que le había dicho días atrás y lo que podría decirle esa noche? Era una trampa de un hombre avivado y Alicia no tenía ganas de resistirse.

Cuando llegaron a la biblioteca, él abrió la puerta para que pasaran y, en donde debería estar el juego de ajedrez, solo había dos copas de vino.

—¿En verdad quiere hablar conmigo de algo serio? ¿Si estuviera enferma qué pasaría?

—Hubiera pospuesto esto, pero como Rupert me dijo que no tiene nada y que fue a acostar a Jane... —Aquel sonrió con coquetería.

—Sea breve... —pidió ella sentándose.

—No me casaré con ella. A Jane no le agrada y no puedo obligarla.

—Bien, la solución es que busque a una persona que la reemplace. Es el mejor consejo que puedo darle.

—Ya tengo a esa mujer y es usted, señorita Green. Jane y yo coincidimos en que a su lado seremos felices. Por favor, acepte casarse conmigo... —Herbert colocó su mano sobre la de ella.

Alicia no podía creer lo que oía, él le estaba proponiendo matrimonio.

—¿Y su idea de no amar a su esposa por temor a la muerte? Créame que moriré alguna vez.

—¿Mi temor es su único miedo para darme un sí?

—¿Y si no puedo darle un heredero?

—Haré lo posible por tener buenas relaciones con quienes puedan heredarme. Apostaré al amor de nuevo por usted y por Jane. Quiero tenerla en mi vida, se lo he dicho antes. Hoy le ofrezco que sea como mi compañera, como la duquesa de Durmont.

Las lágrimas escapaban de sus ojos. Casarse con Herbert parecía ser el cielo y la solución a sus temores; sin embargo, él merecía saber la verdad de su vida. ¿Cuándo debería decírselo o era mejor callar que era una mujer comprometida que había huido de su casa para no casarse y ser el pago de la deuda de sus padres?

Capítulo 32

—A milady no le gustará esa idea...

—Eso no importa. Ella fue quien me pidió que nos casemos y no estoy ajeno a cumplir con su voluntad. ¿Acepta ser la duquesa y madrastra para Jane?

—Amo a esa niña, por supuesto que sí deseo serlo.

Al oír eso, Herbert se acercó a ella, bajó una rodilla al suelo y sacó un anillo de su bolsillo.

—Le compré esto. Primero pensé que una gargantilla sería más especial, pero preferí algo tan discreto como usted. Tampoco quería darle el anillo de mi anterior esposa por no desear ofenderla por el parecido que tienen. Prefiero empezar una nueva historia con algo exclusivo.

Herbert colocó en el dedo de la joven aquella joya y después besó su mano antes de abrazarla con fuerza. No dudaba que ella quisiera ser su esposa, solo quería confirmarlo de la manera correcta. El duque por fin podría llegar a ser tan feliz como sus amigos lo eran con sus esposas. Eloísa había encajado entre las demás sin inconvenientes y sabía que Alicia también lo haría, porque no tenía nada diferente a las demás, era tan dama como ellas.

Alicia se sintió reconfortada por el abrazo de Herbert. Eso que vivía era un verdadero milagro. Pensó que moriría siendo una institutriz, trabajando hasta su último día, pero la vida tenía una sorpresa para ella: una niña con un viudo amargado.

—Lo juzgué mal antes de saber lo que era usted en realidad. Le pido disculpas por creer que era una mala persona, por no amar a su hija.

—Créame, señorita Green, que también creo que fui una mala persona, mas, en realidad, fui egoísta, pensando solo en mi dolor sin recordar que mi hija había perdido a su madre. Espero que algún día pueda perdonarme estos años, y deseo perdonarme yo mismo por el abandono. Jane tiene un gran corazón y sé que me tiene en buen concepto y es gracias a que la conoció a usted. Es un milagro en nuestra vida...

—No, ustedes son un milagro en la mía. —Alicia le dio un beso en los labios a Herbert y después se recostó en su pecho—. ¿Cómo se lo diremos a milady?

—Ella estará feliz, no se preocupe por su reacción. Me preocupa más decírselo a mis suegros.

—Es cierto, ellos están aquí. Puede no decirles si le apena.

—No me apena, solo que ellos, creen que usted es la hija que perdieron, al menos la condesa lo piensa.

—Eso no es posible, tengo mis padres y ellos jamás hubieran criado a alguien ajeno a su sangre, son demasiado malvados para hacer ese favor a la humanidad...

—Sé que le hicieron daño, pero ¿hasta dónde han llegado?

—Hasta al punto de creer que mi vida no vale nada. Se lo diré alguna vez... —Alicia volvió a abrazar al duque con fuerza.

Herbert no pudo resistir eso y acarició la nuca de la joven con los dedos, ahí sintió que había algo en ese lugar. La luz era muy tenue para ver, pero lo más probable fuera que se tratara de un lunar, eso hacía que Alicia Green sí pudiera ser la hermana de Eloísa, hija de sus suegros y tía de Jane. Oh, Dios. ¿En qué momento lo confirmaría?

—Desde mañana, quiero que se vista de otra manera. Deseo que lo haga como su posición lo requiere.

—No tengo suficiente dinero para comprar vestidos caros...

—Eso no es un problema para mí. Iremos mañana a la modista.

Ella no quería salir de la seguridad de las cuatro paredes de esa casa.

—¿No puede venir la modista? Prefiero eso a tener que estar horas lejos de milady.

—Por supuesto, es factible.

—¿Cómo quedará mi posición en la casa? No es apropiado que permanezca aquí, pues soy su prometida.

—¿Prefiere que no lo sepa la gente porque creen que murmurarán? Podríamos seguir como hasta ahora. No me molestaría una ceremonia sencilla en una vicaría. Tengo una propiedad con un vicario que hace los oficios para los arrendatarios...

—Eso me encantaría. ¿Cuándo será la boda?

—Me encanta su entusiasmo, señorita Green... ¿Dos meses le parece mucho tiempo?

—Tal vez un poco. ¿Para qué darle tiempo para que se arrepienta de casarse con la institutriz de su hija? No estoy en condiciones de dejar ir a un duque, ¿lo escucha? Aunque fui adiestrada para cazar un buen esposo, no hice nada para atraparlo a usted. De hecho, he intentado alejarlo por su bien y por el mío.

Mientras más rápido se casaran ella y Herbert, estaría más tranquila. La presencia de lord Griffin ya no podría hacerle daño. Siendo soltera, él todavía podría reclamarla como su prometida. No quería pensar en perder al duque y no por la posición que le ofrecía, sino porque estaba enamorada de él y había conseguido que aquel también quedara prendado.

—Que sea un mes. Créame que yo estoy ansioso por poder tenerla en mis brazos de otra manera...

El rostro de Alicia se tiñó de rojo al entender a qué se refería ese hombre.

—Sus intenciones podría dejarlas para ese tiempo. Usted sabe que es inapropiado.

—¿Comenzará a sermonearme? Usted es experta en eso. Ni a mi preceptor le hice tanto caso como a la institutriz de mi hija. No solo supo dominar a la niña, también al padre. Es usted astuta.

—No, soy razonable. No es lo mismo. Con los años, entendí que únicamente podría usar mi razonamiento para salir adelante y sigo pensando de esa manera. Creeré que es algo un poco cruel, pero no soy fría, es mi forma de vida.

—Ya no necesitaré eso. Como la duquesa y mi esposa, se dedicará a vivir; sin embargo, creo que tengo un inconveniente.

—¿Qué inconveniente?

—Debo buscar a una nueva institutriz que la releve.

—No. Yo educaré a milady. No podría dejar que otra persona lo hiciera. No se preocupe, tengo experiencia en los salones y como duquesa, tendré mucha más para compartir. Prometo ser un gran ejemplo para ella. No quiero reemplazar el lugar de su madre. Sé que usted siempre amará a su esposa y prometo no sentir celos de alguien a quien amó con locura.

—Eloísa estará de acuerdo con esto. No hay mejor madre para Jane que usted.

Después de conversar, ellos se sentaron a beber el vino que el duque había servido y jugaron al ajedrez hasta altas horas de la noche. Ninguno de los dos quería despertarse de ese sueño. Cuando el cansancio por fin los había consumido, cada uno fue a su habitación.

La institutriz no dejaba ver el valioso anillo de rubíes con diamantes. No podía creer que lo llevara en el dedo. Herbert era todo lo que ella deseaba en la vida y Jane era la hija que no tenía, pero a la que deseaba tener. Su cariño por ella era incondicional y poco tenía que ver con su oficio. Estuvo dispuesta a perder su forma de vida para despertar el amor de su padre, aunque Jane lo había conseguido de una forma menos ortodoxa.

Cuando recordó que su prometido le pidió que se pusiera otra ropa, ella miró en su armario. Tenía una triste prenda de color lavanda que había hecho con telas que la hija de lady Archibald desechó. No estaba a la altura de las ropas que hacían las modistas, pero podía paliar la situación con eso para no defraudarlo. Tampoco tenía joyas impotentes, salvo unas perlas que también le había dado la madre de su anterior pupila. Eran sus últimas semanas de limitaciones y pobreza.

Herbert, mientras tanto, no podía cerrar los ojos de la felicidad. La señorita Green era perfecta para él. Volvía a ser un hombre con sueños e ilusiones. Comprendió que hubiera sido un error casarse con lady Longhorn, pero le debía una disculpa por haberle hecho perder el tiempo. Antes estaba seguro de sus convicciones; no obstante, cayó en las garras del amor otra vez. Sabía que Alicia y Eloísa eran diferentes. Su difunta esposa siempre formaría parte de su vida, porque

tenían ese sentimiento que compartieron, convertido en una persona y siempre sería palpable. Alicia era la oportunidad que la vida le daba para ser feliz. Dios no se había olvidado de él, sino que le puso pruebas tan difíciles, que no sabía cómo sobrellevar.

Debía enfrentar lo que venía de esta decisión que para nada era precipitada, sino más bien la había pospuesto con excusas. Tantas veces le había dicho a Alicia que no se casaría por amor, que terminó haciendo el ridículo pidiéndole que se casaran por ese mismo sentimiento, pero no podía hacer nada, estaba enamorado de esa mujer.

Por la mañana, él fue a la planta baja para desayunar con su hija y su actual prometida. Ahí vio a Alicia con un vestido lavanda, unas perlas sencillas y su cabello con preciosos bucles.

—Buen día, excelencia... —saludó Alicia, sonriente y con una reverencia.

—Se ve tan hermosa...

—Esta ropa no está a la altura de su excelencia, pero es lo que tiene su institutriz. No he gastado mucho dinero en vestidos durante estos años. Salí con muy poco de Bath...

—No se disculpe. Es humilde asumir que no tiene. Sé que esto puede avergonzarla, pero a mí me enorgullece poder proveerle de ropa con la que me deleitará. —Herbert cogió la mano de ella y plantó un beso al dorso.

—Milady aún no ha bajado. ¿Cuándo cree que sea prudente hablar con ella?

—Primero hablaré con mis visitas y después, usted y yo tendremos esta conversación con Jane. Asumiré la responsabilidad como viene. Está dispuesta a amar a Jane, entonces tomará el riesgo de escucharla decir sandeces.

—Es una niña con criterio.

—Claramente, no hablamos de la misma niña. ¿Usted sabe que la escogió por conveniencia y porque cree que no la desplazará con un hermano? Es un riesgo que correremos los tres, pero usted decidirá si me dará un heredero o solo vivirá conmigo de forma permanente.

—Sé que le teme a la idea de perderme, pero tengo que cumplir un rol fundamental para mi

esposo. No seré cobarde.

—No haga que desista de esta idea. Usted es mi última oportunidad para volver a amar... —
Él tomó las manos de la institutriz con cariño.

El carraspeo de una dama interrumpió a Alicia y Herbert. Era lady Carpenter que estaba extrañada al verlos tan juntos, aunque había sospechado que algo ocurría entre la institutriz y su yerno.

—Buen día, milady —saludó Alicia con una reverencia.

—¿Cómo amaneció, señorita Green? Supongo que está mejor...

—Sí, milady. Agradezco la pregunta. Con permiso, iré a la habitación de milady. —Alicia se escabulló como si estuviera haciendo algo malo.

—Buen día —musitó el duque con un gesto de cabeza.

—Veo que estás teniendo un buen día, querido. ¿De qué tengo que enterarme? Soy una mujer entrada en años. He visto el anillo en el dedo de la institutriz. Además, no hablemos de que está arreglada. Su enfermedad debió brindarle todo eso...

—Cuando lord Carpenter esté aquí, les diré lo que ocurre, pero usted ya sospecha.

—Lo sospecho, por supuesto. No puedo enfadarme, mi hija está muerta y sé de tus necesidades, aunque me parece deshonesto que estuvieras con una y termines casándote con otra.

—Mis sentimientos por la señorita Green han ido en aumento. Me di cuenta de que cometería un error si seguía con mis planes. Creí que podía prescindir del amor, pero para mí no es así. Quiero sentirme vivo y a su lado lo soy. Además, adora a Jane y ella le corresponde.

—Averigua si ella es mi hija, Herbert, te lo pido. Eso le daría tranquilidad a mi alma.

—No quiero darle falsas esperanzas, pero tiene un bulto en la nuca, pero no pude verlo. No puedo asegurar nada.

—Entonces tendré que hacerlo yo. Es cuestión de fijarme. Después de que Harold esté aquí, lo confirmaré.

—Pude confundirme...

—Las coincidencias no pueden ser tantas.

Una vez que el conde se acercó a su esposa y a Herbert, este pudo decirles todo lo que deseaba sobre su próximo matrimonio con la institutriz.

Alicia esperaba que la niña despertara. Se sentía nerviosa por lo que hablaría Herbert con la familia de su anterior esposa. No eran nervios malos, sino más bien se sentía ansiosa por saber qué opinaban. Ella no estaba ahí para tomar el lugar de nadie, solo quería amar y ser amada.

Capítulo 33

Cuando Jane se levantó de la cama y vio a su institutriz con un vestido de un color poco habitual, ella se sintió encantada.

—Es usted tan bonita, señorita Green. Cuando sea grande seré así... —halagó la niña.

—Usted será mucho más bonita y afortunada, se lo aseguro. Es mejor que se apresure, su padre nos espera para el desayuno.

—¿Lo haremos en el jardín?

—No, porque no hay suficiente espacio para sus abuelos. Estaremos en el comedor.

Jane se apresuró para que Alicia terminara de arreglarla y fueran a desayunar. Comenzaba a rugirle la panza.

Las dos llegaron al comedor tomadas de la mano. Alicia se dio cuenta de que la conversación entre el duque y sus suegros había terminado, pues miraban a las recién llegadas con gran expectación.

—Buen día... —saludó Jane con una reverencia. Ella era alguien que demostraba la educación que estaba recibiendo.

Su institutriz la siguió y ambas fueron a sentarse a la mesa.

—¿Cómo amaneciste, Jane? —curioseó su padre que agitó la campanilla para que sirvieran el desayuno.

—Muy bien. Dormí mucho —respondió.

—¿No quieres salir más tarde, querida? Tu abuelo y yo iremos a casa de un pariente enfermo y después regresaremos. Si quieres podríamos llevarte al parque —propuso lady Carpenter.

—Si va la señorita Green...

—¿Si quieren podríamos ir todos juntos? —alegó el duque.

La señorita Green no quería salir de la seguridad de la casa. Con lord Griffin en las calles, sería un error hacer semejante cosa, pero no sabía cómo disculparse para evitarlo.

—Vayan en familia. A lady Jane le encantará tenerlos juntos. No suele recibir visitas frecuentes, a mí me ve todos los días —dijo como excusa.

—Es cierto. La señorita Green y yo podríamos quedarnos en casa para que ustedes salgan a pasear. —Era evidente que Herbert vendería su alma y la de todos los que estaban ahí por permanecer a solas con Alicia.

—Considero que nos divertiremos mucho, Jane —siguió su abuelo.

La pequeña no estaba tan convencida de ir sin su padre y sin la señorita Green. Ella se divertía con ellos y siempre quería que estuvieran a su lado, pero sus abuelos la consentían y mimaban cuando iban a verla.

—Está bien —aceptó Jane, pensando en el lado bueno.

Prosiguieron el desayuno. Alicia seguía la conversación de ellos, oyendo. No participaba, salvo que se tratara de algo que tuviera a la niña como objetivo principal.

Después de acabar, los abuelos de la niña salieron de la residencia y quedaron solo ellos tres. Había llegado el momento de comunicarle a Jane lo que habían acordado por la noche.

—Jane, la señorita Green y yo queremos hablarte de algo... —pronunció el duque que tomó asiento en el salón e invitó a que su hija lo hiciera con un gesto de la mano.

—¿Saldrán con mis abuelos y conmigo?

—No, no es eso. Es sobre tu pedido de que ella se convierta en mi esposa —respondió Herbert, sonriente.

—La señorita Green dijo que no lo hiciera, pero ahora que ya lo sabe, se enfadará conmigo —lamentó la pequeña, creyendo que después su institutriz le reprocharía haber hecho algo que ella le rogó que no lo hiciera.

—No me enfadaré con usted, pese a que sabía que era un error lo que pensaba hacer. Le dije que era decisión de su padre —declaró Alicia, tranquila.

—Pero para tu buena fortuna, he conversado con la señorita Green y ella ha aceptado ser mi esposa. ¿Qué te parece, Jane?

Aquella dio un salto de la silla y fue directamente hacia su institutriz.

—¿Será mi madre, señorita Green? ¡Dígame! —presionó Jane con los ojos llorosos. Estaba tan emocionada.

Bajó a la altura de la niña y la miró a los ojos antes de responder.

—No pretendo ocupar el lugar de su madre, ni borrarla de su vida. Quiero ser una madre para usted, pero no quiero que olvide de dónde viene y quién la ha amado tanto. No merece ser olvidada. Espero que, su padre le siga hablando de ella siempre. Yo estaré aquí para cuidarla, educarla y amarla mucho, que no tenga que ser víctima de ninguna ausencia. Desde que llegué aquí, me vi reflejada en usted y quise ayudarla de cualquier manera posible; sin embargo, el destino ha decidido que sea como su madrastra.

—¡Tengo una madre! —exclamó Jane abrazando a Alicia. A ella no le importaban los detalles del asunto, solo que fuera su madre.

—Todavía no, milady. Falta que nos casemos. Su padre me dio un anillo muy bonito...

—¡Quiero verlo! —Jane se alejó de la institutriz para poder ver el anillo—. Cuando sea mayor, tendré uno igual de bonito que me dará mi esposo.

—Eres muy pequeña para pensar en un esposo, no me hagas sudar, Jane —gruñó el duque, celoso.

—Gracias por darme una madre, padre, y más porque es la señorita Green y no esa otra señora.

—Esa otra señora es una dama respetable, Jane... —la corrigió el duque.

—Ahora mi padre no puede despedirla... Estaremos siempre juntas.

—Es cierto, pero el duque tampoco me pagará el salario.

—¿Se está quejando de mí? Le quitaré su sueldo, pero le daré la jugosa asignación de duquesa que, por cierto, es mucho más.

—Usted debe prometerme algo —dijo Jane dirigiéndose a la señorita Green.

—¿Qué quiere que le prometa?

—Que no me dará un hermano nunca... no quiero que nadie me robe el cariño de mis padres.

—Milady...

—Prométalo, señorita Green.

Alicia miró a su prometido para que este le diera una respuesta para Jane, pero era evidente que aquel tampoco sabía qué hacer. Por lo que ella debía armarse de valor.

—No puedo prometerle eso, pero lo que sí puedo es que jamás dejaré de amarla. ¿Oyó? Nunca, porque usted tiene mi corazón, hoy se lo entrego para que hagamos un trato. También puede pedirle su corazón al duque y con eso sabrá que nunca nos perderá. ¿Qué le parece mi propuesta?

—No quiero que dejen de quererme, no quiero volver a estar sola...

El duque se acercó a Jane y la abrazó.

—Todo es mi culpa. Te prometo que no volveré a defraudar tu cariño, Jane. No tengas

miedo.

—No volverá a estar sola, nos tiene a nosotros, lady Jane —glosó Alicia que también se acercó al duque y a su hija para abrazarlos. Todavía no estaba casada, pero ya era parte de esa familia

—¿Qué les parece que mañana venga la modista para que les confeccione unos hermosos vestidos? Sé que, como damas, deben gastar mi dinero en esos lujos —habló el duque en tono juguetón.

—¡Sí, vestidos! ¡Tendremos más vestidos, señorita Green! ¿Ya puedo llamarla, madre? —cuestionó la niña que no dejaba de sentirse emocionada.

—Considero que es mejor que me lo diga cuando esté casada con su padre, por el momento, seguirá llamándome señorita Green.

—¿Cuándo será el casamiento? —indagó Jane.

—En un mes —contestó su padre.

La niña se enfurruñó, pues deseaba que todo fuera inmediato.

—Es demasiado tiempo.

—Piensas igual que la señorita Green. ¿Qué puedo hacer con ustedes? Me siento presionado...

Él seguía con aquel juego con ellas. Quería que Jane se sintiera bien con la noticia y olvidara el asunto del hermano. Después se pondrían a pensar en eso. Disfrutar el momento era lo más importante.

Emocionada por completo, Jane fue al jardín a distraerse, dejando solos al duque y a Alicia.

—¿También debo seguir llamándola señorita Green o puedo decirle Alicia? —inquirió acercándose a ella.

—Alicia está bien, excelencia.

—Sabes mi nombre, Alicia, no hace falta que me sigas llamando por mi tratamiento.

—La servidumbre murmurará. Ya sabe cómo son Rupert y Diana.

—Pues para solucionar ese problema... —Él cogió la campanilla y agitó. De un momento a otro, Rupert se presentó en el salón

—¿Se le ofrece algo, excelencia?

—Sí. Trae aquí a toda la servidumbre. Habrá cambios en la casa.

—Sí, excelencia.

Rupert sospechaba que la mujer de pie ahí en el salón era el cambio que el duque tenía en mente. Las teorías conspirativas de Diana al parecer tendrían resultados.

Unos minutos más tarde, los sirvientes se colocaron frente a él que tenía a su lado a Alicia. Ella se sentía avergonzada por estar en esa posición, ya que ella formaba parte del servicio o, al menos, lo había hecho.

—He pedido que vinieran aquí porque quiero comentarles sobre algo importante que ocurrirá en esta casa. La señorita Green ha aceptado casarse conmigo, por lo que en las próximas semanas ella será la duquesa. Como siempre, espero que la traten con mucho respeto. ¿Quieres decir algunas palabras, Alicia? —preguntó el duque que la miró para que hablara.

Diana no quería que se le escapara la sonrisa de «te lo dije» que deseaba mostrar, pero no era el momento adecuado.

—No tengo nada malo que decir de ustedes, solo agradecer la labor de cada uno todos los días y, sobre todo, por el afecto que le han brindado a lady Jane. Desde que llegué a esta casa, he sido testigo del gran amor que le profesan a ella y saben que he caído rendida de la misma manera que ustedes. No los defraudaré. Cuidaré y amaré a milady hasta mi último aliento.

—Yo sabía que iba a terminar siendo la esposa de su excelencia, señorita Green. Lo aposté

con Rupert... —confesó Diana.

—No es momento de confesiones, Diana, pero si Rupert te debe dinero, cóbralo —dijo el duque, sonriente—. Preparen una habitación de huéspedes para ella y también hay que pedir una cama para la duquesa y más muebles, ya que esa habitación está vacía—. Pueden retirarse.

Un suspiro sonoro escapó de Alicia, que comenzaba a sentir el peso de ser la futura duquesa. Le esperaba tener que dirigir a las personas con las que había trabajado. Sabía todo lo que pensaban del duque y desde el principio ella estuvo a favor de la servidumbre y en contra de él. Después de que Jane huyera, no había quedado nada de ese hombre amargado y cruel que habitó esa casa por años. Herbert era otro caballero, el verdadero, aquel que quedó bajo los escombros de un amor perdido. No podía acreditarse haberlo rescatado, fue él mismo quien decidió dejar el pasado en donde correspondía y seguir adelante hacia lo que importaba: los vivos. Los recuerdos de su amada estarían en su mente y Alicia no pensaba ser un reemplazo ni de una madre ni de esposa, era una persona diferente que constituiría una nueva vida con ellos.

En los días siguientes, Alicia no solo ocupaba un excelente lugar en la casa. Tenía un buen espacio en una habitación de huéspedes y un guardarropa innecesariamente extenso a petición de su futuro esposo. El duque la quería tanto, que darle todo lo que ella no necesitaba era su prioridad. Seguía dando clases con normalidad a lady Jane e intentaba tener el mismo trato con el personal de servicio, pero ellos habían puesto un poco de distancia con ella, solo Diana seguía siendo de la misma manera.

—¡Es momento de detenerse! —exclamó, Diana que corría para alcanzar a la niña que estaba en sus ratos libres jugando con Jane, mientras que la señorita Green tenía un libro en su mano, con el pasar de los días pudo volver a cultivar con tranquilidad su buen hábito de lectura—. Señorita Green, hay alguien ahí...

Diana llamó la atención de Alicia y esto miró hacia el portón. Lord Griffin estaba ahí, de pie, con su sombrero de copa y su elegante bastón que había usado para intentar someterla a golpes.

—Encárgate de Jane, Diana —mandó. Dejó su libro sobre el banco y fue hacia la casa. Sabía que ese hombre había vuelto, pero esta vez para hablar con el duque y ella tenía que apresurarse.

Al entrar, vio a Rupert dirigirse hacia la entrada.

—Rupert, a ese hombre no lo dejes pasar junto a su excelencia hasta que hable con él. Mantenlo ocupado aquí —ordenó sin esperar una respuesta de aquel y se apresuró a ir al despacho de Herbert.

Sus modales los había dejado en la banca, pues entró al despacho sin golpear.

A Herbert no le importaba que ella entrara como un vendaval, adoraba a Alicia.

—¿Qué hizo Jane? —curioseó jovial.

—No he venido a hablar de ella, sino del hombre que quiere verte y que está en el portón. Prefiero que sepas de este asunto por mí antes que por él.

Capítulo 34

A Herbert se le comenzaba a nublar la mente. Un hombre desconocido y su prometida apresurada por explicar algo, no debía ser nada bueno.

—Solo dime que no es tu esposo...

—Dios me libre de que lo fuera.

—Entonces todo está bien. Eso era lo único que podría asustarme —dijo Herbert, aliviado.

—Lamento romper esa burbuja...

—No me agobies, ni siquiera nos hemos casado y quieres matarme, espera un poco.

—Herbert, no he sido sincera contigo, sí soy soltera, pero mi nombre no es Alicia Green, es lady Georgiana Carlton.

—Créeme que eso lo he sospechado, pero no quería ser metiche. Si no querías decírmelo, sería por algo.

—Agradezco tu discreción. El problema es que desde hace años estoy huyendo de mi familia porque me han querido obligar a casarme con este hombre para pagar sus deudas. Es alguien a quien no tolero y que ha intentado cosas inimaginables para forzar el matrimonio años atrás. Por eso decidí huir. No quería resignarme a lo que me esperaba. Con mi nombre no podía salir de Bath, entonces inventé a una institutriz para que nadie me reconociera y estuve feliz durante estos años, pero cuando lady Devington dijo que su esposo estaba en compañía de lord Griffin, comencé a sentirme enferma y ese día que viste a un caballero frente a la casa, aquel supo que estaba aquí. No sé si está casado, solo quiero que lo sepas para que por ningún motivo me entregues.

—No te entregaría ni siquiera al mismo rey, Alicia. Prefiero llamarte así, como te conocí. No me acostumbraría a Georgiana... No me importa el pasado, solo este presente que vivimos. Deja que me encargue de él. No te dejaré ir por nada del mundo. No te preocupes, de aquí no te

sacaré porque lo echaré si intenta persuadirme de alguna manera.

Alicia lo abrazó para corresponder a la confianza de Herbert. La amaba tanto como él y no podían dejar que nada los separara.

—Vete y lo recibiré... —pidió.

Ella obedeció y salió del despacho, después de unos instantes, escuchó que Herbert agitó la campanilla. Ella entró a uno de los salones a esperar lo que su prometido le diría a lord Griffin.

Rupert entró a la biblioteca y se colocó al servicio del duque.

—Excelencia...

—Haz pasar al caballero que me espera.

—Está bien. La señorita Green me dijo que entretuviera al hombre. Faltó poco para que me pusiera a hacer chisme con él.

—No te preocupes, hazlo pasar para que pueda saber qué quiere. Ya he hablado con Alicia.

—Por supuesto, excelencia.

Después de que su sirviente se retirara, él solo podía pensar en qué podría decirle ese caballero. Por más que pudiera decirle cosas horribles de Alicia, no la dejaría ir. Era capaz de perdonarle todo.

El sonido de la abertura hizo que el duque viera al mismo caballero de días atrás, ya era alguien un poco mayor para andar detrás de jovencitas como Alicia.

Los dos se saludaron con una venia.

—Buenas tardes, caballero. Siéntese. ¿En qué puedo ayudarle? —indagó el duque.

—Buenas tardes... —Lord Griffin tomó asiento—. He venido al enterarme que usted tiene aquí a una persona a la que estoy buscando.

—¿De quién está hablando? —Herbert fingió demencia.

—Me enteré de que se ha puesto un nombre falso, el de la señorita Green. Ella es lady Georgiana Carlton. Sus padres y yo la estamos buscando.

—¿Para qué la estarían buscando?

—Soy su prometido y he venido a por ella. Espero que me la entregue. Puedo ayudarle a conseguir otra institutriz, no necesita a una dama rebelde e irrespetuosa.

—Es evidente que no estamos hablando de la misma persona. La señorita Green es una excelente persona y alguien muy responsable. Le prohíbo que hable mal de ella.

—Lo que quiero que entienda es que ella debe irse conmigo, me pertenece, es mi prometida.

—Lamento decirle que eso no es así. Alicia es mi prometida y nos casaremos pronto. Es tiempo de resignarse. Si tuvo que buscarla durante años, eso significa que nunca ha sido para usted.

—¡Qué me está diciendo! —exclamó lord Griffin, exaltado. Aquel se levantó de la silla, miró al duque, desafiante, y por último golpeó el escritorio.

Esto último irritó a Herbert, que también hizo lo mismo que él.

—Le dije que Alicia es mi prometida y que no se la voy a entregar.

—¡Desgraciado! ¡Entréguela! ¡Yo la he comprado!

—¿Cuánto quiere por ella si es que la ha comprado? Quiero ver un documento donde lo diga. No venga aquí a querer aprovecharse de nadie. No le entregaré a esa mujer a alguien detestable. Ella ya me ha prevenido contra usted.

—No tengo que probar nada. Tengo la aprobación de sus padres y eso es suficiente. Entréguela.

—No lo haré y es mi última palabra.

—Serán las últimas si continúa de esa manera. Lo mataré al amanecer. Si representa un problema para mí, me desharé de usted.

—¿Por qué aceptaría semejante tontería?

—Por honor. Esa mujer será mía por muchas razones, pues pagué por ella y mi paciencia se ha visto mermada por los años por un capricho de aquella. Acepte, no sea cobarde, ¿o teme morir? Deme a lady Georgiana o apenas salga a la calle me la llevaré.

—No le temo a la muerte. El que morirá será usted...

—Entonces en St. James, al amanecer. Lleve un padrino y de paso, pida su cajón. —Lord Griffin salió del despacho del duque con prisa.

En ese instante, Herbert se dio cuenta de lo que había hecho. Se batiría en duelo con alguien por primera vez en su vida. Jamás imaginó estar en una situación semejante, presenciarlo no era lo mismo que vivirlo.

—¿Qué te dijo? —preguntó Alicia, ansiosa.

—Que te entregue, pero le dije que no y no me importan sus motivos. Cree que eres un objeto.

—Espero que con eso sea suficiente para que entienda que no quiero saber nada de él. Sospechaba que no se había casado. Es un demente, pues es evidente que me ha perseguido durante todos estos años.

—No ha sido suficiente, Alicia. Hemos quedado en un duelo. No dejaré que te arrebaten de mi lado.

—¿Cómo que un duelo, Herbert? ¿Qué tontería estás diciendo? No puede ser... —reprochó ella, desesperada.

—Es de esa manera. Me amenazó con raptarte apenas se pueda. Eso significa que vigila la

casa. No puedo arriesgarme. Es un hombre resentido.

—Tú no caerás en eso. No irás a ningún sitio... —Ella se acercó para persuadir al duque.

—No te preocupes, regresaré sano y salvo. Te pido que cuides a Jane esta noche.

—No, no y no. Tú no saldrás de esta casa. No puedes dejar sola a Jane, solo te tiene a ti. ¿Piensas abandonarla? ¿Cómo puedes hacerlo? No valgo tanto, no hagas una locura... —pidió con premura.

—Si como ogro te he resultado insoportable, como enamorado lo soy aún más. Vales cada esfuerzo que pueda hacer para mantenerte aquí. Confío en mis habilidades.

—Es un hombre tramposo, puede emboscarte.

—Ya he estado en un duelo con emboscada, pero no era mío. Le pediré a John que sea mi padrino.

—¡No lo harás! Vamos ahora que tenemos tiempo. Tienes muchas propiedades...

—No soy un cobarde.

—Defender tu honor puede dejar huérfana otra vez a Jane, ¡por Dios! ¿Cómo puedo hacer que entres en razón?

—¿No confías en mis habilidades?

—Te amo, pero no confío en nada. Piensa en la idea de irnos. Herbert...

—No me convencerás de eso. Iré a la residencia de John y espero poder jugar al ajedrez contigo esta noche, Alicia, o Georgiana...

Él se retiró de su despacho, dejándola ahí, sola. Alicia cayó de rodillas al suelo, ya que no sabía cómo persuadir a Herbert. Lo único que sabía era que no podía dejar desamparada a Jane, sin su padre. Había sufrido mucho en su corta vida y apenas comenzaba a ser feliz. Prefería desaparecer de la vida de ellos con todo el dolor de su alma, pero de esa manera no les haría

daño. Lord Griffin estaba destinado a perseguirla y a acabarla.

Por lo que restaba de la tarde, Alicia se encerró en su habitación hasta la hora de la cena. Su mente estaba llena de nubarrones que no la dejaban pensar más que en el bienestar de esa familia. Al parecer Herbert tenía razón, la felicidad no era para todos, ni para él, ni para ella, y la misma Jane estaba incluida en la infelicidad.

Fue al comedor y ahí encontró al duque y a los condes de Carpenter. Era notable que la condesa estuvo llorando, porque tenía los ojos rojos. La niña no se había percatado de nada. Al parecer, Herbert no le había dicho que existía una gran posibilidad de que él muriera. Cada vez que ella lo pensaba, no podía permanecer tranquila.

—Disculpenme esta noche, me siento indispuesta —alegó para no sentarse a la mesa con ellos.

—Señorita Green, quédese conmigo —pidió Jane.

—Prefiero que esta noche todo lo hagas con tu padre, Jane...

Ella se retiró hacia la cocina y cogió las hierbas que siempre usaba para el té que la ayudaba a dormir, pero agarró una gran proporción de ellas y las colocó en agua que pronto herviría. Debía hacer algo para solucionar el problema de raíz. Una vez que dejó las hierbas para que desprendieran todo su sabor, Alicia fue a su habitación y comenzó a escribir una carta para Herbert, pues él no comprendía lo que deseaba decirle y se enfrascaba en que tenía la razón cuando un duelo era innecesario. Debía salvarlo de la tontería. Después de un tiempo que Alicia no precisaba, oyó que alguien golpeaba la puerta. Se había cambiado la ropa y estaba en camisión.

—Adelante... —autorizó.

—Supongo que no quieres jugar al ajedrez... —comentó el duque.

—De hecho, dormiré ahora. ¿Pudiste pasar este último día con Jane?

—Eres pesimista.

—Te amo tanto, Herbert, que no puede ser que esté ocurriendo esto. —Ella alzó la mano para acariciarle el rostro.

—La muerte y yo tenemos un asunto pendiente, pero la venceré.

—No tiene ningún asunto pendiente, tú eres un tonto...

Alicia se puso de puntillas para besar al duque y él correspondió con avidez.

Herbert también pensaba en la fatalidad, por eso había hablado con el conde de Carpenter y su esposa. Quería que siempre estuvieran al pendiente de Jane por si algo llegara a pasarle. No quería siquiera contemplar la posibilidad de morir, pero en aquel beso de Alicia podía sentir el temor y también el amor. Era inevitable responderle con ahínco.

Los dos se besaban apasionadamente, como llevaban tiempo sin hacerlo, puesto que no estaban solos en la casa. Llegaron hasta la cama en donde él recostó a Alicia y apenas la dejaba respirar.

—Podría llorar toda la noche, pero prefiero disfrutar de ti y que disfrutes de mí... —habló Alicia con la voz ronca, apenas respirando por el ardor del duque.

—Cuando nos casemos, haremos el amor toda la noche. Te haré muy feliz.

—No quiero esperar para conocer el amor...

Deseaba que él le mostrara todo de la vida. Esto que pensaba hacer sería la solución para que Herbert no cometiera una tontería.

—¿No temes a las consecuencias? —cuestionó Herbert, tentado por las palabras de ella.

—No. Quiero conocer lo que tanto halagaba lady Archibald sobre su esposo que siempre presumía haber tenido al mejor amante...

—Me alientas a perder la cordura, Alicia.

Se abalanzó sobre ella y no dudó en desnudarla para poder recorrer toda su figura. Las

dudas y el temor quedaban en un segundo plano. Ese instante era tan esperado... Volver a hacer el amor con alguien a quien realmente amara, tenía otro sabor, ya que no solo satisfacía a su cuerpo, sino también a su alma. Disfrutaría al máximo de esa noche en que ella se convertiría en su mujer.

Dejó que él recorriera su cuerpo con su lengua y sus manos. La sensación de éxtasis la llevaba a olvidar lo que existía en aquel plano terrenal. No existía nada más que esos dos amantes, entregándose en aquella noche que podría ser la última para alguno de ellos. Alicia solo deseaba sentirse amada y amar a Herbert hasta su último aliento, pero su mayor deseo, era salvarlo de aquel duelo y lo lograría porque su plan marchaba a la perfección.

Capítulo 35

Después de pasar la noche juntos, Alicia dejó la cama y comenzó a vestirse.

—¿A dónde vas? —curioseó Herbert tumbado.

—A por un té...

—¿No es aquel que sirve para dormir?

—No. No tengo muchas ganas de hacerlo.

—Entonces puedes servirme un poco.

—Por supuesto...

El andar de Alicia era lento por aquel pasillo, como si quisiera que el tiempo se detuviera. En verdad lo deseaba. Quería vivir la felicidad por siempre en compañía de ese hombre y de su hija del corazón.

Al llegar en la cocina, ella volvió a calentar la infusión que había hecho antes. Había dejado reposar aquello para que fuera más fuerte. Aparte, preparó otro té que utilizaría para hacer pasar el sabor del primero para que el duque no lo notara, era su forma de salvarlo de la tontería que estaba a punto de hacer.

Mezcló ambas infusiones y las colocó en una tetera. Colocó lo necesario en la bandeja y partió con ella a la habitación.

Una vez dentro, fue hasta el escritorio de su aposento y bajó la bandeja ahí para servir el contenido de la tetera en dos tazas.

—¿Por qué has decidido beber un té a esta hora, Alicia? —cuestionó el duque que no planeaba vestirse. Seguía en la cama con una sábana tapando su entrepierna y dejando al descubierto su torso y largas piernas.

—Porque me lo iba a tomar antes de decidir pasar la noche contigo. Lo había preparado, se enfrió y lo calenté, es por eso que quizá sientas el contenido un poco más amargo tal vez... — Ella le entregó la taza y luego fue a servirse, pero con el objetivo de engañarlo, ya que ella no bebería aquello.

—Huele a... No logro descifrarlo.

—Gertrude sabía preparar muchos té, anoté las más interesantes. Este sirve para tranquilizar a la gente. También lo usábamos con lady Archibald.

—A esa mujer solo le debe faltar un poco de opio...

—No, lo usaba sola, sin nuestro consentimiento.

—Es una mujer mañosa.

—Tal vez la demencia la haga sufrir por recordar a su finado esposo más que por olvidar cosas. Considero que hablará de él hasta su último día. Vivió tantos años de felicidad que no desaparecen de lo que queda de su memoria.

—Quiero pensar que nosotros pasaremos lo mismo, Alicia... —Herbert sorbió el contenido de la taza e hizo gestos. Le parecía bastante agrio.

—No pongas esas caras. Te pareces a Jane.

Ella fingió beber el té y después dejó a un lado su taza.

—¿Quieres matarme con esto? Tiene un sabor muy fuerte.

—Es lo que te ayudará a mantenerte despierto. No dije que sería dulce, así que lo importante es no cerrar los ojos, recuerda que debes hacer una tontería en un par de horas.

—Es algo importante. Su amenaza de raptarte no puede quedar impune. Debo defenderte.

—No te he pedido que lo hicieras, de hecho, no quiero que vayas. Debo insistir.

—Es por nosotros, por nuestra paz, si no puedes salir a la calle, ¿qué vida te espera? ¿Y si intenta matarme para quedarse contigo? Debo aprovechar esta oportunidad. No tengo remordimientos por hacer esto. Creo que es lo correcto y más aún si ha querido aprovecharse de ti. Ahora tienes quien te cuide.

—Prefiero cuidarte desde cualquier lugar. La cobardía conserva la vida y la valentía alimenta a los gusanos...

Herbert le dio poca importancia a lo que decía ella. Bebió un poco más de ese veneno que ella le había dado, ya que parecía eso antes que un buen té inglés.

Después de unos minutos, vio que el duque se había quedado dormido. Cumplió su misión.

Ella fue a buscar una lámpara y la colocó sobre el escritorio. La carta que había hecho antes no contenía lo que en ese momento quería expresar. La desechó y cogió otro papel para volver a escribir.

Pasó un tiempo haciéndolo y esperó que la tinta se secara. También tomó uno de los vestidos del armario y se lo puso. Se acercó a Herbert que roncaba como un animal y le dio una ligera bofetada. Aquel solo rumió y se acomodó. Alicia le dio un beso en la mejilla antes de salir de la habitación para ir a la de Jane, pero en el camino encontró a la condesa de Carpenter.

—¿No puede dormir, milady? —preguntó Alicia—. Puedo prepararle un té. Uno que la ayudará con eso.

—No, querida. No soy propensa a tener esos problemas; sin embargo, esta noche es algo extraña con el asunto de Herbert.

—Quédese tranquila, no le pasará nada.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque le he dado algo para que duerma. No despertará para la hora del duelo.

—Los has salvado, pero tú, ¿por qué estás vestida?

—Porque todo esto implica un sacrificio. Lord Griffin no descansará hasta que nos haga daño y no quiero que dañe a Jane. Prefiero que me mate, pero no soportaría que algo le pasara a ella.

—Tampoco seas tonta, quédate aquí. Encontrarán una solución.

—Hui por muchos años. Ha sido suficiente de miedos. No puedo poner en peligro a la gente que más amo.

Lady Carpenter abrazó a Alicia con la intención de tocar su nuca. Había soportado durante días poder acercarse. Preguntar hubiera sido algo terrible, prefería el acercamiento para saberlo. Al sentir el bulto en esa parte, la condesa se alejó con presteza.

—¿Tienes un lunar en el cuello? —indagó. Sentir aquello renovaba sus esperanzas.

—Sí. Es grande y un poco desagradable, por eso siempre uso prendas más altas en el cuello y cuando me suelto el cabello, siempre lo cubren si no uso esa ropa.

—Tú eres mi hija, mi Jane... —aseguró la mujer que volvió a abrazar a Alicia.

Ella estaba atónita. No podía ser posible.

—Tengo a mis padres en Bath...

—No te devoró un lobo, ni otro animal, estás aquí...

No sabía qué hacer. Alicia se vio obligada a retroceder.

—Todo es una coincidencia...

—No, no lo es. Si tienes ese lunar es porque definitivamente eres mi hija.

—No, no, no... —Alicia se alejó y se escapó de la mujer.

—¡Jane! —gritó la condesa deseando que ella no se fuera.

La cabeza de Alicia estaba hundida en una maraña de confusión. No sabía cuál era su nombre real, se sentía Alicia, se llamaba Georgiana y descubría que quizá ese ni siquiera fuera su nombre real. Además, con eso se convertiría en la tía de Jane y la cuñada de Herbert. La vida era tan complicada que no sabía por dónde cogerla en ese mismo instante. Desde cualquier ángulo la quemaba. Lo único que correspondía era enfrentar a lord Griffin y a sus padres, quería increparlos y saber la verdad de su origen. Tantas coincidencias solo hacían que ella desconfiara de sus veintiséis años de vida.

Trató de calmarse para poder ir a despedirse de Jane. Alicia estaba dispuesta a enfrentar su mayor miedo y ese era lord Griffin. No podía estar con la conciencia tranquila si dejaba a esa niña sin padre, no podría vivir con esa carga.

Fue hacia la habitación de la pequeña y entró ahí para quedarse con ella al menos un par de horas antes de irse.

—Lo hago por ti, porque sé cómo has sufrido siendo que no lo merecías, querida mía. Eres la hija perfecta, para mí siempre lo serás, Jane. —Alicia le acarició los cabellos y se recostó a su lado. Llorar en silencio era algo que había practicado durante años. En ese tiempo que huyó de su casa, se acostumbró a la única compañía de los libros. No tenía amistades para hablarles de su vida, sus secretos estaban con ella; sin embargo, al contarle la verdad a Herbert, su espalda parecía liberada de esa carga. Poder hablar abiertamente de eso, le daba paz.

Horas después, Alicia se decidió a irse. No quería que alguien despertara a Herbert por error y terminara siendo un desastre. Esperaba que algún día la perdonara.

Salió de la casa por la puerta trasera. Lo único que llevaba consigo era un chal con el que se cubría del frío de la madrugada. Ir a St. James, no le quedaba tan cerca, pero iba rápido y decidida a acabar con lo que le preocupaba. Herbert y Jane estarían seguros sin ella. Lamentaba haber entrado a sus vidas, ilusionarlos e ilusionarse también. Alicia se llevaba el mejor recuerdo de esa casa y más de su amado duque. Le dolía tener que entregarse a cambio de que no le hicieran daño.

Una lámpara en el parque le indicaba que lord Griffin estaba ahí, esperando a que el duque apareciera en cualquier momento. Aquel había cumplido con lo que le dijo a Herbert, hablaba muy en serio sobre todo, por eso no se tomaba a la ligera cualquier cosa que él pudiera hacer.

—Lord Griffin —habló Alicia con determinación. La valentía era lo único que la hacía caminar hacia su desgracia.

El hombre que estaba en compañía de otra persona sonrió satisfecho.

—Ese cobarde prefirió entregarla, lady Georgiana... —musitó lord Griffin.

—No, me escapé. Usted lo ha amenazado y eso es imperdonable.

—Ha podido conseguir un duque como prometido, pero aquí, lord Devington y yo creemos que usted no es para él. Hay otra dama mucho más adecuada que una rebelde fugitiva del campo.

—Puede decir lo que guste. Herbert tenía razón en desconfiar de lord Devington... Nunca podría cuidar a Jane si algo le llegara a pasar y por eso estoy aquí.

—No te necesitaré, Devington. No habrá duelo.

—Me conformo con eso. Me iré a casa a pie —alegó lord Devington.

—Lady Georgiana y yo partiremos a su casa en Bath. Tendremos un largo camino para casarnos, querida. Por fin tendré algo de lo que he pagado por las deudas en estos años...

Lord Griffin la cogió del brazo con fuerza y la hizo caminar hacia su carruaje que se encontraba fuera del parque.

—Soy un hombre preparado, lady Georgiana. Ha huido demasiado tiempo de mí.

—Y lo volvería a hacer mil veces...

—Eso es lo que me fascina de usted, siempre es tan desafiante.

—Usted sabe que la muerte es mucho más deseable que estar a su lado. Mis padres son de tan baja calaña como su persona. Se ha atrevido a comprar a alguien. Si me deja ir le ofrezco mucho dinero, podrá recuperar todo lo que ha gastado por mi padre.

—No, no. No estoy interesado en algo tan común como el dinero. Usted me ha cautivado desde el primer día. Mi sueño más grande es someterla en una cama hasta saciarme. Lo merezco después de tantos años de desearla.

—No se encapriche conmigo. Convertiré su vida en un infierno como quiere hacer con la mía y no hay forma de que me haga cambiar de opinión.

—Puedo matar a su padre...

—Me haría un gran favor, aunque es mejor que me mate y acabe con esto de una vez.

—Matarla sería darle una salida y yo no se la daré.

La empujó dentro del carruaje para que subiera. Esperaba que no se le ocurriera tocarla. Tenía una navaja que usaría si quisiera acercarse.

—¡Herbert! ¡Qué clase de duelista eres! —escupió John que buscaba a ese hombre en su habitación, pero no estaba.

Rupert al igual que el marqués estaba tan sorprendido porque él no se encontraba ahí.

—¿Dónde está su excelencia? —preguntó Rupert.

—También quiero saberlo, Rupert. No pudo haberse ido tan temprano.

—Tal vez la señorita Green sepa algo...

Los dos fueron a la habitación de la joven y golpearon, pero nadie los autorizó a entrar.

—Abre, Rupert... —ordenó.

—Pero es la habitación de la prometida del duque...

—Puede ser la habitación del diablo, lo importante es saber qué ocurre y la razón de este

atraso.

El sirviente obedeció y abrió la puerta. Ahí no estaba la señorita Green, sino que se encontraba el duque, desnudo entre la manta.

—Se quedó dormido... —expresó John—. Es un desastre como duelista...

Lo zarandeo para despertarlo, pero aquel solo gruñía.

—Ha tomado té... —dijo Rupert que acercó una taza a su nariz. Era el fuerte olor de las hierbas que la institutriz usaba para dormir.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

—Que es para dormir... ¿Y la señorita Green?

Tanto John como él observaron la habitación y solo vieron la carta abierta sobre el escritorio.

—Creo que aquí está la respuesta... Hay que despertar a Herbert —sentenció John.

Capítulo 36

El marqués cogió una de las tazas que tenía a mano y le arrojó el contenido a Herbert en el rostro.

El duque despertó con aquello, tosiendo.

—¡Ya era hora! —exclamó John—. Roncas como si fueras una bestia.

Herbert estaba confundido y somnoliento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Herbert que bostezaba.

—Te has quedado dormido —avisó John.

—¡Maldición! —exclamó el duque que olvidó que estaba desnudo.

—Vístete, no nos insultes —masculló John tapando sus ojos.

—¿Dónde está Alicia?

Él cogió sus prendas del suelo, mientras esperaba que alguno de ellos le respondiera.

—Pues hay una carta de ella en el escritorio.

El duque apenas había llegado a colocarse el pantalón cuando un escalofrío lo recorrió.

—¡No, no, no! —farfulló. Sabía que ella estaba dispuesta a cualquier estupidez. Cogió la misiva y comenzó a leerla.

Cuando encuentres esta carta, ya no estaré en esta casa, pero he cumplido con salvarte de algo que jamás me perdonaría. Bebiste un té más potente que el que te daba antes. No podría dejar a Jane sin su padre y más por culpa mía. Esta fue la noche más maravillosa de mi vida. Si iré a sufrir en manos de lord Griffin, lo haré con la satisfacción de haber conocido el amor en

todas sus expresiones. Como me has dicho en varias ocasiones, prefiero tenerte de alguna manera en mi vida a que no estés; sin embargo, prefiero saber que estás vivo y lejos, que muerto y destrozando la vida de tu hija.

Espero que llegues a encontrar a una dama a la que puedas amar tanto. Quizá la felicidad no se hizo para nosotros juntos, porque es mejor que estemos separados de cuerpo, pero unidos para siempre por el espíritu.

Te amaré hasta donde me dé la vida.

Alicia.

—¡Qué clase de bobería es esta! ¡Me ha dormido para que no fuera al duelo! ¡Voy a encontrarte y probablemente te ahorque, Alicia! —expresó enfadado. Por supuesto que él no dejaría ir a esa mujer. Lucharía por su felicidad, así tuviera que levantar piedras por toda Inglaterra.

—Pues hay que buscarla antes de que ese hombre se case con ella. Tú debes adelantarte.

—Es una tonta. ¿Por qué complica las cosas? No voy a dejarla ir...

Terminó de vestirse y movilizó a toda su residencia para que pusieran a punto el carruaje. Irían a St. James Park y si no estaban, se moverían a casa de lord Devington, ya que era su amigo, debía estar enterado de sus planes.

John no dudó en acompañar a Herbert, haría lo que fuera por su amigo, para verlo feliz como comenzaba a serlo después de haber conocido a la institutriz de su hija.

Al llegar a St. James, no encontraron a nadie, por lo que el asunto se complicaba aún más. Se dirigieron a la residencia de lord Devington, sin importar la hora. Herbert echaría esa puerta abajo si fuera necesario.

Una vez que un lacayo abrió, Herbert entró sin perder tiempo.

—Levante a lord Devington.

—Tranquilo, ni siquiera me he acostado —dijo el hombre al que buscaba. Aquel estaba sentado en su salón en medio de la penumbra.

—¿Dónde está lord Griffin?

—¿Quiere ir detrás de la prometida ajena?

—Absolutamente y no pienso discutirlo con nadie.

—Escuche, lady Longhorn es mejor mujer que esa dama revoltosa por la que, al parecer, ambos se han encaprichado.

—No me importa su opinión, vine aquí a averiguar a dónde se la ha llevado, porque supongo que usted lo sabe.

—Ella se ha presentado frente a él, defendiéndolo, y dejándolo como un cobarde.

—Su opinión está lavando mi oído. ¿Dónde está lord Griffin?

—Se fueron a Bath, él ha preparado todo para casarse en su propiedad. Apenas lleguen eso se llevará a cabo.

—Gracias. Y no se preocupe, me disculparé con su gran amiga, lady Longhorn.

Salieron de la casa y el duque se paró frente a John.

—Iré a casa, buscaré unas prendas y partiré a Bath.

—Te acompañaré. Le dejaré una misiva a Philippa y nos iremos juntos —replicó John.

—Gracias, John.

—Lo que sea por ti...

Regresaron a la residencia y encontró a los condes de Carpenter, vestidos como si fueran a salir.

—¿Has encontrado a Alicia? —inquirió la mujer.

—Ese hombre se la llevó a Bath para casarse. Debo impedirlo.

—Nosotros iremos contigo. Debemos salvar a nuestra hija —dijo el conde.

—No estábamos seguros de que lo fuera...

—Lo pude comprobar anoche. Tiene ese lunar ahí, es nuestra hija y no la perderemos otra vez —contó lady Carpenter.

—Las cosas pueden complicarse más y ahora lo está. Quiero casarme con mi cuñada... Vayan en su carruaje, si está más ligero el mío, llegaré primero.

Acordaron ir en carruajes separados para que no se retrasaran. No harían ninguna parada, pues eso los retrasaría aún más.

Herbert tenía la confianza de que conseguiría impedir ese matrimonio, y una vez que lo hiciera, haría que Alicia viera las estrellas con todo lo que le diría por tomar una decisión absurda. Se debatían por cuál de los dos era peor tomando decisiones. Él quiso librarla de ese hombre, pero el temor pudo más que su razonamiento. No se pondría en peligro si no estuviera seguro de que tenía altas posibilidades de salir victorioso.

El viaje para Alicia era agotador, pues no había pegado un ojo por el temor a ser atacada por ese hombre. Aquel sí había podido dormir, pero ella ni lo había intentado.

—Nos quedaremos en una posada —comentó lord Griffin.

—Quédese usted, porque yo no bajaré con usted a ningún lugar.

—Tarde o temprano consumaremos el matrimonio. Es cuestión de tiempo. Si esperé tantos años, todavía puedo esperar un poco más. Solo comeremos algo y extenderemos las piernas para continuar.

—No me interesa nada de usted, no dé nada por sentado.

—Se quedará bajo la vigilancia de mi cochero si no le interesa nada. Vendré pronto, querida.

Sus piernas estaban entumecidas por el trayecto. Iban rápido, porque ese hombre tenía gran urgencia por casarse. La mente de ella solo podía pensar en Herbert y en cómo debió reaccionar al despertar. Debía estar molesto, pero era por su bien, suponía que podría cuidarse sola y si tenía alguna oportunidad, por mínima que esta fuera, escapaba o terminaba muerta por su propia mano. Después de compartir la cama con Herbert, no quería que nadie la tocara.

Tiempo después, lord Griffin regresó con un canasto de comida para ella, pero no cogió nada de él. El hambre no se hacía presente, solo sentía la preocupación por lo que le esperaba en el futuro.

El viaje continuó hasta llegar a la residencia de la familia de ella. En un primer momento, creyó que la llevaría a la de él, pero al menos, dentro de todo, ahí se sentiría más segura.

La condesa de Brightman miraba por la ventana hacia el carruaje que se detenía frente a la residencia.

—De nuevo ese hombre. No nos dejará en paz —habló la condesa.

—Y es por culpa de Georgiana. Podríamos estar viviendo una gran vida si ella no fuera tan tonta.

El mayordomo de la residencia fue a abrir la puerta para que los recién llegados entraran.

—¡Mira, cariño, es Georgiana! ¡La ha encontrado!

El conde se levantó del sillón para observar a través de la ventana junto a su esposa.

—Se ha resuelto nuestra vida. Por fin podremos dejar esta vida austera y miserable que llevamos —aseguró el conde.

Lord Griffin y Alicia entraron al lugar. Él la empujó para colocarla en el medio del salón.

—Aquí está la prometida a la fuga. Me ha llevado tiempo hacerlo, pero la paciencia tiene sus frutos. Mañana nos casaremos en mi propiedad. Todo está listo, pues he pedido la licencia especial en Londres y me la han otorgado.

—Muchos años fuera de casa, Georgiana —reprochó su padre.

—Ustedes son lo peor que una persona puede tener como padres. Este hombre me ha separado de mi prometido, un duque, para que lo sepan, pero prefieren vivir de deudas y darme a mí como pago —reprochó alejándose de ese hombre.

—Ella se quedará aquí, pero con personas que cuidarán esta casa. Si huyó una vez puede volver a hacerlo. Mañana vendré a por usted, lady Georgiana.

Él se retiró e hizo una inclinación de cabeza.

—Tienes muchas cosas que explicar, jovencita... —la reprendió su madre.

—Ya no soy una jovencita, soy una mujer. Hice mi vida lejos de ustedes en donde fui feliz. ¿Por qué tenían que empeñarme como si fuera un objeto? Estaría tan feliz y quizá ustedes tuvieran sus deudas resueltas, porque el duque es muy rico, pero aquí estoy. Regresé a este lugar al que siento que no pertenezco.

—¿Reniegas del techo que tienes, Georgiana? —increpó su padre.

—Reniego de los padres que tengo y que me han vendido. Además, creo que me ocultan algo...

—Dices bobadas. Le pediremos al mayordomo que te arregle la habitación para que puedas permanecer ahí. Mañana es un día importante, aunque me hubiera gustado que te casaras con un duque —musitó su madre.

—Solo les interesa su propia vida. ¿Alguna vez me quisieron realmente? No creo que sea así.

—Eres romántica, Georgiana. Déjate de juegos. Sabes que la vida se trata de dinero — declaró su padre que se sentó en su sillón y cogió su cigarro que dejó en el cenicero.

—Me encontraron en el bosque, ¿no es así? —indagó ella para saber la verdad de su origen.

La condesa parecía tener una actitud cauta, pero a su esposo eso parecía no importarle.

—¿Por qué lo preguntas? —curioseó la mujer con cautela.

—Porque lady Carpenter no ha dejado de decir que yo soy su hija, Jane, que supusieron que fue devorada por un animal salvaje en Bath...

La dama tragó saliva y miró a su esposo para saber qué hacer. Nunca creyeron que alguien podría saber sobre la niña. Lord Brightman colocó su rostro con seriedad antes de hablar.

—Ahora no te conviene ser nuestra hija, ¿no es así? Eres una ingrata y malagradecida. Te salvé de un lobo una tarde de cacería, casi te devoró, pero le disparé y te soltó. En ese entonces, nosotros habíamos perdido a Georgiana por culpa de unas fiebres, y para complacer a mi esposa que no dejaba de llorar, te traje aquí, te curamos, te dimos un techo y un nombre.

La esposa de él lloraba al recordar todo lo que había pasado en aquel entonces.

—Él no dejaba de beber y de jugar, y yo no podía resignarme a no tener a mi hija. Traté de llenar ese vacío contigo, pero no era igual... Me hundí con mi esposo... —confesó la condesa

Su nombre ni siquiera era Georgiana. Saber esto era mucho más duro de lo que había imaginado. Sus verdaderos padres habían sufrido mucho por ella y también al perder a Eloísa. El parecido y la conexión con Jane no habían sido coincidencia, era el llamado de la sangre.

—No quise creer que fuera cierto, pero era real... Esa es la razón por la que me vendieron y nunca me amaron.

—Te amamos, te criamos, te dimos educación, eres nuestra hija... —alegó su madre.

—No, solo soy el reemplazo de una muerta, de su hija. Esto es duro...

Alicia fue corriendo hacia la que fue su habitación. Al entrar ahí, casi todo estaba como lo había dejado, incluso el polvo. Quería regresar a Londres junto a Herbert y sentir su apoyo. Debía dejar de temerle a sus verdaderos padres, pero la realidad era tan dura que la golpeaba de una manera increíble. Por una parte, debería agradecer que la salvaran, pero por la otra, no podía perdonarlos, ni siquiera le habían dado un nombre diferente al de la niña fallecida.

La confusión hacía mella en su mente y su interior. Le dolía el alma porque su vida era una mentira. Debía escapar de ahí y regresar con Herbert. No podría estar cerca de esas personas después de que no tuvieran un poco de amor de familia por ella.

Le llevó horas limpiar el lugar para estar cómoda, pero al menos con eso trataba de estar tranquila. Tuvieron la cortesía de mandarle la cena a la habitación para no verla en el comedor; como en los viejos tiempos.

Analizaba la manera en la que podía escapar, pero sabía que la alcanzarían los lacayos de lord Griffin. ¿Qué podía hacer?

Capítulo 37

Herbert y los demás lograron llegar a la propiedad de lord Griffin. Era de noche y el duque pidió detener su carruaje y el del conde de Carpenter también lo hizo. Él bajó de su coche y fue al de su suegro.

—Si sabe que soy yo quien toca su puerta, puede ser capaz de cualquier cosa —dijo Herbert acercándose a la ventanilla del conde de Carpenter.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —indagó el caballero.

—Si mi parte irracional me dominara, tiraría esa puerta, pero no sabemos de qué puede ser capaz. Lo mejor es que se presenten ustedes y que yo pueda emboscarlo ahí mismo.

—Es una buena idea. Que te acompañe tu amigo y yo iré con mi esposa —replicó lord Carpenter.

—Entonces, después de que yo llegue a la casa en compañía de John, ustedes entrarán en acción. Así nos da tiempo de escondernos en el lugar correcto.

—Está bien...

El duque regresó a su carruaje para comunicarle a John lo que harían.

—Primero iremos nosotros a escondernos... Emboscaremos a lord Griffin.

—Yo te acompañaré, pero ni siquiera sé quién es...

—John, esto es peligroso. ¿Irás conmigo?

—¿Qué pregunta tan necia? Dejé a mi esposa y al calor de mi hogar por ti y por Jane... Soy patético.

—Eres mi patético. Vamos, no te pasará nada. Debo regresar a casa con Alicia porque se lo

debo a Jane y por mí.

Los dos salieron del carruaje de la manera más silenciosa posible. Se dirigían a la casa, agachados para que no fueran distinguidos con facilidad por algún criado.

El conde de Carpenter ordenó mover su carruaje e ir hasta el frente de la residencia para llevar a cabo el plan de salvar a su recién descubierta hija.

Él bajó del carruaje y miró hacia los costados, en donde se hallaban Herbert y John, escondidos detrás de las plantas de la entrada. Golpeó la puerta, como si se tratara de un salto de fe.

Un señor un tanto mayor con una lámpara en la mano le abrió la puerta.

—¿En qué puedo servirle?

—Buenas noches, ¿se encuentra lord Griffin? Quisiera conversar con él, será un asunto rápido...

—¿De parte de quién?

—De un viejo amigo suyo, lord Carpenter... —alegó el hombre. Pese a que no se conocían, quizá la curiosidad lo sacara de su guarida.

—Deje que hable con él y regresaré...

El sirviente cerró la puerta y fue hacia la parte inferior de la casa. Lord Griffin se encontraba cenando, mientras los demás sirvientes subían a la habitación que sería para su futura esposa llevando mantas y sábanas.

—Disculpe que lo moleste, milord, pero afuera hay alguien que dice ser su amigo.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Lord Carpenter...

—¿Lord Carpenter? Mmm... No conozco a nadie, o tal vez no lo recuerde, no lo sé.

—Dice que es un asunto rápido. Está con su carruaje frente a la residencia.

—¿Cuántos años crees que tenga el tal lord Carpenter? —inquirió desconfiado, pues podría ser el duque queriendo saber de Georgiana.

—Unos sesenta años...

Con esa respuesta, lord Griffin se sintió satisfecho y se levantó de su silla para ir hacia la entrada, seguido por su sirviente. Aquel se adelantó y abrió la puerta. El conde vio al hombre parado frente a su casa y no lo reconocía.

—¿De dónde lo conozco? —preguntó lord Griffin.

Al terminar de decir eso, sintió que alguien le puso una pistola en la frente.

—Quizá se acuerde de mí —habló Herbert que lo encañonó, mientras John amenazaba al sirviente.

—¿Qué está haciendo aquí? —increpó el hombre.

—Vine a llevarme a Alicia.

—¡Es lady Georgiana!

—¡Se llama Jane y es mi hija! —espetó el conde.

Los tres se miraban esperando tener razón o persuadir a cualquiera de los otros.

—Se llama Jane, pero me gusta Alicia —masculó el duque para dejar clara su postura—. Me invitaré a pasar, lord Griffin, quisiera conversar con usted sobre ella.

—No tengo nada que conversar. Le he dicho todo. Ella me pertenece porque sus padres me la entregaron como pago y ahora, después de tanto, tendré lo que deseaba.

—¿No ha escuchado lo que dijo lord Carpenter? Él es el verdadero padre, por eso, insisto.
—Herbert empujó el arma por la cabeza del conde de Griffin para obligarlo a entrar. El resto lo siguió.

—He gastado demasiado para tener a esa mujer en mis manos... —gruñó el hombre—. Ha sido mucho tiempo de búsqueda, ¿por qué debería rendirme y darle todo a usted? No lo haré.

—No quiero que me obsequie nada. Lo único que le diré es que, obligar a alguien a casarse, siendo que no lo quiere ni siquiera un poco, será un error, el más horrible de todos. En mi casa, la espera mi hija que la ama como si fuera su madre y yo la amo como no tiene idea. Por eso, si usted ha pagado por ella, le ofrezco el triple con tal de que la libere.

—Bazofias, no es por el dinero. Ella siempre me ha gustado, tan rebelde, tan seria y virginal. Esos son sus atractivos.

A Herbert le había entrado un espíritu combativo en el cuerpo al escucharlo decir esas cosas sobre ella.

—Ella no quiere casarse con usted y se lo ha dejado saber de diferentes maneras. Alicia se apresuró al tomar una decisión de que yo no asistiría al duelo, porque estaba confiado en mis habilidades. Entendí su temor y son fundamentados, por tanto, como caballero, le pido que considere mi pedido por las buenas o lo haremos por las malas y no me importa quedar como un cobarde.

—Mi última palabra es no. Me casaré con ella mañana y es todo. Será mía por la noche y me veré pagado con su virtud.

En un segundo, una idea se cruzó por la mente de Herbert. Era evidente que lo que ese hombre perseguía era la virtud de Alicia, si ella no la tenía, entonces él no la querría.

—Lamento decepcionarlo, pero... Perdón, lord Carpenter, por lo que diré... Alicia se entregó a mí, de virtud no tiene nada, por lo que no considero que valga la pena su lucha por ella si se ha acostado conmigo. Puede preguntarle si gusta, no dudo que le responda con la verdad.

—Pero ¿qué está diciendo! —exclamó lord Griffin, ofendido.

—Le dije la verdad, por eso, le ofrezco compensarlo de la mejor manera posible. Mucho dinero, alguna propiedad, caballos... Ella no vale lo que usted espera, porque durante años persiguió una virtud que yo me llevé.

—¡Canalla! ¡Canalla desgraciado!

Herbert solo pudo alejar el arma de la cabeza de lord Griffin. Quedaba esperar la decisión que tomaría ese hombre. Se veía bastante molesto por lo ocurrido.

—¿Negociaremos o nos enfrentaremos por algo que para usted no tiene sentido?

El hombre arrugó su rostro antes de responderle.

—Lo arreglaremos, pero no le saldrá barato...

Aquello era un alivio para Herbert y los demás. Él debía acordar aquello en privado, mientras los demás esperaban la resolución del conflicto en el salón de ese hombre. El sirviente atendió a los recién llegados ofreciendo bebidas y un poco de comida, ya que estaban hambrientos por el trayecto, casi sin descanso que habían tenido, pues la prioridad era llegar antes de que aconteciera una desgracia.

Cuando Herbert salió del despacho de lord Griffin, lo hizo conforme y sonriente. No volverían a saber de ese hombre. No estaba bien visto lo que él había hecho, pero estaba dispuesto a lo que fuera por Alicia.

—Un lacayo de lord Griffin nos llevará a casa de lord Brightman, que es donde está ella —indicó Herbert, cansado, pero feliz—. Vamos al carruaje a esperar.

Al salir de la casa, lord Carpenter se acercó a él y le tocó el hombro.

—Menos mal que inventó eso para salvarla —alegó refiriéndose al asunto sexual.

—Tenía que hacerlo, no había otra opción... —No sacaría a lord Carpenter de su error, porque así estaba bien.

John solo lo golpeó en el brazo y rio. Aquel lo había encontrado en la cama de la joven, por

lo que su amigo había mentido asquerosamente.

Alicia vestía uno de sus camisones viejos y lo único que podía hacer era buscar un poco de distracción en sus libros de antaño. Sabía que era muy tarde y que estaba cansada por el viaje; sin embargo, nada compensaba su tristeza. Estaba convencida de haber hecho lo correcto con dejar dormido a Herbert. Su mayor consuelo fue aquella noche que recordaría por siempre.

Un fuerte ruido en la puerta de la casa hizo que ella saliera al pasillo de la habitación, al igual que su padre y su madre, todos ellos en camisón.

—¿Quién tiene una patada de mula como toque de puerta? —preguntó el conde.

—Esa no es la pregunta correcta. ¿Quién golpea una puerta a estas horas? Me parece absurdo. —Se quejó lady Brightman con su ridículo sombrero de dormir.

—Debe ser alguien que quiere cobrarle a mi padre. Hay cosas que nunca cambian aquí —dijo Alicia que regresó a su habitación.

El mayordomo de la residencia fue para abrir y ahí encontró a cuatro personas.

—Buenas noches, los condes están dormidos y no quieren ser molestados —comunicó.

—No vine a verlos a ellos, vine por lady Georgiana... —habló Herbert para que le entendiera.

—Milady está dormida.

—Pues despiértela... Si no prefiere que lo haga yo.

—Ella se casará mañana, caballero. Ha llegado un poco tarde.

Con poca paciencia, Herbert empujó al hombre y entró a la residencia.

—¡Alicia! ¡Alicia!

Desde su habitación ella parecía escuchar la voz de Herbert que la llamaba. Él estaba lejos y eso no podía ser posible.

—¡Alicia! ¡Alicia! —insistió.

Ante tanta insistencia a su nombre, sospechaba que él había llegado hasta ella. Corrió hacia la puerta de su habitación para abrirla. Al hacerlo, con la poca luz del pasillo, pudo ver a Herbert.

—Me dormiste... —la reprendió, pero al sentir que ella lo abrazaba con fuerza, él no pudo hacer más que responder de la misma manera.

—No quería que te pasara nada y tampoco a Jane. Tuve que hacerlo, aunque ya me he arrepentido demasiadas veces.

—Eres una tonta. Debiste dejar que lo resolviera como lo hice.

La joven se alejó para observarlo.

—¿Mataste a lord Griffin?

—No, hice un trato con él. Tuve que decirle que ya no tenías virtud. Eso era lo único que le importaba de ti y por lo que ha estado financiando a tu padre. No te volverá a molestar, eres libre, Alicia.

—¡Gracias! —Ella volvió a abrazarlo.

—¿Qué haces con ese caballero, Georgiana? —la reprendió la condesa de Brightman.

—Él es mi duque, madre. El hombre al que amo y del cual no verán un solo penique... —advirtió con determinación.

—Recuerda las deudas de tu padre, desagradecida.

—Esas deudas han sido pagadas. Espero que ese caballero conduzca sus finanzas de mejor forma, porque como esposo de ella, no verán nada de mí —aseguró Herbert apoyando a su futura

esposa—. Vámonos, Alicia.

Ella regresó a su habitación, cogió sus zapatos y después caminó por el pasillo, mirando a su padre y a su madre antes de seguir su camino. Dejaría atrás ese lugar para siempre.

—¡Georgiana! —la llamó su padre, enfadado, pero aquella lo ignoró.

Al llegar a la planta baja, vio a sus verdaderos padres, en compañía de John. Cuando se dieron cuenta de su presencia, ellos se acercaron. Entonces, ella tomó la mano de lady Carpenter y la apretó con delicadeza.

—Me confesaron que era cierto que no era la hija de ellos... —contó.

—Lo lamento, pero no mucho, porque ya estarás con nosotros. Volvimos a encontrarnos, Jane... —La condesa le dio un beso en la mejilla y se separó para que su padre pudiera hacer lo mismo.

—Aquí solo falta Jane... —declaró Herbert, conmovido.

—Y sobro yo... —dijo John recostado en un pilar—. En verdad te casarás con tu cuñada, qué terrible.

Epílogo

Trece años después...

Viendo a Jane tan arreglada y luciendo joyas que pertenecieron a su madre, Alicia, que había preferido adoptar ese nombre y dejar de lado los demás, se sentía orgullosa de ella. La había criado y enseñado todo lo que sabía, aunque estaba en desacuerdo con lo que había hecho Herbert al arreglar el matrimonio para ella, aquella presentación ante la sociedad sería una gran fachada, pero para que al final lord Longhorn se quedara con ella sin haber hecho nada para merecerla.

En esos años, tuvo que explicar muchas cosas, desde su desaparición al abandonar la casa para que Herbert no fuera al duelo hasta explicar que era su tía.

Fue complicado no solo para ella, sino también para los padres de Alicia. Ellos estaban felices y pudo conocer a su hermano menor que vivía en Francia. Sobre las personas que la cuidaron, no sabía mucho, solo que el hombre al que llamó padre durante sus primeros años había fallecido a causa de sus vicios y que su madre vivía de la caridad del heredero al título. Lord Carpenter había solucionado los problemas económicos que ellos siguieron teniendo, como agradecimiento a haberla salvado, ellos supieron ser agradecidos, pues siempre se culpaban porque había sido un descuido de la niñera y ellos no habían estado para defenderla.

Para Alicia, recordar todo lo que la había llevado a convertirse en la duquesa era muy importante. Siempre le hablaba a la pintura de Eloísa, pero siendo respetuosa, pues dentro de ella quedaba cierta culpa. Si ella no hubiera muerto, no tendría un esposo, una hija, y dos hijos varones completamente maravillosos.

Elliot, de doce años, y Brandon, de diez, eran los hijos que ella había parido con mucho esfuerzo, ya que cada embarazo para Alicia fue dramático a causa de los miedos de su esposo. El embarazo del mayor fue mejor que el segundo, porque aquel no lo esperaban y eso casi terminó por enloquecerlo. Desde el día de su boda, Herbert no había descuidado a su esposa en ningún aspecto y tampoco a Jane, pese a los celos de ella. Cuando nació su hermano Elliot, Jane quiso colocarlo en un canasto para dejarlo fuera de la casa, pero tanto Diana como Rupert, lo habían impedido y con los meses, al ver que no la descuidaban y le seguían dando amor, ella volvió a

ser la niña más preciosa del mundo.

—¿Por qué está preocupada, madre? —preguntó Jane que se sentó a su lado.

—Porque te he educado tan bien para que al final de cuentas tu padre cediera tu mano al hijo de lady Longhorn.

—Ya no la recuerdo, pero le aseguro que haré desistir a ese caballero para que no se me acerque. Se arrepentirá de tenerme como prometida, renegará de mí y seré libre para buscar al caballero al que amaré.

—Jovencita, no tienes a la suerte, quizá él sea tu única opción.

—Si alguien me enseñó que eso no es así, es usted, madre. No me dé consejos contradictorios porque puede salir mal.

—¿Ya están listas? —preguntó Herbert que entró a la habitación de Jane.

—Por supuesto, padre, ¿qué opina?

Ella le enseñó su vestido y sus joyas.

—Eres igual a Eloísa, preciosa. Serás una dama exitosa, Jane —la halagó.

—¿A qué le puedo llamar éxito si ha cedido mi mano?

—No creas que tienes todo asegurado. Dar tu mano es el principio, conservarla es otra cosa. Lord Longhorn tendrá que esforzarse.

—¿Y si le faltan dientes?

—Dorothea es un problema. No le hagas caso a todos los defectos que cite para un caballero —aconsejó su padre—. No tengas en mal concepto a ese hombre, te agradará cuando lo conozcas.

—¿Para qué quiero conocerlo si en el periódico ha salido lo que hace? Lo que deberíamos

hacer es romper este compromiso tonto que hizo.

—No puedo. Era un trato con lady Longhorn y yo estoy de acuerdo en asegurar tu futuro con alguien adinerado y joven.

Jane cruzó los brazos bajo el pecho y se dispuso a salir de la habitación.

—Los espero en el carruaje... —avisó y se fue.

—¿También estás enfadada?

—No, pero no me agrada. Hiciste este trato a mis espaldas. Una cosa es oírlo y otra confirmarlo.

—Saldrá todo bien, Alicia. Jane deslumbrará y lord Longhorn corregirá su camino si quiere estar a su lado. Te preocupas mucho por nada. —Él la abrazó y dejó un corto beso en sus labios—. Tendrán una boda tan maravillosa como la nuestra y será feliz como nosotros. Tú reconstruiste esta familia, me haces tan feliz...

—Y tú me pones nerviosa, pero te amo tanto que no podría abandonarte.

—No más que yo, querida. Vámonos, no queremos espantar a lord Longhorn...

—Queremos espantarlo...

Los dos sonrieron y fueron hacia la salida. Diana siguió a Alicia, pues se desde que se casó, ella se convirtió en su doncella.

—Su chal, excelencia. No olvide poner mala cara para espantar a ese joven que debe tener orejas de liebre y pies pequeños... —dijo Diana, maliciosa.

—Por supuesto que sí. Y no olvides que debe oler a pecado por todo lo que hace en las calles... —replicó sonriente.

—Las escucho... —farfulló Herbert.

—Considero que quieren ser escuchadas por usted, excelencia —comentó Rupert.

Los dos subieron al carruaje y se unieron a su hija para partir.

En el salón de baile, Christopher Anderson, conde de Longhorn, estaba acompañado de su madre y su padrastro, lord Clover, ella se había convertido en lady Clover, por lo que fue educado durante los últimos trece años por ese hombre y lo había hecho muy bien, hasta que conoció el mundo del libertinaje, cosa que su padrastro no aprobaba.

—Quita esa cara, cariño. Lady Jane es preciosa, te lo prometo —alegó su madre, cariñosa.

—La vio cuando tenía cuatro años. Puede tener la mirada desviada, ser gorda, tener la nariz aguileña y ser enana... —se quejó el joven, molesto—. No sé cómo pudo venderme de esa manera.

—Tampoco estoy de acuerdo, pero dudo mucho que esa joven sea como dices, Christopher —opinó lord Clover.

—Haré que desista de la idea de estar a mi lado. Imagino que debe leer el periódico y ya sabe que no soy el mejor caballero.

—Pues lo comprobaremos ahora mismo. Ahí viene lady Jane Wolf... —anunció la condesa.

Christopher levantó la mirada hacia una joven de cabellos rubios y encrespados que se acercaba hacia ellos. Para nada se parecía a la mujer de sus pesadillas, era preciosa y la dama más perfecta que había conocido en su vida. Estaba anonadado.

—¿Dónde está el tal lord Longhorn? Quiero ver que le falte un diente... —alegó Jane con prepotencia.

—Es el caballero que te está sonriendo ahí, Jane... —Herbert señaló al frente.

Los ojos de Jane se perdieron en él que tenía los ojos verdes como esmeraldas, aquellos brillaban de picardía y esa sonrisa solo indicaba los dientes completos. Era tan alto, atractivo y

evidentemente rico, tanto, que podría darle una gran vida con muchas joyas como la acostumbró su padre. No quería parecer sorprendida con su belleza, por lo que hizo una reverencia y extendió la mano para que él la besara.

Lord Longhorn correspondió con una inclinación y tomó la mano enguantada de aquella dama y no solo dejó un beso ahí, sino también inhaló todo el aroma del perfume de lady Jane.

—Por fin la conozco, lady Jane Wolf, y debo decir que es un verdadero placer...

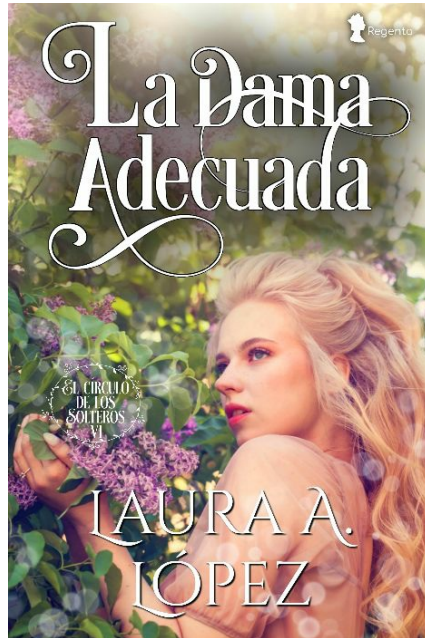
—El placer es mío...

Herbert codeó a Alicia para que se diera cuenta de que su hija sería tan feliz como ellos.

Para Alicia, ver encantada a Jane era la consecución de una vida dedicada a amarla, cuidarla y educarla. No solo era una institutriz exitosa, sino también, una madre orgullosa. Cogió la mano de Herbert y la apretó con cariño, aceptando que esa había sido la mejor decisión.

Fin.

Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros

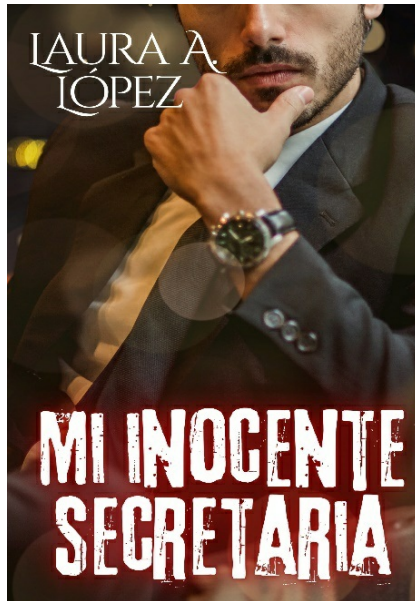


Steven Bellamy, conde de Northland, no ha podido conseguir a la esposa ideal, por lo que acepta que alguien más la escoja por él; sin embargo, concluye que aquello fue un error al conocer a la dama adecuada: Berenice.

Lady Berenice Hendricks, hija del conde de Montgomery y sobrina de lord Nottingham, comenzaría su temporada social, pero con la idea de encontrar al hombre de sus sueños: el dueño de un broche que cogió en un accidente años atrás.

¿Qué ocurrirá con Steven cuando la dama más hermosa le devuelva su broche? ¿Será capaz de conseguir escapar del yugo que se impuso?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte...



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó Un duque codiciado, podría gustarte...



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza*, *Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar* y *Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita*, *La ventana de los amantes* y *Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con: *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno*, *Una heredera obstinada*, *Una beldad indomable*, *La esquivia señorita Millford*, *Las peripecias de los amantes*, *Nuestro tiempo perfecto*, *La dama de Sandbeck Park*, *Las oscuras intenciones de lord Coventry*, *El amante de Londres*, *Anhelos de primavera*, *Una candidata inadecuada*, *El silencio de los amantes*, *Amantes en la eternidad*, *Amantes en guerra*, *La prometida desconocida*, *Enamorar a un lord inglés*, *La acompañante del marqués*, *El candidato perfecto*, *La joven matrona*, *La herencia del duque de Gloucester*, *El esposo ausente*, *Una forajida cautivadora*, *El preceptor*, *La justicia de un canalla*, *El domador*, *La nueva esposa*, *Una solución para lord Nottingham*, *El prometido despreciado*, *Un beso irreverente*, *El querido enemigo*, *Un compromiso accidentado*, *Un caballero misterioso*, *Un seductor afortunado*, *Una diablesa enamorada*, *Su encanto inglés*, *Una elección peligrosa*, *Una casadera incorregible*, *Una decisión imperturbable*, *Mi inocente secretaria*, *Una situación escandalosa* y *Un duque codiciado*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense*, *Nuestro tiempo perfecto* y *The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquivia señorita Millford*.

